RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ

Casandra



COLECCIÓN CRIATURAS DE PETRÓLEO NARRATIVA

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN
CRIATURAS DE PETRÓLEO

Desde los primeros destellos del siglo XX, la identidad venezolana se edificó no solo sobre su pasado épico, sino sobre lo que Rodolfo Quintero bautizó como «La cultura del petróleo».

Más allá de la deriva económica, la narrativa, el ensayo, la poesía y la dramaturgia han sido los verdaderos laboratorios donde esa metamorfosis social pasó de ser un dato para convertirse en una encrucijada disruptiva y política: una manera singular de pensar, sentir e imaginar a Venezuela.

Criaturas de petróleo congrega voces consagradas y miradas contemporáneas en un espacio de resonancia común. A través de distintos géneros, esta colección no busca simplemente compilar títulos, sino poner en diálogo las obsesiones, las grietas y las ficciones de un país modelado por el eterno sueño de la riqueza sin esfuerzo.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ

Casandra



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



1.ª edición en Ediciones Hortius, 1957
2.ª edición en Edime, 1968
3.ª edición en Edime, Publicaciones Españolas, 1980
4.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Casandra
© Ramón Díaz Sánchez

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, El Silencio,
Caracas, Venezuela, 1010.
Teléfonos (+0058 212) 4828989
www.monteavila.gob.ve

Edición, prólogo y notas
Yhoiner Parras

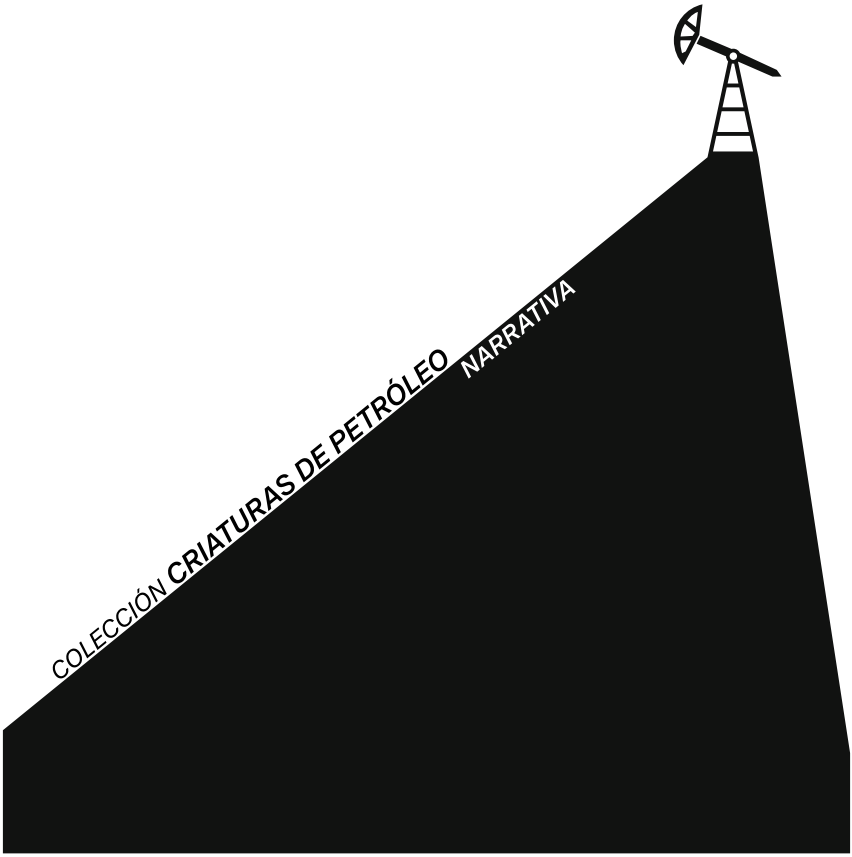
Corrección
Yhoiner Parras

Diseño de portada y diagramación
Mónica Piscitelli

ISBN: 978-980-01-2667-7
Depósito legal: DC2026001344

RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ

Casandra



NOTA EDITORIAL

Para la presente edición utilizamos como texto-base la primera edición, publicada por Hortius en 1957, y la contrastamos con la segunda, publicada por Edime en 1968. Las diferencias significativas entre una y otra son advertidas en notas al pie.

Sobre las decisiones gramaticales, los enclíticos graves se adaptaron a la norma actual. Los títulos «sir» y «míster» se adecuaron a la norma actual, en minúscula y con tilde para los casos que el contexto lo exige.

Se conserva la inestabilidad en «Sebero» y «Severo», puesto que la primera grafía se usa en autorreferencias dialógicas y orales del mismo personaje, y la segunda se usa cuando es el narrador u otro personaje quien se refiere a él.

La mayúscula de «Compañía» se bajó. Se sustituyó con la onomatopeya «shhh» el «*Shit*» que se ha usado en las ediciones porque su significación puede llegar a confundir. Se optó por «Carpio» en vez de «Carpió». Este último es el usado en la primera edición, pero no lo consideramos apropiado, tal como pareció decidirse para la segunda edición.

Los sobrenombres se entrecomillan la primera vez para marcar que se trata de tales, y luego se dejan sin comillas. Cuando se usa la fórmula «general Gómez» el rango militar se utiliza en mayúscula, pero hemos decidido conservar la mayúscula en «General» cuando sustituye o alude a Gómez sin que se mencione su nombre para distinguir que se trata de él.

«Caraqueño» y «Platanera» se mantienen en mayúscula porque, si bien son sustantivos comunes, se trata de apodos. Se conserva la inestabilidad entre *El relámpago* y *Relámpago*. Se conserva «Virgen» en mayúscula porque, si bien es cierto que la norma actual no lo recomienda por ser un sustantivo común, se trata de una decisión que intenta recoger el respeto reverencial y el fervor del culto mariano en estas tierras, el cual tiene menos fuerza en la península (a excepción de Portugal).

PRÓLOGO

Si bien *Mene*, la primera novela de tema petrolero de Díaz Sánchez, tiene más de veinte ediciones hasta el día de hoy y ha sido traducida a los idiomas inglés, ruso, eslovaco, francés e italiano, *Casandra* no ha corrido con la misma fortuna. Luego de la primera edición publicada en 1957, solamente le siguieron dos: la de Edime, en 1968, y otra en 1980 por la misma casa editorial. ¿Cómo se explica tal desproporción en dos novelas de un mismo autor con la misma temática? A pesar de que grandes críticos como Gustavo Luis Carrera y Orlando Araujo elogiaron los innegables méritos de la primera, con la segunda fueron severos e incisivos. ¿En qué se fundamentaron sus argumentos? Más aún, ¿se pueden seguir sosteniendo las mismas consideraciones que esgrimieron contra la novela? Además de tratar de contestar dichas preguntas, la inquietud que nos empuja a publicar nuevamente esta obra quiere intentar dar respuesta a la siguiente interrogante: ¿qué tiene que decirnos hoy una novela como *Casandra*? Partimos, entonces, no de lo que la novela «debe ser», de lo que «debe decir» o de las posiciones que «debe tomar», porque una lectura de esa índole condenaría al fracaso a muchísimas obras. Avanzamos desde la idea de ir hacia lo que la novela ofrece, y no ignoramos que aun con el buen uso de diversos instrumentales críticos, nuestra respuesta no es más que una lectura.

La primera novela se ambienta en una Cabimas agraria que iba a comenzar su transición hacia una economía y un paisaje

petroleros; recoge de forma magistral el impacto humano que significó la explotación, con todas las tensiones que comenzaban a generar las transformaciones culturales que vinieron con ella. *Mene* era el nombre que los indígenas utilizaban para el bitumen que brotaba de forma natural y que era utilizado, entre otras cosas, para calafatear embarcaciones y paredes. El personaje principal de la novela, Joseíto Ubert, es un hombre de verbo hábil y convincente que se enriquece con la venta fraudulenta de unos terrenos que posteriormente serán campos de explotación petrolera. En su periplo, embaraza a la joven Marta, quien dará a luz a José Ubert, protagonista de *Casandra*.

Por su parte, *Casandra* está ambientada en la etapa final de la dictadura Gomecista, cuando ya el petróleo constituye la industria con más fuerza en nuestra economía. Narra el paso de José Ubert por una Maracaibo y una Cabimas en las que el paisaje humano y material, así como las formas culturales y vitales que emergen en un ámbito de explotación petrolera, estaban muy afianzados. Ese mismo trayecto fue el vivido por Díaz Sánchez, por lo que se puede afirmar, como veremos, que se trata de su obra narrativa con mayor carácter autobiográfico.

Casandra es el nombre de una mujer que deambula por el pueblo de Campo Escondido en compañía de su nieto. «Una vieja desgreñada y harapienta, a la que acompañaba un niño desnudo». Iba en su camino increpando a los habitantes del pueblo. Continuamente afirmaba, con aires de vidente y profeta, que «Todos están muertos, sus casas son sepulturas».

José se obsesionó con esta mujer y con sus afirmaciones; creyó que en ellas había resonancias ocultas y la entendió como una personificación de Venezuela. De allí que se interesara por salvarla, embellecerla y «redimirla». Vale decir que Humberto Ochoa, historiador de Cabimas y actual cronista de la ciudad, señala que a principios de siglo XX, un poco antes del reventón del Barroso II, hubo una mujer en la localidad de Pueblo

Aparte llamada María Acosta que afirmaba en tono profético lo siguiente: «unos hombres altos, catires, con botas grandes... Harán unos huecos en la tierra y un chorro brotará» (*Estampas de Cabimas*, 33. Citado en Brito). Seguramente Díaz Sánchez escuchó este relato durante su estadía en el estado Zulia y es muy probable que de ahí haya partido la inquietud que daría forma al personaje de Casandra.

Con respecto a este punto, Carrera afirmó que «La personificación en Casandra de un ideal de redención nacional tan vago como el de José, resulta inconcebible de parte de quien parece tener nociones bastante claras de la realidad del país», y sostuvo que se trata de un «símbolo impreciso cuando no ridículo» (88). Le recrimina también el hecho de haber tratado de «aclarar algunos símbolos de la novela (el de Casandra), que a fin de cuentas no aclara» (87. Paréntesis nuestros).

Sobre este tópico su lectura falla. Uno de los aspectos más marcados de esta novela es la gran cantidad de veces en las que aclara lo que representa Casandra. Por ejemplo, durante una conversación, José le expresa al viejo maestro Carpio, personaje que fue injustamente despedido de la escuela local y que ahora se encargaba de redactar los discursos oficiales y de adornarlos con alabanzas al gomecismo, que «ella es un símbolo. Venezuela es como Casandra: una loca borracha que envenena a sus hijos; y son los que escriben discursos como ese los que no la dejan curarse». También en la carta que envía Ely Saúl, personaje pintoresco que es músico, «poeta y espiritista», y quien recuerda al Ely Saul Rodríguez del grupo Seremos, se halla lo siguiente:

> Lo que me contó usted de Casandra... me ha inspirado largas meditaciones. En efecto ella podría ser el símbolo vivo que condujese a este pueblo hacia su destino como la Niké alada conducía a los griegos a la victoria y a los

descubrimientos de nuevas tierras. Usted está en lo cierto: Casandra es una representación inconsciente de la tragedia venezolana.

Precisamente por esta razón Ely Saúl recomienda a José «trajear a Casandra en una forma simbólica». Le sugiere que «la vista a la griega, con la túnica que usaban las pitonisas, y sobre la túnica el chitón irisado de pliegüecillos», y la vislumbra en los siguientes términos: «Imagínese usted a Casandra ante el pueblo, revestida con su túnica y su chitón y armada con una hermosa copa de oro llena de ron. ¡Qué sacudida, mi amigo! ¡Qué trance! ¡Qué triunfo!». De allí la devastación que sintió al encontrarla muerta junto a su nieto mientras eran comidos como carroña por los zamuros. Se trata de una de las escenas con mayor dramatismo de la obra: «Entonces, movido por una insensata vehemencia, a pedradas, a palos, a gritos, trató de alejar a las vultúridas, pero no tardó en convencerse de la inutilidad de su empeño. Los zamuros volvían atropellándose y graznando con impaciencia». Ya con su derrota y su desencanto a cuestas, cubre a Casandra y a su nieto con el traje griego que le había mandado a confeccionar mientras le dice: «Casandra, te juro que no serás olvidada». Esto explica la forma en la que es representada en el cuadro que relata en el epílogo: «Era una pintura arbitraria, surrealista, en la que se pretendía representar a una vieja harapienta con un elaborado aire de bruja y teniendo de la mano a un chiquillo desnudo».

Aunque hoy en día se le puede objetar a Díaz Sánchez el hecho de aclarar lo que a todas luces es un personaje simbólico, no hay forma de señalar acertadamente que no aclara sus símbolos. Además, para los lectores de hoy es vital observar cómo la muerte de Casandra representa la muerte de una esperanza no solamente en el personaje, sino en el propio Díaz Sánchez. Este es otro elemento que la lectura de Carrera pasó por alto.

Si bien señala que «la muerte de Casandra simboliza la muerte de los pobres ideales de José» (88), no logra apreciar que *Casandra* es una novela en la que se hacen patentes los grandes desencantos de Díaz Sánchez, y en la que se evidencia un cambio de mentalidad con respecto a sus esperanzas sobre el país y con relación a su mirada sobre el petróleo. En el prólogo a su novela, Díaz Sánchez realiza la osada intervención metaficcional de conversar con José Ubert, su personaje, en los alrededores de la plaza Bolívar. En este sentido, no es Ubert quien sale de la ficción, es Díaz Sánchez quien entra en ella en un ejercicio que encarna una lúcida conversación consigo y con sus ideas. Uno de los comentarios más sugerentes de José es el siguiente: «Todos, o casi todos, han rectificado después, ¿por qué no iba a hacerlo yo? Hoy poseo un concepto distinto del cuadro histórico de nuestra economía y de nuestra cultura».

Si *Mene* es una novela ambientada en lo que el autor denomina la primera etapa de influencia del petróleo, durante los inicios de la explotación a gran escala, *Casandra* es una novela ambientada en lo que llama «etapa mágica por la manera anticientífica y sibilina como quisimos interpretarla». Sin embargo, su prólogo, su epílogo, algunas partes fundamentales del texto, así como el tiempo y el lugar en el que escribe la obra (y he aquí otro elemento que pasó por alto la lectura militante y epidérmica de Carrera), pertenecen a la tercera etapa, la del «tecnicismo y de las rectificaciones realistas». Por eso José le expresa a Díaz Sánchez que «Hoy poseemos una noción más concreta de nuestro petróleo, de sus numerosas aplicaciones, de lo que puede y debe aún producirnos...». A partir de esas palabras explica lo siguiente:

> Hemos hecho pagar a las compañías petroleras lo que nos corresponde como dueños de esa riqueza: las hemos inducido a tratar al trabajador criollo como un ser humano;

> hemos visto reflejarse en la economía del país el enorme tesoro de nuestro subsuelo; ahora nos preparamos para explotar, por nuestra cuenta y con nuestros propios recursos, la cuota de aceite que nos corresponde. ¿Le parece a usted poco?

Si bien *Casandra* es la «segunda etapa del ciclo de *Mene*», buscar al Díaz Sánchez de *Mene* en *Casandra* es una labor fracasada de antemano. Los juicios de Carrera no dejan ver que se trata, si no de la primera, al menos sí de una de las primeras novelas en las que se asoma de forma clara el abandono de la mirada exclusivamente pesimista sobre el petróleo. Si bien se le puede objetar que esa visión no toma en cuenta lo mucho que faltaba en materia de reivindicaciones sociales y laborales (como las relativas a la condición social y laboral de las mujeres, por ejemplo), sí acierta en lo que parece ser una invitación a que miremos la industria con otros ojos. Es una novela en la que más bien late la esperanza de que algún día las inmensas riquezas del petróleo sean administradas en su totalidad por el Estado venezolano, lo cual sucedió en enero de 1976 durante el primer mandato de Carlos Andrés Pérez. La obra fue publicada en un momento en el que aún se aplicaba el *fifty-fifty*, reforma arancelaria llevada a cabo por el ministro Juan Pablo Pérez Alfonzo en 1948, durante el gobierno de Rómulo Gallegos, la cual estipulaba que las ganancias de las empresas explotadoras no podían ser superiores a las del Estado, por lo que se abandonó el esquema 43/57 para ir hacia el 50/50.

A pesar de que el autor abandona la mirada pesimista sobre el petróleo, lo que no abandona es su poética de la justicia. Se evidencia, por ejemplo, cuando Teófilo Aldana, uno de los personajes que entró en la famosa «lista negra», le expresa a José lo siguiente: «—¿De la justicia? Mire, cámara, no me hable de poesía». *Casandra*, en este sentido, no abandona la denuncia,

ni la pintura de las injusticias, ni el clamor por una sociedad más justa.

La injusticia social se ve, por ejemplo, cuando sustituyen al viejo maestro Elías Carpio, «indio viejo», por el a todas luces inculto e inadecuado Severo Chacón. Ante el humillante remplazo, Carpio responde con ímpetu e indignación:

> —¡No! —le atajó con inesperada vehemencia: No y mil veces no, ¡Epimeteo Quintero! Como quiera que lo disfrace esto es una injusticia. Yo soy maestro de escuela, no barrendero. Ahí están esos niños: ¿quién les ha enseñado lo poco que saben? Examínelos. Póngalos a leer y escribir. Mándelos al pizarrón. Pregúnteles algo de Geografía, de Historia Patria. Examínelos, Epimeteo, examínelos.

También se puede ver cuando, durante una conversación imaginaria en la que se utiliza la técnica del flujo de consciencia, José le expresa a su padre lo siguiente:

> Son muchos, señor, los que claman justicia; muchos los que la esperan de usted. No me mire de esa manera. Usted es también culpable de lo que ocurre en nuestro país en estos momentos, de la sangre que corre y de la que correrá aún sobre estas tierras martirizadas. Salga de su aislamiento y mézclese con el pueblo; oiga sus quejas y devuélvale lo que es suyo.

Por otro lado, Díaz Sánchez afirmó que uno de los grandes valores de *Mene* era «su carácter documental» (Citado en Carrera, 60). Es decir, reconoce en la novela un documento fundamental que lleva a la ficción el momento en el que nuestro país comenzaba la agresiva transición de una economía agraria a una economía petrolera; ve en la narración la intención

de reflejar un ambiente. Carrera reconoce, a la par de Díaz Sánchez, que se trata de una novela «de gran valor original en su concepción general y de *sólida significación documental, basada en las experiencias directas de Díaz Sánchez*» (67. Cursivas nuestras). Si esta valoración aplica merecidamente a *Mene*, no hay forma de negar, como veremos, que el valor de *Casandra* en ese aspecto es superior.

Se trata de un documento muy importante para comprender la historia política y social de Venezuela durante la primera mitad del siglo XX de la mano de uno de sus testigos. Los personajes están situados justo en medio de los acontecimientos que marcaron los derroteros de Venezuela en la pasada centuria y que siguen afectando el presente. Por su naturaleza ficcional, el texto rompe las distancias que separan tanto el relato como el análisis histórico e historiográfico de los hechos, y nos presenta estos importantes sucesos relatados de forma vívida y colorida, pero sin abandonar el dato y el detalle puntual. De allí que Araujo afirme que «Da la impresión... de que lo narrativo fue penetrando más en lo histórico y, a la inversa, que lo histórico (y sociológico) fuera interviniendo progresivamente en la obra narrativa» (137-138). Por eso habla del paso de la «novela-novela» a la «novela-ensayo» (*Ibid*.), es decir, de un tipo de narrativa en la que además de la ficción y de la presencia de los elementos relativos al relato (espacio, tiempo, personajes, etc.), se destaca el abundante uso del discurso argumentativo.

José Ubert, estuvo preso dos años en el castillo de Puerto Cabello junto a muchos de los miembros de la generación del 28. Así lo relata:

> —Yo también estuve preso dos años.
> —¿Usted?
> —Con grillos, en el castillo...
> —¿Se comió a alguno?

—*No: me metieron ahí por político*.
—¡Caray! Eso si debe de ser malo.

Allí pudo ser testigo de cómo era el ambiente ideológico y anímico que se vivía tras los barrotes, así como también pudo padecer las torturas y los abusos que también vivieron sus compañeros de causa. El mismo Díaz Sánchez pasó dos años detenido en el Castillo San Carlos de Maracaibo. De allí que esta novela se hermane, entre otras, con *Fiebre* y *La muerte de Honorio* de Miguel Otero Silva y con *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra. El relato también da vida al ambiente vivido durante el reventón del Barroso II y emplea imágenes de alta factura literaria:

> Crujidos, cabezadas, azotes de crines líquidas, todo lo que el cielo ha inventado para hacer temblar al marino, se desató en los treinta minutos que aquellos hombres invirtieron en alcanzar el taladro roto. Pero al fin lo alcanzaron. En medio del lago la cabria inundada apenas se distinguía en el gran cerco de lona por medio del cual se trataba de contener la catarata de aceite. Una vez que el lanchón quedó abarloado junto a la plataforma, los obreros saltaron a esta. Y de pronto el artilugio tembló. La negra torre se puso a danzar.

Otro elemento capital para la historia del siglo XX venezolano y para la comprensión de la mirada de Díaz Sánchez sobre la política del país lo constituye la mención del Plan de Barranquilla. Este fue el «manifiesto político» de la Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI), organización fundada por Rómulo Betancourt y que fue predecesora de Acción Democrática. En el relato se observa a Palmenio Martínez, personaje descrito como un «misántropo resentido»

que «Apenas dirigía la palabra a los otros y cuando lo hacía cada uno de sus conceptos destilaba un oculto veneno» y quien además «Se pasaba las horas dentro del calabozo, metido en su hamaca y escribiendo cuartillas que luego escondía cuidadosamente». Será él quien hable de «Hígado», un líder que

> había sido estudiante universitario en Caracas y había participado en primera línea en las luchas del año 28, mas, astuto como una vulpeja, siempre logró escapar a la policía. Cuatro años llevaba en el extranjero y su actividad había bastado para poner en consternación a tres o cuatro países de la región del Caribe. Era agitador por naturaleza.

Este personaje fue no solamente el fundador del ARDI, sino que «corrigió» los errores de los que, en sus palabras, adolecía dicho plan. Más allá de la licencia histórica que se permite el autor, Palmenio es un personaje a través del cual Díaz Sánchez vehicula su desazón por los partidos políticos de la naciente democracia. Pone en boca del general Trabuco, viejo militar gomecista encarcelado junto José y Palmenio, estas palabras: «ruéguele a Dios que este país no caiga algún día en manos de un hombre como Palmenio al que han mandado aquí por demócrata». También utiliza a Pío Tamayo, poeta comunista recordado por *Homenaje y demanda del indio*, como un personaje dentro de la ficción para manifestar su mirada sobre la inviabilidad del proyecto político comunista en el medio venezolano:

> Seducido por sus nuevas ideas él mismo se puso al frente de aquella empresa e inició sus innovaciones: liberó a los trabajadores de sus deudas tradicionales, les aumentó los salarios, les redujo el horario de las tareas y les puso una escuela para sus hijos. Al cabo de cierto tiempo tuvo que

> confesar que había fracasado. ¿Por qué? Por el atraso del medio, por la falta de educación. Interpretando el fracaso como una experiencia, pensó entonces que otros, más adelante, sacarían de ello mejor provecho. Comprendiéndolo así y decidido a utilizar su propia experiencia, ideó dar a sus peones una educación por medio de sencillas arengas, pero esto también fue inútil: los hombres preferían escapar o fingirse enfermos a oír aquellos sermones. Vendían los zapatos, jugaban el dinero a los dados o se lo bebían en las tabernas; haraganeaban, reñían, se peleaban. Arruinado y un poco triste Pío se marchó al extranjero y más tarde puso rumbo a Caracas, en donde hizo contacto con los estudiantes que proyectaban asaltar los cuarteles. Y con ellos cayó en la prisión.

En la obra se pueden leer otros momentos vitales de nuestra historia política, como los rumores sobre la enfermedad de Gómez, su muerte, las revueltas y saqueos que se produjeron, así como la llegada al poder de Eleazar López Contreras con su «calma y cordura», entre muchos otros acontecimientos. Los lectores de hoy pueden entrar por las páginas de esta obra como quien abre una puerta hacia el pasado de nuestro país. Es una narración que habla en los espacios en los que ni la historia oficial ni la historia académica pueden hablar.

Como ya se había comentado, Díaz Sánchez pone en escena el impacto cultural y social producido por la explotación petrolera. La llegada de las compañías supuso la entrada de una gran cantidad de dinero, pero trajo consigo una transformación irreversible en los modos de vida, en las formas de concebir y relacionarse con el mundo y en las relaciones con los otros. En una conversación con Beltrán Oliver, poeta y representante del viejo espíritu marabino que leía a los clásicos y llamaba a sus hijos con nombres sonoros y helénicos que hasta hoy en día

ocupan un lugar de honor en el imaginario de la ciudad, este le comenta lo siguiente a José:

> en qué mal momento has llegado. ¿Sabes que nuestro pueblo ha cambiado mucho? Aquellos dichosos tiempos de la hospitalidad maracaibera pasaron ya para siempre. Ahora aquí no se oye hablar sino de dinero. Todo se vende y se compra, comenzando por la amistad y el amor. Sin embargo, has tenido suerte al hallarte conmigo: yo soy el único maracucho que no tiene dinero.

Y precisamente este flujo efervescente y embriagador de dinero mejoraba las condiciones económicas de unos mientras arruinaba las vidas de otros. A pesar de las pobres condiciones de los trabajadores petroleros durante la etapa final del gobierno de Gómez, la novelística del petróleo, incluyendo a Díaz Sánchez, reconoce que la nueva industria está atrayendo una gran cantidad de trabajadores. En una conversación entre el cojo Magín Cardozo, hijo de Casandra y personaje sobre quien cae la violenta severidad de la población de Campo Escondido a la muerte de Gómez; y Roso Morales, llanero asentado en una pequeña bodega cabimera, se lee el movimiento violento y frenético de los trabajadores hacia las industrias petroleras mientras abandonaban los oficios y las labores tradicionales:

> —Caray, a ti no te duran los dependientes. Págales para que no se te vayan.
> —Les pago, pero se van: ganan más en las compañías.

El mismo Roso Morales es un personaje que «Abandonó su región cuando la ganadería se arruinó en aquella parte de la República y se vino a la costa del lago porque todo el mundo decía que aquí estaba la nueva riqueza». La ciudad se había

convertido en un lugar en el que «Gentes de razas distintas y nativos de diversas regiones de Venezuela se agruparon... y de este modo se vio convivir allí a los atezados isleños de Margarita con negros de las Antillas inglesas y chinos comedores de arroz».

Las transiciones culturales traídas por nuestra nueva situación petrolera afectaron no solamente el imaginario zuliano, sino el venezolano. Esto lo reafirma el autor en su ensayo *Paisaje histórico de la cultura venezolana* (1967) cuando apunta lo siguiente:

> Concebido así el fenómeno cultural, es como halla explicación el básico cambio experimentado por el país en los últimos años; es así como se comprende la inversión o transposición de las categorías morales e intelectuales, la rebeldía de los hijos contra los padres, la precoz emancipación de la mujer en el trabajo y en el amor, la desaparición del viejo concepto de honestidad—la propiedad ajena es inviolable, la palabra es un documento, la vida humana es sagrada—y las vertiginosas ansias de convertirlo todo en moneda, es decir, en divisas para el disfrute de los sentidos (1536).

De allí que el autor hable en su ensayo de un «país vegetal» frente a un «país mineral» (1536), o de un país dedicado a la ganadería, a la agricultura, a la pesca y a diversas labores de esta índole, frente a un país en el que predomina tanto la explotación petrolera como los códigos culturales resultantes de ese ámbito. Estas inquietudes ya estaban presentes tanto en el Díaz Sánchez de *Mene* como en el de *Casandra*. De allí que para los lectores de hoy sea un ejercicio de lectura muy útil leer su narrativa al lado de su obra ensayística.

El autor entiende que las tensiones generadas a partir de la explotación petrolera son de vieja data. Durante la

conversación entre Díaz Sánchez y José Ubert, este le comenta que «El problema que hoy se proyecta en torno al petróleo es la prolongación, bajo apariencias distintas, de una pugna que comenzó en los tiempos del cacao y del café». Es, en este sentido, una obra que se hermana con Cubagua de Enrique Bernardo Núñez. En ambos autores se establece un paralelismo entre la explotación en tiempos de la Colonia y la actual explotación petrolera. También se hermanan en sus opiniones respecto a los historiadores de la época. El doctor Landáez, personaje que introdujo en José las ideas sobre la importancia de los símbolos, expresa que «Venezuela es un emporio de malos historiadores», afirmación que recuerda el contundente discurso de recepción que dio Núñez al ser nombrado individuo de número de la Academia Nacional de la Historia en 1948. Díaz Sánchez sería nombrado también individuo de número diez años después. No está de más comentar que fue Núñez uno de los miembros del jurado que galardonó a la novela Mene en 1935.

Ambas novelas se ambientan en un estado Zulia en el que todavía no se había construido el puente Rafael Urdaneta, pero en el que los viejos piragüeros iban a ser afectados por la llegada de las compañías de ferri. En dicha época, la forma usual y cotidiana de llegar a Maracaibo era a través de embarcaciones debido a que otras formas de llegar eran poco viables, por lo que hay una relación con el lago de Maracaibo que va más allá de lo meramente afectivo: la presencia de esa gran masa de agua daba a sus habitantes un sentimiento de insularidad que no cesó sino hasta la construcción del puente. De allí el rol fundamental de los piragüeros. De allí la familiaridad de los margariteños con la región. De ahí que en en la obra se mencione, por ejemplo, que ante la rotura del Barroso II estuviesen reclutando margariteños para repararlo. A este respecto es importante advertir que Casandra, en la novela, es una mujer llegada de Juangriego, y que su verdadero nombre es Elodia

Cardozo. Aunque no es originaria de Juangriego, sino que «procedía del Valle de San Juan Bautista, en donde los suyos cultivaban una pequeña vega», Díaz Sánchez pone en escena a una mujer caribeña habituada a la vida frente al mar. Su esposo, Zenón Cardozo, era un próspero contrabandista. Fue la muerte de este en los arrecifes lo que desató su locura: «A pie y descalza, en jirones la ropa y al aire la desgreñada melena, se dirigía a Juangriego y se plantaba frente al mar que era el único vínculo entre su corazón y su conciencia»

Es inevitable hallar una relación entre este relato y *El corcel de las crines albas* de Lucila Palacios; es imposible no relacionar a Elodia con Juana «la enluná» y con todas las peripecias del ambiente que narra Palacios.

En el ambiente cultural de la época surge un personaje que se introducirá en la gran mayoría de las narrativas del petróleo: el «gringo» o el extranjero. El tratamiento de este personaje en *Casandra* también le trajo problemas a Díaz Sánchez. En la novela aparece míster Walter, un geólogo extranjero con un alto sentido de la justicia. Carrera señala que «En el fondo es una visión tan idealizada como la de Hardman (personaje de *Sobre la misma tierra* de Rómulo Gallegos), aunque con ligeros fundamentos de que éste carece» y le recrimina que al personaje «le toca hacerse tal vez el más pesado personaje de la novela con los discursos que le endilga el autor en varias oportunidades» puesto que «pone a Míster Walter a producir unas extensas e insoportables disertaciones sobre la formación del petróleo, sobre temas de geología y geografía, y otros asuntos técnicos, que imprimen una notable pesadez al libro» (91). Araujo también señala que «La doble ingenuidad de su expresión fue, sin embargo, extenderse didácticamente en clases elementales de petróleo y poner la siembra de aquella conciencia en manos de un gringo» (139).

Una lectura atenta del personaje nos muestra que, tal como lo afirma Araujo, es este el encargado de sembrar una nueva

conciencia sobre el petróleo en José. Por ejemplo, le comenta lo siguiente: «A usted... le interesa el petróleo. Sin embargo, por más que se empeña en comprenderlo sigue sin saber exactamente qué es. *Lo mira como algo diabólico fabricado en el fondo de la tierra por un ejército de demonios maravillosos*» (Cursivas nuestras). Apunta también que

> la desorientación y el concepto disparatado que se tiene aquí del petróleo, se deben a la ignorancia en que están todos respecto a él. Solamente saben que existe, que está ahí y que su explotación ha producido una sacudida en la economía y en la cultura del mundo moderno, pero ignoran qué ha sido y qué es el petróleo, cómo se formó, cómo se descubrió, cómo se usó al principio y cómo se usa en la actualidad.

De allí que el personaje busque, a través de un relato que combina geología e historia natural, la desmitificación del hidrocarburo. Es verdad que, como señala Barrios, el problema que implica narrar el petróleo y comprender su papel en la sociedad contemporánea «exige atender tanto al tiempo profundo de la geología como a la escala global de sus efectos económicos y ecológicos —dimensiones que resultan difíciles de narrar» (225), a pesar de que, como también reconoce, tales esfuerzos hayan tratados de ser llevados a cabo tanto por *Mene* como por *Memorias de una antigua primavera* de Milagros Mata Gil (*Ibid*.). *Casandra*, en este sentido, es una novela que también intenta la audaz aventura de narrar el petróleo desde la geología, pero sin desvincularlo de lo humano.

Establece paralelismos interesantes que, a todas luces, no fueron advertidos ni por Araujo ni por Carrera. Uno de los más interesantes es el que se da entre la revolución política y la revolución geológica: «Piense en las revoluciones que levantaron

las rocas más profundas para formar las montañas de hoy y compárelas con eso que nuestros contemporáneos llaman revoluciones». El más fructífero de todos, sin embargo, es el que se establece entre el petróleo y la humanidad:

—Esta noche vamos a hablar del petróleo, de su origen y de su historia.

—¿Y no vamos a hablar del hombre? Me lo había prometido...

—*Hablar del petróleo es hablar del hombre* (Cursivas nuestras).

Las lecturas de Araujo y de Carrera, que evidencian más la búsqueda de coherencias ideológicas que una lectura atenta de lo que el texto ofrece, pasaron por alto que ya quien estaba narrando no era el Díaz Sánchez combativo, sino el desencantado y el de la mirada realista. Además, no es descabellado ni inverosímil el hecho de presentar a un extranjero como el encargado de desmitificar el petróleo a través del conocimiento científico, si bien es cierto que, por ejemplo, para 1937 los únicos cinco geólogos venezolanos que teníamos habían sido formados en Estados Unidos y en Francia, y que en el año 1938 se funda el Instituto de Geología, antecedente de la Escuela de Geología de la Universidad Central de Venezuela (Royo y Gómez, 52-53). El mismo Díaz Sánchez, en la introducción a la segunda edición de *Casandra* (1968), señala lo siguiente a propósito de estas críticas: «¿De dónde nos ha venido, a nosotros venezolanos, a nosotros americanos, la revelación de los mundos desconocidos? De los extranjeros, de todos. Eso es Mister Walter: todos los extranjeros» (9). Y en esa misma introducción explica, de forma agresiva, el origen del personaje: «la figura de Mister Walter no es imaginaria. Es la de un químico alemán y melómano a quien conocí en Cumaná y al que metí en la novela porque así lo quise» (*Ibid*.).

Es importante destacar, además, que *Casandra* es una novela en la el autor va dejando los signos de su elaboración en la narración misma. El narrador expresa que «Fue precisamente en aquellos días cuando José comenzó a *tomar notas de sus ideas*

y peripecias, lo que hizo en una libreta semejante a la de las cuentas de la bodega» (Cursivas nuestras), lo que habla de una novela elaborada no solo a partir de vivencias y aventuras plasmadas en una especie de diario de notas, sino a partir de apuntes de ideas. Por eso en el prólogo habla de «los apuntes de Ubert», los cuales «adolecen de tal confusión que me he visto obligado a someterlos a cierto orden». Es por esta misma razón que en el epílogo Díaz Sánchez vuelve a entrar en la ficción y le comenta al ya aburguesado José sobre sus apuntes que «Hay en ellos cosas interesantes, pero al mismo tiempo algunas lagunas. Por eso he venido a verlo».

Este es precisamente uno de los elementos que buscaba Díaz Sánchez. Se trata de una obra que rompe el horizonte de expectativas en torno a lo que se espera de una novela e introduce elementos propios del género testimonial y de la historia, sin dejar por ello de ser una ficción. De allí que José la llame una «cuasi-novela». Es una obra en la que se puede apreciar su elaboración a partir de notas y fragmentos, por lo cual, como afirmamos antes, se evidencian los elementos propios de los géneros autobiográficos, sin que ello signifique que la novela es una autobiografía en sentido estricto; está buscando conscientemente romper los límites de la novela, pero sin dar el salto hacia la autobiografía total, por lo que se trata de un tipo de escritura identificable con la autoficción, la cual «nace de una insatisfacción con la forma de la novela, específicamente con su capacidad para transmitir verdades internas» (Brown 15), en la que se hace posible la presencia de «un espejo del autor en el texto» que no tiene que llevar su nombre (16). Es un tipo de ficción «particularmente pertinente en el contexto venezolano, donde "la verdad" y "la objetividad" son asuntos políticos» (17). Es, en definitiva, una obra en la que, utilizando las palabras de Baudelaire, el pasado no solamente se hace interesante «por la belleza que supieron extraer los artistas

para los cuales era el presente, sino también por su pasado, por su valor histórico» (16).

Para finalizar, es necesario acotar que hace falta un análisis que compare la novela con ficciones posteriores en el ámbito venezolano. Aparte de los libros de Barrios (2025) y de Silva-Ferrer (2025), y de artículos como el de Abend Van Dalen (2022), hacen falta trabajos de envergadura en los que se establezcan diálogos entre nuestras petroficciones y las de otras latitudes, así como también son necesarios trabajos que aprovechen los más recientes aportes de la crítica ecológica y de las humanidades energéticas. A pesar de que ha habido intentos de estudiar el rol de la mujer en el ámbito petrolero, como los de Mandrillo (2024), faltan muchas más lecturas sobre el papel de las mujeres en las petroficccciones y, particularmente, en la narrativa de Díaz Sánchez. Dicho de otro modo: faltan aproximaciones crítico-literarias con enfoque de género. También falta ampliar la mirada hacia los pueblos y los personajes indígenas. Esta lista se puede seguir ampliando, pero esperamos que sirva como una pequeña guía de lecturas pendientes para presentes y futuros lectores. Creemos, por último, que si hay algo que nos dice hoy en día una novela como *Casandra* es que debemos aprender a mirar el petróleo con ojos menos pesimistas sin que ello signifique dejar de reconocer los problemas que trae. Debemos aprender a separar «petróleo» de «corrupción», aunque ninguna etapa de nuestra historia nos dé un ejemplo fáctico de dicha diferencia y, además, debemos aprender a vernos sin complejo alguno como país petrolero, con todas las implicaciones que conlleva esta condición en el Sur Global, puesto que, como dijo acertadamente míster Walter: «el país que contenga petróleo no puede evadir su destino».

YHOINER PARRAS

Referencias

Araujo, Orlando. *Narrativa venezolana contemporánea*. Monte Ávila Editores Latinoamérica, 2018.

Abend Van Dalen, Raquel. Mene y Guachimanes: una lectura desde la escritura geológica. *Catedral tomada*, vol. 10, n. 18, 2022, pp. 95-117.

Barrios, Elizabeth: «Petróleo» en Capaverde, Tatiana. *Conceptos clave para los estudios de la literatura venezolana actual*. Edições Makunaima, 2025.

Brito, Dionisio : «"El reventón" milagroso» en https://www.eneltapete.com/historia/3048/el-reventon-milagroso.

Brown, Katie: «Autoficción» en Capaverde, Tatiana. *Conceptos clave para los estudios de la literatura venezolana actual.* Edições Makunaima, 2025.

Carrera, Gustavo Luis. *La novela del petróleo en Venezuela*. Universidad de Los Andes, Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres, 2005.

Díaz Sanchez, Ramón. *Casandra*. Ediciones Hortius, 1957.

Díaz Sánchez, Ramón. *Casandra*. Edime, 1958.

Díaz Sánchez, Ramón. *Casandra*. Edime, Publicaciones Españolas, 1980.

Díaz Sánchez, Ramón. *Mene en Obras selectas*. Edime, 1968.

Díaz Sánchez, Ramón. *Paisaje histórico de la cultura venezolana* en Obras selectas. Edime, 1967.

Mandrillo, Cósimo. *El imaginario petrolero y otros ensayos*. Monte Ávila Editores Latinoamérica, 2024.

Royo y Gómez, José. Pequeña historia de la Escuela de Geología. *Geos*,1, 1959, pp. 52-59, doi.org https://saber.ucv.ve/ojs/index.php/rev_geos/article/view/9770

Silva-Ferrer, Manuel. *Paisajes del subsuelo. Mapas y pliegues de las culturas del petróleo en la Venezuela del siglo XX*. De Gruyter, 2025.

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN

Exergo para explicar dos libros venezolanos

He autorizado una nueva edición simultánea de mis novelas *Mene* y *Casandra* porque me complace verlas reunidas y ofrecidas a un público que de esta manera podrá mejor entender el proceso de mis ideas frente al petróleo, vale decir frente a un fenómeno que ha constituido el más protuberante problema de la cultura, de la economía y de la política de nuestro país en el último siglo.

De la primera de estas novelas se han publicado hasta hoy ocho ediciones en español y cuatro en idiomas extranjeros, a saber:

1ª, Cooperativa de artes gráficas.....1936.
2ª, Editorial Élite, Caracas.....1944.
3ª, Editorial Ávila Gráfica, Caracas.....1946.
4ª, Editorial Aguilar S.A., Madrid.....1964.
5ª, Festival del Libro Venezolano, Lima.....1958.
6ª, Eudeba, Buenos Aires.....1966.
7ª, en mis *Obras Selectas*, Edime.....1967.
8ª, la presente.....1968.

En otros idiomas:

1ª, en ruso. Traducción del profesor Fedor Kelin, Moscú.....1948.

2ª, en eslovaco. Con el título de *Nafta*. Traducción del profesor Rudolf Baret. Dukla, Bratislava.....1950.

3ª, en francés, con el título de *Bitume*. Traducción de Ives e Ivonne Malartic. Edit. Bellenand, París.....1953.

4ª, en italiano. Traducción de Virgilio Martini. Editrice La Croce del Sud, Amantea.....1966.

Casandra solamente ha tenido dos ediciones: la primera de Editorial Hortius, Caracas, 1957, y la presente de Edime.

Ambos libros —como en general todos los que he publicado— han sido objeto de interpretaciones capciosas, de juicios truculentos y de ataques inspirados por el prejuicio y por el fanatismo políticos. Felizmente han merecido también favorable acogida, por lo que la negación sistemática no me ha hecho dudar de mí mismo. Por el contrario, ha servido para ratificarme en lo que he querido ser en la vida: un hombre libre y un escritor sin compromisos sectarios, sin trastiendas oscuras y sin inconfesables negocios.

La verdad es que me resulta increíble que en torno a estos libros haya podido formarse un clima polémico tan disparatado y artificioso. ¿Incomprensión de un problema social complicado o predisposición contra un hombre que no ha querido aceptar coyundas ni complicidades mentales? A veces pienso que se trata de algo aún más elemental y difuso: de un semianalfabetismo bachilleresco o de una incapacidad doctoral para la lectura. Parece fácil leer. Parece que bastase ir a la escuela, al liceo y a la universidad para poder descubrir el sentido de una escritura y apoderarse de su verdad y de su belleza. Pero nada es más falso que esto. Más que una hazaña física, la lectura es una capacidad intelectual que no se completa sin la cooperación del espíritu y la conciencia. Lamentablemente esta conjunción no se produce en todos los seres humanos y de consiguiente nada tiene que ver con su habilidad para obtener el bachillerato

y el doctorado y aun para llegar a ministro. Basta que el espíritu esté predispuesto para que el andamiaje mental vacile y la lectura sea un acto fallido y aun fraudulento. Comúnmente cuando hay predisposición, la belleza, que es tímida cual luz, se esconde entre nubes y huye de la tormenta.

Yo no voy a hacer en este lugar la defensa de estos dos libros, sino su explicación más somera. Ya sé que los libros que no se explican por sus propias palabras no llenan su cometido, mas en el caso de *Mene* y *Casandra* creo que lo hacen cumplidamente. Así, debo añadir que lo que se trata aquí de explicar no es su contenido, sino las circunstancias, las condiciones históricas en que estas obras se publicaron. *Mene* fue escrita en Cabimas en 1933, y enviada a un concurso que aquel año abrió el Ateneo de Caracas y cuyo jurado estuvo integrado por Enrique bernardo Núñez, Andrés Eloy Blanco y Rafael Angarita Arvelo. Imperaba entonces en Venezuela el general Juan Vicente Gómez, y ese solo dato es bastante para que se comprendan las precauciones que debió tomar el autor. Sin embargo, pese a los riesgos que aquello implicaba, el libro fue enviado al concurso y allí recibió los sufragios consagratorios.

Mas las precauciones que no tomó el escritor hubo de tomarlas el Ateneo, el que se mantuvo en silencio el veredicto de los jurados hasta el año 1936, después del deceso del dictador. Y he aquí la razón por la cual el libro no fue publicado hasta que, trasladado a Caracas yo mismo, rescaté los originales y gestioné su impresión.

La verdad es que *Mene* es un caso poco común en las letras venezolanas. No solo se ha difundido en países de varias lenguas, sino que ha sido imitado, copiado y hasta plagiado en novelas, cuentos y teatro. Por lo demás, históricamente considerado, ocupa el primer lugar en la literatura imaginativa venezolana referente al petróleo.

Casandra tiene otras proyecciones y otro significado. ES un clamor de resonancias proféticas. El clamor del destino de nuestro país. Hoy, a once años de su bautizo de sangre, es posible captar con la más dramática certidumbre el contenido de su mensaje. Líderes políticos que volvían del exilio a recoger los frutos de sus patrióticos sacrificios, estigmatizaron el casandrismo. Por desgracia, Casandra no era la equivocada.

En este libro predestinado, malévolos críticos de esos que no aprendieron a leer sino lo que les gusta, han querido hallar, entre otros absurdos, una exégesis del yanqui bueno simbolizada en el personaje Walter. ¿Quién les ha dicho que Walter es un yanqui? ¿Debía yo advertir manera expresa y en palabras deletreables que no lo es? «Mister Walter —digo en el capítulo 4 de la jornada segunda — era químico, geólogo, y sabe Dios cuántas cosas más, y Juan lo estimaba particularmente porque pudiendo habitar en el círculo de los musiús, con todos los privilegios que acordaban a estos las compañías, prefirió permanecer en Campo Escondido, en una de cuyas casas vivía solitario y lejano, sumergido en un mundo de microscopios, retortas y otros aparatos extraordinarios».

Ahora bien: la figura de Walter no es imaginaria. Es la de un químico alemán y melómano a quien conocí en Cumaná y al que metí en la novela porque así lo quise. Se requiere estar predispuesto para no entender el símbolo de este personaje que apunta precisamente hacia lo contrario del yanqui bueno, obsesión de nuestros revolucionarios de pacotilla. «¿Cuál era la nacionalidad de este hombre enigmático? —se lee en la tercera parte, jornada primera, capítulo 5—. Quizá sea judío, se dijo sin saber exactamente por qué. Y automáticamente recordó a Sarah, la prostituta de Maracaibo, cuyo cubrecama parecía una dalmática». Seguidamente se desarrolla una escena en la que el extraño extranjero hace a José, el rústico mozo ávido de conocimientos, la revelación de los libros. ¿De dónde nos ha venido

a nosotros venezolanos, a nosotros americanos, la revelación de los mundos desconocidos? De los extranjeros, de todos. Walter es eso en *Casandra:* todos los extranjeros. Allí mismo se cita a Codazzi, a Depons, a Ernst, a Jahn y a Pittier. Pero los revolucionarios baratos solo piensan en el yanqui malo. Son presas de la misma obsesión de la mujer seducida e histérica. La incomprensión, la aridez, del semianalfabetismo, no se limita a la estructura de las palabras: es ciega y sorda ante el símbolo. Esto es típico de los países infradesarrollados y de semiletrados que medran en ellos.

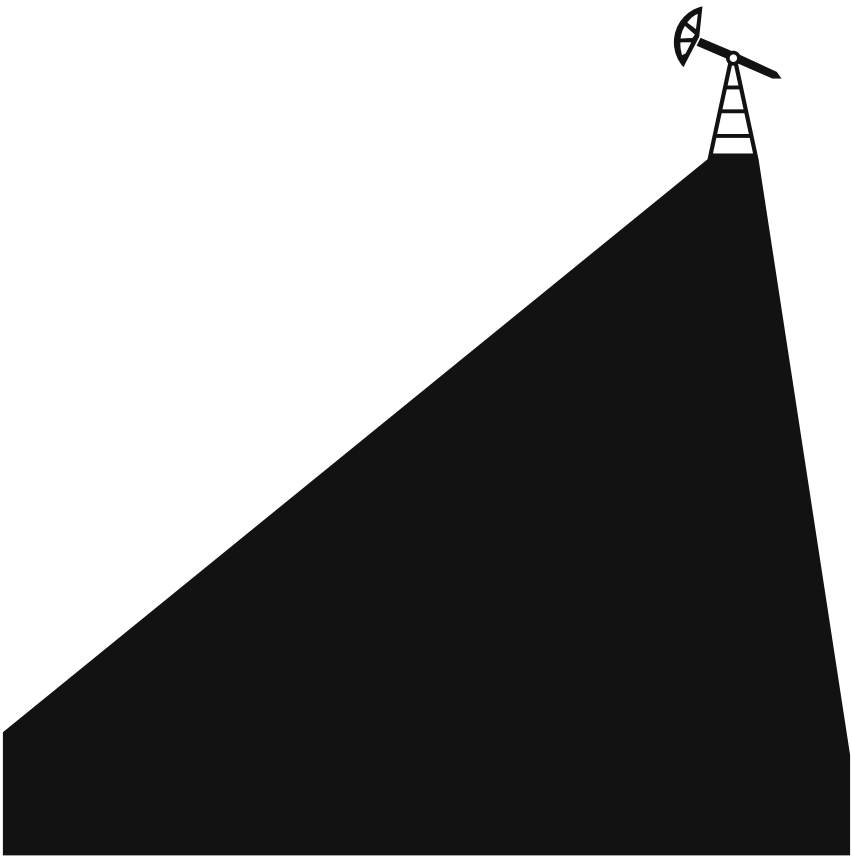
Aquí están ahora *Mene* y *Casandra* juntas. Dos momentos de la historia de Venezuela. En el primero se ve el alborear del petróleo con lo que este trajo consigo; enn el segundo, la muerte de Gómez con las caóticas voces que cubrieron su tumba. Un tercer libro se ofrece aún a la sinceridad de los novelistas venezolanos: el que comenzado en 1936 alcance hasta nuestros días.

¿Qué ha significado esta última etapa de nuestra historia con referencia a la evolución de nuestra cultura de pueblo? ¿Se han realizado las desaforadas promesas que se arrojaron sobre el cadáver del dictador? ¿Cómo se ha comportado la generación que las formuló y cómo ha reaccionado el espíritu colectivo?

A treinta y dos años de distancia lo estamos viendo. Y el espectáculo no puede ser más elocuente ni más dramático. Habrá que escribir esa nueva novela para presentar el hecho del petróleo con su crispado horizonte de falsedades, de engaños, de corrupción.

R.D.S.
Caracas, 1968.

Casandra



Prólogo en «La plaza Bolívar»

La plaza hervía de inmigrantes.

La Banda Marcial ejecutaba un vals de Becucci que yo ola con arrobamiento cuando una mano desconocida vino a posarse en mi hombro.

—A ver si se acuerda de mí.

Me volví con presteza y miré a mi interlocutor:

—No, no me acuerdo, aunque, a decir verdad, su cara no me es del todo extraña.

—Soy José Ubert.

Un alud de recuerdos invadió mi mente:

—¿José Ubert? ¡Imposible! José Ubert está en Londres y si a estas horas no ha muerto debe de ser ya bastante viejo.

—Ese de quien usted habla —explicó el desconocido sonriendo— es mi padre. La verdad es que usted no me conoció con ese apellido sino con el de mi madre. Después de 1935, cuando todo parecía que iba a cambiar en este país, resolví llamarme Ubert aunque mi acaudalado progenitor no me hubiese reconocido. ¿No cree usted que tenía derecho a ello?

—¿Por qué no? —admití—. En todo caso no sería yo quien pudiera impedírselo.

Ahora recordaba mejor. Un poco grueso, bien vestido y a todas luces muy satisfecho de sí mismo, el personaje que tenía ante mi vista no era otro que aquel muchacho silvestre de quien hablé en mi libro *Mene*; el mismo que un día ya lejano abandonó

a su abuelo Casilda y a Marta, su madre, para seguir a un coplero trotacaminos llamado Narciso Reinoso. ¡Cómo cambian al hombre las circunstancias! Ahora, con su elegante sombrero y sus gafas redondas, poseía iodo el aire de un *businessman*.

Mandó traer dos sillas y me invitó a sentarme a su lado.

—¡Cuánto celebro verlo! —me dijo poniendo su mano en mi pierna con protectora familiaridad—. ¡Cuántas cosas tendrá usted que contar! Yo, por mi parte, he cambiado mucho. No soy ya aquel muchacho que conoció en Cabimas. No, señor. He viajado por Norteamérica y Europa, he perfeccionado mi inglés y aprendido otras lenguas; he hecho buenos negocios y tengo tres hijos, el mayor de los cuales está en la Universidad estudiando Economía.

—¿Así es la cosa? Pues me contento.

—Gracias. No vaya a creer, sin embargo, que fue cosa fácil. Después que dejé a Casildo y a Marta sufrí muchos sinsabores, muchas hambres y muchísimas decepciones. Todo eso lo tengo escrito y hasta pensé publicarlo después de la muerte de Gómez (lo mismo que hicieron otros, ¿recuerda?)... Pero al fin no lo hice. ¿Por qué? Usted juzgará. Hubo un tiempo en que creí poseer condiciones de literato. Fue la época más dramática y al mismo tiempo más cómica de mi vida. Afortunadamente eso pasó para siempre. Ahora me siento dichoso.

—¿Ha coronado sus ambiciones, su ideal de la vida?

—Pues no sé qué decirle: es difícil saber cuál es nuestro ideal dé la vida. Ert cierto período (el que relato en ¡a primera parte de mis papeles) creí poseer un concepto preciso de lo que era el ideal de mi vida y de mi país. Mentira. Nunca estuve más loco y desorientado. Hoy, si no poseo un ideal tengo en cambio una idea.

—¿Una idea?

—Si, una sola, pero firme y segura. Con eso me basta... Aquella época de mi existencia estaba llena de quimeras: imagínese que se me había metido en la cabeza resolver los complicados

problemas de nuestro país, y en particular el del petróleo, con ciertas fórmulas mágicas que creía de mi invención sin darme cuenta de que ya estaban inventadas y hasta manidas. Eso va a hacerlo reír cuando lea mis papeles.

—¡Ah! ¿Quiere usted que lea sus papeles?

—Sin duda. Deme su dirección para enviárselos.

Extrajo una minúscula agenda y, cuando se dispuso a escribir, el brillante que llevaba en el anular me dejó deslumbrado. Le dije mi dirección.

—Sin embargo —añadió mientras escribía—, aunque le den ganas de reír, lea y medite con calma, tratando de comprender. Creo que hallará cosas interesantes... Más tarde, cuando adquirí una noción más clara de aquellos problemas, me convencí de que a pesar de mis locuras y extravagancias no dejaba de haber alguna verdad en mi vida. Compréndame usted: no es que fuese verdad lo que pensaba, sino lo que vivía. Casi todos los hombres de mi generación se comportaron poco más o menos lo mismo que yo, y fue en ellos donde adquirí mis extrañas ideas. Todos, o casi todos, han rectificado después, ¿por qué no iba a hacerlo yo? Hoy poseo un concepto distinto del cuadro histórico de nuestra economía y de nuestra cultura.

—Me lo imagino —admití sonriendo con reticencia.

—Sin ironía —se apresuró él a replicar—. Lo que le digo es verdad.

—¿Quién lo duda? Sin embargo, me deja usted un poco en las nubes. Me ha hablado del petróleo y esto reclama una explicación. ¿Cómo enfoca usted el petróleo dentro del cuadro histórico de nuestra economía y de nuestra cultura?

—Dividiendo el fenómeno de su influencia en tres etapas distintas...

—¿A saber...?

—La del descubrimiento y las iniciales explotaciones, o sea ese balbuceo que trató usted de pintar en *Mene*...

—Gracias...

—...La de los últimos años del General Gómez, que es lo que yo llamo etapa mágica por la manera anticientífica y sibilina como quisimos interpretarla...

—Esa ya no es la suya, por lo que veo.

—No, ya no lo es. Pero lo fue. Si, fue la que viví en aquellos momentos inolvidables cuando, de regreso en los campos del Zulia después de haber pasado dos años preso con los estudiantes y de haberme saturado de sus ideas, me entregué a una embriaguez poética y apostólica buscando en las nubes lo que estaba en la tierra.

—Entonces usted ha vivido casi toda la historia...

—Por lo menos la conocida, hasta nuestros días.

—Feliz usted que ha podido cambiar con los tiempos.

—¿Y usted?

—No, yo me he quedado en el limbo...

Me miró gravemente y después de una pausa me preguntó:

—¿No le interesa lo que le he dicho? ¿No lo atrae el fenómeno? ¿Quiere saber cómo defino la tercera etapa de ese proceso?

—Estoy ardiendo en deseos de saberlo.

—Pues la defino como la etapa del tecnicismo y de las rectificaciones realistas. Estudie el asunto y verá hasta dónde pueden alcanzar todavía estas modificaciones. Hoy poseemos una noción más concreta de nuestro petróleo, de sus numerosas aplicaciones, de lo que puede y debe aún producirnos...

—Si quisiera explicarse mejor...

—Voy a hacerlo, tome usted nota. Hemos hecho pagar a las compañías petroleras lo que nos corresponde como dueños de esa riqueza: las hemos inducido a tratar al trabajador criollo como un ser humano; hemos visto reflejarse en la economía del país el enorme tesoro de nuestro subsuelo; ahora nos preparamos para explotar, por nuestra cuenta y con nuestros propios recursos, la cuota de aceite que nos corresponde. ¿Le parece a usted poco?

—De ninguna manera.

—Pues aún hay algo más que no debe ser olvidado.

—Y eso ¿qué es?

—La consolidación de las proyecciones sociales de nuestro proceso histórico.

—Lo cual quiere decir...

—Que por el petróleo debemos llegar también a la clarificación de ciertas ambigüedades que se han mantenido hasta hoy entre las viejas tendencias godas y las que en nuestros días podríamos llamar neoliberales.

Confieso que estas palabras de José Ubert, el joven, picaron vivamente mi curiosidad. Él sonrió:

—Sabía que esto le iba a interesar. El problema que hoy se proyecta en torno al petróleo es la prolongación, bajo apariencias distintas, de una pugna que comenzó en los tiempos del cacao y del café. Produjo la Independencia y más tarde la Federación, y con eso creímos haberlo resuelto todo. Pero no es así: el problema está aún latente, aunque metamorfoseado o disfrazado de cierta manera. La tendencia oligárquica revive ante el petróleo y se mueve muy solapada, muy vestidita de niña liberal y decente, pero inconfundible, a pesar de sus nuevos afeites.

—Pero... ¿trata usted eso también en sus papeles?

—No en los que voy a entregarle ahora. Quizá lo haga más adelante... Por lo pronto, lo que le ofrezco es el relato sincero de mis alucinaciones de la época mágica. Estudie mi caso y sáquele algún provecho... si puede. Ya hablaremos de nuevo.

Dos días después recibí un legajo con los escritos de José Ubert, el joven. Y con ellos a la vista pergeñé esta cuasinovela que he titulado *Casandra*, y que puede considerarse —de acuerdo con la definición de mi inesperado interlocutor— la segunda etapa del ciclo de Mene.

Y aquí termina este prólogo que comenzó en la Plaza Bolívar mientras la Banda Marcial ejecutaba un vals de Becucci. Incidentalmente, y sin que en ello se vea pretensión de mi parte, debo advertir que los apuntes de Ubert, aunque ricos en peripecias y en simbolismos, adolecen de tal confusión que me he visto obligado a someterlos a cierto orden. Así los ofrezco aquí a los venezolanos que leen novelas... y que aparentan creer en ellas.

R. D. S.
Caracas, 1957.

PRIMERA PARTE

Campo escondido

Jornada primera

1

Los papeles de José Ubert, el joven, comenzaban con el relato de su visita a cierta compañía petrolera en la que esperaba hallar trabajo. Esto ocurrió a raíz de su llegada a Campo Escondido, a mediados de 1935.

Cuando José se asomó a la oficina tres hombres hablaban allí. Él ya los conocía. Se había informado acerca de ellos. Eran míster Aching, jefe del campo; míster Abide, jefe del personal, y míster Epi, *assistant manager* de míster Aching. Como José entendía un poco el inglés (un estudiante le había dado lecciones en el castillo[1]), tuvo curiosidad por oír lo que decían. Míster Abide preguntaba en aquel momento:

—¿Qué vamos a hacer con ese hombrecito? ¿Se le ocurre algo, míster Aching?

—*I am thinking*, míster Abide. Veamos qué piensa de ello míster Epi.

—¿Yo, míster Aching?

---

1 Se refiere al castillo San Felipe de Puerto Cabello, usado en tiempos de Gómez como cárcel. Allí estuvieron los jóvenes de la generación del 28, entre quienes se cuenta José en la ficción.

—*Yes, you*, míster Epi. Usted es venezolano y conoce mejor que nosotros a las gentes de su país.

Míster Epi se hundió en una silenciosa perplejidad.

—No olvide que es un recomendado del coronel— recalcó míster Aching con ironía.

Afuera ardía el sol: una brasa en mitad del cielo de estaño. Negros de grasa y de tierra unos obreros armaban un tanque de hierro, y muy cerca de ellos, alrededor de una charca grasienta, dos niños negros jugaban con el petróleo del suelo. Los tres hombres de la oficina seguían con su tema:

—¿Qué le parece si le damos un puesto de *watchman*, míster Epi?

—¡De guachimán, míster Abide!

—¿No le parece bastante?

—Al contrario: me parece demasiado.

—¿Entonces?

Míster Epi se había repuesto de su inicial turbación.

—El cargo de guachimán —observó gravemente— no se le puede ofrecer al primero que se presente, aunque venga recomendado del coronel. Usted lo sabe mejor que yo, míster Abide... Usted también, míster Aching. Es necesario que la recomendación venga de más arriba. En cambio, si ustedes me lo permiten... creo que he encontrado la solución.

—¿De veras? Pues dígala, míster Epi.

—Pongámosle en la escuela del campo.

—¿Para que aprenda a leer, míster Epi?

Una carcajada de míster Aching hizo trepidar un retrato de sir Henry Detterding que estaba colgado en una de las paredes. Pero míster Epi no se inmutó.

—De maestro —dijo con absoluta seguridad.

—¿Maestro de escuela ese hombre? ¿He oído bien, míster Epi?

Míster Abide se puso serio.

—*Yes, míster Epi: Why not*? Yo sabía que usted iba a resolvernos este problema. Dele la escuela a ese hombrecito y repórtelo al jefe civil.

Sacando humo a sus pipas los dos extranjeros dieron vuelta para marcharse y José se alejó con presteza para evitar el encuentro. En la puerta oyó a míster Aching que decía a Mister Abide:

—*What a country*!

Al verse solo en la oficina, míster Epi fue a sentarse ante su escritorio. Sobre el escritorio había dos libros cuyos títulos pudo José leer algunos momentos después: *El éxito en los negocios* y un diccionario inglés-español. Abrió míster Epi uno de aquellos libros y contempló su propia firma escrita en la entreportada: «Epimeteo Quintero O.» ¿Qué significaba esta 'O' solitaria y vacía? ¡Vaya usted a saberlo! Quizá fuese la inicial del apellido materno —Osorio, Ocando, O-lo-que-fuese—, pero él nunca llegó a escribirlo completo. Estos libros le recordaban la época en que comenzó a trabajar en la compañía. Como los jefes sudaban tinta para pronunciar su nombre completo, alguien lo llamó Epi para abreviar y así se quedó. Pasaron los años, él fue surgiendo y para surgir más aún se puso a aprender el inglés con un trinitario que le daba clases nocturnas. Por este camino llegó al cargo de asistente de míster Aching.

—Pase, Chacón.

José miró a su alrededor y no vio a ninguna otra persona. Advirtió entonces que míster Epi le señalaba con el dedo extendido y se aproximó a él sin vacilar.

—¿Es usted Chacón?

—No señor: soy Pérez.

—¿Dónde está Chacón?

—No lo sé: no lo conozco.

—Y usted ¿qué busca aquí?

—Trabajo.

—No me moleste ahora.

Miró míster Epi su reloj de pulsera y dio rienda suelta a su sobresalto. ¡Las diez y media de la mañana! Acercose a la puerta y ojeó en todas direcciones. Contemplando el trabajo de los obreros había un hombrecito vestido de azul con un foete en la mano.

—Aquél debe ser —exclamó míster Epi con profundo desprecio—. Tiene todo el aire de un gran zoquete.

E hizo bocina con sus manos:

—¡Oiga, Chacón!

El hombrecito echó a correr hacia la oficina.

—¿Me llamaba, mi jefe?

—¡Claro! ¿No es usted el recomendado del coronel?

—Sí, señor, si busté no dispone otra cosa.

—Pase.

Ya de pie ante su propio escritorio le alargó una hoja de papel y un lápiz.

—¿Qué hago con esto, mi jefe?

—Escriba: ponga su nombre y apellido.

—¿Mi nombre? ¡Qué compromiso!

—Vamos, escriba y no hable.

Chacón miró el lápiz y míster Epi el reloj. Quizá iba a preguntarle si sabía sumar o escribir otra cosa, pero no se atrevió. El hombrecillo había dibujado penosamente, con unas letras enormes y desiguales, «Sebero Cacon...».

—Venga conmigo.

—¿Me va a colocar?

—Camine y no hable. ¿No le he dicho ya que no hable?

Pero Chacón no hizo caso. No cesó de charlar un instante:

—Gracias, mi jefe —decía dando zancadas detrás del *assitant manager*—, Dios se lo pague. Y qué simpáticos son los míster, ¿no? La gente habla mal de ellos pero se ve que no los conocen. Yo siempre lo he dicho: «Sebero, esta gente es buena». Hay que ver cómo gastan la plata. Yo siempre soñaba trabajar con ellos y me

decía: «Aguarda, Sebero, aguarda, que el día se te llega». Y ya busté lo está viendo. Dios me lo premie, mi jefecito. Busto también es muy bueno y habla igualito como ellos. Busté será hijo de algún míster, ¿verdad, mi jefe? Ahora es cuando va a saber cómo es Sebero Chacón de agradecido. Téngame confianza y ocúpeme en lo que guste. Yo soy engañoso, ¿sabe? Aquí donde me ve sirvo para muchas cosas. Es como decía el general con el que serví en mi pueblo: «Busté, Sebero, es chiquito pero engorroso».

2

La escuela de Campo Escondido funcionaba en un amplio y desvencijado galpón techado con zinc y forrado con tela metálica, el cual, antes de la crisis de 1928, sirvió de comedor a los técnicos extranjeros que vivieron allí provisionalmente. Desarrollada la explotación y edificados los campamentos definitivos para los blancos, Campo Escondido quedó como residencia de ciertos obreros especializados y de algunos empleados de mediana categoría. Gentes de razas distintas y nativos de diversas regiones de Venezuela se agruparon en el apartado lugar, y de este modo se vio convivir allí a los atezados isleños de Margarita con negros de las Antillas inglesas y chinos comedores de arroz. La compañía les entregó unas casitas en las que apenas cabían con sus familias y no se ocupó más de ellos. Luego vino la crisis y se produjo una dispersión; por largos meses las viviendas permanecieron deshabitadas, las calles se fueron llenando de charcas y los sanitarios comunes se estropearon a más no poder. Y cuando, reanudado el trabajo, nuevos huéspedes acudieron, Campo Escondido volvió a vivir un poco más sucio pero agitado por las mismas pasiones.

Cuando míster Epi y Severo Chacón llegaron a la escuela esta se hallaba en actividad. Curioso de saber lo que iba a ocurrir, José fue tras ellos y se puso a observar semioculto detrás

de un armario. La colmena zumbaba. Unos cuarenta rapaces se movían y cuchicheaban en sus pupitres mientras el viejo maestro revisaba cuadernos. Mas apenas entró el *assistant manager* el viejo golpeó su mesa con una regla y todos se pusieron de pie rumorosamente.

—Buenos días, señor Quintero. Niños, saluden al señor Quintero.

—Buenos días, señor Quinterooo.

Pero el señor Quintero no se dignó responderles. Elástico y agresivo atravesó la doble fila de escaños y de un salto subió al estrado del preceptor. Frente a él se adensaba el silencio. El maestro bajó la mirada y esperó respetuosamente. Míster Epi tardaba en hablar. ¿Vacilaba el señor Quintero? Se le vio examinar unos papeles que había sobre la mesa, mirar la punta de un lápiz y cerrar una gaveta que estaba abierta, y de pronto se oyó su estallido:

—¡Uf! ¡Uf! ¡Qué asco! ¡Qué porquería! ¿Desde cuándo no se asea esta pocilga, Carpio?

La boca de Carpio se torció en una mueca de excusa:

—¿Desde cuándo, señor Quintero? Pues todos los días, se lo aseguro.

—¡Todos los días! ¿Se atreve usted a asegurar que esto se limpia todos los días?

—Sí, me atrevo porque es la verdad. Todos los días de Dios los muchachos barren y limpian. Lo que pasa, señor Quintero, es que la tierra de afuera se nos mete por la tela metálica. La pobre está llena de huecos porque es muy vieja.

—¿Conque la tela metálica? ¡La pobre tela metálica! Viejo está usted, Carpio. Viejo y perdido de tonto. Estos vagabundeos hacen aquí lo que les da la gana. Ahora me viene con que la tierra... En la oficina también se mete la tierra, y en las casas de los jefes. Sin embargo, vaya para que vea cómo brillan.

Tomó aliento y apuntó a Carpio con el dedo extendido para que no replicara:

—Lo que pasa, en dos platos, es que el venezolano es cochino de nacimiento.

Dicho lo cual encendió un cigarrillo. Preparaba el resto de su discurso. De súbito se detuvo y soltó su bomba:

—Pues bien, Carpio, esto no puede seguir así. La escuela necesita un maestro nuevo, un maestro joven, ¿comprende? Entréguela a este señor y pase por la oficina a recoger su orden de pago.

—¿Mi orden de pago?

—Sí, su orden de pago. ¿Está sordo también?

Más que sordo, aniquilado, pulverizado estaba el anciano. Su estupefacción osciló entre míster Epi y Severo Chacón para atomizarse después sobre las cabecitas de los alumnos. Desde su escondite José advirtió que el *assistant manager* estaba a punto de perder el aplomo y que hacía esfuerzos por mantenerlo.

—Todo marcha al garete; ¡sí, señor, al garete...!

Pero Carpio no lo dejó proseguir:

—¡No! —le atajó con inesperada vehemencia—. No y mil veces no, ¡Epimeteo Quintero! Como quiera que lo disfrace esto es una injusticia. Yo soy maestro de escuela, no barrendero. Ahí están esos niños: ¿quién les ha enseñado lo poco que saben? Examínelos. Póngalos a leer y escribir. Mándelos al pizarrón. Pregúnteles algo de Geografía, de Historia Patria. Examínelos, Epimeteo, examínelos.

Pero este esfuerzo lo derrumbó.

—Perdone —murmuró entonces—, perdone que lo llame así. Fui amigo de su padre. Los dos somos maracaiberos y él se llamaba Epimeteo como usted.

«¡Pobre viejo! —lamentaba José para sus adentros—. Miren que ponerse a pedirle perdón a este mequetrefe. ¡Qué tontería!».

La mirada de Severo Chacón y la silenciosa expectativa de los rapaces habían devuelto a míster Epi su aplomo.

—¿Para qué hablar de mi padre, Carpio? ¿Qué remediamos con eso? Se trata de la compañía, compréndalo. Los intereses de la compañía están por encima de todo.

Pero ya Carpio apenas le oía. Había vuelto a su mesa para arreglar los papeles.

—Sí, comprendo. Puede recibir la escuela ahora mismo.

Y dicho esto se dirigió a los alumnos:

—Bueno, hijitos, hasta hoy los acompaño. El señor —aludió a Chacón—, el señor es el nuevo maestro.

—¿Entonces se va, señor Carpio?

—Sí, hijitos, me botan, pero cuenten que no los olvido. Sigan portándose bien. Estudien, aprendan, que ese es el patrimonio de los hombres honrados.

¿Qué más podía decirles? Arrastrando los pies entró en un cuarto contiguo y volvió con su ancho sombrero en la mano. Cuando salía del galpón su mirada tropezó con la de José y se mostró sorprendido, pero no dijo palabra. Poco después salía también míster Epi. José lo miró pasar y se sintió acometido por la tentación de golpearle la cara. Prefirió quedarse quieto para ver qué más pasaba.

3

Y lo que pasó fue esto: Chacón permanecía inmóvil frente a los niños cuando la imaginación infantil comenzó a dar muestras de actividad. Unos a otros, cual si se preparasen para una broma. comenzaron a hacerse guiños, a darse codazos y a cuchichear. De pronto uno de ellos se lanzó con audacia:

—¿Me puedo ir, maestro?

Chacón lo miró sorprendido.

—¿Habla conmigo?

—Sí: le pregunto si puedo irme.

—Pos váyase.

—¿Y yo, maestro?

—Busté también, si es su gusto.

—¿Y yo?... ¿Y yo?... ¿Y yo?

—Pos miren qué lata. Váyanse todos.

Y en un instante el galpón quedó vacío. El nuevo maestro saboreó su soledad con deleite. Como una música de organillo le acariciaba el lejano martillear de los obreros que armaban el tanque. De pie junto al estrado, Chacón tocó con sus dedos el borde del mueble y se dispuso a subir. Pero en aquel momento advirtió la colilla que míster Epi había arrojado antes de marcharse y la recogió humeante aún. Hecho lo cual subió a la tarima, se arrellanó en la silla del profesor y lanzó una bocanada de humo. Fue en este instante cuando su mirada descubrió a José en su escondite. Y pegó un brinco:

—¿Busté quién es? ¿Qué hace ahí parado?

—¿Yo? Pos nada. Estaba mirando.

4

Este episodio lo indujo a pensar en la vida de Carpio. Una gran simpatía por aquel indio viejo, que le recordaba a su abuelo Casildo, comenzó a albergarse en su corazón. Su imaginación le invitaba a representarse lo que estaría haciendo y pensando en aquellos momentos el humillado maestro. Seguramente, al verle llegar a deshora, su mujer le preguntaría:

—¿Qué te pasa, Elías? ¿Te sientes mal?

Pero él entraría en su cuarto sin responderle, y ya allí, sentado en el borde de una decrépita cama, apoyaría la cabeza en sus manos y se pondría a cavilar. Todo lo vería negro. A su alrededor escondidos en la penumbra, los objetos se animarían vagamente y chismorrearían como los niños en el galpón. A

un lado estaría el escaparate con las ropas de la familia, al otro el minúsculo altar doméstico —un crucifijo y un cromo de la virgen de Chiquinquirá sobre una mesita de pino—; a los pies de la cama un vaso de noche y colgando del techo un bombillo eléctrico mondo y lleno de moscas. La única puerta de la alcoba quizá estuviese cubierta por una cortina de tul. Y eso sería todo. Pero Carpio tendría que decir adiós a estas cosas para que la compañía alojase al nuevo maestro. ¿Quién diablos era Severo Chacón y de dónde salía?

De repente José se indignó contra el viejo. ¿Por qué no mantuvo el magnífico tono de rebeldía que durante un momento dio tanta dignidad a su pobre figura? En vez de esto se puso a pedir perdón como un niño asustado. ¡Viejo cobarde! Sobre la cobardía de los más se erige el despotismo de los menos, recordó haber leído en alguna parte. ¿Dónde? ¡Ah!, sí: en un periodiquito de Maracaibo[2].

5

Al otro día, al reanudar sus propias gestiones, José volvió a hallar a Carpio, esta vez frente a la oficina. Aparecía ahora acicalado con su traje de los domingos (pantalón blanco, chaqueta obscura, corbatín negro y el inevitable sombrero que le daba el aspecto de un cacique guajiro). Sin mucho entusiasmo (porque ya José comenzaba a fastidiarse de todo aquello) pensó acercarse al maestro con intención de ganar su amistad, cuando advirtió la presencia de los empleados que aseaban los objetos de la oficina. Eran el negro Sam, el chino Yuan Lí y un peón desconocido que frotaba el piso con un hisopo impregnado en

2 Este último párrafo fue eliminado de la segunda edición. Hemos decidido restituirlo tal como aparece en la primera edición.

gasoil. En aquel momento Carpio cruzó la calle y un personaje, a quien José no había visto hasta entonces, le salió al encuentro dando saltitos en una pierna de palo y apoyado en una muleta.

—¿Qué busca aquí, Carpio, a esta hora?

—Vengo a esperar a los míster.

—¿Para qué? ¿Lo han llamado ellos?

—No, pero quiero hablarles.

—Bueno, esa es cosa suya. Pero espere afuera. ¿No sabe que está prohibido pararse en la puerta de la oficina? Mire, lea lo que dice en ese letrero.

Era hombre espectacular el cojo de la pata de palo. Carpio bajó la mirada y cruzó nuevamente la calle. Y José, para no desconcertarlo, se puso a observar a los obreros que regresaban de las guardias nocturnas, impregnados de grasa y con las portaviandas colgando del dedo. ¡Cómo se les veía el sueño cuajado en las pupilas! Algunos de ellos saludaban a Carpio con voz desteñida: «Buenos días, maestro». Y uno que se detuvo a llamar a una puerta extendió su cortesía hasta preguntarle:

—¿Espera a alguien, maestro?

—Sí, a los musiús.

Y no dijo más.

Transcurridos unos minutos, la puerta se volvió a abrir y apareció la mujer del obrero enjugando sus manos en una toalla.

—¿Usted por aquí a estas horas, señor Carpio?

—Si, mijita...

—¿Es verdad que le quitaron el puesto?

—Sí, me quitaron el puesto. He venido a ver si me dan otra cosa.

—No se imagina cuánto lo siento.

—Gracias, mijita...

—¡Qué injusticia! Quitarlo así, de repente, después del tiempo que llevaba en la escuela... ¿Cuánto tiempo, señor Carpio?

—Seis años, hija, seis años.

—¡Imagínese: seis años! Como quien no dice nada. Cosas de ese payaso de míster Epi, ¿verdad? Ese que anda oliéndoles los fondillos a los musiús y echándoselas también de inglés. Y dígame, señor Carpio: ¿ese míster Epi no y que pretendía a su hija Chiquinquirá?

—Eso dicen, mijita, pero la gente habla tanto...

—En mi vida he visto hombre más jactancioso. Vive hablando de las mujeres del pueblo, y lo peor es que muchas se dejan engatuzar. A mí misma me quiso venir con abusos, pero le salió Chúo Romero y le puso una cara que no le quedaron más ganas.

Mientras la mujer hablaba de esta manera, míster Aching y míster Epi irrumpieron en un automóvil y José se sintió tentado a llamar la atención del maestro. Pero se arrepintió. ¿Para qué? Era inútil. Poco después míster Aching volvía a salir y su automóvil arrancaba hacia la calzada.

—¡Qué broma! —lamentó Carpio al notarlo—. Se me fue el hombre.

Y la mujer compungida:

—¿Usted como que quería hablarle al musiú, señor Carpio?

—Sí, mijita, a eso vine.

Jornada segunda

1

Había en Campo Escondido un fonducho regenteado por dos mujeres margaritonas —Segunda y su hija Taví—, en el que se congregaban algunos obreros para comer. A él acudió José en los primeros días, mas como advirtiera que sus fondos mermaban con alarmante celeridad, se mudó a la tienda de Roso Morales, en la que podía alimentarse más económicamente. Cuatro días llevaba allí sometido a una dieta de pan, queso y *Kola-Loca*, cuando supo que el bodeguero necesitaba los servicios de un dependiente, y no vaciló en ofrecerle los suyos. Resuelto así el problema de la vivienda y del alimento se sintió tan alegre cual si le hubiese ganado una batalla al capitalismo.

La tienda de Roso Morales demoraba a la entrada del caserío. Frente a ella, orgullosamente aislada de toda vecindad enojosa, se alzaba la oficina del Campo. Por su parte trasera se extendía la Salineta, ancho pantano bordeado por una vegetación espinosa cuyos tallos mojaban las aguas del lago; y más allá, hasta los confines del horizonte, una naturaleza montuosa y, en parte, arbórea que coronaba un rosicler de hogueras gesticulantes. Había también una rala llanura, conocida por la Sabanita, que limitaba un pequeño bosque y un tortuoso camino que se perdía en la maleza. Rodeado de cabrias y tanques negros. Campo Escondido era como una aneurisma en las arterias del litoral petrolero.

Casi siempre había parroquianos en la tienda de Roso Morales. Uno de ellos era el cojo de la pata de palo. Allí lo vio José desde el día de su llegada y oyó a un obrero gastarle una broma:

—Vos no servís para vigilante. Magín Cardozo: la pata de palo te vende.

A lo que replicó el cojo ajustándose el cinto:

—Hay quien cree eso, pero mejor es no hablar hasta que no llegue el momento.

Precisamente en aquel instante entró un hombre alto y cuadrado a quien el cojo llamó por su nombre:

—¿Cómo estás, Juan Moreno?

El gigante parecía hombre de pocas palabras:

—Como lo estás viendo, Magín Cardozo.

—Mira, Juan Moreno: se dice que estás sonsacando a los vecinos para que no manden a sus muchachos a la escuela del Campo. ¿Es que no te gusta el nuevo maestro?

Juan pidió cigarrillos y encendió uno con toda calma.

—Y eso, ¿quién lo dice?

—Me lo contó un pajarito.

—Entonces pregúntale al pajarito.

Y sin decir más le volvió la espalda para marcharse, pero la risita del cojo lo siguió como un abejorro.

—Ahí lo tienen ustedes: así es Juan Moreno, siempre buscando el peligro.

En seguida llamó al bodeguero:

—Bueno, Roso Morales, ¿de modo que tienes dependiente nuevo?

Roso Morales estaba hecho una sola sonrisa.

—Sí, el otro consiguió trabajo en la compañía.

—Pero no me habías dicho nada del nuevo. Ya sabes que tienes que pasar el reporte.

—Sí, lo voy a hacer esta misma noche.

—Caray, a ti no te duran los dependientes. Págales para que no se te vayan.

—Les pago pero se van: ganan más en las compañías.

—Y este¿cómo se llama?

—José...

—¿José qué?

—Hombre, no sé: todavía no se lo he preguntado.

—¿Que no se lo has preguntado? Pues estás fresco. Anda, llámalo para confesarlo.

Roso Morales obedeció. Con sus ojillos vivaces y rodeados de plieguecillos el cojo miraba a José acariciando su embreado bigote.

—¿Cómo te llamas?

—José Pérez, para servirle.

—Ujum... ¿Y de dónde eres, se puede saber?

—¿Por qué no? Soy de aquí mismo, de estos contornos.

—¿Y cómo no te había visto antes?

—Porque acabo de regresar. Pasé un tiempo fuera y he vuelto buscando trabajo.

—¿Tienes familia aquí?

—No: mi abuelo era lo único que me quedaba, pero no hace mucho que se murió.

—¿Cómo se llamaba tu abuelo?

—Casildo Pérez. ¿Lo conoció?

El cojo hizo una mueca y continuó su interrogatorio:

—¿De dónde vienes ahora?

—De Maracaibo. Estuve también en el centro... Si usted quiere le escribo mi historia.

—No hace falta. ¿Como que eres mamadorcito?

—No, pero como usted quiere saber tantas cosas.

El cojo guardó silencio. José lo miró sonriente.

—¿Se le ofrece algo más?

—Por ahora no. Pero te voy a dar un consejo: pórtate bien para que no tengas inconvenientes. Roso te puede decir cómo hay que marchar en Campo Escondido.

Dicho lo cual salió de la tienda. Cuando ya no se oyó su pata de palo, José preguntó a su patrón:

—¿Quién es este hombre?

Roso bajó la voz:

—Magín Cardozo, jefe de los guachimanes del campo. Sujete la lengua cuando lo vea.

2

El mismo día hizo otro curioso conocimiento. Una vieja desgreñada y harapienta, a la que acompañaba un niño desnudo, se acercó al mostrador dando voces. El acudió a atenderla.

—¿Qué se le ofrece, señora?

Mas apenas abrió la boca la vieja, retrocedió él cual si le hubiesen golpeado la cara. ¡Cómo apestaba la condenada! Ella se puso a reír con una risa áspera y húmeda de saliva.

—Oye, Roso Morales: ¿estás oyendo a tu dependiente? Pero qué aseado es el joven: me pregunta que qué deseo.

Y reía agresiva, desplegando los labios babosos detrás de los cuales asomaban dos verdes colmillos.

—¡Qué gracia! ¡Jesús! ¡Qué finura! Me pregunta que qué deseo.

No conocía José una imagen ni una risa como estas. En el esfuerzo que le costaba el reír, el rostro de la vieja se crispaba en un torbellino de arrugas y sus ojos llorosos, sanguinolentos, amenazaban saltar de sus órbitas. Pero lo que más desconcertó al mozo fue la actitud de Roso Morales.

—¿Qué quiere esta mujer, me lo puede decir?

—Beber, hombre de Dios... ¿No le ve la cara? Es Casandra, la madre de Magín Cardozo. Échele un trago para que se largue.

—¿Para que me largue? —protestó la vieja golpeando el mostrador con sus puños.— ¿Para que me largue? Te equivocas. Roso Morales: no vas a salir de mí con tanta facilidad. Mira, mira esos perros muertos que andan por la calle sin sepultura. ¿Los conoces, Roso Morales? Pues yo sí, y a ti también te conozco... Y a ti —añadió extendiendo hacia José su mano mugrienta y huesuda—; mírame bien para que no te equivoques. Y oye lo que voy a decirte: todos esos perros que ves por ahí (sí, esos que parecen gentes) todos están muertos. Son muertos que se mueven y que caminan, pero que están muertos... —De pronto bajó la voz y miró a todos lados...— ¿Y sabes quién los mató? Pregúntale a Roso Morales... Anda, Roso Morales, cuéntale a tu dependiente quién ha matado a esos muertos y quién lo va a matar a él... Pero antes échame el trago.

Lleno de asombro José vio a su patrón mover la cabeza condescendiente y, temblorosas las manos, sirvió a la vieja una ración de aguardiente. Pero ella la rechazó con un manotazo.

—¡No! ¿Como que quieres burlarte de mí? Llénalo. Roso Morales sabe cómo es que yo bebo.

Abstraído seguía el patrón en sus cuentas cuando José se volvió para interrogarlo. Pero no lo hizo. Llenó el vaso a la vieja y esta apuró el aguardiente de un trago, quedando en un éxtasis repugnante. En ese momento el chiquillo se puso a toser y a tirarle de la enagua harapienta.

—Ah, vagabundito —dijo ella con una ternura imprevista—, no creas que te olvido...

Y a José que la miraba atónito.

—Anda, no peles esos ojotes: échame otro poquito.

¿Qué decía a esto el patrón? Roso aprobó con la cabeza y José obedeció nuevamente. En dos sorbos el niño se bebió el aguardiente y su cuerpecillo de pez se estremeció en un espasmo.

3

Por la noche, después de cerrar el negocio, el bodeguero solía sacar una silla y sentarse frente a su puerta. A veces un viento cálido hacía remolinear las basuras y Roso suspendía su franela para dejar al aire el abdomen moreno. Mas a veces el viento se transformaba en chubasco y no había más remedio que encerrarse en la tienda a sudar como pollo en el horno.

Desde la primera noche invitó a José:

—Tráigase una silla para que aproveche este fresco.

Y ya sentados al borde de la calle, Roso indagó sonriente:

—¿Qué le pasa? ¿Como que tiene algún entripado?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque lo noto muy pensativo. ¿Es que no se amaña en Campo Escondido?

—¿Por qué no? El hombre se amaña a todo. Además, esto es gloria para lo que yo he visto.

—Entonces, ¿por qué está tan callado?

—¡Qué sé yo...! Tonterías que se le ocurren a uno.

Mirando a su alrededor podía contemplar el monte circunvecino, las torres negras que acuchillaban el cielo y el rosicler que incendiaba la noche.

—Casandra... ¡Qué nombre!

—¿Qué dice?

—Nada... No me haga caso. Estaba pensando...

Roso rio brevemente:

—¿Como que lo impresionó esa vieja loca? No me extraña; lo mismo me pasó a mí la primera vez que la vi. Pero ya se acostumbrará porque se la va a encontrar hasta en el sancocho.

—Pero ¿de dónde saca esas cosas?

—¿Cuáles cosas?

—Esas que dice: que todos estamos muertos.

—Locuras, no le haga caso.

—Además, dijo que usted sabía quién había matado esos muertos.

Al oír esto Roso se puso serio.

—¿Como que quiere mamarme el gallo?

—No, Dios me libre. Ya sé que está loca, sin embargo me llama la atención lo que dice. Dígame, Roso: ¿quién es, según ella, el que ha matado esos muertos?

Por un instante el bodeguero guardó silencio y miró de reojo. Luego dijo con displicencia:

—La lluvia negra.

—¿La lluvia negra? ¿Y qué quiere decir con eso?

—Pregúnteselo a ella.

¿Estaba irritado Roso Morales? José lo miró de frente y el hombre desvió los ojos. Era una buena persona. No había más que contemplar su ancho rostro, subrayado por el bigote mongólico, para descubrirle la acomodaticia bondad de los temperamentos linfáticos. Al verle chupar su tabaco y rascarse la panza brillante no había más remedio que experimentar simpatía.

—¿Lleva mucho tiempo aquí, Roso Morales? —le preguntó José para desviar la conversación.

—Unos tres años.

—No es mucho.

—Tengo poco que contar. ¿Y usted?

—¿Yo...?

Todo estaba vivo en su mente. Todo parecía revivir en el palpitante silencio de la noche de Campo Escondido. Sintió la necesidad de evocar:

—Me fui de aquí hace cinco años en compañía de Narciso Reinoso. Usted no conoció a Narciso Reinoso: era un andariego. Yo no sé si a todo el mundo le pasa lo mismo, pero a veces le entran a uno unas ganas de andar que no se resisten. ¿Le ha pasado a usted, Roso?

—Sí, cuando estaba más joven; por eso salí de mi tierra.

—¿Y usted de dónde es?

—Llanero, de Calabozo.

Distantes, las estrellas navegaban entre jirones de nubes enrojecidas. José alzó el rostro hacia el cielo y aspiró el extraño silencio. En el fondo, escondido en el corazón de la tierra, percibía un misterioso murmullo. Preguntó:

—¿Está oyendo?

—¿Qué?

—Ese ronquido...

—Sí: es el ruido del quemador. ¿No ha visto todavía el quemador?

—No, no lo he visto.

—Pues vale la pena que lo vea: es una gran hoguera de gases en la que se queman los desperdicios del campo, las basuras y los animales muertos. Me extraña que siendo de aquí no lo haya visto.

Para oír mejor, los dos quedaron callados. De pronto Roso hizo un gesto.

—¿De modo que estuvo en el Centro?... ¿En Caracas?

—Sí, en Caracas. También viví en Maracaibo.

—¿Dónde más?

—En el castillo[3]: estuve dos años preso.

Hasta él llegó el aura del miedo de Roso, cuyos ojos inquietos escrutaron la noche.

—¿Algún pleito?

—No... Yo mismo no sé por qué fue... Caí con los estudiantes el año veintiocho.

—¡Shhh! Tenga prudencia.

—Usted me pidió que se lo contara.

3 Ver nota 1.

—Sí, es verdad, pero...

—¿Está asustado?

—No, no es eso —lo tuteó de pronto—. Llámalo precaución. ¿Es que no te has dado cuenta de dónde estamos? No quiero complicaciones.

José meditó sus palabras:

—No se preocupe... Yo no estoy loco.

Y de nuevo el silencio.

Pero este silencio fue roto de un modo brutal: un golpe de tos infantil y una cascada de frases incoherentes:

—¿Por qué toses tanto, vagabundito? Tú no estás muerto como esos perros que se esconden en esas casas. Entonces ¿por qué toses tanto? Mira, esas casas son sepulturas. Adentro están los cadáveres. ¿Sabes lo que es un cadáver?

—¡Casandra! —dijo José estremeciéndose.

—Sí, Casandra con el nietecito. Así se la pasan. Esa loca no duerme ni deja dormir al muchacho.

4

Sólo una puerta permanecía abierta en la calle que se alargaba frente a la tienda: la de la casa del viejo Carpio. Por ella se proyectaba una luz amarilla y una larga sombra que se encogía y desplegaba como una lengua fantástica. José habló a Roso de ella:

—Mire esa sombra, parece de una mujer.

—Es la de Chinca Carpio; la veo todas las noches.

—¿Qué hace a estas horas, tan sola?

—Cose pantalones para el turco Salim.

Voluble, José extendió un brazo hacia el horizonte:

—Aquello parece un incendio.

Roso miró también:

—Son los mechurrios. Todo eso está lleno de mechurrios. Es gas que se pierde.

—Sí, los conozco. Me hacen acordar de mi abuelo. Solitos en esos montes, él y yo nos poníamos a mirarlos, así como estamos ahora, y él me decía: «Mira, José, los mechurrios. Antes este cielo era distinto: de noche se veía la luz del relámpago que es el que guía a los navegantes del lago...» "Se refería al relámpago del Catatumbo.

—¿También era poeta tu abuelo?

Fue ahora el mozo quien vaciló entre enfurruñarse o tomarlo a broma, pero optó por lo último.

—¿Quién le ha dicho que soy poeta?

—Esas cosas que se te ocurren. Solamente un poeta puede prestar atención a Casandra, a la sombra de Chinca Carpio y a los reflejos de los mechurrios.

Y dicho esto Roso bostezó y cambió de tema:

—Caray —dijo entonces desperezándose—, no sé cuándo va a llover. Si lloviera podríamos llenar el tanque y economizar unos buenos cobres.

—Pero no va a llover todavía.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy de aquí y sé que aquí no llueve nunca.

En aquel momento dos nuevas sombras invadieron la noche, cual si brotaran del suelo negro, y Roso preguntó a su dependiente:

—¿Conoces a ésos?

—No, ¿quiénes son?

—Míster Epi y Cándida Cardozo, una hija del cojo Magín. Ella está casada con un tal Marcelo que trabaja de noche.

—¿Y sale con míster Epi?

—Casi todas las noches.

—Son audaces. Si se entera Magín...

Roso hizo una cabriola con su sonrisa:

—No seas tonto: Magín lo sabe, pero se hace el loco. Míster Epi es pesado en la compañía. No pongas esa cara. Este campo tan chiquito tiene mucho que ver.

En efecto, mucho que ver. José contemplaba la sombra de la costurera nocturna, cual si la pusiera por testigo de la infamia de aquella pareja, cuando Roso salió al paso a sus reflexiones:

—¿Piensas en Chinca Carpio? Sí, es otra de las queridas de míster Epi.

—¿Sale también con él?

—Esa y otras que yo conozco; es un puyón ese maracucho.

—Suerte que tienen algunos.

Volvía a gravitar el silencio. Roso pensaba quizá en sus cuentas y en la lluvia que no caía; José, en Chinca Carpio. Ahora, aguzando el oído, podía oír el rumor de la máquina de coser y se preguntaba qué apariencia tendría aquella mujer. Quizá fuese como una de esas guajiras selectas que había visto en las calles de Maracaibo y que tan distintas parecían a las indias piojosas de Tierra Negra.

De improviso una voz perentoria estalló a sus espaldas llenando de sobresalto a Roso Morales, y dos hombres oscuros, negros y casi irreales, surgieron cerca de ellos. Ambos portaban machetes y llevaban los pantalones arrollados a la altura de las rodillas.

—Échanos un trago, Roso Morales.

Con gran sorpresa vio José a su patrón levantarse y entrar en la tienda, y volver luego con dos vasos de ron y una botella del mismo licor. Uno de los aparecidos tomó la botella y después de vaciados los vasos, dijo con reticencia:

—Anótame eso. Un día de estos arreglamos cuentas.

Dicho lo cual, uno en pos del otro se deslizaron pegados a la pared. Roso estaba iracundo.

—¡Bendito sea Dios! ¿Hasta cuándo me iré a dejar parrandear por estos dos vagabundos?

—Pero, ¿quiénes son? ¿Amigos suyos?

—¿Amigos? Dios me libre de semejantes amigos. Son Teófilo Aldana y el mocho Pinto, un par de ladrones que no salen sino de noche, como las ratas, y que me tienen fregado. El tal Teófilo tiene una historia muy larga: estuvo preso porque le dio una puñalada a un musiú; el Pinto también se las echa de hombrón. Los dos me beben el aguardiente y nunca me pagan.

—Pero ¿viven aquí?

—Vaya usted a saber. Dicen que un paisano, un tal Basilio, los esconde en su casa. Lo cierto es que siempre los verás como ahora, armados y arremangados, como si fueran a sacar una tarea.

La mirada de José estaba llena de silenciosa ironía. Aquello era miedo, puro miedo de hombre gordo y satisfecho. Sintió la tentación de decírselo, pero se contuvo. ¿Con qué derecho? «El miedo es libre», solía decir el general Trabuco acariciando sus grillos en el castillo. Además, la noche estaba hermosa, cálida como una respiración de mujer. Todas aquellas cosas quietas que lo arrullaban —los luceros que hacían guiños en el cielo inflamado, el ronquido del quemador y el acariciante zumbar de la máquina de Chinca Carpio— lo predisponían a la paz. A lo lejos clarineó un gallo, luego otro más próximo y un tercero que apenas se oía, y José se puso a escucharlos. Era como para estarse callado, escuchando.

—Deben de ser cerca de las doce... —calculó Roso con malhumor—. Vamos a acostarnos: mañana hay que madrugar.

Pero José no tenía sueño aún:

—Acuéstese usted; yo voy a dar una vueltecita...

Entonces se puso a andar calle arriba en dirección a la casa donde la sombra de Chinca dibujaba su negra interrogación. Y al aproximarse a ella percibió mejor el susurro de la máquina infatigable. Eran tan bajas las paredes de las viviendas, que sus techos de asbesto podían alcanzarse con sólo extender el brazo. ¿Qué ocurría entonces dentro de aquellos cubos de madera y

cemento? José recordó a Casandra: «Todos están muertos, sus casas son sepulturas». «Algo terrible —pensó— debe de ocurrir a los locos, algo que les hace hablar como profetas».

Para que entrara por ellas la cálida brisa del campo, casi todas las ventanitas estaban abiertas, y apacibles ronquidos y discretos chirridos de hamacas se colaban por ellas. En cierto lugar José percibió un murmullo de voces y un gemido aplastado por una palabra hermosa: «Mi amor». Y allí se detuvo un instante. Pero ¿por qué detenerse? ¿Por qué espiar estas cosas? Volvió a pensar en Casandra y se dijo que quizá estaba equivocada la vieja: los muertos no hablan de amor. Siguió, pues, adelante y llegó hasta la puerta de Carpio. Entonces recogió el paso y miró al interior.

Allí, en el centro de la minúscula sala, bajo la luz de una bombilla clorótica, estaba Chinca doblada sobre su máquina y sumida en su soledad. «Qué fina es —se dijo José al contemplarla—. Debe de ser alta y parece enferma». Sus negros y largos cabellos se derramaban sobre su espalda y un suelto mechón jugueteaba con la rueda vertiginosa. ¿Lo oyó o lo presintió ella? Su cabeza giró hacia la puerta y sus ojos febriles lo miraron con sobresalto.

«No puedo creerlo —pensaba José mientras tanto—, no puedo creer que también esta muchacha tan dulce salga de noche con míster Epi. Parece tan honesta, tan inocente». Y en aquel instante, invadido por el silencio, sintiose anegado por un húmedo anhelo de pensar cosas buenas. Quería estar al lado de aquella mujer aindiada para ayudarla a impulsar el pedal asesino. No había sensualidad en este deseo, no había egoísmo, sino piedad, ternura, una especie de amor blanco que se extendía a todas las costureras nocturnas del mundo. ¡Qué amargo e injusto es el mundo! Mientras Chinca Carpio se suicidaba frente a su máquina míster Epi se iba con otra, con la mujer de un trabajador que se batía con la noche entre oleadas de aceite y gruñir de engranajes, y él se paseaba lleno de soledad.

No llegó hasta el final de la calle. Se le antojó larga y hueca y volvió sobre sus pasos. Un cerdo noctámbulo husmeaba el suelo cerca de allí y algo que podía ser una moneda perdida le hacía guiños en la penumbra. Pero ni esto le hizo seguir adelante. Regresó con más lentitud y dispuesto a mirar mejor, pero en aquel momento la puerta de Carpio se cerró en sus narices y la sombra de Chinca desapareció de la calle cual si se hubiese mudado de mundo.

Jornada tercera

1

Tres actos de Roso Morales consolidaron la simpatía de José: primero su confidencia acerca de las razones que lo indujeron a emplearlo en su tienda: «¿Sabes por qué te di trabajo con tanta facilidad y casi sin preguntarte tu nombre? Pues porque te pareces a un hijo mío que debe de andar por ahí y del cual no he vuelto a tener noticias...» Segundo, su desinterés ante el consumo de fluido eléctrico que hacía José en sus prolongadas lecturas nocturnas. Y tercero, el entusiasmo con que protegió a cierto desconocido que pasó por Campo Escondido a raíz de la derrota de Urbina en las montañas de Coro[4]. He aquí cómo narró este episodio el propio Roso Morales:

—Lo vi pasar por delante de la tienda a eso de las dos de la tarde, y pensé para mis adentros: «¡Qué tipo tan raro!». Iba

4 Se refiere a la invasión de la Vela de Coro en 1929. La incursión fue comandada por Gustavo Machado (uno de los fundadores del Partido Comunista de Venezuela), Carlos Flores (periodista salvadoreño) y Rafael Simón Urbina, quien también es recordado por haber participado en el secuestro del presidente Carlos Delgado Chalbaud. Llegaron a Coro después de haber tomado el Fuerte Ámsterdam, en Curazao, para hacerse con armas y municiones. Entre los muchos participantes estaban José Tomás Jiménez Arráiz, Guillermo Prince Lara, Ramón Torres y Miguel Otero Silva. Fueron derrotados por las tropas de Gómez (Ver «Asalto a Curazao» en *Diccionario de Historia de Venezuela*. Fundación Empresas polar, 1997).

vestido como un obrero, con un pantalón azul todo sucio de aceite, unos zapatos que daban grima y un saco en el hombro. A la legua se veía que no era un obrero. Quizá fue por su color, que era bastante claro, o por su pelo castaño y un poco parado, o por su manera de andar, lo cierto es que vi en él algo que me llamó la atención y que me hizo poner en guardia: «Este tipo, me dije, anda buscando algo y no se atreve a pedirlo. Ten cuidado, Roso Morales, y acuérdate de que eres llanero. Mírale bien las manos: ésas no son manos de obrero. Fíjate en el pescuezo y advierte cómo se diferencia del color de la cara. Ese mozo puede estar en aprietos y necesitar quien lo ayude, pero puede también ser un ladrón o un criminal que anda buscando un claro para cometer una fechoría. Si se te acerca, ándale con malicia, Roso Morales». En ese momento me hallaba solo en la tienda. El mozo se decidió y se me acercó remolón. «¿Usted es el dueño de este negocio?» –me preguntó– «Sí, señor –le respondí–, soy el dueño». «Yo no soy de por aquí –agregó él; llevo seis días caminando y no conozco a nadie en este lugar». Yo me reí por dentro. «Eso se le nota en seguida –le dije; y bajando la voz para inspirarle confianza, añadí–: Se le nota sobre todo en las manos y en el pescuezo». A estas palabras mías el mozo abrochó su camisa rápidamente y escondió las manos en los bolsillos del pantalón. Y sin pensarlo más se me abrió como una granada madura: «¿Para qué voy a ocultárselo? Vengo huyendo y busco dónde esconderme». –«¿De dónde viene?» –«¿Desde las cercanías de Quisiro. Por allí se dispersó nuestro grupo, porque el general Urbina resolvió que nos desbandáramos». Le confieso –declaró Roso a José– que el corazón se me puso chiquito cuando lo oí mentar a Urbina. Yo no soy guapo ni me he visto nunca en bochinches. Sin embargo, me sobrepuse y le dije: «Si lo agarran lo va a pasar mal». «Pero usted –me replicó él– es un hombre honrado y no me denunciará, ¿no es así?». –«Así es, sí, señor». –«Haga algo por mí», me rogó entonces con lágrimas

en los ojos; y yo que soy tan blandito, me sentí emocionado: «Hoy por mí, mañana por ti». Así es que le dije al mozo: «Entre por esa puerta y métase en ese cuarto hasta que llegue la noche. Si está cansado acuéstese en esa hamaca». Por supuesto que no se lo hizo repetir dos veces. Yo le llevé un buen trago de ron, pan con queso y un pedazo de salchichón. Y al poco tiempo estaba roncando como un bendito. No le voy a ocultar que yo estaba como perro picado de tábano. Esa misma noche, después de cerrar la tienda y cuando ya no se veía a nadie en la calle, le preparé un bastimento, le di un par de alpargatas y un machete y le indiqué la dirección que debía seguir para llegar hasta el sur del lago. Por esos lados la vigilancia no es mucha y si algún peligro hay es el de los motilones. Cuando nos separamos nos dimos un buen abrazo y yo lo encomendé a las Tres Divinas Personas.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó José a su patrón.

—Más de un año.

—Pues entonces, si no lo han cogido por el camino, ya debe de estar en Colombia.

2

A veces, los diálogos que sostenían a la puerta de la bodega giraban sobre Casandra. Por supuesto que José no hubiese llegado al extremo de confesar al patrón que había visto en sueños a la loca de Campo Escondido. Y sin embargo así era: había soñado con ella.

—Pero, ¿por qué le interesa tanto esa vieja borracha?

—¿Por qué? La verdad es que yo mismo no sé por qué. Debe de ser por las cosas que dice. Quizá sean locuras o borracheras; de cualquier modo, estoy seguro de que los locos no inventan nada.

Esto se lo he oído decir a gente que sabe.

—¿A los estudiantes en el castillo?

—Sí, y también al doctor Landáez. Este asegura que los locos lo que hacen es desfigurar las cosas que ya están dentro de sus cabezas, las ideas que adquirieron y que les impresionaron antes de volverse locos. ¿Me comprende, Roso? Quizá esas ideas fueran precisamente las que los enloquecieron, pero nunca cosas inventadas por ellos después de perder el juicio.

Roso se hacía un lío con semejantes explicaciones.

—No sé —decía aparentando que meditaba—, te comprendo y no te comprendo. Tú eres más inteligente que yo y además has estado preso.

Más que lo de los muertos y la lluvia negra, a José le preocupaban otras cosas que oyera a Casandra; por ejemplo, lo que decía de la tierra. A su patrón le parecía también más razonable este tópico. La primera vez que Casandra habló de la tierra ante el mozo fue un mediodía en que llegó a pedir ron para ella y su nietezuelo. Casualmente en aquel mismo momento hacía su entrada en la tienda un campesino que llegaba montado en su burro, y la vieja se puso a mirarlo mientras apuraba su trago. Poco a poco y con desusada zalamería, se fue aproximando al hombre y de pronto, con una dulzura que sólo usaba para hablar a su nieto, le dijo: «Ajá, estás bebiendo tu aguardientico. Haces bien: eso te dará fuerza y no te dejará olvidar la tierra». El campesino la miró con asombro y se puso a retroceder al paso que ella avanzaba. De este modo pronto quedó aprisionado entre el mostrador y la vieja, circunstancia que aprovechó esta para ponerle su horrible mano en el pecho y soltarle el siguiente discurso: «Tú sí que estás vivo —lo palpaba mientras hablaba—; sí, tú estás vivo. No eres como los otros. Ellos creen que están vivos, pero están muertos... Si tú no quieres morirte como ellos, vete ligero para tu tierra».

Roso Morales no había prestado atención a aquel incidente, pero cuando se lo oyó repetir a José —sobre todo cuando

conoció la interpretación que estele daba– se vio obligado a reconocer que allí había algo digno de ser meditado. Por supuesto que no sería él quien lo meditase.

Fue precisamente en aquellos días cuando José comenzó a tomar notas de sus ideas y peripecias, lo que hizo en una libreta semejante a la de las cuentas de la bodega. En ella escribió estas observaciones:

«¿Qué quiso decirle Casandra al campesino del burro cuando le habló de la tierra? Hay algo misterioso en esta palabra –"tierra"– cuando la pronuncia la loca: algo que produce resonancias ocultas. A Narciso Reinoso también le dolía la tierra. Los estudiantes hablaban de ella en el castillo, pero sospecho que muy pocos la conocían. Me gustaría saber dónde y cuándo aprendió Casandra a querer la tierra».

¿Amaba Roso la tierra? Quizá. Era un hombre bueno, pero carecía de opinión propia sobre las cosas. Abandonó su región cuando la ganadería se arruinó en aquella parte de la República y se vino a la costa del lago porque todo el mundo decía que aquí estaba la nueva riqueza. ¿Para quién era esta riqueza? ¿Qué había obtenido de ella Roso Morales?

Sin embargo, los coloquios nocturnos con el patrón no dejaban de producir a José algún beneficio. Por él supo que Juan Moreno era, después de Magín Cardozo, el único que podía darle noticias sobre el pasado de Casandra la loca.

3

Son extraños los caminos del pensamiento. De una idea se puede saltar a otra sin advertir sus ocultos nexos. Esto fue lo que ocurrió a José cierta noche en que el tópico de la tierra le recordó a su abuelo Casildo, a Marta su madre y a María la hermana de esta, que murió de una cuchillada en un prostíbulo de la Rosa. De pronto, metido en su hamaca y respirando el olor de

los quesos y de la manteca, se encontró preguntándose si no era un traidor a la tradición de sus propios ancestros por haber dado la espalda a aquellos montes pelados; y se puso a idear respuestas para sus preguntas.

Para él no existían otros antepasados que los de la línea materna, y éstos, hasta donde alcanzaban sus vagos conocimientos, fueron agricultores. Pero, ¿es que son agricultores los conuqueros? Algunos estudiantes opinaban que no. Casandra, en cambio, creía que sí y de allí sus palabras al campesino. Semejante contradicción representaba para José un complicado problema.

Cuando caía en ciertas reflexiones relativas a su familia, el mozo no podía evitar una mueca. ¿De cuáles antepasados hablaba? En realidad sólo recordaba a su abuelo, a su madre y a la hermana de esta. Allí terminaba su estirpe. Su país necesitaba de agricultores, pero también de orientadores. O como decían los estudiantes en el castillo: de dirigentes intelectuales. José, que se hallaba en una especie de limbo desde que conoció a los estudiantes, se veía ahora en un limbo mayor al tener que contrastarlos con la loca Casandra. Ya no era él un agricultor (ni siquiera un conuquero) pero tampoco un intelectual. ¡Qué tragedia! ¿Hacia cuál de los dos extremos lo conducían sus propias inclinaciones: hacia la tierra o hacia los libros? Al plantearse este interrogante aparecía en su imaginación, más agresivo que nunca, el caso de su progenitor. Y esto le hacía arder la sangre. De su padre sólo sabía, porque lo oyó decir a los suyos, que se llama Ubert (Joseíto Ubert, en diminutivo, y que era un aventurero. No supo ni quiso saber más. Algún día ese aventurero oiría hablar de él y quizá tuviese necesidad de invocar el vínculo que los unía.

Ninguna consideración, ningún sentimiento serían capaces de hacer a José rectificar el severísimo juicio que había formado del desconocido que lo engendrara. Por lo menos era esto lo que se afirmaba a sí mismo cada vez que pensaba en ello. ¿Cómo

podía sentirse honrado o siquiera contento porque un canalla engañase a su madre dejándole la carga de un hijo sin nombre y sin porvenir? De esto habló alguna vez a Narciso Reinoso, pero Narciso, sentimental y camandulero, le recriminó con estas palabras: «Es tu padre, no hables así de ese hombre». ¡Pobre Narciso Reinoso!... Para entonces ya él mismo había conocido el contacto con la mujer: un deleite fugaz, un pataleo sin dignidad y después un corto cansancio. Eso fue cuanto el aventurero sintió al poseer a su madre. Una vez saciado la abandonó igual que él mismo abandonara a la prostituta con la que pasó la primera noche después de su salida de la prisión. ¿Y Marta, qué había sido aquello para Marta? La muerte, la destrucción material y moral en un lento aniquilamiento. De esa tragedia quedaba él, un saco de confusión puesto a rodar por el mundo.

4

Recordando la historia del fugitivo, tal como se la contara Roso Morales, pensó de pronto que aquél podía ser uno de los estudiantes que acompañaron a Rafael Simón Urbina en la descabellada aventura de Curazao y la consiguiente invasión de las costas de Coro[5].

Curazao había sido un refugio para los venezolanos que huían de su país por causas políticas y en determinado momento se encontraron allí muchos de éstos que no vacilaron en agruparse alrededor del aventurero coriano con el propósito de asaltar las costas venezolanas. Una noche atacaron los cuarteles de la isla, apresaron al gobernador holandés y desarmaron a los soldados que guarnecían el lugar, y provistos así de armas, se dirigieron al puerto donde hicieron lo mismo con un buque

5 Ver nota 4.

norteamericano a cuyo capitán obligaron a poner proa hacia la Vela de Coro. Esta fue la primera intentona de Urbina para derribar al Gobierno venezolano. La segunda partió de más lejos, de las costas de México, en un viejo vapor tripulado por venezolanos y mexicanos. Mas tampoco esta vez pudieron ver coronado su objeto. Derrotados y perseguidos por las tropas del Gobierno, unos fueron apresados y otros tuvieron que huir por los montes como alimañas. Entre ellos había estudiantes a los que José conoció en el castillo. Ahora, pensando en esto de nuevo, evocaba los rostros y las maneras de aquellos seres. Con los brazos cruzados bajo la nuca, el film volvía a desarrollarse. Allí veía al doctor Landáez pálido, flaco, encorvado como un sauce llorón bajo el peso de los grillos enormes; y al general Trabuco, corpulento y fanfarrón, arrastrando los suyos con cinismo ostentoso. Estos eran, entre miles de los protagonistas de sus recuerdos, los que con mayor nitidez perduraban en su memoria.

***

En su pequeñez física, el doctor Landáez representaba una viva lección moral. Atormentado por la nefritis, jamás se quejaba ni perdía la ecuanimidad. Inmóvil como un Buda, sumido en largas meditaciones, cuando hablaba su voz se matizaba y llenaba de luminosas aristas.

El doctor Landáez defendía sus ideas con una dulzura feroz. Las dos o tres veces que se suscitó en su presencia el tema de la creación del mundo, por el que mostraba una enfermiza predilección, bastaron para despertar en José una gran reverencia y al mismo tiempo para provocarle una gula de conocimientos que ya no lo abandonaría en la vida. Casi todos los jóvenes que conoció en aquel lugar barajaban con familiaridad temas y nombres que abrían en su espíritu caminos desconocidos, pero él prefería oír a Landáez. ¿Por qué? No hubiese podido decirlo.

Quizá por su misticismo, por su desinterés y por su acento de convicción.

A juzgar por la precisión con que hablaban de ello, todos aquellos seres, sin excluir al general Trabuco, parecían conocer a fondo la historia de su país. Esto hacía decir a Landáez: «Venezuela es un emporio de malos historiadores». Era, sin embargo, un tema conmovedor, una historia de lágrimas y de muerte, de sacrificios y de lucha incesante. El que triunfaba tenía siempre razón; el que fracasaba ya conocía su destino: persecuciones, dolor, calumnias y la befa de sus compatriotas, aun la de aquellos a quienes tuviese por amigos. El doctor Landáez también conocía estas cosas y una que otra vez mencionaba a Bolívar, a Miranda y a Sucre... Se diferenciaba, empero, de los demás, en que el tema de la historia en sus labios adquiría un rango tan alto que hacía necesario un instrumento dialéctico de símbolos y parábolas.

Por supuesto, pocos podían seguir al doctor Landáez en este terreno y menos que ninguno el general Trabuco, hombre de ternos y palabrotas. «Las grandes ideas, los sublimes ideales —decía el hombrecillo— sólo pueden expresarse por medio de símbolos. Se cansará usted explicándolos con palabras vulgares, los describirá con cifras y datos y no logrará definirlos en toda su amplitud y profundidad. Las parábolas son las piedras luminosas con que se edifican las mejores obras del espíritu humano. Las civilizaciones, en cuanto tienen de creación, las religiones y las grandes revoluciones han sido expresadas simbólicamente porque de otra manera no habrían llegado a ser comprendidas. El último gran movimiento simbólico fue el de la Revolución Francesa con su diosa Razón encarnada en una lavandera del Marais».

A esto solían replicar algunos jóvenes agresivos invocando el socialismo y las doctrinas marxistas que habían penetrado en las masas con su lenguaje directo, pero no lograban quebrantar

la fe de Landáez. ¿Había leído aquellas doctrinas el obstinado espiritualista? ¿Conocía la estructura económica de Marx y sus grandes estudios sobre el Capital y el Trabajo? ¿Cayeron alguna vez en sus manos las obras de Lenin, de Bujarin y de Stalin? No, el doctor Landáez no sabía nada de eso. En cambio, conocía todas las doctrinas filosóficas de la India y la China, sin contar a los griegos, a los que leía en su propio idioma. Con gula ejemplar había devorado cuanto se escribió sobre el cristianismo y sus luchas antiguas y modernas; había hecho estudios teosóficos. Todo lo que fuese materialismo lo hería como una lanza.

José, que se sentía avergonzado de no poder aprehender en su plenitud, por deficiencia de su cultura, el pensamiento de aquel personaje, hizo el propósito de buscar cuanto pudiera revelarle el sentido de las cosas que oía, y desde entonces sintió formarse a su alrededor una como nueva atmósfera, un clima propicio a la simbolización de las cosas. Esto decidió su conducta.

En el rectángulo de cielo que dejaban visible los fornidos y renegridos muros del castillo se veían volar las gaviotas, los alcatraces y las tijeretas. La tijereta, le explicó Landáez en cierta oportunidad, es el albatros que cantó Baudelaire en uno de sus poemas: un símbolo de alas desplegadas que no saben arrastrarse por los suelos. Por encima del foso asomaba la copa de un apamate. Landáez le dijo su nombre científico: *Eritrina umbrosa*. Y cuando José lo oyó hizo el propósito de estudiar algún día la botánica, tan llena de poesía. Aquel árbol permanecía verde durante todo el año. Por marzo, abril y mayo se poblaba de tal modo de flores de un color lila que desde lejos parecía un gran copo de espuma teñido de vino.

—Mientras nos permitan estos retazos de belleza —le dijo Landáez— podremos seguir viviendo. El hombre es el animal más fuerte de la creación, mas no porque resista al hambre, al sueño y al cansancio, sino porque posee reservas espirituales que los otros animales ignoran. ¿Te hieren las horruras del suelo?

Pues mira hacia arriba, aprende de memoria lo que ves en el cielo (la forma y el color de las nubes, el vuelo de las aves, las flores del apamate) y así, si algún día te encierran donde no puedas ver estas cosas, las tendrás dentro de ti y nadie podrá arrebatártelas.

Con este hombrecillo flaco y huesudo aprendió el hijo de Marta a mirar las cosas vulgares en las que antes no había detenido su atención. Aprendió a discernir los distintos matices del muro en las diferentes horas del día, la intensidad del dolor o del odio en los letreros que habían escrito en los calabozos, valiéndose de sus cabos de vela, cien generaciones de presos. Obra de conquistadores fue aquel castillo. Los conquistadores, afirmaba Landáez. son seres elementales para los que sólo tiene valor la materia.

Algo en lo que insistía el pequeño filósofo cuando hablaba de las relaciones humanas era su teoría de los círculos. Ningún hombre puede vivir aislado, ninguno exento de responsabilidades en la vida y en las obras de los demás. Del círculo de la familia se pasa al de la comunidad y de este al de la nación. Círculos nacionales constituyen el gran círculo internacional. La desfiguración de estas relaciones por los egoísmos individuales es lo que altera la gran armonía del sistema.

***

Quizá lo que más apenaba a José en la dura y monótona existencia de la prisión era ver a Landáez cuando tenía que limpiar la alcantarilla del foso. Era esta un largo canal de mampostería sobre el cual se agachaban los presos para hacer sus deposiciones y cuyas inmundicias debían ellos mismos remover por la tarde, antes de ser encerrados en los calabozos. La operación era particularmente penosa. Mediante una fuerte escoba de ramas, los excrementos acumulados se conducían a empujones hacia un lejano desagüe que los llevaba hasta el mar, pero a veces era tan

grande el montón que se necesitaba la fuerza de un Hércules para hacerlo resbalar por la alcantarilla. Algunos prisioneros –los más viejos, los enfermos y los débiles– habían sido relevados de aquel esfuerzo por la piedad de sus compañeros, pero Landáez nunca quiso ser eximido de él.

–¿Por qué? –preguntaba exaltado–. ¿Se imaginan que no puedo mover esta porquería?

Cierto día en que José pretendió quitarle la escoba, entablose entre ellos un vivo diálogo:

–Doctor, ya sé que usted tiene fuerzas, pero sus grillos...

–¡Mis grillos! ¿Qué pasa con mis grillos?

–Son tan pesados.

–Suposiciones tuyas: yo apenas los siento.

–¿Y la porquería? ¿Tampoco la siente?

–Menos que los grillos. Soy médico y he tenido que manosear mucha porquería. ¿Has pensado de dónde sale esa caca? De nosotros mismos. La llevamos dentro en todo momento: cuando amamos, cuando comulgamos, cuando acariciamos a nuestros hijos. Piensa un poco en ello y verás qué noble misión cumple la caca en la vida. Su papel fisiológico es uno y su papel moral otro. Es al tener que tocarla y olería cuando nos damos cuenta de su significado. Somos nosotros los despreciables, nosotros los que la producimos, los que transformamos en materia pútrida y fea los alimentos que nos mantienen con vida. Pero toma un trocito de ella y obsérvala al microscopio: te sentirás admirado de su belleza.

José quedó boquiabierto y no insistió en su propósito. «Si le sigo oyendo –pensó– soy capaz de ponerme a pintar con caca».

5

Por lo que hace al general Trabuco, este no osaba intervenir en las suaves charlas de Landáez, bellas pláticas semejantes a las

que los yoguis mantienen con sus discípulos a orillas de los ríos de la India. Algo de yogui había, en efecto, en el obscuro y semidesnudo cuerpo del prisionero. Trabuco le oía desde cierta distancia, sentado en el pretil de la alcantarilla, y a juzgar por la sonrisa que le plegaba los labios, semejantes ideas debían de inspirarle un profundo desprecio. Sin embargo, algo tenían esas pláticas que atraía la atención de Trabuco, algo que no comprendía pero que lo fascinaba. Lo que ocurría, a la postre, era que Trabuco temía ser fascinado y odiaba instintivamente a Landáez. He ahí por qué su sonrisa tenía algo de amenazante. Para sonreír levantaba el labio superior de tal modo que dejaba al descubierto un colmillo de oro ennegrecido por el tabaco. Su gesto más familiar consistía en hurgarse los dientes con un canutillo de pluma de los que debía de poseer una colección, y había quien asegurase que guardaba estos canutillos en una rendija secreta del calabozo. Mientras el obsesionante instrumento se hundía y revolvía en las junturas de sus muelas encapsuladas, el general escuchaba lo que decían los otros y aprobaba o desaprobaba con movimientos de la cabeza, gruñendo y disparando partículas de comida con la catapulta de su lengua.

Pero lo que más desconcertaba a los otros era la extraña opinión de Trabuco sobre el déspota que oprimía al país. Con cierta chocarrería lo llamaba «el Viejo», y no sólo justificaba su régimen, sino que se confesaba su admirador. Diez años atrás Trabuco había sido servidor de ese régimen contra el cual conspiró en un momento de insensatez, y ahora no tenía empacho en confesar que si hubiese triunfado en su empresa habría actuado desde el Poder exactamente lo mismo que el Viejo.

—¡Sí! Habría hecho lo mismo que él, porque este país bochinchero no merece otra cosa. Mano fuerte es lo que necesita aquí el gobernante que no quiera que lo tumben como a un pistola: mano fuerte para los enemigos y guante de seda para los amigos.

El apodo de «Trabuco» le fue adjudicado por los jóvenes estudiantes para quienes este hombre era un prototipo de los vicios morales y de la incultura que había que erradicar del país. Pero él, aparentando desdén por la opinión de los jóvenes, sonreía de un modo amenazador y se vengaba expresando la suya.

Nunca creyó en las virtudes innatas de la juventud, ni lo aparentó «como otros» que procuraban ganar el aprecio de los muchachos sin perjuicio de traicionarlos más adelante. Tampoco creía en esas virtudes, de carácter intelectual y moral, que se adquieren en las universidades.

—Las universidades —decretaba con su curiosa voz de falsete— son unas fábricas de bochinches. No sé cómo el Viejo no ha acabado con ellas. ¿Los ideales juveniles? ¡Puah! Quizá en otros países existan realmente: en Venezuela son una de tantas farsas. Vea esos que están «dizque» presos: ellos saben que no lo estarán por mucho tiempo. Por eso se comportan cual si estuviesen de vacaciones.

—El tiempo —le dijo una vez un muchacho que se las daba de intelectual—, el tiempo es el privilegio de la juventud.

A lo que Trabuco replicó mostrándole los colmillos:

—¡Sí, caray! Esa es la ventaja que nos llevan a nosotros: el tiempo que tienen para rectificar.

Al arrancárseles de las aulas, algunos de aquellos jóvenes habían sido enviados a trabajar como peones en las carreteras. No pocos enfermaron. Sin embargo, para los que quedaron en el castillo la prisión era como una fiesta, la fiesta del civismo. Esto no lo podía comprender el general Trabuco, quien gruñía indignado cuando les oía ridiculizar al Viejo con los sobrenombres de «el Bisonte» y «el Bagre».

—¡Necios! ¿Qué hay de nuevo en esas bobadas? Al Mariscal Falcón lo llamaron «Doña Juana», al general Crespo «el Bembón», al doctor Rojas Paúl «Cara de Gallina», a Castro «Mono de Capacho»... Hasta a Bolívar le pusieron un apodo:

«Longaniza». ¿Y qué? ¿Cambiaron las cosas por eso? El plomo es el que cambia las cosas. Mírelos ahí hablando tonterías; ya los verá cuando se gradúen. Entonces se acordarán de los grillos para utilizarlos como si fueran un cheque contra la Tesorería Nacional.

Aparte de estas opiniones, el general Trabuco poseía un arsenal de anécdotas destinadas a demostrar el genio político del Viejo, a quien no sólo seguía respetando, sino mirando como un ser superior dotado de poderes sobrenaturales y de un como instinto mágico que le permitía descubrir el pensamiento de los demás.

—Aquí donde ustedes me ven —confesaba— con toda mi malicia y mi zorrería, pues les aseguro que todavía no sé cómo descubrió lo que yo estaba tramando. Yo no le contaba mis cosas a nadie, no escribía pendejadas; sin embargo, me descubrió y aquí me tienen ustedes.

Algo que derretía de admiración a Trabuco era lo que el Viejo había hecho con su hijo mayor. Sospechando que conspiraba un día lo llamó y le arrancó las insignias de general. Lo hizo embarcar para Europa y sólo autorizó su regreso cuando lo trajeron en una urna. En cambio, con sus amigos era tierno y consecuente: los enriquecía, los recordaba, aunque pasara largos años sin verlos, los halagaba de todos modos. Pero esta misma memoria que poseía para recordar a los unos la usaba para olvidar a los otros. Por eso eran tan largas sus prisiones políticas.

6

Fue después de encontrarse allí y de oír a todas aquellas gentes cuando José se dio cuenta de su particular situación. Las revelaciones de Trabuco le hacían correr hilos de hielo por la columna. ¿Tendría que envejecer y acaso morir dentro de aquel foso inmundo por un delito que no había cometido? Su crimen

consistía en haberse detenido cierto día a oír un discurso que pronunciaba, en la plaza del Panteón en Caracas, un joven tocado con una boina[6]. Si el Viejo fuese en realidad un adivino debió de adivinar su inocencia y mandarlo soltar. Torpeza suya fue dejarlo allí, entre aquellos jóvenes estudiantes y junto al extraordinario doctor Landáez. Con ellos aprendería a leer y escribir y hasta a chapurrear un poco de inglés. A su lado adquiriría una noción más o menos precisa de lo que el Viejo significaba para el país. Fue, pues, un error del Viejo el haberlo encerrado en tal compañía.

Por su parte, los estudiantes hablaban con grande orgullo de los actos de rebeldía que los habían llevado al castillo. Estaban prisioneros, es cierto; humillados y maltratados, pero el pueblo había dicho «basta» y todo había comenzado a cambiar. Fue un gran día aquel en que tocados con sus boinas desfilaron por calles y plazas pronunciando onomatopeyas simbólicas. Todo fue simbólico entonces. Eligieron una reina simbólica y fueron a la cárcel simbólicamente. Pero tan hondo caló este simbolismo que el Viejo se tambaleó en su reducto.

Cuando supo estas cosas y pudo apreciarlas, José se sintió emocionado. Él también era joven y en su corazón ardía una llama simbólica. Su ignorancia lo avergonzaba, pero sus anhelos de aprender lo llenaban de optimista fervor. Algún día, en contacto con ellos, llegaría a brillar como ellos. Y no vaciló: fue hacia ellos con el corazón y la mente abiertos. Sin embargo, al hallarse entre ellos sintiose desconcertado: descubrió que aquel mundo que había imaginado homogéneo, tan recio y compacto como los muros que los rodeaban, ofrecía multitud de fisuras

6 Se refiere a Jóvito Villalba, quien pronunció un famoso discurso el 6 de febrero de 1928 en el Panteón Nacional con motivo de la Semana del Estudiante, pero que en realidad era una arenga antigomecista.

y tendía a dividirse en parcelas. Algo había que los mantenía unidos en la formal expresión de sus ideales, pero en cuanto se ponían a traducir sus ideas se les vía colidir, vacilar y disentir hasta el extremo de que muchos de ellos se detestaban. Claro que él no dejó de admirarlos por eso. Comprendía que debía ser humilde y lo era. Pero no bastaba sentirse humilde para que lo aceptaran como uno de ellos. ¿Qué es la humildad? Sólo un viejo chiflado como el doctor Landáez podía reconocer virtudes intrínsecas en esta actitud.

7

Incurriría en un error quien pensase que el doctor Landáez estaba exento del desdén de los jóvenes. «Es —decían éstos— un hombre honrado pero vetusto; ese espiritualismo suyo está pasado de moda».

Sin embargo, algunos había que se resignaban a oírlo y entre éstos un mozo llamado Pío[7] que estaba tuberculoso. José admiraba a Pío por su estoicismo. Era un valiente que veía avanzar a la muerte sin inmutarse y sin caer en esos estados de hiperestesia, a veces maligna, que caracteriza a los tísicos. Cosa admirable era verle evitar a sus compañeros la ocasión del contagio, para lo cual, cuando tenía que hablarles, tomaba asiento en el pretil de la alcantarilla, lo más distante posible de ellos.

Pío no rechazaba del todo las ideas de Landáez. Podían —decía— aprovecharse en beneficio de fines más definidos y

7 Se refiere a Pío Tamayo, otro recordado miembro de la generación del 28. Fue pionero en el pensamiento marxista venezolano y, junto a Gustavo Machado, participó en la fundación del primer Partido Comunista Cubano. Mientras estuvo privado de libertad, se le agudizó una grave sinusitis que tenía y además contrajo tuberculosis. Fue liberado en 1934 y murió el 5 de octubre de 1935, víctima de sus afecciones pulmonares. (Ver Querales, Ramón. *Pío Tamayo: la lucha por el socialismo venezolano en sus orígenes*. Monte Ávila Editores, 2022)

prácticos. ¿Y cuál más definido que la justicia social? Lo del símbolo lo aprobaba de cierta manera, como un instrumento que utilizado hábilmente podía servir para persuadir a las masas, para pintar al pueblo en forma poética —la mejor forma de hacerse comprender por el pueblo— ciertas doctrinas abstractas que su mentalidad no podría percibir de otro modo. En lo demás sus ideas andaban lejos de las de aquel místico. La historia no es la obra del idealismo sino del racionalismo más descarnado. Todo en la vida del hombre está condicionado por la economía, esto es, por la necesidad de comer, de vestirse, de poseer un abrigo. Las injusticias se engendran en el desequilibrio económico. El capital no es otra cosa que trabajo acumulado y como tal pertenece a quienes lo realizan, de donde resulta que el capitalista que acumula para su provecho el trabajo de los demás, es sencillamente un ladrón. Tal era, en resumen, el pensamiento de Pío.

Innecesario sería decir que las pláticas de este hombre emocionaban a sus juveniles oyentes. Algún estudiante de economía trataba a veces de intervenir con alguna complicada teoría sobre los fenómenos de la oferta y la demanda, del libre cambio o de la economía dirigida, pero los otros se impacientaban y lo hacían callar. Sin que se atreviesen a confesarlo, los números y los datos científicos les fastidiaban tanto como les seducía el desarrollo dialéctico en los labios exangües del moribundo. «El hombre —afirmaba Pío con una energía de la que no se le hubiese creído capaz— está ahíto de prejuicios sentimentales contra los que hay que luchar porque son el mayor obstáculo que se opone al imperio de la justicia en la sociedad. La religión, el concepto burgués del amor, la idea de la patria con sus himnos y sus banderas, son invenciones burguesas que mantienen encadenados a los proletarios».

Estas conversaciones las escuchaba José con cierta ansiedad y al mismo tiempo lleno de confusión. Muchas de las palabras

que oía escapaban a su entendimiento. Otro en su lugar hubiese pedido explicaciones más claras, mejor definición objetiva, pero su timidez y la reverencia que sentía por aquellas personas erigían entre él y sus compañeros de foso barreras casi infranqueables. Desde su hamaca de enfermo manchada por una que otra gota de sangre, Pío lo miraba a veces con atención y le hablaba del destino de las masas rurales venezolanas absorbidas por el petróleo, pero él no entendía lo que eran masas rurales ni por qué el petróleo las absorbía. Comprendiendo su ignorancia un día Pío le dijo impaciente: «Las masas rurales son las gentes del campo, las que trabajan la agricultura. Son ellas las que producen lo que comemos y lo que vestimos, y todo lo que las aparte de su trabajo significa incultura y ruina». Entonces creyó comprender. Sin embargo, no resultaba fácil remediar esa situación.

Era conmovedora la historia de Pío: su padre, al morir, les dejó a él y a sus hermanos una hacienda de caña y muchos colonos que trabajaban y vivían en sus términos. Unos sembraban las tierras, otros atendían al trapiche, otros destilaban el alcohol en los alambiques y hacían mil trabajos por el estilo. Seducido por sus nuevas ideas él mismo se puso al frente de aquella empresa e inició sus innovaciones: liberó a los trabajadores de sus deudas tradicionales, les aumentó los salarios, les redujo el horario de las tareas y les puso una escuela para sus hijos. Al cabo de cierto tiempo tuvo que confesar que había fracasado. ¿Por qué? Por el atraso del medio, por la falta de educación. Interpretando el fracaso como una experiencia, pensó entonces que otros, más adelante, sacarían de ello mejor provecho. Comprendiéndolo así y decidido a utilizar su propia experiencia, ideó dar a sus peones una educación por medio de sencillas arengas, pero esto también fue inútil: los hombres preferían escapar o fingirse enfermos a oír aquellos sermones. Vendían los zapatos, jugaban el dinero a los dados o se lo bebían en las tabernas; haraganeaban, reñían,

se peleaban. Arruinado y un poco triste Pío se marchó al extranjero y más tarde puso rumbo a Caracas, en donde hizo contacto con los estudiantes que proyectaban asaltar los cuarteles. Y con ellos cayó en la prisión. Sabía que su fin estaba cercano pero la muerte no lo arredraba. Aunque, a decir verdad, hubiese preferido vivir.

El doctor Landáez le dijo una vez estas misteriosas palabras:

—Si usted quiere vivir, vivirá. Sí, vivirá en otras esferas donde aún puede hallar una misión que cumplir mucho más elevada que la que realiza en la tierra. Usted es hombre de espíritu y aunque su mente esté ahora velada por preocupaciones tan bajas como las de la política y la materia, no por eso es usted un ser inferior. Los seres vivientes, querido amigo, asistimos a un vasto proceso de purificación que se realiza a lo largo de distintas encarnaciones; somos simples instrumentos para un más alto fin. Así mientras más sufridos y desinteresados seamos, más próximos estaremos de la verdad.

Y como advirtiese que Pío le escuchaba sonriente, se decidió a proponerle:

—Si usted prestara mayor atención a los estudios que yo cultivo podría disfrutar de la gracia que yo disfruto, o dicho en palabras más comprensibles: de las ventajas que yo poseo.

—¿Y cuáles son las ventajas que usted posee? —le preguntó el moribundo.

—Llevo seis años encerrado en esta fortaleza y, sin embargo, no he pasado más de tres meses preso. ¿No lo cree usted? Pues créamelo porque es la verdad: aquí donde me ve, soy el prisionero que se ha escapado más veces de su prisión. Me marcho cuando me viene en gana, cuando deseo estar libre y ver de nuevo a los seres que todavía saben sonreír. Y cuando regreso lo hago por cortesía hacia ustedes, pues no me parece decente dejarlos aquí en compañía de un cuerpo sin alma.

8

A más de cinco años de distancia de aquellos días, José descubría en sus recuerdos matices en los que entonces no paró su atención. Entre los prisioneros menos notables, algunos había dignos de interés especial. Uno de ellos, un tal Palmenio Martínez, llegó hasta a hacerle pensar que ciertas prisiones no eran del todo injustificadas. Este hombre, siempre apartado de los demás, le pareció un misántropo resentido. Apenas dirigía la palabra a los otros y cuando lo hacía cada uno de sus conceptos destilaba un oculto veneno. Se pasaba las horas dentro del calabozo, metido en su hamaca y escribiendo cuartillas que luego escondía cuidadosamente. El general Trabuco, que era quien más se fijaba en él, confesó que la presencia de Palmenio lo desazonaba en aquel mundo de amargura y rencor. Un día dijo a José:

—¿Ve usted lo malo que es el Viejo? Pues ruéguele a Dios que este país no caiga algún día en manos de un hombre como Palmenio al que han mandado aquí por demócrata.

De los demás conservaba vagos recuerdos. Los más jóvenes querían convencerse a sí mismos de que su solo interés se cifraba en los graves problemas de la nación, y hablaban de esto con mucho énfasis. A él le parecía que exageraban un poco. Al aproximarse la noche los veía quedarse inmóviles añorando la libertad y reviviendo las horas dichosas con las novias y los amigos. Imágenes eróticas debían de poblar las noches de todos ellos como poblaban las suyas. La lectura era un buen antídoto contra aquellas nostalgias, pero no les protegía contra los sueños.

Tal era el mundo de la prisión. Al otro lado de las espesas paredes, en otros fosos y calabozos, languidecían miles de prisioneros. El conocía su existencia por conversaciones que oyera a sus compañeros. El doctor Landáez nombraba a algunos: hombres notables del foro, del periodismo y aun de

la Iglesia que purgaban el mismo subjetivo delito. El general Trabuco conocía a otros. Los estudiantes a otros aún. En esos fosos y calabozos repletos de seres útiles se forjó el nervio de la República. Por ellos desfilaron un día Miranda, Luisa Cáceres de Arismendi y mil más que luego colmaron de gloria la historia venezolana. Oyendo el retumbar de las olas contra los muros José creía oír una voz que había que descifrar. El mar enviaba a los hombres un misterioso mensaje impregnado de la magia que envolvía el pasado de la nación. Su tierra grande, hermosa y heroica era eso: un misterio no descifrado. Por algo había sido creada esta nación en esta tierra. ¿Cómo se formó? ¿Cómo fue surgiendo de las tinieblas? He aquí lo que él ansiaba saber. Todo cuanto lo rodeaba le hacía sospechar que su nación era obra de la violencia. Todo era duro e hiriente a su alrededor. ¿Sería posible que de este perenne ejercicio del odio pudiese surgir algo tan noble y bello como una Patria? Al ponerse en contacto con esta realidad que volvía en sus evocaciones, tenía que reconocer que él mismo se sintió alguna vez atraído por aquellas pasiones. En su calabozo de piedra, obscuro y húmedo, llegó a sentir el deseo de matar, sabor extraño que al subir a los labios deja en ellos un inolvidable regusto.

9

Un buen día los sorprendió la noticia. Por decisión de aquel Viejo que disponía de la vida y la muerte de sus compatriotas, volvían a la libertad. Nochebuena de Pascua. Los hombres desnudos, liberados ya de los grillos, se abrazaban en los fosos y en los calabozos. Esa noche comerían las hallacas tradicionales en la ciudad, junto con los seres que todavía sabían sonreír. Los más jóvenes hacían planes para aventuras de amor; los más viejos se anticipaban la emoción de abrazar a los hijos que habían dejado niños y que ahora hallarían adultos. La orden llegó en la

mañana y al mediodía todos estaban bañados, vestidos con sus ropas pasadas de moda y luciendo las barbas recién peinadas en espera del navío que los conduciría a la ciudad. Y el navío llegó al fin y con él una nueva orden por la que se exceptuaba del indulto a tres de los prisioneros: el doctor Landáez, el general Trabuco y el Padre Domínguez. La alegría parpadeó en los corazones de todos.

El aire de resignación con que aquellos tres hombres volvieron a entrar en sus calabozos perseguiría a José y le inspiraría malos sueños. Él fue de los pocos que tuvieron coraje para estrechar sus manos y decirles adiós. El doctor Landáez le habló con dulzura:

—No te aflijas: tú sabes que no estoy preso sino a medias. Salgo de aquí cuantas veces me viene en ganas.

El general Trabuco se atuzó el bigote y ensayó sonreír:

—La verdad es que me había extrañado esa orden. El Viejo sabe que si llega a caer en mis manos le hago lo mismito que él me está haciendo ahora.

El padre Domínguez (que pertenecía a otro foso) los bendijo a todos desde el portal, pero las palabras que pronunció no fueron oídas porque su rostro estaba vuelto hacia el cielo.

En el puerto los esperaba una multitud sólo comparable a la que se congrega el Domingo de Resurrección para presenciar la bendición del mar. Gentes extrañas rodearon la camilla de Pío. Allí estaba la madre del moribundo. Se arrodilló junto a él y lo abrazó sollozando.

Jornada cuarta

1

Al salir del castillo quiso volver a Caracas.

En la capital, donde residían casi todos los jóvenes que durante dos años fueron sus compañeros de ergástula, esperaba hallarse mejor que en cualquiera otra parte, protegido en la convalecencia de su libertad readquirida. Marchó, pues, a Caracas y halló la ciudad entregada a su tradicional despreocupación, indiferente, alegre y flotando en un mar de chistes.

Pero algo le había ocurrido antes de llegar a la urbe; algo que conmovió hasta la última fibra de su espíritu. Había estado lloviendo copiosamente durante toda aquella mañana. De pronto apareció una camioneta llena de policías y el autobús quedó detenido al margen de la calzada. ¡Cómo resonaba, cómo hería los oídos la sirena de aquella camioneta en medio de las frondas lavadas! El corazón de José se puso a galopar en su pecho y no menos inquietos que él los otros viajeros se entregaron a conjeturas a cual más alarmante.

Cuando aquello ocurrió la lluvia ya había cesado, pero por las acequias que flanqueaban la vía el agua se precipitaba rugiendo. Un ciclista que venía en sentido contrario repartía una noticia espectable: en Turmero la creciente había roto un viaducto y el Viejo era aguardado allí de un momento a otro. Pero esta noticia fue recibida con escepticismo. ¿Iba a moverse el Viejo

de su casa, con aquel tiempo, para examinar un puente roto en Turmero? Increíble. Con enviar un ingeniero, menos aún, con destacar a un capataz de las obras públicas, sería suficiente. Esa camioneta de la sirena debía de ir a otra cosa. Quizá a proteger una punta de los ganados del General que se dirigía a su potrero o a despejar el camino a un Ministro que venía a rendir cuentas.

¡Pero qué mal conocían al Viejo los viajeros del autobús! De pronto, en medio de un clamor de sirenas y de motores rugientes, raudas presencias invadieron la húmeda quietud del paisaje. En efecto, el General iba a inspeccionar los estragos de la tormenta. Pasaron dos agentes disparados en sus motocicletas, pasó una segunda camioneta llena de soldados, pasaron dos automóviles ocupados por oficiales y por último apareció una gran *limousine* dentro de la cual, al lado del chófer, se veía una pequeña y negra figura que alguien identificó como la del coronel Tarazona[8], y en el asiento posterior el propio Viejo en compañía de otro caballero.

Desmayadas cayeron las manos del aterrado José. Sintiose blanco como de cera y le pareció que iba a derretirse. Allí estaba el hombre en persona, el venerado enemigo del general Trabuco. Mientras su vida entera se concentraba en sus ojos, el hijo de Marta buscó refugio detrás de una ventana del autobús. La inesperada presencia lo aniquilaba, lo disolvía en el ácido del miedo, pero al mismo tiempo lo colocaba ante una inesperada revelación. Aquel anciano de bigotes encanecidos, vestido con una sencilla blusa militar y tocado con un ancho sombrero de Panamá era el amo de la República. No olvidaría este momento el hijo de Marta.

8 Se refiere a Eloy Tarazona, apodado «el Indio». Era guardaespaldas de confianza de Gómez.

Después, ya en Caracas, lo volvería a ver una vez más, pero no le produciría la misma impresión. La visión de la carretera, acaso por imprevista o tal vez por la agreste solemnidad del paisaje no tendría semejante. Hasta podría decir que los ojillos del Viejo se clavaron en él en cierto momento y que al mirarle habían dejado de sonreír.

Sólo cinco meses iba a permanecer José en la capital. Este fue el tiempo que pudo aguantarse allí trabajando en una fábrica de cerveza[9]. Ni una sola vez logró ver a alguno de sus compañeros de prisión. ¿Qué había sido de ellos? Más tarde averiguaría que algunos habían sido confinados a distintas poblaciones del interior mientras que otros emigraban al extranjero.

Bajo la despreocupación de Caracas corría un subterráneo río de zozobra cuyos rumores sólo podían percibir los iniciados en los misterios de la ciudad. El los percibió al fin y experimentó un creciente desasosiego. ¡Qué espanto si, por un nuevo accidente, tuviese que volver al horrible antro en el que habían quedado el doctor Landáez y el general Trabuco! Y era tan fácil volver. Cierto día se hizo tan aguda su angustia que decidió huir. Sí, huir. Esconderse en su tierra, al lado de su abuelo Casildo, y sumergirse de nuevo en el áspero campo donde discurriera su infancia.

Y una mañana embarcó en un camión. Al llegar a Cabimas preguntó por su abuelo y alguien le informó que Casildo había muerto. Entonces supo lo que es estar solo. ¡Solo! Como quien dice blanco. O negro.

2

—¿Adonde vais, criatura? Vení para hacerte la carrerita.
—Déjeme; no me hale así. No voy a ninguna parte.

9 Alude a la Cervecería Caracas.

Se defendió con vigor y el chófer se puso a reír:

—Bah pues, ¿como que acabáis de salir del monte? Si buscáis una pensión barata yo puedo llevarte.

En efecto, buscaba una pensión barata —no más de cinco bolívares por día—, pero no era cosa de que lo zarandearan así.

—¡Cinco bolívares! —el chofer reía a todo pulmón—, ¡no estáis ni loco, cristiano! Cinco bolívares se los damos aquí a las viejas para que no miren a uno.

Alguna vez oyó hablar —quizá a Narciso Reinoso— de un Maracaibo poético y conceptuoso al que las gentes llamaban la Atenas de Venezuela, pero ahora dudaba que fuese la misma ciudad que aparecía ante sus ojos.

Algo brutal, hirviente y descomedido había en este ambiente de puerto poblado de voces, de cuerpos serpentinos y sudorosos y de camiones atronadores. Oía hablar la misma voz de su infancia —con sus cadencias y sus arcaísmos modificados—, pero se negaba a admitir que estuviese animada del mismo espíritu. El puerto aparecía lleno de bajeles de todos tamaños y formas —vapores negros y humeantes, piraguas, lanchas—, las gentes rebullían en todos sentidos, hablando a gritos y gesticulando como posesas, pero él se sentía solo y desamparado. Y tuvo miedo otra vez. MIEDO. ¿Es que no iba a vencer este miedo que lo seguía como un perro hambriento?

Con su pequeña maleta en la mano, echó a andar por las calles y mientras andaba miraba los nombres de los hoteles y de las pensiones, juzgando de su categoría por su aspecto exterior. Ahora, junto al otro miedo, sentía el del ridículo. ¿Qué aspecto tendría con aquel traje encogido, de tres años atrás, y aquella maltrecha maleta en la mano? De esta guisa recorrió la calle de la Marina y bajó por la Ancha: dio vueltas por la plaza Baralt y fue a caer fatigado en la plaza Bolívar.

Atardecía. En el escaño donde se sentó a reposar había un hombre vestido de blanco con el cuerpo apoyado en el glúteo

derecho, las piernas cruzadas y el sombrero de paja sobre el asiento. Era un poeta y se llamaba Beltrán Oliver; pero esto último no lo averiguaría hasta algunas horas más tarde. Por lo pronto se limitó a mirarlo, primero con timidez y luego con creciente curiosidad. ¿Hablaba solo aquel hombre gordo, de melena gris y rostro risueño? Sí, recitaba versos a media voz mientras frotaba sus uñas en la manga del saco. Más adelante, al tratarlo, conocería hasta qué punto amaba Beltrán sus manos. Era una especie de culto, una manía. Dondequiera que se hallase, mientras hablaba o meditaba o musitaba sus versos, miraba sus dedos con devoción y soplaba sus uñas para hacerlas brillar. Y no le faltaba razón: en esas manos risueñas, elocuentes y raudas como palomas, residía la sensibilidad de un espíritu fino y receptivo en extremo.

¿Cómo se inició la conversación entre ellos? José ni Beltrán lo recordarían después. Cuando acordaron el diálogo estaba enhebrado y el primero confiaba al segundo sus cuitas, su escasez de dinero y su urgente necesidad de hallar un albergue barato. El poeta lo escuchó con generosa pereza.

—Eso no te pasa a ti solo —le dijo—. Eres una víctima de los desequilibrios sociales. Lo peor que puedes hacer es amargarte la vida.

—Pero es que necesito comer y dormir.

—Ya me lo has dicho. Pero ¿por qué te preocupas? Dios proveerá.

Admirando la placidez de Beltrán, José quedó convencido de que iban a ser amigos. Sin saber bien por qué confió en sus palabras. Dios proveerá. Indolente y zumbón, un poco torpe al hablar pero de vocabulario escogido, Beltrán Oliver le inspiraba confianza. Devoto de la ciudad, los únicos árboles que le causaban placer eran los de la Plaza Bolívar. Siempre vestido de blanco sus pantalones lucían muy anchos y llenos de rodilleras. Nunca llevaba el sombrero puesto porque no halló uno a la medida de su cabeza.

—Pobre muchacho —le dijo—, en qué mal momento has llegado. ¿Sabes que nuestro pueblo ha cambiado mucho? Aquellos dichosos tiempos de la hospitalidad maracaibera pasaron ya para siempre. Ahora aquí no se oye hablar sino de dinero. Todo se vende y se compra, comenzando por la amistad y el amor. Sin embargo, has tenido suerte al hallarte conmigo: yo soy el único maracucho que no tiene dinero. Podrás economizar tus cinco bolívares porque yo te invito a pasar la noche en una de las alcobas de mi palacio.

—¿Su palacio? ¿Y dónde está su palacio?

—Ahí, frente a tus ojos. Deléitate contemplándolo. ¿Verdad que recuerda a Atenas?

Y con su bella mano extendida mostró un gran edificio blanco que se elevaba frente a la Plaza. José lo miró y quedó silencioso.

—¿Te gusta? —preguntó Beltrán—. También a mí. Es níveo cual un sueño de virgen; aunque, a decir verdad, lo que ocurre en su interior nada tiene de virginal. Mira esa columnata de líneas jónicas: bajo su sombra se cometen miles de pillerías, pero no puede negarse que son perfectas, dignas de los días de Pericles. Observa las dos águilas del frontón. ¿No te parecen heroicas?

—Sí —admitió José siguiéndole la corriente y sin saber adónde iba a parar el poeta—. Todo eso debe de haberle costado mucho dinero.

—En efecto —Beltrán hizo aletear sus manos—: mucho dinero, pero no a mí: yo vivo de gorra. Si eres perspicaz habrás comprendido que ese palacio...

—...Es del Gobierno.

—¡Excelente! Veo que no eres tan lerdo como pareces. Desde ahí se rigen los destinos de estas tierras privilegiadas. Todas las mañanas, entre un coro de áulicos, llega a palacio un señor alto, de pobladas patillas y porte marcial, y toma en sus manos los

hilos que conducen la alegría y el dolor a los pueblos del lago[10]. Ese hombre es un refinado: incendia pero pulsa la lira; manda a dar palos y poner grillos, pero al mismo tiempo escribe versos y prosas rimadas. Ya lo conocerás uno de estos días. Se dice que cada mañana, antes de comenzar sus tareas, consulta a una maga que le revela los augurios del día por medio de una matica de trébol.

—¿De trébol?

—Sí, de trébol. ¿Por qué te extraña? Podría hacerlo también por medio de los intestinos de un pollo o por la borra del café, pero estas cosas no agradan al magistrado que además de romántico es un hombre muy pulcro.

—Entonces, ese señor...

—Ya sé lo que vas a objetarme: que ese señor es el verdadero dueño del palacio y el único que puede ofrecerte hospitalidad. Pero te equivocas. Hace veinte años habito la más silenciosa y acogedora de sus habitaciones y confío en seguir habitándola hasta que me conduzcan al Redondo. En cambio, ese poderoso señor es apenas un transeúnte: un día u otro lo mandarán a otra parte y no habrá pasado nada. Por lo demás, no nos estorbamos: mientras él se afana en su lujoso despacho, yo, en mi departamento, leo, escribo o simplemente sueño.

—Vamos, pues.

—Oh no, joven amigo: tenga paciencia. Nunca entro en palacio hasta después de las diez de la noche. Es un capricho del portero que se marcha a su casa a esa hora. Por usted, sin embargo, haré una excepción: esperaremos hasta las diez solamente. Mientras tanto, cultivemos la bella conversación que no cuesta nada y que por eso mismo está tan de capa caída.

---

10 Se refiere a Vicencio Pérez Soto, presidente del estado Zulia desde 1925.

3

Aquella noche se abrió ante José una nueva ventana sobre horizontes desconocidos. Beltrán era hombre de variadas lecturas y de experiencias extraordinarias. Su charla, burlona y fina, y hasta la peculiar torpeza con que pronunciaba las palabras que tenían erres, le daban un atractivo especial. Era discreto al hablar, mas como ilustraba sus coloquios con el revoloteo de sus manos, lo que decía parecía tener un doble significado. Refirió anécdotas de la vieja ciudad, —la que él llamaba Delfos lacustre porque estaba llena de grandes poetas, de pitonisas y de juglares— y reveló cosas conmovedoras. Hubo un tiempo feliz en que los médicos y los curas iban en burros con sus paraguas abiertos, y en que se cometían grandes crímenes dignos de Grecia. Uno de esos crímenes fue el que se llamó de «la Caballero» por el nombre de la víctima, y cuyo escenario fue una antigua casona situada precisamente al lado del palacio, frente al teatro. ¿Y el teatro? ¿Le agradaba a José el teatro? Bastaba conocer el nombre de aquél para sentirse invadido por bellos recuerdos: evocaba a Baralt el historiador, el hablista y poeta que llamó a Maracaibo «Tierra amada del Sol».

De pronto, cuando el reloj de la iglesia vecina comenzó a dar las diez, Beltrán cortó sus reminiscencias y dijo:

—Vamos.

—¿Y el portero? —inquirió José.

—Ya debe de haberse marchado. Nunca espera la última campanada.

Para llegar al Palacio tenían que atravesar la Plaza. Mientras lo hacían Beltrán no cesó de hablar. Subieron las gradas del atrio pero no entraron por ninguna de las puertas del frente, sino que rodearon el edificio hasta alcanzar su costado oriental. Allí el poeta abrió un estrecho postigo y uno tras otro se deslizaron al interior. La sucesión de habitaciones frente a

las cuales cruzaron entonces llamó la atención de José. Al final de ellas había un patio interior vagamente iluminado por los reflejos del cielo.

—Esa puerta que ves allí —le informó Beltrán— conduce a la imprenta.

—¿Cuál imprenta?

—La del Estado. En ella se imprime la gaceta en la cual gano yo mi pitanza. Ahora subiremos al piso alto.

José se sentía emocionado, pero también lleno de recelos.

—¿Qué son esas cosas que brillan en ese cuarto?

—Los instrumentos de la Banda Municipal. Los músicos ensayan aquí, en este patio, y los jueves y domingos tocan en la Plaza. ¿Subimos?

—Como usted diga.

En aquel punto Beltrán se detuvo y miró a su invitado.

—¿Te parezco muy viejo?

—No sé. ¿Por qué?

—Porque si no te lo parezco preferiría que me tutearas. Cuando veas el lugar adonde te llevo comprenderás que no vale la pena que me trates con tanto respeto.

Entonces subieron. Beltrán comenzó a trepar el primero cuidando de no hacer ruido. Llevaba su pesada melena al aire y el sombrero en la mano. Al llegar arriba enfilaron un pasillo de tablas crujientes en cuyo extremo se detuvieron. Allí había una ventana abierta.

—Mira —dijo con un amplio gesto de su sombrero. Y José contempló media ciudad explayada a sus pies.

—Es hermosa. Así me la imaginaba.

—Es mi reino. Desde aquí, envuelto en mi soledad, contemplo todas las noches este espectáculo incomparable. Mira las luces cómo nos hacen guiños. Yo las he visto encenderse al atardecer y me han parecido un puñado de monedas de oro lanzadas al aire por un mago invisible. También las he visto apagarse

cuando despunta el día y entonces la ciudad queda un poco triste cual si convaleciera de un constipado nocturno.

Frente a ellos, en un tibio silencio, dormitaban la iglesia matriz, los tejados de las casas cercanas y el cauce de las calles que se iban quedando solas.

—Otros tienen oro —siguió diciendo Beltrán—, mujeres, poder; yo, aquí, me siento poderoso como ninguno. Sin embargo, esto no es sino parte de mi caudal. La ciudad es grande y cada día crece más. Los hombres que se afanan en la búsqueda del dinero, en las minas de petróleo, en los comercios y en las casas de juego, están ensanchando y embelleciendo mi urbe para que yo la disfrute desde mis numerosos observatorios. Una de estas noches te llevaré a mis balcones del lago. Desde ningún otro lugar podrías comprender esta maravilla de la creación.

Bruscamente volvió la espalda y abrió una puerta. Desde el pasillo José lo vio encender una luz. Fue hacia esta y se halló en una galería llena de viejos estantes con libros.

—¿Sabes en dónde estás en este momento? Inclínate y medita.

—¡La biblioteca!

—Sí, lo que queda de ella. Ahora es mi dormitorio. Estos libros contribuyeron a formar el espíritu de los viejos maracaiberos. Ellos subían aquí como a una cima o como a una fuente. No concebían aspiración más alta. Entonces se veían estas ventanas iluminadas y una multitud de cabezas inclinadas sobre los libros. ¿Quién piensa en ellos ahora? Dicen que este lugar es pavoso y que salen fantasmas. Menos mal que todavía hay quien crea en su existencia. Sí, yo he visto fantasmas y he dialogado con ellos. Se llaman Cervantes, Víctor Hugo, Shakespare, Udón Pérez...

4

Aquella noche y muchas otras iba a dormir José en medio de los estantes y de los cajones repletos de papeles apolillados. Igual que Beltrán, se acostumbraría al crujido de las viejas maderas y al roer de las ratas y cucarachas. De los cinco años que habría de permanecer en la ciudad, los dos primeros compartiría con el poeta los ideales tesoros de las vetustas habitaciones, y cuando más tarde se trasladara a una pensión de la calle Obispo Lazo no por eso dejaría de ir allí a dialogar con Beltrán. Este era trasnochador y José se habituó a serlo también. Infatigables como murciélagos, sus vuelos abarcaban todos los barrios sin excluir ningún vericueto. Beltrán era un enamorado de los lugares ruinosos y pintorescos en cuyos recodos se saborea la sal de la historia. De todos ellos conocía los orígenes, las anécdotas que los relacionaban con costumbres y personajes de tiempos pasados. La ciudad poseía un alma antigua que las nuevas generaciones iban cubriendo con capas de indiferencia y con nuevos hábitos y emociones. Pocos tan enterados como él y tan finos para evocar el pasado. De sus labios oyó José por primera vez la historia del lago y de las tierras que lo circundan, el encanto de sus leyendas, la vida de sus pobladores indígenas y el encuentro de éstos con los españoles y con los germanos en los primeros tiempos de la Conquista, la formación de los pueblos y las luchas de unos con otros, las supersticiones y los milagros, las poéticas tradiciones y las historias de amor y de muerte. Durante esos años José trabajó en menesteres diversos, primero en una imprenta, más tarde en una farmacia y finalmente en una fotografía, e hizo nuevos amigos, tuvo aventuras y conoció alegrías y tristezas de variada naturaleza, pero en ningún momento perdió el contacto con su inefable Virgilio. Aunque pasara largos días sin verlo, atraído por otras curiosidades, cuando volvía estaba seguro de hallarlo en los mismos

lugares y en idéntico estado de ánimo. Y entonces, al volver a encontrarse, reanudaban aquella existencia errante y nocturna de visitas a las barriadas, de pláticas frente al lago o de lecturas comunes. Beltrán amaba a los modernistas, entre los cuales había militado en sus mocedades, y así siempre tenía a las manos versos de Darío, de Lugones o de Díaz Mirón, y prosas de Blanco Fombona a quien aludía con un entusiasta eufemismo: «el bravo don Rufino». José en cambio prefería lecturas románticas: Hugo, Lamartine, Dumas, Poe, vidas fantásticas que hubiese querido vivir él mismo. Cuando el poeta tenía algún trabajo que hacer lo remataban a cuatro manos.

—No tienes idea —revelaba aquél a José— de lo engorroso que es corregir las cosas que escriben los señores del Concejo y los del Gobierno. Mientras más importantes son sus funciones con más saña destrozan el idioma. Cualquiera diría que la ignorancia de la gramática es una recomendación para obtener los mejores empleos.

Aparte del trabajo de la Gaceta, con el que cubría sus elementales necesidades, Beltrán pretendía ser editor de una pequeña revista de poesía —*La hora literaria*[11]— que aparecía teóricamente todos los meses pero de la que sólo había publicado tres números en dos años. Mas ¿para qué afanarse en dar puntualidad a la poesía si el encanto de esta está en la informalidad?

—He prescrito a mi revista una periodicidad determinada —explicó a José— precisamente para darme el gusto de violarla. Así me demuestro a mí mismo que no es otra Gaceta. Por lo demás, ¿para qué quiero que salga todos los meses? ¿Para vivir de ella? No lo necesito. Si todavía fuese un bebedor ese dinerillo

11 La revista existió y fue fundada por el poeta Héctor Cuenca, quien también fue uno de los fundadores del grupo Seremos, al que perteneció Díaz Sánchez.

quizá me haría falta para beber, aunque lo dudo, mas como ya no lo soy, ¿para qué me hace falta el dinero?

Bajo este aspecto la historia de Beltrán Oliver era ejemplar. Hasta cierta época de su vida fue lo que suele llamarse una bala perdida, un verdadero guiñapo social. Bebía sin tasa y cuando estaba beodo rodaba por las aceras bañado en sus propias heces. Era camorrista y tramposo y la gente huía de él como de la peste. De ese tiempo quedaban anécdotas suyas que le hacían sonreír melancólicamente. Cierta noche, abrazado al poste de un viejo farol, en medio de una curda espantosa, oyó sonar las veinticuatro en los relojes de las iglesias. Y fue tal la impresión que este acontecimiento le produjo que estuvo una semana sin probar el alcohol.

—El caso fue así: yo estaba en la esquina norte de la plaza Bolívar, apoyado en el poste del alumbrado, y me disponía a sacar el pipí para orinar, cuando el reloj de la torre comenzó a dar la hora. Me puse a contar las campanadas: una, dos, tres, cuatro... hasta doce. Pero en ese mismo momento el de Santa Lucía se puso a sonar también y yo continué mecánicamente: trece, catorce, quince..., hasta terminar en las veinticuatro. De pronto, en medio de la gran rasca, me di cuenta de la ocurrencia y quedé estupefacto. ¡Insólito! ¡Increíble! ¡Las veinticuatro! Aquello no podía ser sino cosa del diablo que quería burlarse de mí. «Vamos, Beltrán Oliver —me dije entonces—, vamos a acostarnos humildemente antes que al bravo don Satanás se le ocurra una broma peor». Y me fui. Y estuve sin beber más de ocho días.

Sin embargo, esto no le impediría reincidir. Volvió a las andadas hasta que en su vida sin rumbo apareció una mujer. Beltrán aterciopelaba la voz y daba forma de senos a sus manos para hablar de ella. No dijo su nombre a José, pero cada una de sus palabras embellecían su recuerdo. La encontró en una fiesta de barrio y le declaró su pasión. Pero ella se rio de él: «¿Quién

te va a querer a vos, criatura de Dios, en ese estado en que vives?». Al principio quiso él enojarse, pero advirtió que la amaba de veras. Con sus largos cabellos negros siempre adornados con flores, sus ojos achinados y sus labios irónicos, se le había deslizado en el corazón. Volvió a verla y siguió sus pasos como una sombra. Incluso peleó por ella. Y una noche, después de acompañarla a su casa, la tomó por sorpresa en sus brazos y le dijo con voz cavernosa: «Si no me quieres, te mato». Entonces, desasiéndose de sus garras, ella le habló de este modo: «Si dejas el aguardiente y te aseas esas manos puedes contar conmigo». Y santo remedio. Lo que no pudo lograr el diablo lo alcanzó aquella mujer adorable.

—Fuimos felices por unos años. Un día desapareció y no volví a saber de ella. Pero me quedó su recuerdo y un poco de gratitud por los nuevos paisajes que había descubierto en mí. A veces suceden estas cosas extraordinarias.

5

Después de esta explosión autobiográfica, Beltrán no volvió a hablar de mujeres sino cuando contó a José la historia del lago y los amores de Alonso de Ojeda con una india llamada Isabel. El mapa humano de la región era el siguiente para la época de la Conquista: por el norte, abarcando una vasta geografía que comprende la península de la Guajira y toda la costa oriental hasta el límite del distrito Urdaneta, vivían los guajiros, los paraujanes y los caquetíos, todos ellos de origen aruaco; por el sur, cubriendo el contorno oriental y extendiéndose por el occidental hasta más allá de la Sierra de Perijá, señoreaban los caribes... cocinas, aliles, onotos, zaparas eran las subdivisiones más conocidas de los primeros; motilones, mapes, pemenos, chaqués, macoas, buredes o guanaos, kirikires y bubures las de los segundos. Alonso de Ojeda fue el descubridor del lago.

Unos dicen que era bello, audaz y muy religioso; otros afirman que era peor que la sarna. Del modo que fuese, lo cierto es que se hacía llamar «Caballero de la Virgen» y que a la hora de la muerte pidió que lo sepultaran en un convento y grabaran sobre su tumba estas humildes palabras: «Aquí yace Alonso de Ojeda el desgraciado»... El amor de Isabel lo acompañó durante su vida y le dio varios hijos. Mas si el amor y la religión trazaron desde los mismos comienzos el destino geográfico de aquel ámbito donde se fundó Maracaibo, la crueldad y el rencor trazarían una estela imborrable en las comarcas del sur donde entró Ambrosio Alfinger con sus implacables buscadores de oro. Imponente era la naturaleza en las regiones meridionales con sus inmensas selvas bañadas por los ríos que bajan de la montaña, pero el dolor grabó allí su huella con la ferocidad de los motilones... Dos ciudades se disputaron el dominio del lago en los últimos años del siglo XVI y primeros del XVII: Maracaibo, fundada por Pedro de Maldonado en 1574, y Gibraltar, cuyo fundador fue Gonzalo Piña Lidueña en 1595. La primera surgió en el árido ámbito de los aruacos, bajo la égida religiosa del Caballero de la Virgen; la segunda entre las selvas y los ríos meridionales, marcada por el sino de Alfinger. La pugna fue breve pero dramática. Los piratas ingleses, franceses y holandeses por un lado, los indios por otro, aniquilaron a Gibraltar mientras que Maracaibo crecía y prosperaba. Por último, al alborear el siglo XVII, el Cielo mismo intervino para manifestar su predilección por la que desde entonces y por siempre sería la capital lacustre: Maracaibo, la predestinada.

Beltrán no era precisamente un beato pero ponía mucho fervor al rememorar los prodigios de su pueblo:

—El veintidós de julio de mil seiscientos sesenta —contó a José— una muchedumbre de indios incendió y saqueó a Gibraltar y, penetrando en el templo, derribó a flechazos un gran crucifijo que había en el altar. La iglesia que era de palmiche ardió como

una antorcha; sin embargo, el Cristo no sufrió daño notable. Rescatado por los sobrevivientes y traído a Maracaibo, quedó depositado en la iglesia de esta ciudad. Algún tiempo después, reconstruido Gibraltar, sus moradores reclamaron la imagen, pero los maracaiberos se negaron a devolverla. Desde luego no era correcto lo que hacían los maracaiberos, pero sí justificable por varias razones, entre otras la razón de la fe. Llevado el caso a los Tribunales, formáronse dos partidos y fue tal la pasión que despertó la querella que para dirimirla se apeló nada menos que al Consejo de Indias. ¿Y sabes lo que decidió el Consejo? Algo muy peregrino pero muy propio de aquellos tiempos: que el Cristo fuese embarcado en una lancha cuando soplara el viento y que el lugar de la costa donde la lancha arribara sería el propietario del sagrado tesoro. Naturalmente los pueblos se alborotaron. Colocaron la Santa Reliquia en una canoa, a cierta distancia de Maracaibo, y la dejaron a merced de las aguas en cuanto comenzó a soplar el viento. El ensayo debía ser hecho por tres veces consecutivas. La primera la embarcación echó a andar y se detuvo frente a la punta del Chocolate; la segunda ocurrió lo mismo. Mas cuando el tercer día se esperaba igual resultado, he ahí que se produce el milagro: el viento, que al principio soplaba hacia Gibraltar, cambia de improviso e impulsa la lancha hacia Maracaibo. Y ahí tienes tú al propio Crucificado zanjando una rivalidad de ciudades en los momentos en que comenzaba a formarse la cultura zuliana.

Después de tan elocuente episodio otras divinas manifestaciones vendrían a ratificar el influjo capitalino de Maracaibo y de su contorneada aruaca: en 1651 aparecía la Virgen del Rosario a un indígena en las proximidades del río Parante; en 1750 la Chiquinquirá a una lavandera maracaibera. La calle donde esta habitaba se llamó del Milagro y el mismo nombre se dio a un fresco aledaño al oriente de la ciudad.

6

Para contarle la historia de la Patrona, Beltrán condujo a José, primero a El Milagro y después a San Juan de Dios. Estos eran sus miradores del lago.

El Milagro es un lugar de la costa donde susurran las palmas y juegan las luces sobre las aguas. Se cree que por aquellos lugares pisaron tierra los primeros europeos conquistadores. Los indios acecharon desde sus matorrales, pero tuvieron que replegarse bajo el fuego de los mosquetes. Nuevas leyendas, nuevos mitos y nuevas consejas llegaron con aquéllos a nuestras tierras. Beltrán refería la historia de un rezagado que por las noches suele abordar a los trasnochadores, unas veces a pie y otras a caballo, para formularles preguntas de cuatro siglos atrás. Pudo ocurrir también por allí la derrota de Mara, el cacique zuliano cuya caída bautizó la ciudad: «Mara cayó». Todas aquellas riberas sembradas de cocoteros florecieron otrora en claveles de sangre. San Juan de Dios está en la barriada del Saladillo, al poniente, y fue el escenario por excelencia de los holocaustos del pueblo. Allí se alza la basílica consagrada a la Virgen.

—Este es nuestro Partenón —explicaba Beltrán cediendo a su gusto por las metáforas—. Ya sabes que *partenos* significa virgen en griego. Una noche, mientras lavaba sus ropas en las aguas del lago, una mujer del pueblo vio flotar una humilde tablita, la que recogió y llevó a su casa para tapar su tinaja. Inesperadamente advirtió que la tablita difundía una luz muy particular y al tomarla en sus manos vio en ella la imagen de la Patrona. La verdad —añadió gravemente Beltrán— es que la Virgen de Chiquinquirá apareció por primera vez en Colombia, en las cercanías de un pueblo que lleva su nombre, allá por el año 1586; mas tan milagrosa mostrose la nuestra, desde un principio, que su culto se ha convertido en el eje de nuestro

espíritu. Ella es nuestra Atenea, nuestra Minerva. Su fuerza divina mueve las voluntades e impulsa el progreso de la ciudad. Y si por mucho tiempo su devoción fue regada con sangre (se le hacían ofrendas humanas traspasadas por la peinilla), esto ha ido desapareciendo gracias a la Virgen misma, según dicen unos; gracias, según otros, a dos o tres presidentes del Estado que declararon la guerra a los homicidas. Por fortuna están ya distantes los tiempos en que el «Bofúo», el «León de Melena» y otros peinilleros ilustres imperaban en esta parroquia. Creo que la luz eléctrica y el macadam han colaborado con los poderes del Cielo en esta obra de saneamiento.

* * *

En sus cinco años de vida maracaibera, José penetraría profundamente en aquel pasado, conocería las parroquias, conviviría con sus gentes y compartiría sus creencias. En los días de noviembre consagrados a la Virgen, se mezcló con el pueblo saladillero y asistió a las prelaudaciones y a las veladas durante las cuales todas las casas se abren al forastero.

El 18 es el día de la Patrona. Marejadas humanas procedentes de todos los confines del lago inundan la ciudad y todo aquel que se siente amenazado por la tragedia o herido por el dolor vuelve sus ojos a la Chinita, de cuyos brazos poderosos y pródigos espera el remedio para sus dolencias aun en oposición con las leyes de la Naturaleza. De tal manera se han identificado la Virgen y el barrio al correr de los años, que han llegado a formar una sola entidad simbólica. Venancio Pulgar, caudillo del Zulia, se llamó a sí mismo «Nieto de la Chiquinquirá», y el Saladillo fue escenario de sus hazañas. Esto ocurría en los días de los peinilleros. El León de Melena había bautizado su propia peinilla con el nombre de la Virgen del Carmen y un día, al cumplir sus veinticinco años el siniestro utensilio, todos los

colegas del matachín se congregaron en las afueras para celebrarle las bodas de plata. Construido un altar en el corralón de El Zamuro se entronizó la veterana peinilla y a su alrededor se encendieron velas, se cantaron gaitas y se declamaron poemas. No se crea, sin embargo, que aquellos seres eran unos impíos. No, todos se mostraban devotos de la Chinita y en sus fiestas cargaban las andas, portaban cirios y pagaban con puntualidad las promesas que le hacían y que casi siempre estaban relacionadas con sus hazañas. Ofrecían, por ejemplo, ir descalzos a la basílica si lograban escapar a la mano de la justicia, y casi siempre lo conseguían porque en aquellos tiempos nadie se arriesgaba a declarar contra ellos.

Aunque Beltrán era un idealista no negaba por esto sus atributos a la materia. Cuerpo y alma van juntos y nada hace el uno sin la participación de la otra. Tiempos hubo en que la mortífera actividad de los peinilleros se vio estimulada por la complicidad de la ley y eso fue causa de que la Virgen cargara con no pocos milagros que habían cometido otros.

Unas cosas se unían con las otras. Nadie osaba testificar contra un peinillero ni había juez con suficiente coraje para condenarlo. Y cuando un crimen era tan evidente que no había más remedio que encarcelar a su autor, surgía el abogado o el picapleitos dispuesto a defenderlo sólo por el prestigio que esto les reportaba dentro de la *maffia* siniestra. Tal fue el caso de cierto «Bracito de Niño» de quien se habló largamente treinta años atrás, y cuya historia contaba Beltrán con bastante gracia. El caso fue así: una noche llegó Bracito de Niño a uno de los botiquines más concurridos de la ciudad y sacando una cuchilla marina la sepultó en la espalda de uno de los presentes. El desgraciado murió en el acto, pero el crimen no podía quedar impune pues más de veinte personas lo presenciaron. Más aún, el criminal fue aprehendido por los propios testigos y entregado por éstos a la policía. Iniciado el sumario, Bracito de Niño

confió su defensa a un famoso procurador a quien apodaban «Paticas Amarillas», personaje de mucha fama por sus triquiñuelas profesionales. Pasaron los días y el escándalo comenzaba a atenuarse cuando de pronto otra noche cundieron de nuevo la consternación y la incertidumbre. Un sujeto a quien los presentes identificaron como el propio Bracito de Niño había reaparecido en el mismo botiquín y quitado la vida a otro ciudadano con una cuchilla idéntica a la anterior. ¿Cómo explicar esta coincidencia? ¿Quién era el misterioso asesino que se ensañaba contra los pacíficos jugadores de dominó? Los testigos juraron que era Bracito de Niño, pero Paticas Amarillas alegó, y dejó demostrado, que esto no era posible por la sencilla razón de que su cliente se hallaba preso en la cárcel de la ciudad. Y de esta manera el endiablado procurador no sólo eximió de culpa a Bracito de Niño, en el segundo homicidio, sino que estableció la duda sobre su culpabilidad en el primero toda vez que existía otra persona a quien los testigos habían confundido con él. Fue inútil que se repreguntara a los perplejos testigos. Nadie estaba seguro de nada. Por su parte los jueces se mostraban maravillados. El segundo asesino había desaparecido sin dejar huellas (no se utilizaban entonces los procedimientos de Bertillón), sin embargo, era imposible negar su existencia. De consiguiente, fundado en la confusión de personas, Paticas Amarillas pidió y obtuvo la libertad de su defendido. ¿Qué había ocurrido realmente? Beltrán lo explicó a José:

—Sólo una persona hubiese podido aclarar el enigma, pero esa persona tenía un interés personal en guardar silencio: era el alcaide de la cárcel. Años después se averiguó la verdad. Hela aquí: cierto día se presentó Paticas Amarillas ante el señor Alcaide y le ofreció cien pesos para que permitiese a Bracito de Niño abandonar la prisión por sólo una hora mientras iba a dar el último adiós a su madre que estaba expirando. Eran otros tiempos aquéllos: abogados y funcionarios se entendían,

sobre todo cuando había plata por medio. Así fue como Bracito de Niño pudo salir de la cárcel durante una hora y, aleccionado por su defensor, cometer el segundo asesinato para crear la coartada.

—Años después —concluyó Beltrán rematando con otra anécdota— vino a Maracaibo un presidente a quien se tenía por muy torpe y al que cierto día le presentaron una acusación contra un tal Argimiro al que apellidaremos Fernández para los efectos de nuestro cuento. Se suponía que Argimiro Fernández había hurtado una cantidad de dinero y se pedía al presidente que lo obligará a pagarla. Ni corto ni perezoso el magistrado ordenó aprehender al culpable y horas más tarde se presentaba ante él un cabo de policía con la siguiente noticia: «Mi general, sus órdenes han sido cumplidas: Argimiro está preso». —«Pos tráigalo acá para que confiese», ordenó el general. Y poco después conducían a su presencia a un consternado rentista que juraba por todos los santos ser inocente: —«General, le juro que soy víctima de un error: yo no soy Argimiro Fernández, soy Argimiro Montemayor; en la ciudad todo el mundo me conoce: llame usted los testigos que quiera y se convencerá de que no lo estoy engañando». El presidente lo miró de pies a cabeza y se paseó por la habitación. Luego, con toda calma, pronunció su inapelable sentencia: «Vos te llamáis Argimiro, ¿no? Pos aquí te quedáis hasta que aparezca el otro. Y no discutáis. ¿Quién te manda a llamarte Argimiro?». Creo —concluyó Beltrán mirando sus manos— que aquel presidente tan torpe había oído el cuento de Bracito de Niño.

7

Estos eran sus recuerdos de Maracaibo, sonrientes y perdurables. Un día, al cabo de cinco años en los que casi llegó a olvidar el pasado, renació en él la inquietud. Quizá fue algo que leyó

en un periódico, acaso el contacto con las realidades de la ciudad, lo cierto es que volvió a pensar en Landáez, en Pío y en los estudiantes, y decidió volver hacia ellos por el camino del pensamiento.

Naturalmente había confiado a Beltrán la historia de su vida y sus vicisitudes de preso. Ahora al iluminarse de nuevo en su mente la pregunta que quería responderse, le habló de los ideales de aquellos seres y de la gratitud que les conservaba por haberle proporcionado los rudimentos de una cultura. Mas cuando habló a Beltrán de sus renacientes deseos de luchar por un ideal, el poeta se limitó a encogerse de hombros a tiempo que murmuraba:

—Pendejadas.

José lo miró estupefacto.

—¿Pendejadas? ¿Cómo te atreves a decir semejante cosa? Es algo hermoso y heroico.

A lo que Beltrán replicó sin cambiar de tono:

—Muy bien: una pendejada heroica.

Estas palabras aceleraron la decisión de José. Ya no le quedaba la menor duda: la ciudad corrompe a los hombres aun sin que éstos lo adviertan. «Las ciudades —oyó decir cierta vez a Pío— son organismos parasitarios que consumen lo que producen los campos». Y bien que lo había comprobado, primero en Caracas y luego en Maracaibo. El trabajo fecundo es el que crea; en cuanto su producto se convierte en género de comercio pierde su categoría creadora y se reduce a materia de explotación. Y pensar que Beltrán Oliver le había conquistado, le había seducido con su desinterés y su abnegación. El único maracucho que no tenía dinero ni ambicionaba tenerlo se ponía de repente al nivel de los más vulgares calificando de pendejadas sus ideales.

Sin embargo, aun cuando le lastimara la actitud de Beltrán, al hallarse lejos de él lo miraba de nuevo bajo una luz ideal. Si

existía un verdadero poeta este era Beltrán Oliver. Fuera de sus sueños, de sus versos y de sus manos nada había que le produjera preocupación.

¿Qué diría de Casandra Beltrán Oliver?

SEGUNDA PARTE

Indagación de Casandra

Jornada primera

1

Tic, tac, tic, tac, tic, tac... El reloj.

Piiiiii... El silbato de una caldera.

Berrr, Uncccc, Fuuuu... Sirenas, claxons, golpes de frenos.

No hay más remedio que levantarse y abrir las puertas de la bodega. Desde el mostrador, todavía con las telarañas del sueño colgando de las pestañas, José mira desfilar los obreros con sus trajes sucios de grasa y se pregunta cuántos de ellos habrán dormido en sus casas. Los ve partir en direcciones distintas, unos a pie, otros en camiones, y momentos después ve llegar a los jefes en sus automóviles y al cojo Magín Cardozo que los precede dando saltitos con su pata de palo. Ya están allí el negro Sam, el chino Yuan Li y el peón que friega los pisos.

En Campo Escondido los días se suceden con regularidad sistemática, como los giros de una máquina bien engrasada. Unos grandes rollos de papel cuadriculado que José había podido ver en algunos lugares y en los que se registra la pulsación del petróleo, podrían simbolizar la existencia del caserío y de todo el ámbito petrolero. En esos rollos se entrecruzan unas líneas azules y rojas que a veces suelen encabritarse cual si las poseyera una repentina locura. Entonces los vigilantes se ponen tensos. ¡Cuidado! En estos campos ennegrecidos cualquier encabritamiento puede ser peligroso.

También la vida de los humanos está signada por una línea roja que cruza las paralelas del tiempo. El ron de Roso Morales o el mohín de alguna buscona suelen provocar inesperados encrespamientos. ¡Cuidado! Mientras no sea más que la vida de un ser humano la que se interrumpa, todo está bien. Las máquinas son las que no deben detenerse. Quizá sea por esto por lo que cuando un hombre se ve privado de su trabajo se vuelve loco.

Esta última reflexión se la hizo José pensando en el viejo Carpió. ¿Cómo marchaban los asuntos del viejo Carpio? ¿Por qué no le habían echado aún de la casita que habitaba con su familia?

El mostrador de la tienda era para él un mirador ideal. Su mirador de Próspero, decíase a sí mismo recordando a Rodó, al que había leído en el Palacio de Beltrán Oliver. Desde allí, casi sin ser notado, miraba el desfile de Campo Escondido. ¿Y qué era Campo Escondido en definitiva? Errado andaría quien creyese que todo se limitaba a aquel puñado de exiguas viviendas construidas en un claro de la manigua en los primeros tiempos de la explotación petrolera. No. Era algo más que eso: una encrucijada estratégica en la que se cruzaban diversas arterias del complicado organismo. Un sucio y congestionado riñón al que confluían misteriosas toxinas.

Sin necesidad de salir de la tienda José había llegado a distinguir a los obreros que iban a los tugurios de juego instalados en los caseríos comarcanos —La Montañita, La Rosa, Punta Gorda, la propia Cabimas— de los que se dirigían a los casinos y a las casas de lenocinio; había ido conociendo a los jefes rubios y a sus mujeres, a los guachimanes, a las prostitutas, a los talladores de ruletas y mesas de dados, a los parásitos y a los ladrones, a los espías y a los comerciantes que como Segunda y su hija Taví daban de comer a algunos trabajadores, o que como doña Perpetua y el turco Salim les sacaban los «cobres» con diversos arbitrios.

Todas las incomodidades propias de su vida de bodeguero —el baño a la orilla del lago, la necesidad de viajar a Cabimas para hacerse cortar el pelo, la mala comida, el insufrible calor, el ir a los miserables prostíbulos para dar evasión a las urgencias sexuales con meretrices baratas— hallaban compensación en la quietud de la tienda durante las horas muertas del día y en sus nocturnos paseos por los alrededores del caserío. Porque no sólo los seres humanos despertaban su interés y curiosidad. En el lago, en los senderos del monte, en los negros taladros con sus balancines infatigables, en los mechurrios y en mil otras cosas que formaban aquel mundo de interrogantes, hallaban estímulo sus proficuas meditaciones. A veces este espectáculo aparentemente vulgar se le antojaba grandioso: un imperio de hierro negro y rugiente, caudaloso y amenazador. Todo allí era obra de una voluntad prodigiosa en la que se combinaban la inteligencia y el método. Comprendiéndolo así, José se llenaba de admiración no obstante las semillas de desconfianza que germinaban en su cerebro. Todo era expresión de una nueva conquista en la que el nativo colaboraba con gesto inconsciente y con músculos débiles. El drama estaba a la vez arriba y abajo, en la inteligencia ambiciosa y dominadora y en el turbio culebreo de los apetitos parasitarios.

2

Doña Perpetua de Rojas y el turco Salim eran de los personajes que más curiosidad despertaban en él. Cincuentona, gorda y con cara de pocos amigos, la primera ejercía un comercio *sui géneris*: compraba las cosas robadas en lo que se llamaba *El Salvaje*, viejo depósito al aire libre donde se acumulaban gastadas piezas de maquinarias; empeñaba muebles, trajes y joyas, prestaba dinero y era propietaria de varias casas y de una piragua que viajaba a los puertos del lago. Por su parte Salim, larguirucho

y moreno, poseía una canastilla en la que los obreros compraban a plazos sus ropas, sus muebles y otras cosas más que en los momentos de apuro iban a «empeñar» a doña Perpetua. Y los dos se entendían. Había quienes afirmaban que eran amantes.

No interesaba menos a José el tejemaneje del nuevo maestro Severo Chacón. Puntual como un reloj, a las cuatro de la tarde echaba este a los chicos de la escuela y después de cerrar el galpón salía a la calle tocado con su ancho sombrero y armado con su revólver y su foete de miembro de toro. Iba a inspeccionar los negocios del jefe civil. De este recorrido, ya cercana la medianoche, regresaba en compañía de una mujerzuela conocida por Carmen «la Platanera», con la que se encerraba en la escuela.

Las andanzas nocturnas de míster Epi con Cándida Alfonzo, las de Teófilo Aldana y el mocho Pinto, y las del cojo Magín Cardozo combinadas con las de sus auxiliares el negro Sam y el chino Yuan Li, parecían a José menudencias en comparación con otras historias que fue conociendo por boca de Roso Morales y por las habladurías de un tal Polo Bermúdez conocedor de la vida y milagros de todo el mundo. Por este último supo que míster Epi andaba «viendo mollejas» por mistress Abide, la rubia esposa del jefe del personal, pero que ella prefería «los servicios» de un mecánico cumanés llamado Guevara.

No tardó mucho en conocer también a mistress Abide, a la que varias veces vio llegar acompañando a su esposo. Era fina y flexible como una espiga, pero al mirarla con atención se advertía que la espiga no era tan tierna y que las pecas y lunarcitos que espolvoreaban su piel impartían cierta dureza a su rostro de bebedora de whisky.

Según la indiscreta opinión de Polo Bermúdez, mistress Abide abusaba del clima con aquellos cortos calzones de jugar al tenis y aquellos esquemáticos cubresenos con los que solía andar por los campos. No había derecho a mortificar a los

hombres de esa manera. Una vez, hallándose en la oficina, tuvo oportunidad de asistir a las torturas de míster Epi frente a la excitante madama y esto lo había divertido mucho. Estaba él ayudando a Magín a limpiar su revólver cuando se presentaron los esposos Abide, míster Aching, míster Babbler, míster Acrid y míster Epi acompañados del jefe civil. Como a mistress Abide no le interesaba el asunto, fue a sentarse precisamente en el escritorio de míster Epi y mientras los hombres barajaban su tema se puso a hojear los libros del asistente destilando aburrimiento por todos los poros. Míster Epi no perdía uno solo de sus movimientos.

Si alguien había que gozara contando estos chismes era Polo Bermúdez. Virtuoso del incidente, al relato ordinario prefería el dialogado. En cierto momento, contaba, el jefe civil había dicho a míster Acrid: «míster Acrid, usted parece dudar de las cosas que estoy refiriendo, pero yo insisto en que debe creerlas pues conozco bien a mi gente». A lo que replicó míster Acrid: «Yo no digo que no creo a usted y a su gente, señor coronel; digo que no creo todo lo que dice su gente, lo cual es distinto»... «¿No cree entonces —volvió a interrogarlo el jefe civil— que son comunistas y que tienen partido formado en Caracas y en Maracaibo?». Y como míster Acrid se encogiese de hombros con displicencia, el funcionario afirmó con rotundidad: «Pues yo sí lo creo porque me lo han informado mis superiores»... Sacó entonces de su bolsillo unas hojas impresas y las pasó a los extranjeros mientras decía: «Miren aquí donde manifiestan que tienen un centro de estudios, algo así como una escuela de comunismo... Miren donde amenazan con una huelga de trabajadores en la Plaza Bolívar... Reparen en esto de las bombas y de la propaganda que les quitó la Policía de Caracas... ¿Y esto que llaman Universidad Popular no les dice nada? ¿Y esto de que piensan dividir la República en siete regiones para organizar mejor sus

asaltos? Por favor, lean ustedes esta hoja que titulan *La lucha por el pan y la tierra*[12]. Léanla y díganme si no son comunistas».

Según Polo, cada vez que la voz incisiva del coronel iniciaba una cláusula, el cuerpo bronceado de mistress Abide sufría un imperceptible estremecimiento y míster Epi brincaba al compás de ella. Eso le recordaba otras ocurrencias que había presenciado. Cierta noche que tuvo que acompañar a Magín al club de los extranjeros, vio a mistress Abide marchar sola con un tal míster Ruddy. Generalmente, por borracho que estuviera, en cuanto su reloj marcaba las doce, míster Abide se ponía de pies y salía tambaleándose a tomar su automóvil seguido de su mujer. Pero aquella noche fue lo contrario: mistress Abide siguió a míster Ruddy y dejó a su marido bebiendo whisky. Míster Epi se puso verde.

En la reunión referente a los comunistas el jefe civil había mostrado mucho interés en convencer a los extranjeros de que debían reforzar la vigilancia en sus campos. De alguna parte, informó, estaban saliendo unas hojas multigrafiadas que aparecían pegadas en las paredes de la iglesia, en el mercado municipal y aun en el pedestal de la estatua de Don Juancho, en Cabimas. ¿Quién fue don Juancho? El jefe civil tuvo que explicarlo a los extranjeros: fue un hermano del Benemérito, a quien hallaron asesinado en una alcoba de Miraflores, allá por los años de 1923 o 24. Por eso tenía una estatua. ¿Y quiénes pegaban aquellos pasquines? ¿Quiénes los redactaban y multigrafiaban? Los comunistas. Había que averiguar si no estarían éstos usando los multígrafos de las compañías petroleras.

De todo lo que se habló en aquella oportunidad, lo que más parecía preocupar al jefe civil era un impreso en cuyo título se

12 Fue el documento fundacional del Partido Comunista de Venezuela.

anunciaba: *La hora del tirano se aproxima*[13]. Míster Acrid miró al funcionario con exagerada ingenuidad y le hizo una pregunta que aquél no supo o no quiso contestar:

—¿Y qué pasaría, coronel, si eso fuera cierto?

3

La Sabanita era la llanura grasienta, cubierta a trechos por charcas de negro aceite y por apretados mogotes de espadañas filudas, que separaban a Campo Escondido de la carretera que comunica a Cabimas con Lagunillas. Una noche José se internó en aquel paraje para espiar las andanzas de Teófilo Aldana y el mocho Pinto, y cuando casi lo había cruzado advirtió que se hallaba cerca del lago y a orillas de un miserable bohío cobijado por un antiguo cocal. Toda la llanura estaba sumida en penumbra, mas, a cierta distancia, hacia el Este, la obscuridad era aniquilada por una cruda iluminación que restallaba sobre las aguas y sobre los edificios de un gran campamento. Era un torbellino de luz que abarcaba talleres, muelles, *bungalows*, piscinas y campos de tenis, todo ello enmarcado por una interminable verja metálica dentro de la cual había también árboles, palmeras, jardines y césped.

Con disgusto advirtió José que las siluetas de Teófilo Aldana y el mocho Pinto habían desaparecido, y cómo sus pantalones y sus zapatos estaban manchados de grasa. De improviso oyó voces y orientó su mirada hacia ellas. Cercano a la carretera y

13 El documento se tituló *La muerte del tirano se aproxima*, y se arengaba a obreros y campesinos a luchar por el enjuiciamiento, la prisión y la expropiación de los bienes de Gómez y de su comitiva. Además, se reclamaba un salario digno, una jornada laboral de ocho horas, la entrega de la tierra a quienes la trabajaban, la eliminación de impuestos a los campesinos pobres, así como se pedía dotar de armas a los campesinos.

semioculto por una cepa de monte había un automóvil negro junto al cual conversaban dos hombres, uno de los cuales decía:

—Con dos camionadas más estamos completos, ¿no le parece, mi jefe?

A lo que observó el otro, juicioso:

—Hoy no es conveniente, Severo; un viaje cada noche para no despertar sospechas.

—¿Sospechas, mi jefe? ¿Busté cree que los mister no saben lo que estamos haciendo?

El diálogo tomó entonces un giro dogmático:

—Vos no conocéis política, Severo. Los míster saben lo que estamos haciendo, pero nosotros debemos guardar las apariencias.

—Bueno, mi jefe, como busté diga.

Hubo una pausa y luego este comentario entusiasta:

—¡Cójale! Buen haciendononón será ese cuando traga tanto tubo.

—Son tres haciendas, Severo, en lugares distintos.

—¡Ah! hijo e... Así da gusto servir.

Se oyó luego el jadear de un motor y apareció un camión repleto de tubos de hierro y camuflado con palmas de cocotero. Los dos hombres subieron al automóvil y marcharon detrás del camión.

En aquel momento un fanal se encendió en el lago y su luz reveló las siluetas de Teófilo y el Mocho que huroneaban en el inmenso montón del *Salvaje*. Y José tuvo ganas de sonreír. Distantes y negros parecían dos felinos nocturnos que rastrearan sus presas.

Piezas de formas diversas, resortes monstruosos, grandes organismos metálicos tuberculizados por el orín y pequeñas cosas podridas formaban aquella gran morgue robotiana que un tiempo estuvo cercada e iluminada pero que la nocturna piratería dejó libre y a obscuras. Ágiles como ratas, saltaban los

dos ladrones que bebían el ron a Roso Morales. José los miró durante un momento y desandó su camino.

4

Cuando regresaba a la tienda vio a Chinca Carpio acoplada a su máquina y oyó la voz de Casandra que hablaba de muertos. Ya Roso se había recogido y roncaba en su hamaca. Desde la suya, por encima del tabique de tablas que lo separaba del campo, se puso él a mirar un trozo de cielo cárdeno y comenzó también a dormirse. No hubiese podido decir cuánto tiempo llevaba así, con las manos bajo la nuca, cuando el tablero de una de las puertas resonó broncamente. Hubo un silencio. Tímida y temblorosa se oyó la voz de Roso Morales.

—¿Has oído, José?

—Sí...

—¿Quién podrá ser a estas horas?

La puerta volvió a resonar golpeada por un puño impaciente.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta José.

—Soy yo; ábreme. Roso Morales...

—¿Quién es yo?

—Teófilo Aldana.

Mirando a José, el patrón hizo un gesto ambiguo.

—¿Qué le vamos a hacer...?

Pero José pensaba de otra manera. Se puso los pantalones, empuñó un afilado machete que había en un rincón y fue a abrir la puerta.

—¿Qué quiere?

—Sírvame un palo, mano, que estoy como loco.

Teófilo estaba solo frente a la puerta y sus ojos miraban con extravío.

—Imagínese —se puso a explicar—, imagínese que llego a la casa del compadre Basilio y me acuesto en la cocina como

todas las noches cuando, ¿qué cree usted lo que oigo? Pues que el compadre y la comadre comienzan a darse besos y a quejarse como los perros. ¿Cree que se puede dormir con una música semejante? Ni que uno fuera de jierro.

—¿Y por eso viene a tumbarnos la puerta a estas horas?

—Pues claro: ¿adónde más iba a dir a estas horas?

—Usted sí que tiene riñones. Pero oiga bien lo que voy a decirle: ni que estuviera muriéndose le despachaba un trago a estas horas. ¿Comprende, Teófilo Aldana? Ni que estuviera muriéndose.

Sería aventurado decir que Teófilo había comprendido.

—¿Cómo dice?

Su reacción fue débil, remota. Su voz parecía subir trabajosamente desde el fondo de los instintos anestesiados. Pero José, que tampoco parecía comprender, reiteró envalentonado:

—Lo que oye. Y dígaselo también a su compañero para que no se equivoque más con nosotros.

—Está bien, mano: no se caliente.

Cerrada nuevamente la puerta y vuelto a su hamaca, José revisó su conducta. ¿Y si en vez de Teófilo Aldana hubiera sido el jefe civil o Severo Chacón, les habría hablado del mismo modo?

—¿Por qué hizo eso? —le recriminaba Roso Morales—. Tenga prudencia, mire que el cuero de uno vale más que un palo de ron.

Pero él no hizo caso, sumido como se hallaba en sus pensamientos.

¿Y si hubiese sido Casandra? ¿Qué habría hecho si hubiese sido Casandra?

5

Tenga prudencia, le aconsejaba Roso Morales. Es una pendejada, le había dicho Beltrán Oliver. ¿Hasta cuándo prudencia?

¿Hasta cuándo temblar y encogerse de hombros? «¿Tres siglos de prudencia no son suficientes?» había preguntado Bolívar en la Sociedad Patriótica. (Esto último lo leyó en la Biblioteca del Palacio de Maracaibo, y por cierto que cuando sacó el libro del viejo cajón estuvo a punto de ser mordido por un gigantesco ciempiés, tan repugnante que no se atrevió a perseguirlo para matarlo) Se acabó, pues, la paciencia. Seguiría viviendo en su mundo, y al diablo las gentes prudentes.

Para comenzar a poner en práctica este propósito, desde aquel momento decidió vigilar a Severo Chacón. ¿Por qué a Severo Chacón? Por varias razones, entre otras porque había que comenzar por alguna parte. ¿No era acaso bastante lo que presenciara, primero en la escuela y después en la Sabanita? Además, quería enterarse de los negocios del jefe civil.

A creer a Polo Bermúdez, el nuevo maestro había aprendido a escribir su nombre y dejado de mascar chimó. Ahora fumaba cigarrillos rubios y perfumados. Por las tardes, después que los chicos se habían ido a sus casas, llegaba míster Epi a la escuela y se ponía a enseñar a Chacón las clases que debía explicar al siguiente día. «Póngalos a restar a todos», le ordenaba. «Pero si hay algunos que ya están dividiendo». «No importa: póngalos a restar, y al que proteste castíguelo. ¿Usted no comprende, Chacón, que un maestro no debe quedar en ridículo con sus alumnos? Páseme los cuadernos». Míster Epi revisaba las planas y cuando le parecían aceptables escribía en ellas con su lápiz azul: O. K. Y se iba. Entonces Severo, respirando a sus anchas, entraba en su dormitorio, se ajustaba la ancha faja con el revólver y salía también con su foete en la mano. Polo decía:

—No se puede quejar de la vida ese hijo de puya: además del sueldo que le paga la compañía tiene las «ayudas» del jefe civil y después lo que él mismo se rebusca con sus otras habilidades. Si no fuera por las molestias que le dan esos zutes en la escuelita sería verdaderamente feliz.

***

Andando y saboreando la tarde, Severo Chacón se encaminaba a La Montañita donde funcionaba uno de los «negocios» del jefe civil. José lo siguió una tarde y averiguó que el regente de este tugurio era un tal Arturito al que apodaban «Cara de Santo» y del que se contaban hazañas espeluznantes. José lo contempló detrás de su mesa de monte y dado y a su memoria acudió el recuerdo de las anécdotas que le contara Beltrán Oliver acerca de los peinilleros de Maracaibo.

Pálido, fino, con un rostro de muchacha tuberculosa y unos movimientos llenos de languidez, Arturito debía de ser ágil como un felino y preciso como un cirujano. Severo lo trataba con toda clase de miramientos.

En cambio, el regente del segundo negocio —el que funcionaba en La Rosa— era todo efusión y palabras alegres. Lo llamaban «el Caraqueño» porque era de Caracas y porque sabía contar anécdotas divertidas.

De las tres o cuatro tascas que funcionaban en la comarca, la de La Rosa era la más importante. Además de las mesas de juego, poseía una especie de bar y algo que con un poco de liberalidad podía llamarse un salón de baile. Allí vivía Carmencita «la Platanera», a quien apodaban así porque había llegado al lugar en una piragua cargada de plátanos. José pudo conocerla aquella misma noche y oír su historia contada por Polo Bermúdez. No era bonita ni fea, sin embargo poseía sus encantos. Fue el Caraqueño quien la presentó a Severo Chacón.

—¿Qué más puede querer un tipo como ése —dictaminaba Polo— tan feo y tan miserable? Imagínate que se viene a pie desde Campo Escondido por no gastar un bolívar en un carrito. Sin embargo, así son las cosas: tipos como este son los que hacen plata. Ya lo verás cualquier día con un buen negocio.

Bajo el tinglado trasero, techado con cinc y sostenido por gruesos horcones, se bailaba al son de una ruidosa gramola. En el salón principal, sentado ante una gran mesa forrada con tela blanca. El Caraqueño lucía sus habilidades. Evidentemente era la antítesis de Arturito. «Pero ¿cuál de los dos es más pernicioso?», se preguntaba José mirándole sonreír y decir sus chistes mientras sus manos duchas hacían correr los dados sobre el tapete. «¿Cuál de los dos hace más daño a esta gente?» La edad había matizado sus cabellos rebeldes y maltratado su físico, pero no había hecho mella en su buen humor. Cuando alguno de sus clientes salía desplumado, dejaba la mesa en manos de un ayudante y seguía al perdidoso echándole el brazo al cuello y contándole un cuento obsceno para hacerlo reír.

Aquella noche el Caraqueño se puso a contar una anécdota en la que evocaba sus tiempos felices. Y todos quedaron pendientes de sus palabras. Jugaban al póquer en el Club Venezuela. Habían comenzado a las tres de la tarde y cuando eran las diez de la noche tenía él ante sí un montón de billetes y de monedas que, mal calculados, representaban unos cien mil bolívares. En eso...

—¡Cien mil bolívares! —exclamó una mujer pecosa y con todos los dientes de oro—. ¿No puede ser menos?

—No —replicó el Caraqueño sin perder el aplomo—, no puede ser menos, mi amor. A pesar de toda esa quincalla que tienes entre la boca, tú no puedes formarte idea de cómo se jugaba en los clubs de Caracas. Mira, mijita, yo vi al general Loreto perder en una sola sentada más de medio millón: se los ganó el general López Riera que entonces era ministro de Guerra... No sé —explicó a los demás— si ustedes habrán oído nombrar al general Loreto. Fue ministro de Hacienda, administrador de varias Aduanas y cónsul en Curazao. Tenía fincas en Aragua y El Tuy, más de cien casas en Caracas, una cochera; bueno, que no lo ahorcaban por veinte millones. Aquella noche comenzaron

jugando agiley y cuando ya iba perdiendo más de cien mil se calentó y dijo: «General López Riera, este es un juego para muchachos: vamos a seguir con los dados». «Como usted quiera, general Loreto», le respondió el general López Riera. Y se pegaron. Todo el mundo dejó las mesas para mirarlos. «Mire, Martín —me dijo a mí el general López Riera, que era mi amigo—; mire, Martín, examine esos dados no vayan a estar compuestos». Los examiné con mucho cuidado y le respondí: «Están perfectos, mi general». «Bueno, pásemelos. Diga topo, general Loreto». «Véngase como guste, general López». Y comenzó aquella lucha de titanes. ¿Para qué voy a contarles? A las ocho de la mañana el general Loreto pidió una soda y se paró de la silla. Había perdido una hacienda de café y dos buenas casas además de la plata que llevaba encima. El general López Riera se puso a contar los billetes y las monedas con mucha calma y cuando el garzón trajo la gaseosa le dijo: «Jacinto, ponga esa soda en mi cuenta».

Lo de sus cien mil bolívares lo refirió el Caraqueño a renglón seguido. En ese tiempo, dijo, andaba enredado con una diplomática que bebía champán por agua y que le regalaba camisas de pura seda. Pero la pobre, con ser tan rica, tenía mala vista para el juego y siempre que se acercaba a la mesa perdía él hasta el habla. Aquella noche ocurrió así fatalmente. Cuando salió al patio a tomar el fresco tuvo que pedirle un cigarrillo a un amigo.

Estos eran los cuentos que fascinaban a su clientela: historias por las que desfilaban mujeres exóticas, cubiertas de seda e iluminadas por sus brillantes; damas que ponían cuernos a sus maridos porque se aburrían en unos palacios llenos de espejos y de alfombras maravillosas. José comprendió que aquellos seres toscos y sucios de grasa habían soñado más de una vez en verse protagonistas de una aventura como las que el tallador les contaba y que quizá el propio Severo Chacón, con todo lo feo y bruto que era, aspiraba a graduarse en su cátedra de ilusiones. ¡Cuántos como él —precisamente como él— vieron realizados sus locos

sueños! Quizá el general Loreto y el general López Riera fuesen de los que salieron un día de su tierra en cotizas a la conquista del poder y de la riqueza. El general Trabuco, que pudo también ser de ésos, no tuvo paciencia y el sueño se le volvió pesadilla.

6

Seducido él mismo por la verba del Caraqueño, José volvió a visitar el tugurio y hasta jugó a la ruleta. Algo que seducía a aquellas gentes eran las anécdotas que se rozaban con la política: cómo se forman ciertas fortunas al socaire del puesto público, cómo se adula a los poderosos, cómo se abren las puertas al que está «arriba». El Caraqueño, que había conocido al caudillo de la nación, hablaba de él con profundo respeto, e igual que Trabuco lo llamaba unas veces «el Viejo» y otras «el General». Había servido a su hijo mayor, «Vicentico», como encargado de una de sus cuerdas de gallos finos. Entonces el general Vicentico era una potencia política y todo el mundo lo miraba como el lógico sucesor de su padre en el mando. Pero el Viejo, que por lo visto tenía otros proyectos, cuando advirtió que su hijo disponía de un partido propio, lo llamó a su presencia y le dijo sencillamente: «Mirá, he decidido que te quites el uniforme y que te vayas a dar un paseo por Europa». Y esto fue todo. Sin embargo, cómo conmovieron al país aquellas simples palabras. La caída de Vicentico arrastró a mucha gente, acabó con la Vicepresidencia de la República y acarreó la abolición de los juegos de azar. «El pueblo —cuentan que dijo el caudillo— se arruina en esos lugares de perdición y yo estoy aquí para velar por los intereses del pueblo». Y he aquí cómo el Caraqueño quedó también arruinado.

La verdad es que el pueblo no se enteró del cambio porque las ruletas y el monte-y-dado continuaron funcionando en una relativa clandestinidad; sin embargo, los que hasta

entonces habían medrado en la fabulosa industria, al amparo de Vicentico, tuvieron que ingeniarse para buscar otras fuentes de ingreso.

Fue entonces cuando el Caraqueño tuvo que emigrar hacia el interior del país temeroso de los peligros capitalinos y cuando fue a dar con sus huesos en Campo Escondido después de rodar por distintas regiones y de probar diversos arbitrios. En el fondo era un excelente cristiano: al mal tiempo sabía poner buena cara. Un epicúreo como él, rico en experiencias de todas clases, no podía sorprenderse de nada. Del mismo modo que viera surgir fortunas fantásticas vio abatirse grandezas y caer estatuas. Sabía cómo se pierde la dignidad y cómo se restaura la honra. De lo cual deducía que toda revolución es transitoria y que el deber primordial del hombre consiste en salvar el pellejo.

Severo Chacón, a quien José halló con frecuencia entre los oyentes del Caraqueño, no perdía palabra de los cuentos de éste. Cierta noche lo vio hablar con la Platanera y se aproximó cuanto pudo para oír sus palabras:

—¿Qué hubo, catire? —lo saludo la mujer acariciándolo con su sonrisa. A lo que respondió Severo con otra pregunta:

—¿Dónde andaba? ¿Por qué se presenta a estas horas?

—Estaba por ahí con unas amigas. ¿Se me va a poner celoso mi jefe?

—Es que busté sabe que yo soy hombre serio.

—Ay mi alma, ¿me lo vais a contar a mí? Sois más serio que el juez de La Rita. Pero no se me ponga bravo, mi jefecito, que su negra no lo voltea con ninguno de estos percucios.

Jornada segunda

1

—Psss... Psss...

Solitario y absorto dibujaba figuritas en un papel cuando oyó el chisporroteo de la voz de Casandra. Allí estaba la loca con el niño de la mano.

En aquel momento la tienda ardía como un horno y Roso Morales dormía la siesta.

—¿Me das un traguito?

Sin decir palabra fue él a servirla el acostumbrado trago de ron cuando la vieja le habló de nuevo:

—Oye, si me das una botellita para mí sola te digo un secreto.

—¿Un secreto?

—Sí, si me das una botellita.

—¿Y qué secreto me vas a decir?

—Dame primero la botellita.

José vaciló un instante. Luego, con repentino impulso, llenó una botella con ron y la puso en las repugnantes manos que temblaban frente sus ojos.

—Bueno, ahí la tienes: dime el secreto.

—¿Sabes quién es el único que no está muerto en Campo Escondido?

—¿Quién?

—Juan Moreno.

—¿Eso es todo lo que tenías que decirme?

—¿Quieres más? Si no conoces a Juan Moreno no puedes comprender lo que quiero decirte. Es mi hijo.

—¿Tu hijo? ¿De dónde sacas eso? Me han dicho que tu hijo es Magín Cardozo.

—Eso dicen, quizá porque lo parí, pero ese cojo está muerto. Y es un muerto malo, ¿sabes? Mi verdadero hijo es Juan Moreno, el único que está vivo.

—¿Lo crees así?

—Trátalo para que veas. Esta botellita voy a guardarla para la noche. Pero no le digas a Juan que me has dado aguardiente. Casi siempre le robo a Magín el que tiene en su casa, pero ahora no tiene ni gota: se lo ha bebido el muy condenado. Bueno, mira tú cómo son las cosas: Juan Moreno no me da ron, pero está vivo; Magín está muerto, pero tiene ron y yo se lo robo —soltó un disparo de risa que cortó bruscamente—. ¿Por qué no te ríes tú también? Oye... —bajó la voz misteriosamente—. Yo quiero que hables con Juan Moreno y que le digas que yo te mando. Él vive en esa calle de atrás. De noche se sienta en su puerta, con sus amigos, igual que cuando vivíamos en la isla, pero en cuanto me ven aparecer por ahí todos levantan el vuelo como los guaraguaos. Yo sé que Juan quisiera quedarse, pero su mujer, Adela Moreno, no lo deja. Ella también está muerta y me odia. Sí, todos me odian y huyen cuando yo llego. Anda, dile a Juan que yo te mando para que lo conozcas.

—Y, ¿por qué quieres que lo conozca?

—¿No te lo dije ya? Porque está vivo.

2

Decía verdad la loca: cuando Juan Moreno se hallaba libre de quehaceres nocturnos su persona era el eje de un puñado de vidas de Campo Escondido.

Si no fuese por el color, exteriormente la casa de Juan sería igual a las otras. Pero estaba pintada de azul y esto la hacía diferente. Interiormente era como un pequeño navío o museo de marina. En la parte posterior el gigante había construido un tinglado al que llamó su caramanché y en él pasaba las horas muertas tejiendo redes, dibujando planos de barcos o simplemente echado en su hamaca. Semidesnudos, él y su hijo dormían allí con las ventanas abiertas.

Por doquiera se veían en la casa de Juan cosas que recordaban su profesión de marino: rollos de cables alquitranados, un timón de rueda con su compás, remos cruzados en las paredes, un ancla de hierro, una gambusa para guardar provisiones, una cucheta pintada de azul con un letrero que ponía «María Libre» y otras cosas por el estilo. Su mujer, por su parte, había reunido objetos que recordaban también a la isla: tures de patas cruzadas, un pilón de maíz labrado en el tronco de un árbol, maros y mapires de palmas tejidas y bernegales de tierra cocida.

La casa estaba situada en la calle posterior a la de los Carpio, pero éstos podían comunicarse con los Moreno por la puerta trasera. Frente a la puerta, en torno al ture de Juan, se reunían sus amigos a hablar de su tierra y de sus problemas. «¿Por qué somos tan andariegos los de la isla, Virgen del Valle?» solían preguntarse; y ellos mismos se respondían: «Porque tenemos las patas calientes y nos gusta correr la aventura». Pero Juan, que era reflexivo y dado a rumiar sus ideas, buscaba una explicación menos simple. Todos los pueblos, todas las regiones de Venezuela producen sus saldos de trashumantes, aunque ninguna como esa isla a la que Cristóbal Colón puso el nombre de Margarita. Un día les entra la ventolera, se meten en el bolsillo un puñado de perlas y se embarcan en un velero.

Pero el margariteño nunca se va para siempre. Juan lo sabía por experiencia. Gentes laboriosas y alegres, si les preguntan qué

hacen, qué piensan, qué sienten, responderán que trabajan para volver y quedarse definitivamente en la isla.

Sentado en su ture, en franela, Juan Moreno permanecía silencioso como un cacique en medio de su tribu. Su cabeza era tosca como un trozo de toba volcánica. Embutidos en sus cavernas y rodeados de plieguecillos, sus ojos miraban a los seres que lo rodeaban como si fuesen insectos. El que ha dialogado con Dios en las noches del mar debe de sentirse inmenso en su soledad. Y esto era Juan Moreno: un solitario entre sus amigos. Sin embargo, la suya no era una adustez hostil, sino una soledad protectora.

Alrededor de él iban a congregarse Lucana, la de los cuentos picantes, y su marido Ambrosio al que llamaban «el Cardonero». Este procedía de El Cardón, entre Paraguachí y El Tirano, y se había hecho famoso santiguando a los niños con una ramita de monte y examinando a los enfermos por las orinas. («Mirá, cristiano —aconsejaban los isleños a los enfermos—, recogé los miaos y lleváselos al Cardonero para que te diga lo que tenéis»). Iban también Chúo Romero y Toña, su mujer; Beltrana y su hija Nelo; Segunda, la fondista, y su hija Taví; el viejo Chendo, Chico Roberto, míster Walter (que no era isleño sino musiú) y muchos más. Y todos tenían sus anécdotas.

Chúo Romero y Toña eran de Fuentidueño. Cuando muchachos habían jugado en la Plaza del Gallo y se habían bañado en Los Chorros con agua dulce. Desde entonces fueron amantes. Con las palmas de datilero que le enviaban de su lugar, tejía Toña sombreros y maros, y para que sus palmas no se secaran las envolvía en carnosas hojas de una variedad de algodón que llaman de seda. Cierta vez plantó dátiles en Campo Escondido y tuvo que confesar su fracaso. Pero como era optimista sembró luego pan-del-pobre y vio morir las plantitas apenas nacidas. Entonces dijo a su hombre: —No vale la pena: aquí la única semilla que no se pierde es la tuya; vamos a sembrar un muchacho.

Y tuvieron un hijo al que llamaron Chuíto.

Beltrana procedía de La Vecindad, cerca de Juangriego, donde las mujeres son brutalmente trabajadoras. Nunca abandonaba la roja flor que adornaba su pelo. Infatigable a pesar de sus sesenta años, ella era la que amasaba las telas para sus paisanos, a cuyo efecto, apenas apuntaba el alba en el cielo, dejaba el lecho y se ponía a pilar el maíz. Hecho esto encendía la candela y echaba sobre el budare los anchos y delgados discos de masa. Una vez concluido este menester salía de la casa y marchaba de prisa, la mara en lo alto de la cabeza, el tabaco entre los dientes y el cuello erecto como una lámpara. ¿Adónde iba? A todos los sitios de la comarca en donde hubiese un margariteño. Mientras levantaba el polvo con sus cotizas, hilaba.

A ella se atribuía esta anécdota que contaba Lucana: «Ma Santísima, a nosotras las de la isla no nos queda tiempo para nada. Nos levantamos a medianoche para pilar, labrar y desteguenar el maíz; salimos para otros hatos a buscar frutas y granos; volvemos a la casa a hacerle la tela al hombre para que vaya temprano a coger su trabajo; nos largamos a vender las telas a los vecinos, a buscar el agua, a comprar el pescado; ya atardeciendo regresamos a hacer la comida y a lavar la ropa, y cuando nos creemos libres de tanto trajín, entonces viene el hombre muy fresco y se nos arrequinta encima».

Por lo que hace a Segunda y a su hija Taví nunca iban juntas a la tertulia porque una de las dos tenía que quedarse cuidando la fonda. Segunda era achaparrada y de pocas palabras, pero su hija estaba siempre de buen humor. Su tema predilecto era el viejo Chendo, a quien las hemorroides no dejaban vivir. ¡Pobre viejo Chendo! Conocía el remedio para su mal, pero no había podido aplicárselo por la dificultad de encontrarlo. «¡Qué malo es ser viejo!», se lamentaba el infeliz buscando acomodo en su silla, frente a la mesa de la posada; y entre quejidos y temos se zampaba unos revoltillos de carne sazonados con pimienta y ají.

¿Y cuál era el remedio para las hemorroides del viejo Chendo? Muy sencillo pero muy difícil de hallar. Consistía, según la fórmula del Cordonero, en rebanar un casco de burro negro, hacer con él un anillo y colocarlo en el anular de la mano izquierda. La dificultad estaba en que el casco eficaz para el hombre era el de burra y el de burro para la mujer. «¿Dónde demonios voy a encontrar una burra negra?», clamaba el cuitado. A lo que solía replicarle Chico Roberto que era marino y enamoraba a Taví: «¿Dónde? Pues muy cerca de aquí. Acércate una noche a La Rosa y verás cómo abundan las burras negras». —«¿En La Rosa? ¿Estás seguro?» —«En el casino: allí las hay caraqueñas, trinitarias, martiniqueñas. De noche las podéis encontrar bailando y escoger a tu gusto».

Alto, robusto y enamorado. Chico Roberto no aparecía por allí sino cada dos meses, cuando el tanquero en el cual navegaba venía a cargar petróleo. Era hombre feliz porque vivía en el mar y podía ir a la isla cuando quisiera. Del puerto de Pedro González salen los mejores marinos y Chico Roberto sentíase orgulloso de serlo. No obstante su juventud —veinticinco años saludables y alegres— había conocido aventuras que muchos veteranos no sospecharon siquiera. Había naufragado, hecho contrabando, viajado a Estados Unidos y apagado un fuego de San Telmo con su camisa.

Se cuenta que Pedro González, el que dio su nombre al pequeño puerto margariteño, fue un personaje muy rico que regaló su dinero a la iglesia y se metió en un convento para purgar un crimen que había cometido. Pero como esto no fuese bastante para librarlo de culpa, su alma erró por el mar convertida en una bola de fuego que se prende a los mástiles y los embruja. Esta bola de fuego es lo que el pueblo llama San Telmo. Para librar a los barcos de ella hay que trepar a lo alto del mástil y cuerearla, esto es, azotarla con la camisa previamente desprovista de sus botones.

Los únicos margariteños de Campo Escondido que no visitaban la casa de los Moreno eran los Cardozo (Magín y los suyos). ¿Por qué? Pues sencillamente porque sus paisanos no los querían. Al cojo lo odiaban por malo, a Cándida la desdeñaban por zorra (porque ponía cuernos a su marido) y a Casandra la temían por deslenguada. Esto, no obstante, aquellos que habían conocido a la loca en sus buenos tiempos, cuando hablaban de ella se mostraban compadecidos: «Ma Santísima! ¡Qué daño tan grande le echaron! Una mujer que fue tan aseada cuando vivía con su hombre. Y tan introducida».

Beltrana, que era la que con mayor frecuencia solía ocuparse de la infeliz afirmaba que su locura era obra de un brujo de El Manzanillo a quien otra querida de Zenón Cardozo pagó para que la malograra. Empero Juan Moreno no creía en tales patrañas. Él sabía por qué había enloquecido Casandra. Lo sabía, pero se lo callaba.

3

La noche que José cayó en la tertulia, su presencia desconcertó a los isleños. Juan le preguntó qué buscaba y él le respondió que quería ser su amigo.

—¿Mi amigo? ¿Por qué?

—Porque oí lo que le contestó al cojo cuando le habló del nuevo maestro.

Aunque parezca extraño, así se inició una amistad que iba a tener consecuencias. míster Walter, que se hallaba presente, sonrió de un modo enigmático y dijo más tarde a Juan:

—Me gusta el muchacho.

—¿Entonces puede seguir viniendo? —preguntole el gigante.

A lo que respondió el extranjero:

—Su amistad puede ser interesante.

José volvió, pues, entre noches y no tardó en hacerse amigo de todos. No ocultaba su admiración por aquellas costumbres, aquellas bromas y aquella forma de hablar que no conocía. A medida que iban llegando, las mujeres tomaban asiento y los hombres se ponían en cuclillas, cosa que les permitía ilustrar sus conversaciones con dibujos que hacían en el suelo mediante un palito de fósforo o simplemente con la punta del dedo. Una de aquellas noches llegó Beltrana muy complacida porque su hija Nelo había parido un varón y tomado un baño después del parto.

—¿Se ha bañado ya? ¡Ma Santísima! —exclamó la señora Moreno.

—Así anda el mundo ahora —repuso Beltrana regocijada—. Yo, cuando paro, no me baño hasta que acuarento.

Y el caso les recordó el de una pobre mujer que no tuvo tiempo en su vida para bañarse. Esta mujer vivía con un zapatero y en diez y ocho años parió diez y ocho hijos. Cuando el menor contaba seis meses la madre quedó encinta de nuevo. Para aquel tiempo ya el zapatero se mostraba agobiado y juraba que semejante cosecha no debía continuar. Nueve meses después la familia aumentaba con una hembrita. Entonces el zapatero se puso de pies y se acercó a un almanaque que colgaba de la pared. Fue luego a la cama donde reposaba la parturienta y tras de contemplar a la niña habló del modo siguiente:

«Se llama María Cristina. Es la boca número veintiuno a la que tengo que alimentar con lo poco que gano. No aguanto más. No diré que no vuelva a incurrir en este pecado, pero te aseguro que hasta que esta muchacha eche los dientes no vuelvo a acercarme a ti». Pasaron seis meses y el zapatero cumplía su promesa, cuando un buen día su mujer amaneció tan contenta que no pudo menos de preguntarle que celebraba. Entonces ella se puso a cantar:

Tinín, tinín,
tinín, tinán...
Los dientes de Cristinita
ya comienzan a asomar.

El zapatero dejó a un lado la lesna y la miró estupefacto. Ella seguía cantando:

Tinín, tinín,
tinín, tinén...
Los dientes de Cristinita
ya se comienzan a ver.

Y esto fue más de lo que pudo aguantar el buen hombre. Hincó la lesna en la suela, echó pez al hilo y mientras cosía el zapato cantó a su vez con vigor:

Tinín, tinín,
tinín, tinón...
Ya Cristinita tiene dientes
pero yo digo que non.

Noches enteras solía pasar Juan Moreno en silencio, poniendo por todo comentario a las ocurrencias de los demás cortos y broncos gruñidos. Entonces desentendíanse de él y seguían parloteando a su alrededor cual si se tratase de un ídolo que sólo dejaba ver su poder cuando la tribu lo requería. «Está navegando», decía la señora Moreno en voz baja. Pero a veces el soñador volvía de su navegación y plantaba el gallardete de su buen humor. Aquella noche complementó el cuento de la Lucana con otro del mismo color: un matrimonio había envejecido cargado de hijos. El marido se mostraba insaciable pero la mujer ya estaba agotada de tanto parir y cierto día resolvió

ir a pedir consejo al cura del pueblo: «Señor Cura, no sé qué hacer: este hombre está poseído del diablo: a toda hora y en todos los lugares me asalta como un verraco. Yo he pensado resistírmele, pero no he querido ponerlo por obra hasta consultar con usted. Señor Cura, quiero que me diga si con eso no ofendo a Dios»... «Has hecho bien, hija mía –le dijo el levita–: no debes resistírtele a tu marido. Pero como lo que te fastidia es parir tantos hijos, te aconsejo que cuando él esté en el momento supremo escurras el cuerpo y lo dejes hacer su cosa en el aire». La mujer miró al sacerdote con ojos desolados, se puso encarnada y columpió la cabeza: «Ay, señor Cura, lo siento en el alma pero su consejo no va a servirme, porque cuando él está en ese momento yo ya no sé lo que hago».

4

No era tan lerdo José como para exponerse a las reacciones de aquellas gentes con una pregunta abrupta e indiscreta sobre Casandra. Había penetrado en un mundo que le era desconocido y que de por sí le pareció fascinante. ¡Cuántas cosas extrañas encerraba su vasto país! ¡Cuántos caracteres, cuántos matices espirituales! Entre Juan Moreno y Severo Chacón se abría el mismo abismo que entre Chacón y Roso Morales y que entre este y el viejo Carpio. ¿Y ese míster Walter que en todo intervenía como para dar la pauta a los pensamientos de los demás, de dónde salía? ¿Cómo llegó a conocer tantas cosas que él ignoraba acerca de su propio país? Con sus gruesos anteojos y su movedizo hocico de chivo, semejaba un feto marino. Algunos de los presentes lo llamaban el musiú con cierto tonillo irónico; sin embargo, todos lo respetaban, comenzando por Juan Moreno.

Míster Walter era químico, geólogo y sabe Dios cuántas cosas más, y Juan lo estimaba particularmente porque pudiendo

habitar en el círculo de los otros musiús, con todos los privilegios que acordaban a éstos las compañías, prefirió permanecer en Campo Escondido en una de cuyas casas vivía solitario y lejano, sumergido en un mundo de microscopios, retortas y otros aparatos extraordinarios. Y este ser misterioso, este sabio de procedencia desconocida, conocía a Venezuela cual si hubiese nacido en cada una de sus regiones. De Margarita poseía informaciones que sorprendían a los mismos isleños. Nadie como él para destruir el encanto de una leyenda o la gracia de un chiste con sus aburridas intervenciones científicas.

Pero los temas predilectos de Juan Moreno no eran los cuentos picantes, tan gratos a sus paisanos, ni los científicos propios de míster Walter, sino las viejas historias y las leyendas marinas. Todo lo que forma la vida de Margarita le era familiar y querido: la Virgen, las perlas, los frutos que produce la tierra, los contrabandistas y los episodios de las guerras de independencia.

La Virgen del Valle es la madre espiritual de los pueblos marinos del Oriente venezolano. En su cándido trono paramentado con brillantes brocados. Ella es una gran perla en su concha. Y por esto las perlas abundan en el luminoso derroche de ofrendas que le hacen los fieles. En sus paramentos predomina lo blanco: las azucenas de corazones dorados, las telas de reflejos de plata. Posee perlas blancas purísimas, pero también de matices variados: rosadas como pequeñas auroras, metálicas como los ojos de los delfines, negras como las noches de tempestad. No existe buzo ni pescador de rastra que no haya ido a ofrecerle el tributo de su fe y de su gratitud en testimonio de algún milagro; ni labriego que no le lleve lo mejor de su huerta, ni tejedora de palma o alfarera del Poblado que no le dedique alguna labor de sus manos. Ella representa el vínculo social más profundo, el puente de la armonía entre el marino y el glebatario, entre el pescador y el dueño del tren, entre el contratista y

el buzo, entre el contrabandista y el celador del Resguardo, entre la ola y el náufrago. Y es, asimismo, la que detiene las nubes viajeras para que vuelquen sus odres sobre la isla.

A José que nada sabía de Margarita como no fuese lo que oyera contar a las gentes, le bastó oír a los paisanos de Juan Moreno para sentirse penetrado por sus encantos. Allí supo que para entrar en la iglesia de El Valle, donde se rinde culto a la Virgen, hay que cruzar un pequeño puente tendido sobre una quebrada. Por el fondo de esta quebrada corre un hilo de agua que alimenta las robustas raíces y endulza las frutas. El agua es el símbolo de la Madre porque representa el anhelo del pueblo congregado a su alrededor. Cuando en las otras regiones el sol ha tostado las terroneras, frente a la iglesia del Valle el hilo de plata murmura su fina oración.

Pero Juan amaba más las cosas del mar que las de la tierra. El mar es maravilloso en las islas y costas que rodean a Margarita. Hay islas que parecen monedas, unas de oro amarillo, otras de cobre rojo, otras verdes cual si las acabasen de desenterrar. En el golfete de San José son tantos los islotes que se podría saltar de uno en otro como en los juegos de niños. Las aguas, según su profundidad y su movimiento, pasan del azul más obscuro a los más líricos tonos del verde. Vistos desde el aire, los colores de Margarita forman un abigarrado mosaico en el que el ocre de los cerros pelados alterna con el verde de ciertos valles, con el azul de las ensenadas y con el amarillo resplandeciente de las arenas.

Estos transportes de Juan eran los que elegía míster Walter para lucir sus conocimientos:

—Usted tiene razón —confirmaba con su voz un poco chillona—; conozco eso como mis manos. Dos años viví en el Manzanillo estudiando las minas de magnesita. En Margarita viven unos setenta mil seres humanos. Hasta hace poco se creía que no había en la isla serpientes venenosas, pero las hay: yo

mismo cacé una coral y di muerte a una cascabel que medía un metro y diez y ocho centímetros.

Al principio las intervenciones de míster Walter chocaron a José vivamente, pero después de oír a los otros pensó que los datos del extranjero no eran ociosos. Lo mismo le había ocurrido en el castillo con las intromisiones de ciertos jóvenes «técnicos» a quienes sus compañeros no dejaban hablar. Para apreciar bien la vida de Margarita hay que conocer esas cosas ocultas que los musiús como míster Walter escudriñan con tanto ahínco. Los hombres que se dedican al mar —decía éste— no pueden hacer otra cosa. La tierra es pequeña y pobre y no puede alimentarlos a todos. Por esto dejan a sus mujeres cuidando la isla como otras tantas Penélopes, y se marchan. De una sola mujer sabía el extranjero que se hubiese hecho marina: una a la que llamaban «la Galeona». Pero él dudaba de su existencia.

En cierto momento, arrebatado por la emoción, José preguntó a Juan Moreno cómo era la tierra de Margarita. míster Walter se adelantó a responderle:

—Muy bonita, pero con pocas posibilidades... La magnesita...

Y como Juan quedase pensativo José preguntose a sí mismo si estaba recordando o inventando a su tierra. De pronto sus ojillos se iluminaron:

—Míster Walter tiene razón —admitió—: es pobre la isla; sin embargo, produce lo necesario para vivir: hay maíz, piñas, anones, nísperos, lechosas y jobos; en las sabanas resecas se dan el yaguarey y la pitahaya; no sabemos qué hacer con los dátiles y se los echamos a los cochinos. Además, existen las perlas...

—Pero las perlas están en decadencia...

—No importa: son bellas. Durante mucho tiempo dieron riqueza a la isla y algún día volverán a dársela.

En este punto míster Walter volvía a salirle al encuentro: dudaba que la perla margariteña volviese a adquirir su antiguo

prestigio porque ya los reyes y los poderosos del mundo no sienten por ella la misma atracción que en los tiempos de Felipe II o de Luis XIV. Además, existen esos cultivos inventados por los japoneses. Pero este era un punto que Juan no compartía con el extranjero.

—¡Las perlas japonesas! ¡A quién se le ocurre hablar de esa porquería cuando se trata de Margarita!

El conocía ambos productos —el natural y el de cultivo— y afirmaba que no había posible comparación entre ellos. El oriente, el tamaño, hasta las caprichosas formas que el misterioso laboratorio del mar suele dar a las perlas legítimas hace de estas maravillas inimitables. No; que le hablaran de todo menos de perlas. En su baúl conservaba un librito en el que se contaba toda la historia de estas, y con tanta pasión había repasado sus páginas que se las sabía de memoria. Las perlas más famosas se conservan en Inglaterra. La de Lord Hope, por ejemplo, fue bautizada con el nombre de La Esperanza y valorada en nueve mil libras. La de Lord Canning, que tiene la forma de un torso humano, está montada en oro junto con otras para completar la figura de un ser mitológico, mitad hombre, mitad tritón, con rostro de hipogrifo y armado de alfanje y escudo. El valor de esta rara gema es de diez mil esterlinas. En el museo de Zózima, en Moscú, se conserva La Pellegrina, considerada como la más perfecta del mundo. Pero acaso la más extraña es la que un jefe hindú de nombre Mohamedán regaló a cierto médico americano por haber curado del paludismo a uno de sus hijos. Esta enorme perla, existente también en Londres, pesa más de catorce libras y mide nueve y media pulgadas de largo por cinco y media de diámetro.

También sabía Juan, y lo explicaba con énfasis, que las perlas más grandes sólo pueden criarse en unas conchas monstruosas llamadas Tridacna, oriundas de los mares de Asia. La mayor producida por Margarita fue la que regaló un cortesano del

siglo XVI al hijo de Carlos V. Pesa doscientos cincuenta quilates y representa un valor de medio millón de pesetas. En las costas atlánticas —siguió recitando Juan ante la admiración de José —llaman *annie* a las perlas más perfectas y bellas; *anathoria* a las que tienen algún defecto; *kalippo* a las que no son esféricas; *karowell* a las perlas dobles unidas entre sí; *peersal* a las deformes; *cowd* a las deformes que tienen, sin embargo, alguna belleza; *kural* a las pequeñas,o sea a las que en Margarita llaman mostacilla, y *thool* al polvo perlífero que los antiguos tomaban con vino para conservarse fuertes en el amor. Los margariteños, afirmaba Juan con melancolía, han vivido de la perla, pero casi nada saben de ella. ¿De dónde les viene su color a las perlas rosadas, a las negras, a las grises?

—No, no lo saben. Pues bien, la perla rosada es la que cuando comienza a formarse se tiñe con un líquido que segrega un caracolillo llamado múrice. Con la tinta del múrice coloreaban sus mantos los antiguos reyes de Oriente. La negra debe de ser producida por la tinta de algún otro molusco y la gris quizá por el contacto de ciertos pantanos. Esto no lo conseguirán los japoneses ni todos los cultivadores artificiales.

Pero míster Walter sonreía con escepticismo:

—No se haga ilusiones, maestro Juan. No volverá a ser lo que antes. Con la perla pasa lo mismo que con la pluma de garza. La Humanidad cambia sus lujos y no establece diferencias entre lo auténtico y lo sintético. ¿Por qué ha decaído el cacao venezolano? Porque es demasiado bueno. Quizá pasará lo mismo con la sarrapía, con el oro, con los diamantes. ¿Se ríen? Hacen mal. El oro y los diamantes se van convirtiendo en puros símbolos de valor. ¿Desde cuándo no ven ustedes una moneda de oro? Los gobiernos las guardan en sus bóvedas, que son como minas artificiales, para garantizar los billetes y las monedas de plata, de cobre y hasta de aluminio. En cuanto a los diamantes: ¿saben lo que hacen las grandes damas que todavía tienen brillantes

auténticos? Mandan a fabricar reproducciones exactas, guardan los legítimos en sus bancos y lucen los falsos. Se vive una vida ficticia que podría ser buena y pura si las gentes se dieran cuenta de que son insinceras sin necesidad. Como cosa de lujo una perla falsa vale tanto como una legítima porque brilla lo mismo. Lo único que las diferencia es el trabajo, el sacrificio y la angustia que ha costado pescar la legítima. Ah, pero qué orgullosa se siente la dama que puede decir: «En la bóveda de mi banco poseo muchas perlas legítimas. No me hace falta lucirlas. Me basta saber que mil buzos desconocidos fueron devorados por las tintoreras antes que otros pudieran pescarlas».

5

Nada recordaba en Ludwina Carpio a su hermana Chinca: ni la anatomía, ni el color, ni la voz. Ludwina era fuerte y casi tan blanca como míster Walter, su jefe. Sus ojos castaños miraban con arrogancia y al andar semejaba una amazona. Tan intrigado sintiose José cuando la vio, que consideró imposible fuese hija del viejo Carpio y hermana de aquella fantasma nocturna que se diluía en la soledad doblada sobre su máquina.

En una de las veladas oyó a Ludwina hablar de su padre y creyó descubrir en su voz un retintín de ironía. Juan, que era compadre del viejo porque había bautizado a uno de sus hijos (el llamado Anfiarao), preguntó a la joven cómo se desenvolvía su padre con el nuevo trabajo que le habían dado, y ella le respondió soltando la risa:

—¡Con el nuevo trabajo! ¡Qué gracia!

—¿De qué te ríes? —inquirió Juan extrañado.

—Del chiste de usted... Eso no tiene remedio... Genio y figura...

—Tienes razón. Pobre compadre...

Y allí hubiera terminado el diálogo si José no se sintiese tan intrigado.

—¿Le han dado otro empleo al maestro? —intervino.

Ludwina lo miró con el ceño fruncido:

—¿Usted también va a venir con guachafas?

—¿Yo? —se excusó él todo confuso—. Lo pregunto porque conozco al maestro y me siente lo que le pasa.

Entonces Juan le explicó de qué se trataba:

—Es que le han encargado el discurso...

—¿Cuál discurso?

—El de todos los años...

—Sí —adujo Ludwina con agrio sarcasmo—: el del diecinueve. Con la diferencia de que esta vez él lo escribe para que el otro se luzca.

De este modo supo José que todos los años, el diez y nueve de diciembre, el preceptor de Campo Escondido leía un discurso patriótico en el que se celebraban la paz y el progreso de la nación y se hacía el elogio del jefe de esta. La compañía festejaba ese día y todo el mundo asistía a los actos que organizaba —los escolares vestidos de blanco y los adultos como les diese la gana—, después de lo cual los hombres se emborrachaban y se iban a los casinos, a las galleras y a las ruletas. Naturalmente fue Carpio quien en los últimos años fungió de orador y era de verle en aquellos actos con su traje color de araguato, su corbata negra de mariposa y sus borceguíes amarillos, subido en la tribuna de pichipén. Pero este año las cosas ocurrían de otro modo: el viejo escribía el discurso para que Severo Chacón lo leyera en la ceremonia del diecinueve.

—¿Comprende lo que esto significa para el pobre compadre? —comentó Juan Moreno—. Es una puñalada que le dan por la espalda. Y, sin embargo, ahí lo tiene usted, manso como una oveja. Mire que yo se lo he dicho: «Mándelos al ca... rrizo, compadre. No se deje echar esa vaina»... Pero él no se atreve. Y

después de todo —añadía Juan rezongando— quizá tenga razón. Si le quitan la casa y lo botan del campo, ¿adónde va a meterse con su familia?

—Eso sería lo mejor que podría pasarle —explotó entonces Ludwina—: ya estoy harta de vivir en esta pocilga.

6

José puso a funcionar su imaginación y vio al viejo en lo alto de la tribuna, en mitad de la Sabanita, con un papel en las manos: «Señor superintendente, señor coronel, señor asistente-manager... Al ocupar este eximio proscenio del patriotismo no tengo palabras para expresar la emoción que me embarga en esta nueva jornada de la Rehabilitación Nacional[14]...» Imaginándole así con la cabellera esponjada como vellón, más que nunca le pareció uno de esos guajiros urbanos, flojos y mansos, que se ven en las calles de Maracaibo. A sus pies estaría la fila de niños esperando el momento de marcharse a jugar, y un grupo de adultos impaciente por aplaudir. Quizá en su juventud Carpio fuese orador en alguna de esas sociedades de mutuo auxilio, mitad religiosas mitad sindicales, que fueron un tiempo expresión cultural de las clases trabajadoras, y allí aprendería a llamar Sinaí a la tribuna, Febo al sol y manantial de riqueza al petróleo. ¿Quién era Carpio? ¿De dónde procedía? ¿Cómo se había enamorado de su mujer y procreado sus hijos? ¿Por qué era Ludwina tan diferente de él y del resto de su familia? Todo esto se preguntaba José, vivamente intrigado, y al preguntárselo recordaba al doctor Landáez. Algo de Landáez había en Carpio, en efecto: la mansedumbre, la resignación, la bondad. Sin embargo, eran dos

14 «Rehabilitación nacional» era uno de los lemas políticos de la dictadura de Gómez. La designación oficial era «Gobierno de la Rehabilitación».

mansedumbres y dos bondades distintas. Quien diga que existe una sola verdad comete un error profundo. La verdad de Carpio era distinta a la de Landáez. Lo que aquél elogiaba era lo mismo que este había condenado, y lo que impedía a este salir del castillo para reunirse con su familia era lo mismo que salvaba a aquél de ser echado con la suya de la casita que habitaba en Campo Escondido. Juan Moreno justificaba la conducta de Carpio porque sólo veía en ello un mal transitorio. José creía ver más lejos. Por esto decidió visitar al maestro.

De repente sintiose invadido por un sentimiento radiante: he aquí como en el mismo momento en que vacilaba, confundido ante sus propios caminos, el caso de Carpio se le ofrecía como un categórico motivo de acción. Casandra y Carpio, o mejor. Carpio y Casandra, se le convertían en dos objetivos vitales que justificaban su permanencia en Campo Escondido. Ah, ahora tenía una misión. Ya su vida no era una cosa confusa. Allí estaba, por fin, su camino iluminado por la mansedumbre de Carpio y por la locura de Casandra. ¿Qué dirían de esto el doctor Landáez, los estudiantes, el cura Domínguez (aquel a quien volvieron a la prisión el día de la libertad) y el mismo Beltrán Oliver a pesar del desdén con que calificaba estas cosas de pendejadas? Más afortunado que todos ellos, él había hallado en Campo Escondido su luz de Damasco. Ahora, a la lucha, a la acción. Su estrategia sería bien simple: con Carpio directa; con Casandra tortuosa, sutil y simbólica. ¡Qué feliz se sentía! Al fin había hallado la manera de usar el símbolo.

7

El maestro Carpio
tiene calentura,
y cuando camina
tuerce la cintura...

Así cantaban, bailando como zamuros, los dos pequeños hijos de Sam. ¡Linda educación les daba su padre! Negros como tizones, inventores de coplillas burlonas e infatigables exploradores del caserío, eran los únicos niños de Campo Escondido que no asistían a la escuela. Y Magín, tan atento a estas faltas en tratándose de otros chicos, en el caso de los hijos de Sam mostraba una singular tolerancia.

José se detuvo a mirarlos.

El maestro Carpio
tiene calentura...

Pero ¿por qué tenía calentura el maestro? Quizá no fuese más que por imperativo del consonante. También los negritos eran poetas y como tales no vacilaban en subordinar la verdad a la intención o a la música de sus versos. Sin embargo, esta vez decían verdad: Carpio, en efecto, cuando caminaba torcía la cintura.

Al llegar a esta conclusión José sonrió de su ingenuidad y miró con más simpatía a los negritos. Echó a andar hacia la casa de Carpio y mientras lo hacía daba rienda suelta a sus pensamientos. A veces le gustaba ser tonto, sobre todo por las tardes a la hora en que el sol comienza a ocultarse. Entonces, invadido por un gran bienestar, se sentía dividido en dos hemisferios sentimentales: uno poblado de cosas innocuas; el otro habitado por gomecillos alegres: «¿De qué color es tu ojo derecho! —Negro. —¡Y el izquierdo! —Marrón.—Sapito lipón, sapito lipón, que se mete en la cama y le da sarampión»... Exactamente como los hijos de Sam.

En el litoral petrolero del Zulia la tarde es brillante y cálida pero el crepúsculo se disuelve rápidamente. La noche sobreviene como por sorpresa. José que había abandonado la tienda con un fútil pretexto, permaneció un rato indeciso, mas al llegar a

su conclusión sobre el viejo se dirigió sin vacilar hacia la casa de éste. Mientras tanto las radios y las gramolas daban un colorido sensual a la tarde y los vecinos se asomaban a sus puertas para saborear aquel ron caliente. Como la puerta de Carpio se hallaba entreabierta él pudo mirar el interior de la sala. Esta estaba en penumbra y la máquina de coser permanecía solitaria. Con ánimo de volver enseguida sobre sus pasos llegó hasta la esquina próxima y vio venir a Ludwina. La saludó con una sonrisa:

—¿Cómo está? ¿Paseando la tarde?

—Sí, vengo a ver a Griselda sembrar sus maticas.

—¿A Griselda? ¿Quién es Griselda?

—La hija del chino. ¿No ha visto el jardín de Griselda?

—No, no lo he visto.

—Pues mírelo porque vale la pena.

Y él pudo verlo desde la esquina. Frente a una de las casitas había un pequeño cercado de tela metálica y dentro de este una niña de ojos oblicuos que regaba sus plantas.

—¿Por qué no se acerca? Es el único que existe en el Campo.

—Otro día: esta tarde prefiero que me presente a su padre.

—¿A papá? ¿Para qué?

—Para conocerlo.

8

Sentado frente a una pequeña mesa de pino, Carpio no advirtió cuando ellos entratron. Ludwina encendió la bombilla eléctrica. Sobre la mesa había un libro abierto, un cuadernillo rayado y una tacita con café negro ya frío.

—Papá, te presento a un amigo.

—¿Cómo dices?

—Este señor desea conocerte.

—¿Conocerme a mí? ¿Para qué?

—Yo no sé: él te lo dirá.

Mientras tanto José sonreía. Sin dejar de mirar el papel que Carpio tenía delante, hizo un signo de aprobación y tendió su mano al maestro.

—Desde hace tiempo quería conocerlo.

—Mucho gusto...

—¿Lo molesto?

—No, pero...

—¿Prefiere que vuelva en otro momento?

—Bueno, quizá eso sería lo mejor.

Ludwina se esforzaba por sonreír:

—¡Pero, papá!

Ya José había podido leer las últimas frases que el viejo había escrito «Unión, Paz y Trabajo[15]...» cuando entró Chinca en la sala. Él se volvió con presteza. Tal como la había imaginado, era alta y delgada. Pero parecía una sonámbula. Con una sencilla bata de tela roja y dos gruesas crinejas que le llegaban a la cintura pasó silenciosa ante los demás y fue a sentarse frente a su máquina.

En aquel momento se produjo la coincidencia. La puerta se abrió bruscamente y entraron en la salita míster Epi, Severo Chacón Magín Cardozo.

Si José no se hubiese sentido tan desconcertado habría comprendido que semejante acontecimiento era explicable. Todas las tardes venía míster Epi a averiguar cómo progresaba el discurso, y todas las tardes su presencia producía el mismo efecto: mientras el viejo Carpio se ponía de pie, respetuoso, su hija Ludwina se marchaba a la calle y Chinca se tragaba la lengua doblada sobre la máquina.

15 Lema oficial de la dictadura gomecista.

—¡Qué hay! —saludó míster Epi echándose el flexible sobre la nuca—. ¿Cómo va ese discurso, viejo?

—Va saliendo...

—¿Saliendo? ¿Y cuándo es que va a salir del todo? ¿Cuándo podremos comenzar a ensayarlo?

—¡Ensayarlo! No sabía que era una comedia.

Esto lo dijo Ludwina, a quien todos miraron desconcertados. Míster Epi se esforzó en parecer desenvuelto:

—¿Te parece gracioso?

—No, lo que debe de ser muy gracioso es ver el ensayo.

Y sin esperar la réplica salió de nuevo a la calle. Lo que ocurrió a continuación fue rápido e imprevisto: Chinca dejó su máquina y huyó hacia el interior de la casa; míster Epi arrojó el cuadernillo sobre la mesa y se marchó colérico seguido de Chacón y del cojo; el maestro se derrumbó en su silla abatido y José se quedó mirándole sin saber qué partido tomar. Para marcharse también tendría que decir «adiós» o «hasta luego» y esta simple idea le llenaba de sobresalto. Además, el cuadernillo abierto sobre la mesa lo atraía irresistiblemente. En uno de sus márgenes, como una glosa de la apretada escritura del viejo, unos caprichosos dibujos abrían un misterioso camino de tentaciones.

Su vacilación duró sólo segundos. Hubo un momento en que, sin poderlo evitar, se acercó a la mesa y miró los dibujos: un corazón, una ramita con una flor, un ojo abierto con sus pestañas.

—¡Maestro! ¿A usted también le gusta hacer figuritas?

—¿Figuritas? —preguntó Carpio desde el abismo de su sorpresa.

—¿No son hechas por usted las que veo en este cuaderno?

—¿Esas? Ah... las hago sin darme cuenta.

—Pero ¡qué interesantes! A mí, maestro, me salen las cosas más caprichosas.

—¿De veras?

El viejo lanzó un suspiro y miró a su alrededor cual si despertara. Hubo un corto silencio. José lo miraba en suspenso. Carpio monologó:

—¡Dios mío! ¿Por qué es así esa muchacha? Yo soy un hombre prudente; su madre también lo es... ¿A quién salió con ese carácter? Ahora tenemos a Epimeteo otra vez en contra.

—Pero, maestro...

El viejo experimentó un estremecimiento:

—¿Qué? Ah, ¿sois vos? ¿Estáis ahí todavía?

—Sí, maestro, aquí estoy todavía.

—¿Por qué no vienes en otro momento? ¿Es que no te dais cuenta?

—Claro que me doy cuenta; por eso es que estoy aquí todavía.

—¿Por eso? ¿Y qué vais a decirme? ¿Tienes alguna idea?

—La tengo: que no siga escribiendo el discurso ese.

—¡Que no! —Carpio se puso en pie bruscamente—. ¿Por qué no?

—Porque es una indignidad; porque todo lo que está usted escribiendo en ese cuaderno es una pura mentira.

Nunca se vio al viejo tan tartamudo:

—¡Mentira! ¡Ment...! ¡Pero, miren! ¿Qué es lo que estáis diciendo, muchacho? ¿Cómo se te ocurre... en mi casa?

—Se me ocurre porque es la verdad, porque es lo que dicen los que saben de eso. Ya sé que usted lo hace sin darse cuenta.

—¡Niño, por Dios! ¿Has venido a ofenderme? ¿Quién eres tú? ¿De dónde sales? ¿Qué buscáis en mi casa? ¿Dónde conociste a Ludwina?

Asustado por la inesperada actitud del viejo, José dio marcha atrás y murmuró unas excusas:

—Cálmese, maestro...

—¿Que me calme? ¿Venís a llamarme indigno en mi propia casa y queréis que me calme?

—Usted no me ha comprendido...

—Entonces, ¿qué es lo que habéis querido decirme?

Ya más calmado volvió a sentarse y José acercó una silla a la suya. Hubo una pausa durante la cual el mozo eligió sus palabras:

—¿Sabe, maestro, dónde aprendí a leer y escribir?

Carpio lo miraba con desconfianza:

—¿Tiene eso algo que ver con lo que estoy escribiendo?

—Déjeme hablar, se lo ruego. Cuando me oiga va a comprender...

—Bueno, pero hazlo pronto. Ya me has hecho perder mucho tiempo.

—Aprendí en el castillo.

—¿En el castillo? ¿Y qué hacías vos en el castillo?

—Estaba preso. Los estudiantes tenían allí una escuela. Había más de mil estudiantes presos.

—Algo habrían hecho. Y vos... ¿qué hacías con ellos? ¿Eras también estudiante?

—No, ni siquiera sabía que existían. Un día oí hablar a uno de ellos y entonces los conocí. Se refería a un tirano al que hacía responsable del hambre y de la incultura del pueblo. De pronto vino la policía y todos salieron corriendo. Sólo yo me quedé porque ignoraba lo que estaba pasando. Un mes después me hallaba en el Castillo junto con ellos.

Carpio quedó pensativo.

—Sí —comentó luego—, he oído hablar de los estudiantes, pero te confieso que no sé muy bien lo que hacen. Dime tú, si lo sabes, ¿qué se hacen los estudiantes después que se gradúan de doctores?

—Pues dejan de ser estudiantes.

José dijo esto con rapidez, automáticamente, y no fue hasta algún tiempo después que reflexionó sobre el posible significado de la pregunta del viejo. ¿Qué significaba, en efecto, dejar de ser estudiante?

9

Aquella tarde, consumido el crepúsculo, el diálogo se trenzó en la salita y por un momento sus volutas apresaron el espíritu ingenuo de Carpio:

—¿Cuánto tiempo estuviste preso?

—Dos años.

—¡Dos años! ¡Qué horror!

—Eso es nada para los que han estado veinte.

—No puedo creerlo. Exageras...

—Usted es un inocente. Cuando le cuente va a comprenderlo. Pero déjeme hablarle de los estudiantes. Casi todos eran socialistas.

—¿Socialistas? ¿Y eso qué es?

—El régimen de la justicia social. ¿No ha leído nada de socialismo?

—Nada, te lo confieso...

—Pues hace mal, debiera ponerse al día en estas cosas. Yo puedo prestarle un libro que trata del socialismo.

Pero Carpio movió la cabeza:

—No, gracias. Ya estoy viejo para ponerme a aprender esas cosas. Sin embargo, no creas que soy tan ignorante. En mi juventud leí mucho. Era una época en la que el Zulia poseía una verdadera constelación de talentos: poetas, prosistas, oradores, maestros. Yo conocí al viejo Yepes[16] y al doctor Vázquez[17]; fui amigo de Udón[18] y del doctor Hernández[19]... Después vinieron los jóvenes: Dimas Ramírez, Rafito Yepes y su hermano José

16 Ramón Yepes, padre del poeta José Ramón Yepes.

17 Idelfonso Vázquez.

18 Udón Pérez.

19 Marcial Hernández.

Ramón... ¡Los tragos que nos pegamos juntos! Vos no conociste esa pléyade. ¡Qué pensamientos! ¡Qué imágenes! Creo que fue el doctor Vázquez el primero que usó en poesía los vocablos «peplo» y «coturno»... ¡Qué manera de pluralizar los sustantivos! : «Con el prestigio de sus heroicidades», «Al claror de sus iridiscencias». Bien pudo decir entonces el doctor Hernández: «El Zulia entre la noche relampaguea».

José lo atajó alarmado:

—Sí, maestro, yo también tengo un amigo poeta. Pero no se trata de ellos ahora...

—Ya sé: vos queréis hablarme de los estudiantes y del socialismo. ¿No es eso?

—Eso es...

—¿Y qué voy a ganar con eso?

—Aprender cosas que no conoce...

—No, hijo, no te rompas el casco con esas cosas. *Nihil novum sub sole*[20]. Hoy no se escriben sino mamarrachos. Se ha perdido el bello estilo de antes.

De repente José tuvo una idea luminosa.

—Sí —replicó—, se ha perdido el bello estilo de antes, pero se ha ganado en la representación simbólica de las cosas.

—¿En la qué...?

—En la representación simbólica... ¿Tampoco sabe lo que es el símbolo, maestro?

Una vez más Carpio quedó pensativo, pero no tardó en reaccionar:

—Pues mira, tampoco lo sé. ¿Para qué vamos a engañarnos? Lo he visto escrito muchas veces y lo he oído mencionar otras tantas, pero nunca he llegado a saber qué es. En el diccionario

20 Frase bíblica del Eclesiastés salomónico que traduce como «No hay nada nuevo bajo el sol».

he leído que se trata de una imagen que representa una idea y alguien me dijo una vez, mostrándome unos versos que yo mismo había escrito, que mis palabras formaban un símbolo. Las había escrito para mi hijo Anfiarao y decían: «En el copo de espuma de tu cunita...», Pero después llegó otro y me aseguró lo contrario: me dijo que el símbolo no es una combinación de palabras sino una cosa que representa otra, por ejemplo, la bandera de la patria. ¿Comprendéis ahora mi confusión? Yo soy un hombre sencillo y no quiero complicaciones.

José lo miraba con simpatía. Trató de explicarle:

—Es que hay distintas clases de símbolos, maestro: unos se forman con las palabras y otros con las personas. Bolívar, por ejemplo, es un símbolo...

Súbitamente sus pupilas se iluminaron con un extraño fulgor:

—Sí, maestro, las personas pueden también ser simbólicas. Aquí mismo, en Campo Escondido, vive una que tiene un cierto sentido de símbolo...

—¿Aquí mismo? ¿Quién es?

—Casandra.

Carpio dio un brinco.

—¡Casandra! ¿La loca?

—Casandra, la loca.

—¿La que anda por ahí borracha, diciendo malas palabras y envenenando a su nietecito?

—La misma.

—Me dejas bobo, muchacho. ¿Es que quieres burlarte de mí?

En aquel instante la puerta de calle hizo un movimiento y los dos quedaron atentos a que alguien entrara. Mas como nadie entró el viejo dijo:

—Debe de ser el viento. Quizá tengamos chubasco.

—Entonces... ¿piensa seguir escribiendo el discurso?

—Claro que sí. ¿Por qué no?

—Pero, ¿es que no ha comprendido?

—¿Comprendido qué?

—Que eso que usted elogia en el fulano discurso es la mentira con que se encubren tantos horrores.

—¿El de Casandra también?

Perdido el control de sí mismo, José se puso de pies bruscamente:

—Sí, el de Casandra también. Por eso es que ella es un símbolo. Venezuela es como Casandra: una loca borracha que envenena a sus hijos; y son los que escriben discursos como ese los que no la dejan curarse.

También Carpio se puso de pies sin perderlo de vista. Estaba visiblemente asustado:

—Dime una cosa, mijito: ¿te sentís bien? ¿Por qué no vais a ver al doctor? El te comprenderá mejor que yo porque él fue estudiante.

En aquel instante la puerta se abrió y entró Ludwina con una extraña sonrisa.

Jornada tercera

1

José Ubert.

José Ubert.

José Ubert.

Procurando que le saliera lo más confuso y enrevesado posible, escribía este nombre una y otra vez, y alrededor de él arrollaba la rúbrica como una corbata. ¿Qué significa la firma?, se preguntaba. Un símbolo de la persona como la bandera es el símbolo de la patria. A esta conclusión no llegaba de pronto —ya lo había pensado más de una vez—, pero la tontería del maestro Carpió lo impulsaba de nuevo a sus reflexiones. «Es un pobre diablo el maestro Carpio» —se dijo entonces— y volvió a escribir repetidamente las dos palabras que formaban su nueva firma. Sólo una preocupación lo turbaba en aquel momento: ¿se irritaría su padre porque adoptase su nombre?

—¡Bah! —se dijo de pronto—. Lo verdaderamente simbólico no es el nombre, sino la rúbrica, ese trazo arbitrario en el que se retrata el carácter de la persona y que algunos simplifican hasta la sequedad mientras otros lo convierten en un laberinto. ¿Es suficientemente simbólica la mía? ¿Expresa bien lo que soy, lo que quiero ser?

Luego se deslizó por otra vertiente: los extranjeros casi no usan la rúbrica. Míster Acmé, por ejemplo, se limitaba a poner

W. S. Acmé con una letra cortante y bruñida. Bolívar, en cambio, desarrollaba un complicado arabesco. Pero tenía la letra muy fea y esto era de por sí un signo de su genio. Los grandes hombres tienen la letra fea. La de Carpio era bella, redonda, blanda cual su persona.

Como José era también un dibujante intuitivo, sus cuadernos, sus libros y cuanto papel cayese en sus manos salían de ellas cubiertos de figuritas. Durante las horas del mediodía, cuando la tienda quedaba a merced de las moscas, él, acodado en el mostrador, miraba el paisaje reverberante y dejaba correr el lápiz. Lo mismo solía hacer en las paredes del excusado. De este modo había dibujado la silueta delgada de Chinca, la desgreñada y torcida de Casandra, la obesa de Roso Morales, la cojitranca e hirsuta de Magín Cardozo y la gigantesca de Juan Moreno. Ahora, obedeciendo a un impulso más consciente y deliberado, trataba de plasmar la de Carpio en contraste con la de su hija Ludwina.

Pero no perseveró en este empeño. Lo que más le interesaba era el símbolo. «Porque —se dijo lleno de convicción— yo soy un hombre que busca un símbolo». «Torreón —añadió para sí— es una bella palabra, pero debe ir asociada a otra para que su belleza resalte: el viejo torreón»... «Pensamiento, el fino pensamiento, la fina sonrisa»... «Abeja, luz, Casandra...» «El anciano déspota moribundo a quien Carpio elogia todos los años, es tenido por brujo y por adivino. ¿Es que hay un símbolo en él? Algo parecido ocurre con el que gobierna en Maracaibo, ese que va a visitar a una bruja para que le lea el porvenir en una mata de trébol"[21].

De pronto se puso a pensar en Beltrán Oliven Beltrán Oliver era hombre de símbolos ideales y como tal oía con indiferencia

21 Ver nota 10.

las conversaciones que giran en torno a las cosas utilitarias: el dinero, los intereses, los cálculos en que intervienen los números. «¿Qué es eso de la economía —solía preguntar— y para qué sirve?»

Con profunda ternura recordó José las cosas de Beltrán Oliver, incluso aquella manera de llamar pendejadas a los sueños de los demás. Confusas y atosigantes, las especulaciones en que se enfrascaban los cuatro señores que iban a disputarle su escaño en la Plaza Bolívar lo ponían de mal humor. Algunos había que se hicieron de pronto ricos y que no se cansaban de explicar a los otros el proceso de su fortuna. Beltrán nunca llegó a comprenderlos. Un viejecito que había sido tipógrafo y que ahora era rentista, hablaba de su dinero con verdadero entusiasmo: «Lo único que necesitas —revelaba a Beltrán— es quien te dé el primer empujón. Después haces tus cálculos: compras a tanto y vendes a cuanto, y ya está...» «¿Y ya está? ¿Pero qué es lo que está...?» «Lo de la riqueza, gran sonso. Suponte —insistía el viejecito— que una compañía petrolera te pide madera... Sí, madera de zapatero, o de vera, o de cedro... Tú buscas quien te la venda de primera mano... Ya sabes que la madera se vende por metros cúbicos...» «¿De veras?», preguntaba Beltrán en el colmo de la sorpresa, pero en vez de indagar la razón de un procedimiento tan complicado preguntaba a su amigo por qué la compañía no adquiría su madera directamente. Entonces el viejecito se enfadaba y se iba.

Estas escenas que ahora evocaba frente a la ardiente quietud de Campo Escondido, divertían mucho a José en las inolvidables noches de Maracaibo. El caso de la madera provocaba en Beltrán singulares reacciones: «Cuando oigo a Federico hablar de estas cosas me imagino que me he perdido en un bosque de árboles gigantescos cuyas raíces se hunden en un pantano infestado de cocodrilos. Sería espantoso tener que ir con un hacha a tumbar esos árboles».

Pero José recordaba también la ciudad en cuyas aguas calientes y luminosas quisiera volver a bañarse, y aunque esta idea le daba siempre un poco de miedo, el solo gesto de pensarlo le parecía una resurrección.

En la ciudad está la belleza, están la conversación y el amor. ¿Qué es el amor y qué la belleza? La de las hijas de Carpio era distinta a la de aquellas mujeres francesas que habían irrumpido en el barrio de Boburitos y a la de aquella Laura a quien él conoció en el tranvía de Bella Vista una vez que iba de paseo con Beltrán Oliver. Hasta allí llegaban en aquel tiempo sus nociones del amor y de la belleza. Como hombre que gustaba poner un poco de orden en sus placeres, al volver a pensar en ello recortaba sus recuerdos en menudos trocitos para irlos engullendo uno por uno. Las francesas eran unas mujeres blancas, hermosas y un poco marchitas que llegaron a Maracaibo igual que una *trouppe* de circo. Instalaron sus talleres de amor en el barrio de Boburitos y se dedicaron a cazar a los hombres con su belleza. Pocos acontecimientos produjeron igual conmoción en la historia de la ciudad. Los hombres acudían en largas filas y la amorosa función se desarrollaba ininterrumpidamente durante el día y la noche. Él no fue de los primeros, pero tampoco de los últimos en acudir a esta cita. Sin embargo, cuando llegó ya el frenesí se había mitigado y las deslumbrantes busconas tenían que asomarse a sus puertas para exhibir a plein air su exótica mercancía. Recordando ahora la primera vez que pasó por allí, una gran emoción lo embargaba. Sentíase un poco humillado, temeroso de que lo vieran en semejantes andanzas. La primera que vino a su encuentro fue una jamona que lo llamó *cochon* porque no hizo caso de su sonrisa; la segunda conversaba con un hortera que se metió precipitadamente en la habitación cuando advirtió que él se aproximaba, y la tercera le tendió una mano muy blanca y cargada de joyas al mismo tiempo que le decía: «*Vient, mon gosse. Vient faire l'amour*». Y de

allí no pudo pasar porque la mujer, con un gesto rápido, había abierto el quimono que la cubría.

Nunca pudo olvidar José aquella bata de seda recamada de pájaros rojos ni aquel cuerpo níveo que se ocultaba bajo sus pliegues. Era –así le pareció entonces– un gran pastel de nata en el que temblaban las guindas de los pezones. Sintió un vértigo. «*Tu n'as pas peur, n'est ce pas*? Tú eres un *bon garçón*». Y al decir esto la mujer lo arrastraba hacia el interior con suaves tirones. ¡Cómo le conmovió su blancura de caseína! ¡Cuán feliz se hubiese sentido si le hubiera podido decir en francés: «Qué bella eres» o «Qué lindos senos tienes» ! Pero como no conocía ese idioma prefirió permanecer callado. Ella, en cambio, no paraba de hablar: «*Vient vite, mon amour; embrasse moi*». Por desgracia, el encanto quedó deshecho por ella misma. Y fue que al verle quitarse el saco cambió de tono dominada por la impaciencia: «*Qu'est ca que tu fais*? ¡Oh, no! No quita nada: no dispongo de *assez* de tiempo».

Cuán distinta la mujer del tranvía. Era grande y rolliza como esas alegorías que ostentan las cajas de puros, pero le gustaba que la trataran como a una niña. Una hora después de haberla encontrado en su vía la acompañaba a un cuartucho de la calle Independencia, en el que pululaban unos gigantescos ciempiés de repugnante color de vino. «¿Cómo puedes vivir en esta pocilga? –le preguntó él, casi con espanto–. «¿No te dan miedo estos animales?» A lo que respondió ella con indiferencia: «¿Te refieres a los ciempiés? No, no me hacen nada: estoy cerrada contra su ponzoña». Y para hacerle compartir su confianza abrió su baúl y sacó una botella llena de ron dentro del cual se maceraba un monstruoso miriápodo. «Bebe esto: te cerrarás como yo».

Desde entonces iban casi todas las noches en compañía de Beltrán, unas veces a Bella Vista, otras al Milagro, otras a Los Haticos. Y a orillas del lago, bajo las palmas, el poeta

rememoraba las historias de la ciudad mientras ellos le oían en silencio. El alma de la ciudad era la poesía. ¿Comprendía Laura aquello? José no hubiese podido jurarlo. Sin embargo, al advertir la fascinación con que la mujer escuchaba a Beltrán, llegó a pensar que quizá se hubiese enamorado de él. Lamentable ocurrencia, porque el poeta no estaba ya para aventuras eróticas ni para ningún esfuerzo que turbara su vida interior. Un día la dejó de ver sin que su ausencia le produjera tristeza.

Ahora recordaba también sus días de ansiedad, de ficticia y elaborada congoja, cuando, solitario entre la multitud, se paseaba por los malecones atiborrados de plátanos, de animales y de gentes chillonas. Eran días que iba a terminar en el Molino Rojo o en la Rosa de Fuego eructando cerveza y baratas filosofías. Seres complejos aquellos que se congregaban en los casinos, soñadores y ardientes, débiles y holgazanes pero preñados de intenciones sangrientas. Los extranjeros que venían atraídos por el petróleo parecían junto a ellos dioses bajados de otros planetas: eran hercúleos, optimistas, alegres; se peleaban a puñetazos, pero volvían a hacer las paces y terminaban bebiendo y cantando juntos. En aquellos momentos de taciturnia que solían asaltarlo en sus tiempos de Maracaibo, José saboreaba la soledad con deleite y se habría sentido feliz si una de las francesas le hubiese dicho: «*Vient, mon amour*: no pagues nada; quítate la camisa». Qué extraña fruición la de sentirse amado por una francesa. Una había, entre todas, cuya mirada de hebrea le inspiraba pensamientos complicadísimos. Se llamaba Sarah y su cuarto olía a incienso. Su bata era pesada y solemne como una dalmática y siempre había libros en su mesa de noche. Con cuánta emoción la hubiese llevado a la orilla del lago, en compañía de Beltrán, para que estele hablase de los poetas y le mostrase las luces de la isla de Providencia en la que están los leprosos. Pero estas no eran más que quimeras. Cuando le habló de ello a Beltrán el poeta le dijo con ironía:

«No seas pistola. Estás viendo demasiadas películas. Esas mujeres vienen a nuestro país a hacer dinero y están cerradas para el amor como Laura para la ponzoña de los ciempiés».

Cuando Beltrán quería ver mujeres de esas iba al Club Cosmos, que estaba en el Parque Sucre, bien cerca de la Plaza Bolívar, y allí, mientras los demás jugaban a los dados, a los naipes y a la ruleta, recitaba en voz baja versos de Leopoldo Lugones. Esto le parecía mejor que el contacto con una buscona. Cierta noche en que José miraba florecer las monedas de oro en las enredaderas de los tapetes, Beltrán entró en el urinario. Poco después salía muy excitado y lo arrastraba a un rincón solitario: «Mira», le dijo con voz misteriosa al mismo tiempo que le mostraba un billete de cien bolívares. «¿Eso qué es?», le preguntó él sorprendido. «Un billete, ¿no lo estás viendo?» «¿Dónde lo hallaste?» «En el piso del urinario». «¿Y qué piensas hacer con él?» «No lo sé: si supiera quién lo perdió, por su aspecto comprendería si debía devolvérselo o quedarme con él» «¿Entonces...?» «Nos quedamos con él». Esa noche se dieron un solemne banquete, mas no en el Club Cosmos donde un *beefteack* costaba cinco bolívares —una fortuna para un poeta—, sino en la fonda de Tortolita, en la calle de Ciencias, donde se reunían los chóferes, los cómicos trasnochados y alguno que otro poeta.

Después de tres meses de ausencia, estos recuerdos decidieron a José a embarcarse en el vaporcito que hacía la travesía entre Cabimas y Maracaibo.

2

Hay dos momentos magníficos para arribar al puerto de Maracaibo: la mañanita y el atardecer. Él llegó al atardecer, precisamente cuando se derramaba en el lago la miel del crepúsculo. Bajeles heterogéneos se aglomeraban en la bahía y llenaban los malecones: negros fangueros que llevan el petróleo

venezolano a través de todos los mares, buques mercantes que devuelven a Venezuela el petróleo convertido en géneros de comercio; vaporcitos que hacen el tráfico en las riberas lacustres y veleros que desafían los chubascos del lago conducidos por la celeste mano de la Patrona. El descendió en el malecón y se llenó los pulmones con el olor del crepúsculo.

Inmediatamente se dirigió a la Plaza Bolívar. La ciudad era un chorro de oro encendido y la plaza vibraba con los reflejos de las acacias. Pero, ¿por qué no estaba Beltrán en su escaño? José lo buscó inútilmente, y luego de recorrer el pórtico del Palacio acabó metiéndose en el patio interior donde ensayaban los músicos de la banda. Uno de éstos vino a su encuentro:

—¿Buscáis al poeta?

—Sí, busco al poeta.

Entonces el músico se puso a hablarle de las extravagancias a que se entregaba Beltrán en los últimos tiempos:

—Imagínate que ya no le gusta la música de la banda; ahora prefiere el piano.

—¿El piano...?

—Tal como lo estáis oyendo. Pero eso no es lo más grave; se dice que está dedicado también al espiritismo. Ya no se le ve en el Palacio sino a la hora en que viene a acostarse. Parece que en el caserón del colegio (vos sabéis: ese que fue antes universidad, al lado de San Francisco) se reúnen unos espiritistas que invocan el espíritu de Baralt y el de Venancio Pulgar... Pero si vos queréis encontrar a Beltrán a esta hora lo mejor es que vayáis a la casa de Ely Saúl.

—¿Ely Saúl? ¿Cuál Ely Saúl?

—Uno que vive cerca de aquí y que toca muy bien el piano. Es dueño de una canastilla en la Calle Ancha, pero se dice que es también poeta y espiritista.

José tuvo suerte. Halló a Beltrán en la casa de Ely Saúl, hacia la cual lo guiaron las notas de un piano. Él no se detuvo a

pensarlo; tocó a la puerta con los nudillos y acudió a atenderle un chicuelo aindiado que le impuso silencio con su dedito sobre los labios. Ya en el interior y pese a la penumbra que inundaba la sala, no tardó en captar el ambiente. Cuatro personajes muy estirados se anegaban en el tumulto de trinos que brotaban de las manos de Ely Saúl y entre ellos, haciendo un violento contraste, estaba Beltrán derrumbado sobre su glúteo derecho y con su sombrero de paja en la mano.

Nueva e indefinible fue la emoción que invadió a José en aquel momento. La música penetraba en él cual si viniera de todas partes —de las paredes que comenzaban a ennegrecerse, de la calle que respiraba como una gran boca calenturienta, de los rostros hipnotizados que lo rodeaban y de la sonrisa entre burlona y beatífica con que le saludaba el poeta— y se puso a mirar al pianista, un hombrecito de tipo hindú con una cabeza voluminosa y unos gruesos cristales que le achicaban los ojos, y que en aquel instante parecía sumido en una suerte de frenesí religioso.

Pero, ¿qué era lo que tocaba aquel hombre? José no lo sabía. Era algo distinto a las rumbas y los merengues que estremecían a Campo Escondido, y tan penetrante y subyugador que hasta Beltrán volvía los ojos al techo iluminado por una ingenua sonrisa. Mientras tanto las manos de Ely Saúl volaban sobre el teclado. Eran obscuras, pequeñas y regordetas, pero poseían tal ligereza que por momentos se hacían invisibles. José se sintió conmovido.

De pronto, en medio de un torbellino de trinos, Ely Saúl cesó de tocar y dio vuelta al taburete para ponerse de frente a sus auditores. Una salva de aplausos hizo palpitar la penumbra. Penetrado aún por el fuego del éxtasis el admirable pianista miraba sin ver y José advirtió que sus pies apenas rozaban el piso, tan cortas eran sus piernas.

—¡Magnífico! —cacarearon los cuatro tiesos oyentes—. ¡Prodigioso!

Pero la voz del propio Ely Saúl —una voz chillona y sin embargo armoniosa— se encargó de cercenarles el entusiasmo:

—No está mal —dijo—, pero no exageremos. Todavía podemos llegar a más.

Y con uno de sus dedos apuntado hacia el techo, agregó:

—Como les decía en nuestra tenida anterior, Chopin posee valores tan finos que escapan a la percepción ordinaria. Esos valores son los que yo llamo inductores espíritas para diferenciarlos de aquellos que sólo hablan al espíritu material o sea cubierto aún de materia.

—¿Estáis seguro? —se atrevió a interrogar uno de los oyentes. A lo que respondió Ely Saúl:

—Estoy seguro y vos también lo estaréis en cuanto podáis penetrar ciertos misterios, cruzar determinadas fronteras...

—Pero ¿cómo podremos cruzar esas fronteras?

—Teniendo constancia y fe. La fe mueve montañas y la constancia abre caminos. El mundo de los sonidos es infinito, pero apenas ha sido explorado. Por mi charla anterior ustedes conocen...

—¿Charla? —se apresuró a interrumpirle otro de los presentes—. ¿Hasta cuándo vais a ser tan modesto? Aquélla fue toda una conferencia.

—Claro —corroboraron los otros a coro—: toda una conferencia.

—Pues yo insisto en que no —reiteró Ely Saúl con el dedo apuntado hacia el techo—; no fue más que una charla. Si mal no recuerdo, en una de nuestras anteriores sesiones tuve oportunidad de explicarles lo que es una conferencia. ¿Es que lo han olvidado? Pero no divaguemos. Decía que ya ustedes conocen (por mi charla de la semana pasada), el descubrimiento

que acaba de hacer el mexicano Carrillo[22] y las comprobaciones maravillosas que ha realizado con un instrumento de su invención. Hablo de lo que él llama el sonido trece y que yo llamaría más bien el sonido esenciado. ¿Por qué lo llamaría así? Por la sencilla razón de que el descubrimiento del mexicano Carrillo no es nada nuevo para mí. A ustedes les consta que soy modesto, sin embargo, la verdad es la verdad. Ya había barruntado yo, y sólo por intuición, la posibilidad de todo un mundo desconocido en el que las gamas del cromatismo son infinitas e insospechables...

Tendió entonces su dedo hacia uno de los presentes y ordenó con suave imperio:

—Vos, Arsenio...

Pero en aquel instante advirtió que la sala estaba casi en tinieblas y dio dos secas palmadas:

—¡Hágase la luz!

Y la luz fue hecha.

Arsenio, un joven gordo e imberbe, lo miraba con avidez.

—Vos, Arsenio, sois el llamado a explicar la materia de que veníamos hablando, porque has tenido la suerte de lograr en tu último cuadro algunos de esos matices.

—¿Cuál materia, maestro?

—La del sonido trece.

Con los ojos desorbitados, Arsenio dio muestras de no haber comprendido.

—¿Del sonido trece?

---

22 Se refiere a Julián Carrillo, músico y científico mexicano. Su trabajo lo llevó al descubrimiento del sonido trece, lo que significa que entre un semitono y otro existe un gran espacio acústico en el que pudo captar, entre otras cosas, el dieciseisavo de tono. Logró dividir un tono hasta en noventa y seis partes iguales. Esto implicaba romper la escala tradicional al añadir no solamente un sonido más, sino todo un complejo de posibilidades acústicas y auditivas.

Pero entonces Ely Saúl consideró más prudente desentenderse de él y dirigirse a los otros. Beltrán Oliver exhibía una sonrisa inefable.

—Todos ustedes conocen la obra de Arsenio y saben que este muchacho es un genio. ¿Qué es el genio? Ya hemos hablado de ello en otro momento. El genio es eso: hacer las cosas sin entenderlas. ¿Quién mejor que él ha captado el sentido oculto de mis palabras? ¿Quién ha aprehendido (a, p, r, e, h, e, n, d, i, d, o) como él la esencia de mis intuiciones? Nadie. ¡Quizá ni yo mismo! Sin embargo, ni el propio Arsenio conoce el valor de su último cuadro, de ese que ustedes aún no han visto y que yo he titulado *La esenciación esencial*. Ahora vamos a verlo. Oídme todos, incluso vos, Beltrán Oliver, que todavía te empeñáis en permanecer del lado afuera de la frontera. Incluso usted... Pero ¿quién es usted?

Hasta aquel instante no había advertido la presencia de José en medio del grupo de sus oyentes. Al notarla se mostró sorprendido. Por su parte, José se sentía aniquilado. Y fue Beltrán quien, sin dejar su sonrisa, vino en su ayuda:

—Es mi amigo: yo respondo de él.

—En ese caso —aceptó Ely Saúl— me alegro de conocerlo y ojalá podamos contarlo como uno de los nuestros. Las cosas que aquí tratamos —explicó a José con voz precautelativa— se captan de un solo golpe o no se captan jamás. No se trata de poseer lo que suelen llamar por ahí ilustración y cultura; no, señor. Se trata de sensibilidad, de intuición o de *elan* como dice Bergson. ¿Conoce usted a Bergson? ¿Ha leído *La evolución creadora*? ¿No? Pues entonces aténgase a mí. Eso que llama Bergson *elan* es lo que yo califico de impulso intuitivo gratuito. Sea usted bien venido, puesto que lo presenta Beltrán.

Y dicho esto mostró a sus amigos el camino del comedor. Mientras marchaban iba explicando:

—*La esenciación esencial* es una obra maravillosa. Deliberadamente la reservé para la tenida de hoy, en la que hablaríamos de Chopin. ¿Qué tiene que ver Chopin con un cuadro de Arsenio?, se preguntará alguno de ustedes, y yo le responderé que mucho. Porque no se trata del Arsenio que todos conocen ni del Chopin que estamos habituados a oír por ahí. No, señores: este Chopin que vamos a ver a través de la pintura de Arsenio es un Chopin inexplorado, un Chopin misterioso y oculto que yo he tenido la fortuna de descubrir por un maravilloso proceso intuitivo. No voy a describirles ahora, grado por grado, el desarrollo de ese proceso —ya lo leerán en mi ensayo «La Chopineada», que es de lo mejor de mi libro en preparación *La cuarta dimensión revelada*[23] (después de *La Mozarteada* y de *La Beethoveniada* ya terminados)—, pero sí les diré que he estado marchando por un camino de luz hacia lo más profundo de la intuición filosófica y que en ese camino creo haber excedido al propio Bergson y quizá a la propia Blatvasky. ¿Y saben ustedes una cosa, queridos amigos? Ese camino sólo puede ofrecérnoslo la música y la pintura. Por eso nosotros podemos decir: ¡Eureka! Arsenio ha comenzado ya a transitarlo a pesar de las toscas limitaciones de su instrumento; yo, en cambio, he llegado casi al final (no por el mío, porque el piano apenas me ha servido de trampolín), sino por la intuición. Ah, si ustedes pudieran asomarse siquiera a ese universo en el que yo me paseo.

—¿Y cómo es ese universo? —apremió uno de los circunstantes—. ¿Por qué no nos lo explicáis?

—Más adelante. Ahora tomaremos una copita de vino para prepararnos a contemplar el cuadro de Arsenio. Esto es muy importante. He descubierto que esta pintura no se puede apreciar en su exacto valor sino teniendo en la mano una copa de

23 Alusión al libro *La cuarta dimensión* de Carrillo.

vino, preferentemente de vino de consagrar como el que vamos a libar dentro de breves instantes.

El comedor flotaba en una semipenumbra azulada. La lámpara eléctrica que a medias lo iluminaba estaba envuelta en un trozo de gasa de ese color. José advirtió la existencia de otras dos lámparas igualmente veladas con gasa y se dispuso a recibir alguna excitante sorpresa, pero al volverse a mirar a Beltrán se sintió ruborizado. En aquel momento Ely Saúl dio dos palmadas y, cual si brotara del seno de la penumbra, apareció el mismo indiecito con una bandeja llena de copas de vino.

—Bebamos, señores, bebamos a pequeños y rítmicos sorbos este excelente vino, y mientras lo estemos bebiendo miremos los cuadros uno por uno.

—¿Es *Marsala al uovo*?—averiguó suavemente una de aquellas voces que se diluían en la penumbra.

—No —explicó Ely Saúl—, no es *Marsala al uovo*: es el que llaman vino de lágrimas. Por cierto que he estado haciendo investigaciones para saber por qué lo llaman así. Debe de tratarse de un nombre simbólico, porque no creo que esté hecho de verdaderas lágrimas.

Entonces, unanimizado el silencio, el sacerdotal anfitrión hizo sonar de nuevo sus palmas y una segunda lámpara se encendió difundiendo un tono rosado que al fundirse con el azul produjo una tonalidad episcopal amortiguada por sordas matizaciones. Distribuidos estratégicamente en el comedor había cinco cuadros pintados al óleo, todos del mismo tamaño y cubiertos de parecidas figuras. Ahora se les veía un poco mejor sin que por esto se lograse identificar las pinturas: eran como fondos marinos surcados de ramazones, de rayos y de peces fantásticos. José aguzó la mirada, puso su ingenio a contribución y, siguiendo los movimientos de Ely Saúl —cosa que, por lo demás, hacían también los otros— trató de captarlos desde distintos ángulos, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. «¿Será que

soy muy bruto?», se preguntaba entre tanto. Mas al mirar a los demás comprendió que la mayor parte de ellos pasaban por las mismas angustias. Los únicos que permanecían impasibles eran Arsenio, que seguía como hipnotizado; Beltrán, que no abandonaba su inefable sonrisa, y Ely Saúl que conservaba en sus manos todas las cartas del triunfo.

Así transcurrieron unos segundos. De pronto, incisiva y cortante, sonó la voz del maestro:

—Bien, señores, ya han mirado bastante. Por veladas que estén sus mentes estoy seguro de que en ellas han quedado estereotipadas las peculiaridades de estas pinturas. Recuerden que no se trata de una pintura en profundidad espacial sino espiritual, y no olviden que yo la he calificado con un nombre completamente desconocido en el mundo: grafismo-músico-sensorial. No debe, pues, confundírsela con eso que está de moda en Europa y que algunos llaman cubismo, otros dadaísmo y otros surrealismo. Nada de eso. Esas líneas que cruzan el espacio ideal del cuadro forman un pentagrama en el que Arsenio, siguiendo mis instrucciones, ha pintado (PIN-TA-DO, ¿comprenden ustedes?) el *elan* musical intuitivo. Se necesita llegar a una casi absoluta abstracción de las líneas y de los colores para captar esas vibraciones... Oh, amigos míos, en esto sí que no hay nada gratuito. Todo es producto de la meditación y de la abstracción. Bebamos otro sorbito.

Elevadas las copas con gesto ritual, los circunstantes humedecieron sus labios en ellas y a José le pareció delicioso el vino. Ely Saúl prosiguió de este modo:

—Como ya saben ustedes, cada cuadro de éstos realiza un acto que no se puede medir con las medidas que conocemos; cada uno desflora un misterio y enciende una luz. Sin embargo (y he aquí lo maravilloso), sólo mirados en su conjunto es que producen la gran sinfonía de la intuición realizada. El de hoy es un día de excepción para nosotros y para el mundo: un día que

debemos marcar con piedra blanca, como hacían los antiguos, porque hoy hemos coronado una etapa definitiva en el camino de las revelaciones. Abran ustedes los ojos, pero más que los ojos abran los espíritus, afinen sus sensibilidades para que puedan percibir el inaudito mensaje que voy a ofrecerles. ¿Están todos listos? ¿Tiemblan ya sus carnes y se han vuelto ojos sus poros y oídos sus células? Bien, si es así, que la Virgen los ilumine. No hagan ningún movimiento que pueda turbarlos; desechen todo pensamiento bastardo o intruso. Beban otro sorbito...

Todos obedecieron, excepto Beltrán. José comprendió que aquellos seres se hallaban en una especie de trance y que el desfallecimiento que les iba invadiendo podría llegar a impedir el que sus copas llegasen a la altura de sus labios. Pero no fue así. Todos bebieron. En aquel mismo instante Ely Saúl emitió un silbido finísimo y misteriosamente encendiose la tercera lámpara al mismo tiempo que se descorría el blanco lienzo que cubría la pared del fondo. Tensas, aceradas y agudas todas las pupilas estaban fijas en aquel lienzo, detrás del cual apareció un sexto cuadro de dimensiones y forma idénticas a las de los otros. Y de repente se oyó un gran suspiro. ¿Decepción? ¿Alivio? José pensó en una tripa de automóvil que se desinfla.

—Ohhh— hizo una voz de viola a su lado.

—Ohhh— remedó otra a su espalda.

Ely Saúl miraba su reloj de pulsera mientras su mano diestra permanecía en alto atenta y estremecida.

De pronto esa mano bajó como la de un juez en una carrera atlética y la alba cortina fue cerrada de nuevo con rapidez.

—Tres minutos exactamente. Tres (y no siete como se ha creído hasta ahora) es el número perfecto. Todo ha debido de penetrar en ustedes en este pequeño espacio de tiempo para hacerles vivir el prodigio de lo intuitivo. No hagamos comentarios ahora: ni una palabra de lo que acabamos de ver. Que la sublimación se produzca espontánea en la sedimentación ideal

de los aluviones espirituales, y que cuando la reacción sensitiva encienda su chispa en nuestras inteligencias no olvidemos anotar con fidelidad las sensaciones que nos produzca para comunicárnoslas en la próxima tenida, que será el viernes que viene a las cinco en punto. ¡Ahora, salud! Acabemos de beber nuestro vino.

3

Cuando se dirigían, ya avanzada la noche, hacia la plaza Bolívar, José esperó en vano a que Beltrán le dijese alguna palabra sobre lo que habían presenciado. Pero Beltrán sonreía silencioso. Entonces él lo apremió:

—¿Qué quiere decir todo esto? Explícamelo, si es que se puede saber.

Beltrán soltó un chorro de risa:

—Pendejadas.

—¿Pendejadas? ¿Y por qué asistes a ellas? Me han dicho que visitas a este señor casi todos los días.

—¿Por qué no? Toca muy bien el piano y me divierten sus chifladuras.

Pero José no quedó convencido por esta actitud de Beltrán que reabría en él una vieja herida. No, no eran pendejadas. Algo había en las cosas de Ely Saúl que le hablaba un lenguaje querido: el símbolo, la intuición, la sensibilidad. La explicación de estos o parecidos misterios la había estado buscando con ansia en sus contactos con Narciso Reinoso, con los estudiantes y con el doctor Landáez, pero en ninguno de ellos había hallado lo que buscaba. La Casualidad, esa deidad generosa, lo ponía inesperadamente ante Ely Saúl y todo un mundo nuevo se abría para él. No iba a desdeñar la oportunidad que se le ofrecía de explorar ese mundo.

4

A la mañana siguiente fue a tocar a la puerta del extraño personaje y el mismo indiecito vino a atenderle. Le dijo que Ely Saúl no estaba en casa en aquel momento, pero que lo hallaría con seguridad en «la canastilla». Entonces dirigiose a la Calle Ancha y allí, frente al lago y a las piraguas que descargaban toneladas de plátanos, hablaron.

Sin perder un momento de vista a los parroquianos que entraban y salían de la canastilla, ni al dependiente que los atendía, Ely Saúl oyó con circunspección lo que José le contó de Casandra. Esta vez no miraba hacia el techo sino al piso; mientras tanto se acariciaba el mentón con los dedos. «Ujum —murmuraba de vez en cuando— es curioso, bastante curioso». Sin embargo, nada de lo que oía lo sacaba de la atmósfera del negocio. Por momentos alargaba la mano hacia el dependiente que discutía con algún parroquiano y le decía sin volverse:

—Déjaselo en tres bolívares, Nemecio...

O bien:

—No, ése es el precio raya; no podemos tumbarle ni un cobre a esa camiseta.

En cuanto a Casandra, reconocía que había en ella ángulos de mucho interés:

—Sí, hay valores simbólicos, de eso no queda duda. Yo lo llamaría un caso de reflejo sensitivo colateral. Es algo que cae justamente dentro del cuadro de mi doctrina de los elanes gratuitos. Orgánicamente considerada, la locura es un desajuste producido por un traumatismo mental, pero no debe considerársela sólo como un fenómeno orgánico —apuntó hacia el dependiente y le aconsejó con mucha prudencia—: —«Mira, Nemecio, no vendáis más esa popelina a dos cincuenta porque nosotros somos los únicos que la tenemos en plaza. Pedí cuatro bolívares»—, y no debe considerársela como tal porque por encima de lo orgánico

está, en este caso, lo espiritual. Desde este punto de vista la locura es un estado de gracia que comunica al ser que la sufre (no en todos los casos, desde luego) una facultad especialísima de previsión. que es lo que llaman videncia. —«No, no nos quedan camisas de cinco bolívares; si necesitáis calzoncillos te los puedo bajar un poquito»—... Su Casandra, mi amigo, puede ser uno de estos casos singularísimos y si lo fuese realmente tendríamos en ella un maravilloso sujeto experimental. Usted la mira en una perspectiva social y política que a mí casi no me interesa; en su proyección estética y filosófica me parece estupenda. Créame que me gustaría conocerla. Por desgracia no puedo ir a Campo Escondido: por una parte, me lo impide la canastilla (aquí entre nos, uno no se puede fiar de los dependientes), y por otra, el miedo que me inspira el lago. Si alguna vez puede traerla a Maracaibo, no deje de presentármela. Mientras tanto le aconsejo ponerse en contacto con Cesáreo León. ¿Conoce a Cesáreo León? Tiene un cine en La Montañita, pero su verdadera especialidad es la de vidente y profeta. Cuéntele el caso y escríbame lo que le diga.

Y así terminó la entrevista. Sin embargo, Ely Saúl prometió a José no olvidarlo. Estudiaría mejor a Casandra y le enviaría algún consejo. Antes de despedir a su visitante registró una gaveta y sacó una revista cuya portada ostentaba un dibujo de Arsenio.

—Llévese —le dijo— este número de *Vertical* y léalo con atención. Ahí encontrará mi trabajo sobre *El crepúsculo chino de la tarde violeta*. Y cuando vuelva, visíteme. Usted es ya de los nuestros.

Jornada cuarta

1

José regresó a Campo Escondido agitado por una tumultuosa emoción. Las palabras de Ely Saúl le habían multiplicado la ansiedad por Casandra y aquella misma noche se presentó en la tertulia de Juan Moreno, en la que halló a los isleños hablando de sus problemas. Allí estaban Tavi acompañada por Chico Roberto –cuyo buque partiría al día siguiente cargado de aceite para las refinerías de Bonaire– y Toña acariciando los cabellos de Chúo Romero. La señora Moreno se columpiaba en su mecedora.

–¿Como que andaba viajando?– le preguntó Juan Moreno.

–Sí, estuve dos días en Maracaibo.

La conversación viró entonces hacia el próximo viaje de Chico Roberto.

–¿De modo que salen mañana, Chico Roberto?

–Sí, Juan Moreno: mañana en la noche, si Dios no dispone otra cosa.

–Feliz tú –comentó el gigante mirando su pipa.

–¿Tienes ganas de navegar, Juan Moreno?

–Esas nunca me faltan. Chico Roberto.

–Pero te las aguantas –intervino Lucana–. En lo que haces muy bien porque ya estás viejo para la gracia.

Juan emitió un gruñido que equivalía a una sonrisa.

—Te equivocas, Lucana Villalba: ni viejo ni desengañado; y si no que te lo diga Mercedes.

Fue aquél el momento que José aprovechó para soltar su pregunta:

—¿Es verdad, maestro, que Magín Cardozo perdió la pierna en el mar?

Al sonar el nombre del cojo todas las miradas se volvieron a él.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Por nada; para saber. Se dice que usted presenció el accidente.

Juan quedó pensativo.

—Pues te han engañado —dijo después—. La gente habla sin conciencia de lo que dice. Sin embargo, yo sé cómo fue el accidente.

—¿Y sabe también por qué Casandra se volvió loca?

Hubo un murmullo en el corro. Por un momento todos previeron un estallido. Pero Juan no estalló.

—Sí —dijo en el mismo tono—, también sé por qué se volvió loca Casandra. Y sé que ha ido a decirte que soy su hijo. ¿No es cierto?

—Así es. ¿Cómo lo sabe?

Juan sonreía ahora de un modo enigmático. Los demás lo miraban con sorpresa y admiración.

—¿Y crees —preguntó el gigante— que te lo ha dicho a ti solo? No seas inocente. Es lo que dice a todos.

—¿A todos?

—A todo el que le hace caso. Sin embargo, tiene razón: soy casi como su hijo.

La señora Moreno terció en aquel momento:

—¿Para qué hablar de eso?

Pero Juan continuaba sonriente:

—Para que se sepa. Sí —y apuntó a José con su pipa—, yo conozco a Elodia Cardozo y conocí a todos sus parientes. Su marido fue mi padrino.

—¿Entonces Casandra se llama Elodia?

—Ese es su verdadero nombre. Su marido fue hombre de mar, como casi todos los de la isla. Tuvieron dos hijos: el primero se llamaba como su padre, Zenón Cardozo; el segundo. Magín, como su abuelo materno. Y fue malo desde pequeño. Imagínense si lo conoceré bien, yo que me levanté con él y que después navegué en el mismo tanquero que él.

Hablando sin prisa, poniendo sordina a la pasión que le hervía adentro, Juan hizo un relato que los demás oyeron un poco tensos. Los Cardozo, gentes marinas, vivían en Juangriego, de donde eran nativas a excepción de Elodia. Esta procedía del Valle de San Juan Bautista, en donde los suyos cultivaban una pequeña vega. En Juangriego poseían una vieja vivienda que llamaban *La casa amarilla* porque estaba pintada de este color.

—Yo vivía con mi madre —reveló Juan—, pero más era el tiempo que me pasaba en *La casa amarilla*. Como el hijo mayor, Zenoncito, salía a navegar con su padre y como Magín era un bandolero, Elodia me quería como a un hijo; era yo el que le hacía los mandados y el que la acompañaba al Valle y a Porlamar.

Poco a poco el peso de los recuerdos se iba haciendo evidente en el narrador. José que le oía con avidez no pudo ocultar su disgusto cuando la señora Moreno terció por segunda vez:

—¡Qué ganas de conversar!

Pero Juan rodaba por una pendiente en la que ya no se le podía detener. Hizo un sesgo en la evocación y saltó por encima de toda una década:

—Así estuve hasta que cumplí los veinte años y me entraron también las ganas de navegar. Comencé tarde, como ustedes ven, y fue precisamente cuando Elodia perdió la razón que me eché a la mar. Embarcado en una goleta que hacía viajes unas

veces a Trinidad y otras Curazao, en Curazao me pasé para un petrolero. Y allí fue donde tuve la mala suerte de encontrar otra vez a Magín Cardozo.

—¿Había abandonado a su madre?

—No había vuelto a saber de ella desde hacía varios años. Al principio fuimos amigos. Yo le hablé de la loca y le pedí que volviera a la isla y se portara como un buen hijo, pero no me hizo caso. Entonces dejé de tratarlo.

José preguntó:

—¿Y qué se habían hecho el marido de Elodia y su hijo mayor?

—¿No se lo había dicho ya? Se ahogaron en un naufragio.

2

Por un largo trecho el relato de Juan Moreno volvió a polarizarse hacia el mar. Sus palabras destilaban desprecio hacia el cojo Magín. Este ejercía en el tanquero el repugnante oficio de espía, y todos lo detestaban.

—Fue por no seguir en el mismo barco con él que pedí mi reemplazo a la compañía. Aquí me casé y eché el ancla. Llevo varios años en tierra, pero desde las escotillas de la *María Libre* veo el ir y venir de los monitores. Los veo hartarse de aceite y poner proa hacia Maracaibo, y entonces me digo: «Mañana seguirán viaje para El Tablazo, después entrarán en el mar y después volverán a cargar más petróleo». Tú sabes lo que quiero decir con esto. Chico Roberto... Tú también lo sabes, Chúo Romero...

—Y yo también lo sé —intervino míster Walter, cuyos labios estaban agudos como los de un feto cabrío.

—Sí, míster Walter, usted también lo sabe porque ha navegado.

José, en quien comenzaba a trabajar la impaciencia, miró a Ludwina Carpio y advirtió su sonrisa irónica. Mientras tanto Juan seguía acariciando sus recuerdos del mar. En caravanas

negras, como ballenas, salen los buques-cisternas de los distintos puertos de la geografía petrolera para ir a encontrarse en el mar. Van a los puertos extraños donde se refina el petróleo de Venezuela. Cuando cae la noche y encienden sus ojos amarillos, verdes y rojos, semejan un jardín que camina. Manos extrañas los guían por esos senderos y a esas manos, a esa inteligencia y a esa lengua rendía homenaje Magín Cardozo. Juan no lo decía con estas palabras, pero era lo que deseaba hacer entender. Magín era quien informaba a los jefes de las conversaciones de los marinos y peones, de los periódicos que leían, de las cartas que recibían y expedían y, sobre todo, de los incipientes movimientos gremiales que entonces comenzaban a esbozarse. Estos movimientos le producían una cólera tempestuosa: «¡Comunistas del ajo! ¡Un día de éstos van a llevar plomo hasta por el culo!» Y los motejaba de ingratos y de traidores. «¿Y qué es lo que quieren estos lambecazuela, que las compañías no tengan utilidades? Bueno fuera que vinieran desde tan lejos a exponer su dinero y a alimentar tanto zángano sin ganar un centavo».

Por ese tiempo Magín alimentaba una ojeriza particular contra un mozo coriano llamado Simón porque una mulatica curazoleña le había dado calabazas por él. Bien es verdad que Simón, exilado en Aruba, no cesaba de predicar la rebeldía entre los obreros venezolanos, aduciendo que las empresas, tan progresistas en otros países, en Venezuela se llevaban el aceite casi de gratis, pero el odio de Magín, en su caso, excedía los linderos profesionales y lo miraba como cuestión personal. Simón tenía anotados en una lista los trucos que, según sus informaciones, empleaban las compañías para pillar al Estado venezolano, y Magín soñaba con llegar a pillar a Simón esta deslenguada libreta aun cuando lo que allí estaba escrito era lo mismo que repetían de memoria los venezolanos diseminados en el ámbito del Caribe: cómo sobornaban las petroleras a los empleados fiscales para que se hicieran la vista gorda en la

medición de sus cargamentos; cómo daban dinero, luz eléctrica, agua dulce y hasta comida a los jefes civiles de los territorios mineros; cómo introducían, exonerados de todo impuesto, cigarrillos, whisky, ropas, calzado y hasta los preservativos de goma para no fecundar a sus mujeres mientras vivieran en tan caluroso y atrasado país; cómo se cogían las tierras municipales y aun las particulares; cómo se eximían de pagar indemnización por las muertes y mutilaciones ocurridas en sus trabajos... Un desdichado día Simón recibió un telegrama en el que se le informaba que su madre estaba moribunda y el muy ingenuo se metió en una balandra que iba a La Vela para correr a su lado. Pobre muchacho sentimental. Apenas puso pie en tierra cuatro agentes se lo llevaron y no volvió a saberse de él. Fue ésa la época en que Magín Cardozo perdió la pierna. No pudo identificar al desconocido que le disparó aquel escopetazo cargado con sal.

—La compañía —explicó Juan Moreno— lo hizo operar en Maracaibo y le regaló una bella pata de palo. Ese diablo es tan sinvergüenza que cree que la pata es una condecoración.

Sacó humo a su pipa y permaneció durante un segundo con los ojos cerrados. Luego concluyó bruscamente:

—Bueno, eso es lo que sé de Magín Cardozo.

—¿Y de Casandra?

La mirada de Juan se hizo indefinible:

—¿Qué quieres saber de Casandra?

—Todo.

Una risotada de Ludwina rompió la tensión que se había ido formando en el corro. Los demás la imitaron. José también rio para defenderse, pero estaba rojo como una doncella.

—Dime una cosa, muchacho —preguntó Juan, riendo a su vez—. ¿Por qué te interesa tanto la historia de Elodia Cardozo?

—Porque.... porque...

Fue míster Walter quien acudió a socorrerlo:

—Yo comprendo por qué le interesa la loca.

—¿Usted; míster Walter?

—Sí, maestro Moreno: a mí también me interesa. Usted debe contarnos la historia. Pero antes es necesario que este joven sepa algo del lugar donde ocurrieron las cosas. Lo que usted va a contarnos ocurrió en Juangriego, ¿no es cierto, maestro Moreno?

—Así es, míster Walter: en Juangriego.

—Yo conozco a Juangriego —reveló míster Walter, mirando a José con curiosa insistencia— y le digo que tiene mucha importancia que usted lo conozca también. Lo que usted ha soñado, lo que usted ha entrevisto en Casandra no estará completo hasta que sepa algo de Juangriego.

—¿Lo que yo he soñado...?

—¿No le gusta la frase? Permítame cambiarla por otra: Lo que usted ha imaginado...

—Se le soltó el mono al musiú —dijo Chico Roberto en voz baja a Taví. Y volvió a reír. Pero José ya no estaba alegre. Pocas veces se sintió tan desazonado y confuso. «Si lo que pretenden es burlarse de mí, les voy a cantar las verdades». Sin embargo, esto no fue necesario; una nueva frase de míster Walter hizo girar en redondo sus pensamientos.

—Usted —explicó el musiú-— ve en la loca algo así como un símbolo. ¿Correcto? Bueno, Juangriego también es un símbolo. Es un pueblo muy claro que está a la orilla del mar como los pueblos de Grecia, y fue un griego llamado Juan el que lo fundó, según dicen. Por eso se llama Juangriego. ¿No es así, maestro Juan?

—Eso dicen algunos, aunque otros lo niegan.

—¿No conoce usted las pinturas del Greco? —míster Walter se había vuelto hacia José que lo miraba abobado—. Yo conozco a Juangriego y conozco las pinturas del Greco. Si el Greco hubiese pintado puertos en vez de caballeros y santos, todos sus puertos serían como Juangriego. El mar es azul, pero tiene a veces un suave color de oliva. Esto quiere decir que el cielo es también azul, pero tiene a veces un suave color de oliva. ¿Me comprende

usted? Hay poca agua para beber, pero muchas supersticiones. Hay una colina erosionada con las ruinas de un fortín español y un pequeño obelisco, pero no se parece a la Acrópolis. Al pie de la colina está una sabana en la que se forman precipitados ferruginosos. Estos precipitados dan a la tierra un color de sangre y por esto la gente llama al lugar la Laguna de los mártires. Creen que es la sangre de los patriotas que murieron en una batalla. Cerca de allí están los dos cementerios del pueblo y hasta ellos se llega por una calle derecha que se llama la Calle de los Muertos. ¿Me ha comprendido bien? Bueno, eso es lo que quiero decirle. Oigamos la historia de la loca Casandra.

3

Ahora no era sólo José quien miraba al musiú boquiabierto: eran todos, incluso Juan. Este hizo un relato cuyo destino sería acabar transformado en fábula por la imaginación de José. Mientras sus palabras rodaban lentas y graves, en la mente del mozo galopaban centauros, hablaban pitonisas y cantaban sirenas. Recordó a Beltrán Oliver y a su Delfos lacustre; a Júpiter y a Neptuno, a Ceres y Apolo, a Hades y Proserpina, a Etioco y Anfiarao, los pequeños hijos de Carpio; a Penélope en espera de Ulises como Chinca en espera de míster Epi; a los mil personajes de Maracaibo que se llaman Menandro, Anaxágoras, Dióscoro y Euclides, y se fijó definitivamente en Casandra... Elodia pertenecía a la tierra y simbolizaba a Ceres; Zenón Cardozo pertenecía al mar y era Neptuno. Pero se encontraron un día, probablemente en las fiestas de la Virgen del Valle, y se enamoraron. En aquel mismo instante surgía el conflicto: uno de los dos tendría que abandonar su elemento; o se volvía él agricultor o se tornaba ella marina. Y fue ella la que cedió. ¡Desventurada Casandra! Deslumbrada por el amor dejó la vega nativa y se fue a vivir en *La casa amarilla*. Sería entonces una muchacha rolliza,

fuerte y hermosa, de senos duros y manos encallecidas (¿como Ludwina?). Sus ojos tendrían a veces el color de las tempestades y sus cabellos flotarían por la noche como la bandera de un buque pipeta. Desde la playa de Juangriego vería salir la balandra de Neptuno Cardozo que se llamaba *El relámpago* y era también amarilla, y en vez de sacudir los árboles para que cayeran los nísperos, contemplaría el pesado vuelo de los alcatraces que se disputan las entrañas de carite arrojadas por los pescadores. Pero Elodia sería feliz a pesar de todo. Lo sería porque amaba a Zenón Cardozo y porque, ociosa en su relativa opulencia podría moverse a su antojo y socorrer a sus parientes y amigos. Esta era la época en que iba a La Asunción y a Porlamar acompañada de Juan Moreno. Doblemente dichosa se habría sentido si hubiese podido obligar a Zenón a vivir en tierra, cosa perfectamente congruente con su temperamento, porque Elodia, según Juan Moreno, no necesitaba dormirse para soñar. Por esto, en cierta etapa de su niñez, la apodaron «la Brujita».

—¿Lo ve, maestro —irrumpió José en aquel pasaje del relato de Juan—, lo ve? míster Walter tiene razón: hay algo simbólico en ella.

—Ya que míster Walter lo dice —aceptó el narrador con escepticismo— a lo mejor es así. Sin embargo, yo sigo creyendo que eso no era sino la herencia de la familia: el abuelo de Elodia murió de una borrachera y la madre sufría unos ataques muy raros. Creo que si Zenón Cardozo la hubiera tenido que soportar todos los días se habría cansado de ella. La conservó porque era buenamoza y porque no la veía sino cada mes. El marino necesita encontrar en tierra una mujer que lo esté esperando con los brazos y las piernas abiertos. Pero, bueno; no discutamos por eso... Zenón Cardozo era valeroso y audaz. De otro modo no habría prosperado en el contrabando. Pero era también botarate. Después que Elodia le dio dos hijos, *La casa amarilla* fue para él lo que se llama un hogar, pero no dejó de tener sucursales en

otros puertos. Cuando el *Relámpago* tocaba en Juangriego había fiesta en las casas de los amigos y en todas partes ardían las fogatas en las que se asaban los lechoncitos bien mantecosos, y corría el brandy almacenado en *La casa amarilla*.

Suelto ya de la brida José veía a Zenón comiendo y bebiendo como un caballero feudal y contando aventuras maravillosas. Conocería los siete mares y sería ducho en perlas y en todas las cosas que ocultan las olas. Referiría hazañas de amor y episodios de la fabulosa piratería. No tendrían secretos para él los mil ochocientos kilómetros que desarrolla la costa de Venezuela desde Castillete hasta el delta del Orinoco, ni las islas, islotes y senos que no mencionan los mapas. Zigzagueando en esa constelación acuática que forma la corte de Margarita —Cubagua, Coche, el Morro de Chacopata, Los Testigos, Los Frailes, Los Hermanos, La Tortuga, La Blanquilla, La Sola— José imaginaba a Zenón como una réplica criolla del *Holandés volador*[24].

De acuerdo con el relato de Juan Moreno, *La casa amarilla* era ancha, cuadrada y aplastada como una fortaleza española. Poseía muchas puertas y una bóveda subterránea conocida sólo del dueño. El salitre corroía sus paredes, pero todos los años, para las festividades de la Virgen del Valle, el marino la hacía pintar siempre de amarillo. Pero si en su exterior el caserón era un modelo de fealdad y mal gusto, por dentro era fabuloso. En algunas de sus habitaciones se hubiese podido alojar un batallón y detrás de sus puertas precintadas y claveteadas se almacenaban cosas de cuento: sedas y brocados, lames de superficies metálicas, encajes de Inglaterra y de Bélgica, cajas de *champagne* y de *cognac* procedentes de Francia, whisky de Escocia, ginebra de Holanda, *aqua vita* de Escandinavia, rones de las Antillas, vinos de España, Portugal, Italia, Francia y el Rhin; el dorado kummel,

24 Tal barco fantasma también era conocido como el *Holandés errante*.

el pálido marrasquino, el traslúcido *Benedictino*, cigarrillos del Cairo y tabacos de La Habana y Sumatra, perfumes propios para marquesas... Pero como en todo hombre hay por lo menos dos hombres, allí, frente a las puertas ferradas, terminaba el Zenón de Elodia y comenzaba otro que esta desconocía. Aquélla era la frontera interior de su imperio de castellana. Sin embargo, esto no la afectaba. Era demasiado feliz para ponerse a espiar las conversaciones de su marido cuando este venía con algún turco de Porlamar a negociar sus mercaderías. Otras cosas había que la hacían dichosa en *La casa amarilla*, y sobre todas la robustez del prodigioso argonauta. Sus hermanas le hablaban del porvenir y le aconsejaban que pensara más en sí misma y en sus hijos porque con hombres como Zenón había que esperar tanto lo malo como lo bueno. Mas ella no les prestaba atención. ¿Robar a su hombre para fomentar su propio entierro de morocotas? Nunca. Sentíase satisfecha con lo que él espontáneamente le daba y con acompañarle en sus francachelas. Juntos vivían, juntos holgaban y juntos repartían, como príncipes orientales, la alegría y la buena suerte. Cuando iban al Valle a visitar los parientes ella solía decirle como quien no quiere la cosa: «Mira, Zenón Cardozo, mira qué hermosas lechosas: son amarillas como el *Relámpago*. Qué bueno sería si compráramos unas tierras y nos pusiéramos a sembrarlas». Pero él se reía. ¡Cómo se burlarían sus amigos si le viesen halando escardilla y regando matas!

Si Zenón Cardozo hubiese sido hombre de tierra, asentado en un predio o atrincherado detrás del mostrador de una bodega, habría parecido un patriarca. Recortada en el horizonte marino su figura era la de un hermoso pirata. Muchas fueron las veces que se sentaron con él a la mesa los mismos que habían perseguido y tiroteado al *Relámpago*. Y, cosa extraña, por tenaces que fuesen las persecuciones y nutridos los tiros, nunca llegó la balandra a verse en verdadero peligro, pues parecía que Zenón tuviese pacto con alguna deidad protectora. «Es que no

lo quiere todo para él solo», decían sus amigos. «Vivir y dejar vivir» era su doctrina. Y así, cuando volvía de sus viajes, su fuerte cofre de hierro estaba repleto de morocotas. ¡Oro, oro! Sólo el oro lo seducía. La plata y los billetes de banco los destinaba a sus parientes y amigos, a sus incontables ahijados, a los celadores del resguardo marítimo. ¿Dónde guardaba el oro? Misterio. De esto no hablaba a nadie y Elodia jamás osó preguntárselo. ¿Para qué, si sabía que no se lo iba a decir?

4

Hubo un momento en el fascinante relato de Juan Moreno en el que José abrigó dudas sobre la imparcialidad del narrador a propósito de Zenón y de Elodia Cardozo. Le pareció que Juan se parcializaba por el marino. Entonces, para atraerlo al clima de su propia impaciencia, le recordó el pasaje de la brujita:

—Bueno, maestro: ¿no volvió Elodia a tener visiones?

A lo que Juan respondió poniéndole una mano en el hombro:

—Tenga paciencia, ya llegaremos a eso... Quizá por la vida tranquila que hacía en *La casa amarilla* o porque los años la habían cambiado, lo cierto es que sus visiones habían desaparecido. Yo no tuve conocimiento de eso sino después. Mis recuerdos de Elodia comienzan cuando ya era una mujer hecha y derecha. Su hijo mayor, Zenoncito, me llevaba dos años y yo uno a Magín. Zenoncito navegaba en el *Relámpago* con su padre y por eso no tuve casi tratos con él. A Magín lo traté un poco más, aunque no mucho, porque apenas paraba en Juangriego. Era un zarandajo. Desde pequeño se iba con otros vagabunditos a bañarse en los pozos o a cazar pájaros en la Arestinga...

—La Restinga—corrigió míster Walter en aquel punto.

—Ya más crecido, encuerdado con una pandilla de vagos, se le veía de pueblo en pueblo jugando gallos y cometiendo toda clase de picardías. A veces se ponía a ayudar a los perleros de

Guaraguao y a veces se enganchaba en algún tres-puños para barloventear por la costa. Lo cierto es que, ya navegando, ya recogiendo dátiles en Pedro González o merodeando en los malecones de Porlamar, Magín era el sirvengüenza perfecto. Cuando el hambre lo apretaba o se veía perseguido por alguna de sus hazañas se aparecía en *La casa amarilla* buscando la protección de su madre. Eso sí, buen cuidado ponía en no portar por allí cuando estaba Zenón, porque este le daba unas tundas que lo dejaban maltrecho. Por este tiempo –precisó Juan Moreno cotejando edades– yo casi vivía en *La casa amarilla*. Fue entonces cuando comenzaron las angustias de Elodia, cuando volvió a tener sus visiones.

–¿Le habló ella de eso, maestro?

–Le habló a sus hermanas, pero yo estaba presente y me di cuenta de todo. Un día, muy de mañana, cogimos camino para el Valle, pues Elodia se mostraba muy preocupada y decía que iba a volverse loca en aquel caserón. Sus dos hermanas, y los hombres de estas, eran gentes sencillas que la escuchaban con mucho respeto. «He vuelto a tener las visiones de antes –les dijo ella–: anoche, acostada en mi cama, pero sin dormirme, me vi a mí misma en el mar». «¿Ibas navegando?», le preguntó uno de sus cuñados. «No, no iba embarcada, sino flotando, como si me soplara un viento muy fuerte». «¿Ibas acostada o parada?» «Acostada... Sí. Creo que iba acostada, aunque no lo recuerdo muy bien». «¿Y. qué más pasó?» «De pronto comenzó a llover, mientras que el cielo se iba llenando de una luz que no sé de dónde salía». «¿Tenías encendida la luz de tu cuarto? ¿No lo recuerdas?» «Déjame recordar... Sí, ahora me acuerdo: estaba encendida la lámpara grande, la que cuelga del techo. Pero lo más raro es que la lluvia que vi caer no era como la lluvia que conocemos». «¿Y cómo era?» «Negra. ¿Se explican ustedes eso? Eran unos hilos negros que caían sobre el mar y que levantaban un humo negro. Yo misma me veía toda tiznada de negro,

de pies a cabeza. Y no vi ningún barco». «¿Te preocupaba el *Relámpago*, ¿no es así?» «Sí, me preocupaba el *Relámpago*. ¿Qué más tengo yo que ver con el mar?»

Juan Moreno decía recordar este diálogo con tantos detalles porque le interesó mucho aquella expresión de Elodia Cardozo: «¿Qué más tengo yo que ver con el mar?» Y José se apresuró a preguntarle:

—¿Le interesó más que lo de la lluvia negra, maestro?

—Lo de la lluvia negra me pareció un disparate —afirmó el gigante con voz categórica—. Quizá Elodia estuviese juma. Tengo la sospecha de que ya se pegaba sus palos en *La casa amarilla*. Lo que no comprendía era su antipatía por el mar.

José no hizo comentario y el narrador continuó su relato. Elodia y sus parientes discutieron el caso. A éstos les preocupaba que aquélla volviese a tener visiones y por unanimidad decidieron que debía hacerle una ofrenda a la Virgen del Valle para que la tranquilidad y la paz volviesen a su espíritu. Eso sí, tendría que ser una ofrenda muy especial, digna de ella y de Zenón Cardozo. —«¿Y qué les parece a ustedes que puedo ofrecerle a la Virgen?», preguntó Elodia desconcertada. —«Tratándose del mar —sugirió una de sus hermanas— lo más indicado sería un barquito de plata». Pero los cuñados y la propia Elodia no estuvieron conformes. La Virgen estaba agobiada de barquitos de plata. «No —protestó ella con exaltación—, yo quiero algo distinto. Lo del barquito quizá esté bien, pero no de plata. Debe ser de oro para que le guste a Zenón Cardozo. Y debe estar cubierto de perlas». Los parientes se entusiasmaron. Una de sus hermanas propuso: —«¿Y si en vez de perlas blancas se las pones negras?» «¡Negras! —Elodia experimentó un estremecimiento—. ¡Perlas negras! ¡Qué miedo!» Pero su hermana no lo entendía así. «Miedo, ¿por qué? Las perlas negras son menos comunes que las otras y valen más. Por otra parte, debes tener presente que las ofrendas se hacen lo más parecidas posible a lo

que se quiera pedir a la Virgen. ¿No era negra la lluvia que viste?» Estos argumentos convencieron a Elodia, la cual decidió salir aquel mismo día para Porlamar en compañía de sus dos hermanas y de Juan Moreno.

En Porlamar existe una industria perlera. Más que esto, se vive en una voluptuosidad de la gema. Los contratistas —cuando esta industria era un monopolio del Estado— y los traficantes libres de ahora, guardan sus perlas en arcones de hierro cuidadosamente seleccionadas según el tamaño, la redondez y la limpidez del oriente. Y cuando van a exponerla a la mirada del comprador por sus dedos circulan corrientes de amor. En bolsitas de tela blanca, limpios y enjutos como granos de un cereal celeste, se reúnen los huevecillos gemelos que brillarán en las orejas de las mujeres, los que compondrán las luminosas sinfonías de los collares y los que se distinguen por especiales características. El comerciante de perlas es un mago de los golpes de luz y las hace vivir en sus pinzas de hierro mientras su lengua derrocha elocuencia.

—¿Quién diría —terció míster Walter— que esos preciosos objetos no son sino una enfermedad de la ostra? «La más bella perla, escribió Dubois, no es sino el sarcófago de un gusano».

—No es fácil hallar perlas negras —prosiguió Juan Moreno— y por esto Elodia y sus hermanas recorrieron las casas de los tratantes sin resultado. A todos les hizo su encargo. Y esa tarde, cuando recorríamos el malecón, hubo otra escena que se me quedó en la memoria. Quienes conocen a Porlamar saben que la muralla que bordea la marina está embarandada y que casi al final de ella se encuentra el mercado y más allá un faro apagado. Cerca del mercado, en una placita, hay una figura de mujer vaciada en hierro: es una sirena que sostiene en sus manos un gran caracol en forma de cornucopia. Elodia y sus hermanas se detuvieron a contemplarla y una de estas dijo que siempre le había causado curiosidad aquella mujer con cola de pez. Entonces

la otra hermana se puso a reír y a burlarse: —«¿No ves que es una estatua, pedazo de bruta?» A lo que respondió le primera: —«Sí, ya veo que es una estatua, pero ¿qué representan esas colas de pescado y esas ramas en la cabeza?» Y fue Elodia quien lo explicó: «Esa estatua es una sirena. Lo sé porque Zenón Cardozo tiene una pintada en el pecho»... Esa tarde —recalcó Juan Moreno— vi algo raro en los ojos de Elodia, y la oí decir lo siguiente: —«Las sirenas son mujeres que viven en el mar, como los peces, y atraen a los marinos para perderlos. Son muy bonitas, como esta de hierro que estamos viendo, y los hombres se enamoran de ellas a tal punto que olvidan a sus mujeres y a sus hijos. Para evitarlo tienen que taponarse los oídos con cera». «¿Eso te lo ha contado Zenón Cardozo?», le preguntó la hermana. «Sí, me lo ha contado Zenón Cardozo; creo que él las ha visto».

5

Días y semanas pasaron sin que se hallaran las perlas negras. Mientras tanto el *Relámpago* no daba señales de vida. No se recordaba una ausencia tan prolongada y nadie daba noticias de él. Presa de una creciente inquietud, Elodia cruzó la isla de orilla a orilla sin que en ninguna parte hallase sosiego. Sus hermanas y sus amigos trataban de serenarla: «Pero, mujer, ¿por qué imaginar nada malo con un hombre como Zenón, que tiene tan buena suerte? ¿Quién te dice que no ha cogido para un lugar más distante que de costumbre? Imagínate que le haya salido un negocio especial, ¿te iba a consultar antes de emprenderlo? El mar es muy grande. Un día de éstos se te aparece con sus risotadas y su aguardiente». Pero Elodia no se calmaba. Y tenía motivos. Un mal día estalló la noticia: unos navegantes llegados a Porlamar dijeron haber hallado los restos de un barco amarillo en un arrecife cercano a Los Frailes. Casi frente a *La casa amarilla*.

Hubo gran pesadumbre en la isla. Los amigos, los ahijados y los parientes fueron en romería a consolar a la viuda. Pero no la encontraron. La Casa Amarilla se había quedado vacía.

6

La locura explotó en la cabeza de Elodia Cardozo como una carga de dinamita. Poco después iba a resonar en las costas y en los caminos. Sus absurdas imprecaciones, mezcla de ira y de llanto, sembraron el sobresalto, porque a pesar de que sus hermanas trataron de recluirla en su casa, un cúmulo de circunstancias vino a regir el desarrollo de los sucesos.

De pronto, sin que se supiera de dónde salían, aparecieron unos hermanos de Zenón que se posesionaron de *La casa amarilla*. Hombres rudos y expeditivos visitaron al juez y al jefe civil, y se manejaron con tanta destreza que a vuelta de pocos días habían negociado a los turcos de Porlamar todas aquellas telas y todos aquellos licores acumulados por el difunto. Hecho esto pretendieron vender la casa, pero no lo lograron a causa de existir aquel hijo cuyo paradero desconocían.

En circunstancias tan aflictivas a las pobres terrazgueras del Valle les era imposible evitar que la loca escapara y se fuera por los caminos a sembrar su ininteligible monólogo. Eran tan miserables que la dejaban marchar para proporcionarse un pequeño sosiego. Particularmente en los días de luna llena la exaltación de la enajenada se hacía incontenible. A pie y descalza, en jirones la ropa y al aire la desgreñada melena, se dirigía a Juangriego y se plantaba frente al mar que era el único vínculo entre su corazón y su conciencia. En el atardecer su silueta se iba volviendo negra azotada por el viento marino.

Pronto se echó de ver que la vigilancia de Elodia era innecesaria pues no estaba afectada por una psicosis suicida sino por una manía imprecatoria. No quería morir porque esperaba

volver a tener a su hombre en sus brazos, y, decidida a arrebatárselo al mar, lo invocaba con palabras conmovedoras:

—¡Mar, devuélvemelo! ¡Lluvia negra, devuélvemelo! ¡Noche obscura, devuélvemelo!

—Yo no lo resistí —confesó Juan Moreno—. Era demasiado para mis nervios. Me embarqué en una goleta y me fui a navegar, pero por los paisanos que iba encontrando me enteraba de la tragedia. A medida que el tiempo pasaba, las gentes de la isla se iban acostumbrando a aquel espectáculo y olvidaban lo que había sido Elodia Cardozo. La llamaron «la Loca». Y así como su locura fue evolucionando y su mundo de sombras ampliándose, la persecución la volvió agresiva. Se sentía exasperada por las burlas de los muchachos a quienes colmaba de insultos y tiraba cosas del suelo:

—¡Perros, bichos malditos, muertos malditos!

La evolución de su mundo mental operó en ella un extraño fenómeno: una parte de la realidad volvió a incorporarse a ese mundo y ciertos seres y cosas cercanos a su persona readquirieron sus relieves normales. Sin embargo, arrastrada por un misterioso subjetivismo, se rodeó de una atmósfera de vaticinios. Sobre todo después de sus batallas contra los chicos, se alejaba sombría, fatigada, y de pronto se detenía con el rostro hacia el cielo cual si escuchara una misteriosa llamada. Sus manos se alzaban como ramas en la tormenta:

—¡Todos van a morir, todos! ¡Todos se van a ahogar en la lluvia negra, todos!

7

Magín no había hecho caso a los consejos de Juan Moreno. Sin embargo, cuando supo lo de los tíos se las arregló para volver a la isla. Para este tiempo la loca era ya una calamidad comunal semejante a otra cualquiera: como los perros sarnosos o hidrófobos, como los gavilanes o los murciélagos. Nadie se

preocupaba por sus invectivas y vaticinios. Cierto día un gracioso del pueblo le dio un trago de ron para divertirse, y desde aquel momento su locura se vio agravada por una repugnante beodez. Ahora no iba a la playa sino después de recorrer las tabernas, y era motivo de risa la ladina humildad con que imploraba a los taberneros un traguito de lo picante. Su voz se había vuelto bronca y desapacible, sus cabellos se habían transformado en chamizas, la cerámica de su cuerpo era un negro y desportillado cacharro. Y fue frente al mar, en uno de sus momentos deprecatorios, donde la sorprendió el bachiller que le puso el apodo. Iba este en un grupo que disfrutaba sus vacaciones y tenía frescas en la memoria sus lecciones de literatura clásica. Mientras uno de sus amigos enfocaba a la loca con una cámara fotográfica el alegre escolar hizo gala de su cultura improvisando una arenga subrayada con risas:

—Frívolos e irreverentes indígenas, ¿sabéis quién es esta mujer que contemplan vuestros ojos empedernidos? ¡Es Casandra invocando a los dioses!

Y vuelto hacia Elodia, cuidando de aparecer en la fotografía:

—Sacerdotisa de Apolo, hija de Príamo y de Hécuba, posa tu mirada en estos mortales y háblales de las cosas que sabes.

Se cuenta que el bachiller quiso coronarla con algas, pero ella tendió su mano hacia él y lo contuvo con dos palabras:

—¡Muerto, hiedes!

Sin embargo, la siembra dio fruto: Casandra. ¡Qué sugestivo apodo para la loca de la playa! La palabra poseía un misterioso sabor isleño y los pilludos, que nunca habían oído tal nombre, le descubrieron toda su esencia marina. Para no olvidarlo lo pusieron en versos:

Casandra, Casandra,
ya no viene la balandra.

8

Para Magín Cardozo su madre no significaba preocupación grande ni chica. En cambio, le interesaba *La casa amarilla*. Cuando volvió a Juangriego nadie se acordaba de él. Las tías, viejas y pobres, no querían convencerse de que aquel cojo peludo y avinagrado fuese su sobrino menor.

—¡Qué tiempos aquellos! Cuando veas a tu pobre madre se te partirá el corazón.

Ingenuas. A Magín no se le partiría más que una pierna, y eso por otras causas. Más aún: venía decidido a marcharse sin verla. Pero esto no pudo lograrlo porque cuando el jefe civil se enteró de su presencia en la isla, lo hizo llamar y le dijo:

—Mira, Magín Cardozo, esta loca no puede seguir dando guerra por estos pueblos. La hemos aguantado hasta ahora porque no sabíamos qué hacer con ella, pero ya que tú estás aquí mira a ver cómo te las arreglas: o la encierras o te la llevas.

Y fue así como el cojo tuvo que cargar con Casandra.

El día que se embarcaban se congregó en el malecón un pequeño grupo de curiosos entre los que se hallaba el cura del pueblo, nuevo propietario de *La casa amarilla*. Una vieja parienta abrazó a la infeliz y se puso a llorar:

—Ahora, mijita, tendrás siquiera un hogar; tu hijo te cuidará y vivirás con tranquilidad.

El cura la bendijo y los muchachos la despidieron con versos:

Casandra, Casandra,
ya regresó la balandra.

Jornada quinta

1

«Como la Niké alada conducía a los griegos a la victoria, así conduciría Casandra a su pueblo en cuanto alguien pusiera en marcha su simbolismo». Esto era lo que decía Ely Saúl textualmente en su carta para José. Pero ¿quién fue esa Niké cuyo nombre no aparecía en su Diccionario?

Con impaciencia esperó el domingo para irse a meditar sobre ello y mientras esperaba escribió muchas notas y dibujó muchas figuritas.

Los domingos Roso Morales cerraba la tienda a las dos de la tarde y se iba a Cabimas a jugar a los gallos. José en cambio buscaba la soledad con un libro en las manos. Le gustaba la orilla del lago porque siempre soplaba la brisa y porque el espectáculo de las cabrias y de los buques-cisternas estimulaba sus pensamientos, y le gustaba La Rosa —cierto lugar de La Rosa—, porque había un bosquecillo y hierba donde tenderse.

La carta de Ely Saúl era conceptuosa. Estaba apretada de ideas en torno a Casandra. Esto quería decir que ya José no se hallaba solo en su empresa y que de su amistad con aquel hombrecillo podía surgir una nueva doctrina para los desheredados de su país. «Ahora —se dijo— somos dos los que pensamos en ella; cuando seamos más el país marchará de otro modo».

La quietud del domingo le ofrecía a José una atmósfera espiritual propicia a esta clase de especulaciones y la carta de Ely Saúl le vino de perlas. La estimó digna del bosquecillo. Pero mientras se dirigía a La Rosa tuvo una inspiración repentina: volver al lugar de su adolescencia. Ya había estado allí, a su llegada a Campo Escondido, pero no había vuelto después a causa de la decepción que le produjeron los cambios operados en el paisaje. El viejo camino había desaparecido y en su lugar se abría una ancha y recta calzada que penetraba como una lanza en las entrañas del horizonte. Todavía subsistían los restos del rancho en el que vivió hasta la llegada de Narciso Reinoso, pero no ya al borde de la vía sino lejos de esta, hundido en el monte y devorado por los zarzales.

No se detuvo a pensarlo. Subió a la carretera, esperó un automóvil de los que se alquilan por puestos y se dejó conducir hacia el horizonte. Luego, ya cerca del viejo rancho, bajó del vehículo y se puso a andar en medio de aquella paz pegajosa. Ahora miraba el paisaje con ojo crítico y advertía cómo el teodolito había salvado su antiguo hogar de las cuchilladas que abren paso a los modernos caminos. Detrás de una espesa cortina de cactos se alzaba el mismo calvero y, cosa admirable, en el calvero seguían las dos cruces que plantara Casildo para conmemorar a sus hijas muertas, sólo que ahora estaban tostadas y semideshechas.

No fue, sin embargo, la pervivencia de las cruces lo que causó admiración a José, sino las pirámides de guijarros que les formaban peana. Esto era obra de la piedad trashumante, de las gentes anónimas que al pasar por allí, cuando el camino todavía tenía curvas, depositaban sus pétreas plegarias por el descanso de aquellos muertos.

«Esto—se dijo entonces muy conmovido—es un símbolo del corazón del pueblo». Y buscó un sitio donde sentarse. ¿Quién podría asegurar que su madre, Marta, y su tía María, hijas de

aquellas tierras y trasunto de su destino, no estuviesen sepultadas allí realmente? A poco que las favorecieran las circunstancias, en torno a ellas podría formarse una de esas leyendas que se conservan en las aldeas y que identifican a los hombres con el paisaje. El pueblo, gran inventor de fábulas, les atribuiría ciertos milagros y las haría vivir hasta mucho después que sus huesos se hubiesen pulverizado. Y al bordar este ensueño, una idea tentadora se deslizó en la imaginación de José: «Hasta se podría ayudar a la formación de tal leyenda. Bastaría —se dijo— pasearse por aquí a medianoche, con una lucecita en la mano, y luego hacer correr la bola de que es el alma de Marta y María». Mas esta idea fue rechazada en el acto. Sería una superchería. Los hombres honrados se distinguen de los demás en que no hacen trampas ni a los vivos ni a los difuntos.

Extrajo la carta de Ely Saúl del bolsillo y se puso a releerla por cuarta vez. «Lo que me contó usted de Casandra—decía el hombrecillo—me ha inspirado largas meditaciones. En efecto ella podría ser el símbolo vivo que condujese a este pueblo hacia su destino como la Niké alada conducía a los griegos a la victoria y a los descubrimientos de nuevas tierras. Usted está en lo cierto: Casandra es una representación inconsciente de la tragedia venezolana. Su historia, en lo poco que conocemos de ella, me sugiere la idea de un mensaje hermético cuyo significado habría que explicar a las masas con parábolas y ritos, como hacen las religiones. ¿Quién sería el Gran Sacerdote? No hay que preguntarlo siquiera. Usted, amigo mío, usted que aloja en su mente el resplandor intuitivo. Yo mismo me incorporaría a ese ejército de idealistas si no me lo vedaran otros cuidados (la canastilla principalmente). Además, yo cumplo una misión que me absorbe por completo: soy el único que mantiene encendido en estos momentos el fuego de donde brotará una nueva

corriente de inspiración que tarde o temprano circulará por las arterias del mundo[25].

»Prometió usted escribirme y no lo ha hecho. ¿Es que vacila? ¿Es que su conciencia no está todavía segura del camino que debe seguir? Lo comprendo, aunque no lo apruebo. Yo no dudo. No vacilo. Y para demostrárselo voy a ayudarlo a usted, desde aquí, a salvar el mensaje que tiene el deber de dirigir a los hombres y a las mujeres de su país.

»¿Sabe usted que como resultado de mis meditaciones una brillante idea ha venido a posarse en mi mente? Sí, amigo: conoceré a su Casandra sin tener que desafiar los peligros del lago ni abandonar la canastilla. Y la conoceré exactamente en la forma ideal, intuitiva y elánica bajo la cual mi conocimiento adquirirá toda su eficacia. He hablado de esto a Arsenio y está decidido a trasladarse a Campo Escondido para pintarla. ¿Se da usted cuenta de lo que esto significa? Arsenio aprehenderá todo el sentido abstracto, todo el valor esencial de Casandra y lo fijará permanentemente para las ulteriores radiaciones psicosimbólicas. Ojalá pudiéramos imprimir también su voz en un disco porque así mi diagnóstico sería perfecto. A usted toca, pues, preparar el terreno para estos experimentos y avisarme cuando esté todo listo a fin de que nuestro artista no pierda el tiempo.

»Y ahora, otra cosa: ¿visitó usted a Cesáreo León como le indiqué? La colaboración de este hombre puede ser decisiva. No sería un sacerdote más, no, señor; sería una especie de obispo, porque si se decide a ayudarnos su sola presencia abrirá a la cruzada, en este país de credulidades, un camino que todavía permanece cerrado para nosotros: el de la receptividad popular. No olvide que el campo que va usted a cultivar es radicalmente distinto al mío. Mi mensaje está dirigido a las minorías

25 «mundo civilizado» en la segunda edición.

más cultas del mundo; el suyo a la masa de un pueblo que lo mismo puede acoger su prédica con pasión que convertirla en eso que los estultos llaman una mamadera de gallo. Cesáreo León disfruta de la popularidad que necesitamos. El y usted podrían presentarse como los grandes depositarios de la verdad intuitiva y gratuita encarnada en Casandra, y predicar a las multitudes un evangelio de moral hermética y resonante. ¿Fue acaso otra cosa lo que hicieron el Buda y el Cristo, lo que quiso hacer Sócrates y lo que en nuestros propios días pretende hacer Khrisnamurty? Advierta –y no lo eche en olvido– que todos ellos se expresaron en parábolas o metáforas. ¿Y qué es lo que hace Casandra, sino metáforas, cuando dice esas cosas sobre la lluvia negra y sobre los muertos que todavía caminan? Lo de la lluvia no puede ser más claro ni más inteligible: es el petróleo; en cuanto a que los hombres que la rodean están muertos, lo dice no porque hayan dejado de respirar y moverse, sino porque no saben para qué respiran y se mueven».

«Algo hay–proseguía la extensa epístola– que me ha hecho reflexionar largas horas: es la conducta personal de Casandra tal como usted me la describió en nuestra conversación. Me refiero a su desaliño personal, a su vocabulario soez y a su desmedida afición al alcohol. Pero después de pensarlo mejor he llegado a la conclusión de que esos vicios no son tales vicios, sino virtudes. Sí, VIRTUDES, amigo mío. Todo está en destacarlos como lo uno o como lo otro. Ante todo, hay que bañarla y vestirla adecuadamente. El baño posee un valor simbólico en todas las religiones. Nuestro bautizo no es otra cosa que la representación litúrgica de ese acto ya consagrado por Jesús cuando se hizo bautizar en el río Jordán. En cuanto al traje, ¿quién ignora el sentido que se le da en los distintos cultos? Puede decirse que el traje es el eje de la liturgia, y en nuestro caso sería un disparate desestimarlo. Hay, pues, que trajear a Casandra en una forma simbólica. Yo sugiero que se la vista a la griega, con la túnica que usaban las pitonisas, y

sobre la túnica el chitón irisado de plieguecillos. En la canastilla tengo muy buenas telas para este efecto. Telas baratas y lindas, importadas directamente. Falta, por último, considerar lo de la bebida. ¿Qué es la bebida para la Casandra actual? Un vicio pestilente y desmoralizador. Pero, ¿qué sería para la Casandra que estamos creando? Una virtud, la más impresionante y simbólica. No soy bebedor, pero no ignoro la trascendencia que este invento glorioso ha tenido en el desenvolvimiento de las culturas humanas. Los griegos elevaron el vino al Olimpo e inventaron un semidiós para servirlo a los dioses. Él ha hecho poetas, pintores, escultores, oradores y músicos insignes (los ha deshecho también, es verdad, pero fue a los que no supieron transformar el vicio en virtud), y en su esencia residen la magia y el sueño. Imagínese usted a Casandra ante el pueblo, revestida con su túnica y su chitón y armada con una hermosa copa de oro llena de ron. ¡Qué sacudida, mi amigo! ¡Qué trance! ¡Qué triunfo! Pero ¡basta! Sería cosa de nunca acabar. Sólo anhelo tener en mis manos el retrato intuitivo que va a hacer Arsenio—y si posible el disco con la voz de la pitonisa—para ponerme a la obra. Ánimo, pues, y ¡adelante! Yo les ayudaré desde las columnas de Vertical. Hable usted a Cesáreo León y escríbame, se lo ruego».

***

A pesar de su fe creciente, José estaba perplejo. La carta de Ely Saúl lo asustaba. Quizá fuese esto lo mismo que había barruntado él en sus imaginaciones informes, mas nunca llegó a sospechar que pudiera llevarse tan lejos a la loca de Campo Escondido. Se miraba en la carta como en un espejo de aumento—uno de esos espejos cóncavos en los que los pelos de nuestra barba aparecen como serpientes y nuestros poros como cráteres de la luna—y se preguntaba quién estaba más loco, si Casandra, él o el pianista de Maracaibo.

Largo rato permaneció en el calvero reflexionando. Momento hubo en que su cabeza cayó sobre el pecho y sus ojos se cerraron vencidos por el sopor. Entonces volvió a ver el camino como cuando tenía curvas, y por un instante reapareció en su presencia Narciso Reinoso. Hasta le pareció oír el silbato de la vieja refinería. Él había salido a cazar conejos y regresaba con las manos vacías. «Mira, Narciso—dijo Casildo al trotacaminos—, ahí donde veis esas cruces están enterradas mis hijas. Lo único que me queda en el mundo es este muchacho».

Y con esto se despertó. Sobre los montes del horizonte, por encima de los postes que bordeaban la carretera y de los taladros que poblaban la tierra, flotaba la bandera del cielo. José sacó su navaja y cortó dos ramas del monte, con las que hizo una nueva cruz que clavó esta en el calvero diciendo sencillamente:

—Aquí está mi abuelo Casildo.

Y se fue caminando.

2

Ahora, de regreso al poblado, reconocía el triunfo del teodolito sobre las ánimas del camino. A su lado pasaron algunos automóviles, cuyos chóferes le hicieron señales, pero él no les hizo caso. Quería volver a pie para mirar mejor y para pensar mientras caminaba. De pronto recordó que no conocía a Cesáreo León y decidió visitarlo esa misma tarde.

León—esto ya lo tenía averiguado—era propietario de un pequeño salón de cine en La Rosa. Los lunes iba a Maracaibo a buscar las películas para el resto de la semana y los domingos se encerraba en su casa a hacer sus experimentos. Tenía una hija que era la que administraba su empresa. Todas estas informaciones las obtuvo José de Roso Morales, quien le dijo además que el profeta habitaba una vieja casa rodeada de árboles. Y esto fue lo que más lo sedujo en la nueva aventura.

El primer transeúnte al que interrogó le mostró el camino de la morada de León y hacia ella marchó lleno de impaciencia y al mismo tiempo de vagos temores. No se trataba ya, como en su inesperado encuentro con el pianista de Maracaibo, de levantar una cortina de música para meterse en una alcoba verbal ornamentada con abstracciones pictóricas. No, señor. Lo de ahora era más misterioso, más inquietante. Cesáreo León no era un fabricante de ideas y de conceptos, sino un vidente, una especia de rayos equis humano capaz de mirar a través de las almas y de predecir los acontecimientos futuros. ¿Qué apariencia tendría? ¿Cómo le recibiría? No tardaría en saberlo.

La Rosa[26] es un caserío enclavado en una tierra que en algunos lugares es fértil y negra y en otros roja y estéril. La casa de Cesáreo León se destacaba de las demás en el más fértil de aquellos sectores y la rodeaba una huerta de apretadas verduras. Había allí altos frutales que se hacían reverencias entre los giros del viento, y arbustos y trepadoras que la protegían con un muro espeso. Al mirar por un claro del muro, José vio en el interior rosales y otras plantas con flores, pero lo que más emoción le produjo fue el agua, el agua clara y viviente que salía por un tubo de hierro para caer en un enorme caldero y derramarse cantando en el laberinto de las raíces. «Ah—pensó entonces—, si pudiera bañarme entre esas raíces». Y luego: «A este rincón debería venir a pintar Arsenio»

***

Cuando llamó a la puerta acudió a atenderle la hija del dueño.

—¿Quién es, Virginia? —preguntó una voz plañidera invisible.

26 «La montañita» en la segunda edición.

—Un señor que te busca, papá.

—¿Un señor? ¿Para qué? ¿Viene de Maracaibo?

José explicó a Virginia que no venía de Maracaibo, aunque bien mirado —añadió con un poco de desconcierto— podría considerársele como si viniera de Maracaibo.

—¿Y qué desea ese señor, Virginia?

—Hablarte, papá.

—¿Algo del cine?

—No, cosas particulares.

—Que pase y se siente.

Poco después aparecía el vidente. Vestía un pantalón blanco de lienzo y una franela sin mangas, y calzaba unas pantuflas de piel roja muy arrugadas. José temió no poder ocultar la impresión que aquella imagen le producía, y un torbellino de recuerdos visuales. de lecturas desorbitadas y de imaginaciones insomnes exaltó su cerebro. Ignacio de Loyola, Mahatma Gandhi, el Cristo de Gibraltar..., ¿cuál de estas estampas le recordaba aquel hombre? «¡Dios santo! ¿Cómo se puede ser tan flaco y tan feo?».

—¿En qué puedo servirle, joven?

Él titubeó para responderle:

—Vengo... Vengo de parte de Ely Saúl...

La expresión, la mirada y la voz del vidente carecían de matices. Sus reacciones se percibían, sin embargo, por una vibración misteriosa que fluía por alguna parte de su ser, y por la cual comprendió José que el nombre de Ely Saúl no le era agradable.

—¿Ely Saúl? ¿Cuál Ely Saúl?

—El de Maracaibo... No sé su apellido.

—¿El del piano, tal vez? ¿El de los pintores?

—Sí, señor; el del piano, el de los pintores. Fue él quien me aconsejó que viniera a verlo.

—¿Para qué?

José volvió a titubear, pero salió del atolladero con una pregunta:

—¿Usted no conoce a Casandra?

Y de nuevo la vibración misteriosa. El vidente lo miraba sin pestañear:

—Ya me imaginaba yo que usted me iba a salir con una locura. Lo sabía desde que me habló de Ely Saúl. Mire, joven, voy a darle un consejo: si es que se interesa por estos estudios, apártese de Ely Saúl. Es mozo está loco. Cuando lo vea, dígaselo de mi parte: «Cesáreo León me ha dicho que vos estáis loco». Mire que venirme a hablar de Casandra, esa mujer asquerosa. ¿Qué trata de hacer Ely Saúl con esa infeliz? ¿Qué se propone con tantas extravagancias? ¿Persigue algún fin práctico? Dicen que toca muy bien el piano... ¿Y qué? ¿Es que le hace algún bien a alguien con eso?

Confundido, arrepentido del paso que estaba dando, indefenso frente al profeta, José le oía cabizbajo y sólo pensaba en la forma de huir de allí. Mientras tanto, la voz de León rodaba, delgada y llorosa, por el empedrado de sus prejuicios. Pero a medida que aquél hablaba, José sentía arder sus orejas, ¿Y este hombre malhumorado, este pájaro desplumado, era el asceta a quien las gentes tenían por un santo desprovisto de vanidad y de intereses mundanos? Sin duda que Ely Saúl era extravagante —y quizá un poco loco también—, pero en cambio de esto era un hombre culto y universal. Un artista. «He aquí —se dijo José decepcionado— cómo se puede ser un materialista aun dentro del campo del misticismo. ¿Cómo calificaría a este personaje el doctor Landáez?».

—Yo no me entretengo en divagaciones—proseguía en tanto el vidente—. Soy como Edisson. O mejor: Edisson es como yo, porque sepa usted, joven, que yo le llevo diez años a Edisson. Pues bien, Edisson dijo una vez que no perdería su tiempo en tonterías como esa de la cuadratura del círculo, y tuvo razón. El inventaba cosas prácticas, útiles...

Ante esto, José no pudo resistir más en silencio.

—¿Qué es—preguntó—lo que entiende usted por cosas prácticas y útiles?

El profeta le miró sorprendido.

—Cosas prácticas, joven, son las que tienen un objeto concreto, un fin positivo. Como, por ejemplo...

—¿Por ejemplo...?

El vidente vaciló en responder. Había cruzado su pierna derecha sobre la izquierda y la pantufla colgaba marchita en la punta del pie cuadriculado de venas y de juanetes.

—Por ejemplo...

Sus ojos protuberantes miraban hacia la puerta entreabierta, y con las puntas de sus uñas enormes se pellizcaba el mentón minúsculo. José se sentía intimidado de nuevo por aquellos ojos desmesurados, cuyas pupilas danzaban en un líquido cristalino. «A lo mejor—se dijo—adivina lo que estoy pensando en este momento».

Pero el vidente no adivinó. Alzando la voz y con una resolución repentina, llamó a su hija, que estaba en el interior de la casa:

—¡Virginia!

—¿Qué quieres, papá?

—Cierra esa puerta.

Todo el valor de José se volatilizó en aquel imprevisto momento. Ahora le atosigaba una tumultuosa ansiedad. Una vez cerrada la puerta, el profeta lo bañó con el líquido de sus ojos y sus uñas ganchudas se proyectaron hacia su cabeza.

—Usted —declaró con una extraña energía— quiere saber lo que yo llamo una cosa práctica. Pues bien, voy a decírselo. ¿Quién es usted? No lo sé. Ignoro si es mi amigo o mi enemigo, pero veo que está impresionado por las supercherías de Ely Saúl y tengo el deber de salvarlo.

Su voz plañidera había adquirido un tono seco que endurecía sus palabras amortiguadas.

—¿Sabe usted quién anunció el bombardeo del castillo de San Carlos en 1902[27]? ¡Yo!... ¿Sabe quién profetizó la guerra europea de 1914? ¡Yo!... ¿Sabe quién predijo cuántos muertos iba a haber en la gripe española? ¡Yo!... Todo eso está publicado, recortado por mi hija Virginia y pegado en varios libros que conservo ahí dentro. Si quiere verlos se los hago traer ahora mismo. Eso es lo que yo llamo una cosa práctica, no esas tonterías del piano y de los pintores de Ely Saúl... Ahora —prosiguió después de tomar aliento—, ahora la ha cogido con la loca de Campo Escondido. ¡Claro que la conozco! La he visto borracha y he oído las insensateces que dice. ¿Qué ha podido ver Ely Saúl en esa mujer?

Al oír aquella pregunta, José hizo un esfuerzo y logró interrogar a su vez:

—¿Usted no ve nada en ella?

—¿Yo? Nada en absoluto. Si por mí fuera estaría en un manicomio desde hace tiempo. En cambio...

—En cambio, ¿qué?

—Yo sé algo que sí es interesante; algo que armaría un escándalo, que produciría un terremoto si se dijera...

Se puso de pies y asió a José por un brazo. Estaba desconocido.

Su voz cortaba como una sierra:

—Yo sé cuándo se va a morir el hombre... ¿Sabe de quién le hablo? Todo el mundo sabe quién es el hombre.

José comprendió y experimentó un estremecimiento.

—Pues bien —concluyó el vidente—: anoche lo supe con precisión. Es usted el primero a quien se lo digo. Se va a morir este mismo año, en diciembre. Haga correr la bola.

---

27 Se refiere a los bombardeos que ocurrieron realmente en enero de 1903, cuando buques de guerra alemanes atacaron el fuerte San Carlos en Maracaibo. En 1902 comienza el bloqueo de las costas venezolanas que desembocará en este ataque.

Hubo un pesado silencio. Ninguno de los dos hallaba nuevas palabras después de las que se habían pronunciado. Sin embargo, José hizo un nuevo esfuerzo y logró preguntar:

—¿Lo va a dar a la prensa?

Pero Cesáreo lo miró estupefacto:

—¿A la prensa? ¿Me cree usted loco?

3

Papaíto, papaíto,
ya nació la matica,
pero tan chiquitica
que es una maricadita.

Esto cantaban ahora, mancillando el domingo con su negrura, los dos hijitos de Sam. Su presencia desvió a José de sus pensamientos y lo indujo a buscar una explicación a los versos de los negritos. No tardó en averiguarlo: los hijos de Sam remedaban a Griselda que estaba regando su jardinillo. También ellos plantaban y regaban el suyo. Uno de los dos recorría la calle buscando palitos de fósforos ya quemados y el otro los clavaba en el suelo, con la cabeza negra hacia arriba. Hecho lo cual los dos escupían al unísono sobre el palito.

Entonces José quiso ver el jardín de Griselda. Metida en el cercadito, la niña estaba en cuclillas y parecía una extraña flor amarilla.

—¿Tienes maticas nuevas, Griselda?

Ella alzó sus ojillos oblicuos y le miró como un cervatillo. Su voz era fina y sedosa. Apenas se la oyó responder:

—No, hace días que papá no va al campamento de los musiús.

—Están muy bonitas tus flores. ¿Con qué las riegas?

—Con agua dulce.

Dicho esto, continuó en su labor. Las plantitas estaban sembradas en potes de tierra cocida de distintos tamaños, los cuales se agrupaban junto a la puerta con simetría. Para protegerlos, Yuan Lí había fabricado una pequeña cerca de tela de alambre y para que su hija las cultivara había regalado a esta una regaderita pintada de rojo, unas tijeras y una pequeña cuchara de albañilería.

—¿Y la tierra de dónde la sacas, Griselda? —insistió José para olvidarse de Cesáreo León.

—Me la trae papá de los campos.

Iba a preguntarle si la tierra era buena, pero prefirió callar. Griselda era una niña de pocas palabras. En cambio de esto, era una jardinera excelente. Sus plantas se mostraban lozanas y floreCidas. Había novios de varios colores, rosas, jazmines y unas estrellitas azules cuyo nombre José ignoraba. «¿Quién más ama las flores en Campo Escondido?», se preguntó él intrigado. Y un solo nombre vino a su mente: Ludwina. Sin embargo, Ludwina no las cultivaba como Griselda. Se limitaba a mirarlas cuando estaba de mal humor. Mujeres y hombres pasaban por allí indiferentes y la hijita del chino tenía que estar prevenida contra los perros que venían a alzar la pata sobre el cercado y contra los cerdos que metían sus hocicos en la alambrada.

***

Al separarse del jardinillo se preguntó a dónde iría y decidió dirigir sus pasos hacia la casa de Carpio. Su espíritu necesitaba sedantes y esperaba hallarlos dialogando con el maestro. Como la puerta estaba apenas semientornada él la empujó y miró al interior. Tres personas había en la salita: el propio Carpio, míster Epi y Severo Chacón. José se detuvo malhumorado y volvió a tirar de la puerta. Pero antes de marcharse se puso a escuchar.

—A ver, amigo Chacón —insinuaba la voz del viejo en aquel momento—: haga como si estuviera en la propia tribuna. Ya

le hemos explicado lo que es una tribuna, ¿recuerda? Bueno, recuérdelo, amigo Chacón. Usted está arriba, la gente abajo. Usted se dirige siempre a los representantes de la compañía y a los del Gobierno. Sus primeras palabras son un saludo: «Ciudadano jefe civil, ciudadano superintendente...» Usted saluda con la cabeza. Míreme a mí, amigo Chacón.

Lleno de desaliento, José se puso a andar automáticamente. No tardaría en precipitarse el crepúsculo. El incendio del cielo se hacía más intenso y en algunos puntos del horizonte el sol centelleaba como un esmalte. Era un jardín de fuego acaramelado que hacia los lados del lago se convertía en una franja inmensa. Hacia allí marchó él y, pasadas las últimas casas, se encontró bordeando la Salineta.

Ya le era familiar el espectáculo del crepúsculo —el mismo incendio del cielo y la misma policromía— pero nunca sintió como ahora el deseo de mirarlo desde un lugar donde hubiese agua aunque esta estuviese podrida. Ni lento ni presuroso dejó atrás la última casa y siguió caminando hacia el monte. Pasó frente a la bodega que estaba cerrada y saltó por sobre un tirante de hierro que iba a mover la bomba de un pozo cercano. Finalmente llegó junto al pozo y al pie de la cabria se detuvo a mirar. Allí estaba la Salineta, la charca inmóvil cuyas aguas hediondas le parecieron entonces mezcladas con vino. De alguna parte —quizá de la fonda de Segunda— venían jirones de una canción tropical, mientras el monte comenzaba a ponerse negro. De pronto adivinó una presencia, miró por entre las ramas y vio a una mujer a la que reconoció en seguida: Ludwina. Ella, que posiblemente había oído sus pasos, volviose a mirarle y se puso un dedo en los labios. Luego le hizo señal para que avanzara, y cuando le tuvo a su lado orientó su atención hacia un bulto oscuro, una especie de momia cubierta de harapos que permanecía acurrucada junto al pantano.

—Casandra —dijo él, moviendo apenas los labios.

—Sí —ratificó Ludwina con un lacónico movimiento de la cabeza—, Casandra.

En aquel mismo instante se produjo el fenómeno que José había presentido cuando se dejó flotar hacia allí, y fue que el pantano se puso como de sangre y se llenó de vetas de oro y de franjas moradas.

—¡Qué lindo! ¿Verdad?

Hasta entonces los dos habían actuado con una naturalidad que los habría sorprendido si hubiesen pensado en ello. Era como si se hubiesen dado cita. Pero al mismo tiempo ocurrió algo tan imprevisto que los dejó confundidos: oyeron la voz de Casandra que decía desde su inmovilidad de pájaro disecado:

—Sí, mijita, muy lindo. ¿Por qué no se acercan más? Desde aquí lo verán mejor.

Increíble. Increíble que Casandra pudiera hablar con aquella voz y decir aquellas palabras. Ludwina y José se miraron atónitos. Era una Casandra distinta, lúcida, pacífica, sobria y quizá nostálgica. Ludwina, que fue la primera en recobrar el aplomo, dio unos pasos y se puso junto a la vieja.

—¿Te gusta...? —iba a llamarla Casandra, pero se arrepintió antes de decirlo—. ¿Te gusta el lugar?

—¿El lugar? No. Es muy sucio. Me gusta eso que estamos viendo...

—¿El crepúsculo?

—Sí, el crepúsculo.

Siempre inmóvil en su postura aludió a José, que permanecía retirado:

—¿El joven, por qué no se acerca?

Y él se acercó también.

—¿Por qué no le habla? —le apremió entonces Ludwina—. Háblele, pregúntele algo.

—¿Qué quiere que le pregunte?

—Cualquier cosa; lo que usted quiera.

El titubeaba. Decididamente no sabía de qué hablar a Casandra. Para estimularlo, Ludwina volvió a interpelar a la anciana.

—Nos parece raro verte en este lugar, tan sola y tan quietecita.

Pero Casandra no pareció oír sus palabras. Estaba atenta a la actitud de José.

—¿El joven no habla? ¿No dice nada? ¿Es que no me quiere porque le pido ron en la pulpería?

—Cómo no va a quererte —denegó Ludwina con fingida vehemencia—. Es que no halla qué decirte.

—No, es que me desprecia. Todos me desprecian porque bebo aguardiente, pero es que no saben lo que yo sé.

—Te equivocas —insistió Ludwina—, es que tú dices cosas...

No pudo concluir la frase. Reanimado de pronto José la había asido una mano y se la oprimía para hacerla callar.

—¿Qué es lo que tú sabes? —apremió él entonces—. ¿No quieres decirnos lo que tú sabes?

Un movimiento de huesos y una risilla raída hicieron temblar el montón de harapos.

—¿Quieres que te lo diga? ¿Para qué, si no lo vas a creer? Tú eres de los que dicen que yo estoy loca.

—Nunca he dicho tal cosa.

—Pero me desprecias. Si no fuera por Roso Morales, no me darías ni una gota.

—Nunca te lo he negado. ¿Recuerdas la botellita?

—Tienes que darme otra.

—¿Por qué bebes tanto?

—Porque quiero olvidar.

—Tú tendrás que olvidar, pero el muchachito...

—¡Magincito!

Se puso de pies con violencia. Sus manos palparon en derredor, cual si hubiese quedado ciega de pronto:

—¿Dónde está Magincito? ¡Ah! Lo tiene encerrado su padre. Quiere separarlo de mí ese cojo maldito.

Ludwina y José la miraban desconcertados.

—¿Magín?

—Sí, Magín. ¿Por qué respira Magín? ¿Por qué no han enterrado a Magín? Cuando quiere hacerme daño, cuando no se satisface con darme patadas con su pata de palo, me quita a su hijo y lo encierra en la casa de Cándida. Entonces me siento muy sola y comienzo a pensar...

—¿Cuándo te separan de Magincito?

—Sí, cuando me separan de Magincito.

—¿Y cuando estás con él no piensas en nada?

—Cuando estoy con él me olvido de todo. Pero su padre es un criminal y quiere matarme pensando. ¿Conocen a Cándida? Es una zorra y su padre es un criminal. ¿Son de mi sangre esos dos malditos? ¿Es verdad que parí a Magín Cardozo? ¡No! ¡Yo no paro muertos!

Y ya de pies echó a andar hacia el senderillo. José saltó para detenerla:

—No te vayas, escúchame.

—Apártate, voy a buscar a mi nieto.

José se puso a marchar a su lado tratando de convencerla:

—Atiéndeme, Casandra: te daré todo el ron que quieras, pero dime lo que tú sabes.

La vieja se detuvo entonces, y alzó una mano por encima de su cabeza:

—¡Casandra! ¿Por qué me llamas Casandra? ¿No sabes mi nombre? ¿No te lo dijo ya Juan Moreno?

En aquel momento en el lejano horizonte del lago se produjo un gran resplandor amarillo y comenzó a asomarse la luna nueva. Casandra miró con fijeza a José y sus negros dedos se deslizaron sobre la piel de su rostro:

—Es lástima: tú no tienes cara de malo, pero vas a morirte como los otros. Sí, tú también vas a ahogarte en la lluvia negra. ¿Por qué no huyes? ¿Por qué no te vas lejos de ella? —tendió su mano para señalar a Ludwina—. Mírala, parece asustada. Yo también estuve asustada por mucho tiempo. Pero ¿sabes si ella te quiere como yo quise a Zenón Cardozo?

Al mirarla así, frente a él, al contemplarla en su lucidez imprevista y al sentir en su rostro el contacto de sus manos temblorosas y sucias. José experimentó una desconocida emoción. Su imaginación la transfiguraba... Oh, ¡el símbolo, el símbolo! En medio del crepúsculo inverosímil que coloreaba la charca podrida, en su mente resonaban de nuevo las palabras de Juan Moreno y de míster Walter. Sería entonces una muchacha rolliza, fuerte y hermosa, de senos duros y manos encallecidas (¿como Ludwina?)... Desde la playa de Juangriego vería salir la balandra de Neptuno Cardozo... «¿No conoce usted las pinturas del Greco?... Yo conozco a Juangriego y conozco las pinturas del Greco»... No, la fealdad no existe, tampoco la vejez ni la locura. ¡Casandra! ¡Elodia Cardozo! ¡Las perlas, *La casa amarilla*, la Virgen, el Greco!... Allí estaba ella, ungida por el crepúsculo, intacta como una Virgen y toda llena de significación para él. Era la revelación, el oculto significado que había sabido encontrarle Ely Saúl.

¿Cuánto tiempo duró este trance? Para no mirarla partir, él había bajado los ojos. Ya no volvería a verla de otro modo que como la vio en aquel instante.

4

Varios minutos pasaron antes que pudiera vencer su anonadamiento. Ludwina se acercó a él y puso una mano en su brazo.

—Comprendo lo que le pasa —le dijo con lástima—. La pobre no tiene remedio.

Entonces se pusieron en marcha, pero en vez de ir hacia el pueblo lo hicieron en sentido contrario, porque Ludwina quería ver la luna que se alzaba del lago amarilla e inmensa.

La vegetación que rodea la Salineta es baja, xerófila, y se extiende hacia el norte como un muro sólido y espinoso. Mas a medida que se aleja de Campo Escondido comienza a crecer y entonces aparecen en ella pequeños bosques de araguaneyes, de acacias y de otras mimosas arbóreas. En medio de los zarzales se abren espacios pelados, y en uno de esos espacios fueron ellos a detenerse.

—¡Qué linda la luna y qué grande! —dijo Ludwina radiante.

—Sí —replicó José sin mirarla.

—A usted le interesa mucho Casandra, ¿no es cierto? Es curioso, hubo un momento en que me pareció tan loco como ella.

—¿Por qué?

—No lo sé. Fue cuando lo vi corriendo detrás de ella y pidiéndole que le dijera todo lo que sabe. ¿Qué es lo que ella sabe?

José guardó silencio y Ludwina le tomó una mano para obligarlo a sentarse a su lado en el suelo.

—No me lo diga si no es su gusto, pero créame que me interesa.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Es que no sabe decir otra cosa? Porque sí, porque me interesa.

—¿Por eso estaba aquí esta tarde... con ella?

—Ah, ¿le preocupa eso...? Pues oiga: no pensaba hallar a Casandra en este lugar. Vine porque deseaba estar sola, porque ya no puedo quedarme en casa de tarde. Pero esto usted ya lo sabe. Usted sabe que me avergüenza ver a papá convertido en un cómico.

Y como él siguiera callando, lo apremió con vehemencia:

—Pero dígame algo. ¿Por qué se calla?

La miró entonces con sostenida fijeza:

—¿Qué es lo que quiere que le diga? Usted no es sincera.

—¿Que no...? ¿Por qué me dice eso?

—La otra noche se rio de mí, cuando pedí a Juan Moreno que nos contara la historia... ¿Cree que he podido olvidarlo?

Entonces fue ella la que quedó silenciosa.

—Tiene razón —admitió luego—. No puedo negarlo. Pero ahora ya ve que no puedo reírme.

—¿No puede o no quiere reírse?

—No puedo y no quiero. Hay cosas que no nos permiten reír. ¿Cómo podría burlarme de usted sabiendo lo que usted sabe de mí?

—Yo no sé nada de usted...

—Sabe lo de papá..., lo de Chinca.

—¡No sé nada de Chinca!

Dijo esto con violencia y aun intentó levantarse para marcharse, pero ella se lo impidió aferrada a su brazo.

—¿Por qué quiere irse? Todavía es temprano. Lo que quiero es que me comprenda lo mismo que yo lo comprendo a usted... Después de eso, ¿con qué derecho podría reírme de nadie? Casandra maldice, Casandra es rebelde... Papá, en cambio, baila al son que le toquen...

—Comprendo...

—Y es a ella a quien desprecian por loca.

Su voz cambiaba de tonos como una orquesta. A veces era un fagote, a veces una flauta, a veces una viola. Lo mismo su rostro. Esto llamó la atención de José, que la miró sorprendido. No la conocía bajo este aspecto.

—Me gustaría —dijo ella después de un silencio y en un nuevo tono de voz— me gustaría saber todo lo que piensa usted de Casandra. ¿Por qué quiere conocer su historia..., su secreto?

Al oírle estas palabras él se sintió emocionado.

—¿De veras le interesa Casandra? ¿Sinceramente?

—¿Por qué iba a engañarlo? Cuando me conozca mejor sabrá que no soy insincera. A veces quisiera ser hombre.

—¿Hombre? ¿Para qué?

—Para ser libre y luchar como tantos que han dado un sentido a sus vidas.

La imaginación de José estaba llena de confusión y de interrogantes.

—¿No tiene novio?

—No, no tengo novio.

—¿No lo ha tenido nunca?

—Nunca. ¿Le extraña? ¿Cree que en Campo Escondido abundan los hombres de quienes se pueda enamorar una mujer como yo?

—Los hay.

—¿Quiénes? ¿Magín Cardozo? ¿El negro Sam? ¿Severo Chacón?

—Algún extranjero...

—No se haga el tonto. Los extranjeros desprecian a las criollas.

—¿Míster Walter también?

Ludwina rio brevemente:

—¡Míster Walter! ¡Qué tontería! Míster Walter es un caso especial. Usted tiene que conocerlo. Trabajo con él en su laboratorio, como su ayudante, pero nada más. Por cierto que me ha estado hablando de usted últimamente.

—¿De mí? ¿Qué le ha dicho de mí?

—Que le interesa... Me ha dicho que usted tiene un problema y que quiere ayudarlo... pero...

—¿Pero...?

—No hablemos de eso. No sé cómo explicárselo. Cuando lo conozca, usted mismo lo juzgará.

Durante más de un minuto quedaron los dos en silencio, mirando la luna que subía por el cielo. Al cabo, Ludwina dijo:

—A mí me gusta la luna. Y el silencio. Esta noche me siento distinta. ¿A usted le pasa lo mismo? No, quizá no. Quizá usted preferiría estar con otra.

—Yo también me siento distinto. Hoy me han pasado cosas distintas...

Ella le tomó una mano:

—No vaya a molestarse de nuevo por lo que voy a decirle: creo que usted se sentiría mejor con Chinca.

—¡Por Dios...!

—Permítame que le explique. Yo sé que está enamorado de Chinca. ¿Para qué ocultarlo? Pero Chinca está enamorada de otro.

—De míster Epi, lo sé.

—Por eso es que se lo digo. Y sé que usted sabe otras cosas. Una noche usted la vio entrar en la oficina del campo. Tuvo que verla. Yo había luchado esa noche con ella para no dejarla salir. La seguí hasta la puerta de atrás tratando de convencerla y allí me quedé mirándola hasta que cruzó la esquina. En ese momento sentí unos pasos y me oculté. Eran los pasos de usted. ¿Comprende ahora por qué le digo que no puedo reírme?

Mirando la luna reflejarse en sus ojos y en sus cabellos, José la halló bella de pronto. Misteriosa. Abrió la boca para hablar, pero ella le puso una mano sobre los labios.

—No diga nada. Piense lo que quiera de mí, pero no me lo diga... Quizá todo esto es lo que me ha hecho pensar en usted... y en Casandra. Son cosas que no hallo cómo explicar, pero que me suceden. ¿Y por qué debo callarlas? ¿Por qué?

—¿No se las ha contado a nadie más?

—A nadie más, se lo juro. Pero no es porque no quisiera contarlas. Mire ahora si soy sincera. Deseaba contarlas a alguien porque me hacen sufrir y necesito quien me aconseje. Sin embargo, no he encontrado quien me inspire bastante confianza...

—¿Ni Juan Moreno?

—Ni Juan Moreno, ni mamá, ni míster Walter...

—¿Yo sí?

—Solamente usted... Por más que le doy vueltas en mi cabeza, no encuentro otro...

De pronto, y sin que pudiera decir exactamente por qué, José sintió el deseo de besarla. Lo hizo primero en el cuello y ella dejó de hablar. En seguida en los labios.

—¿Estás ofendida?

—No.

Entonces la empujó suavemente hacia atrás hasta dejarla tendida en la tierra, bajo su pecho. Pero cuando la vio así, quedó pensativo.

—¿En qué piensas? —preguntó ella con los ojos ensombrecidos.

Él no le respondió.

—¿A quién estás viendo en este momento: a Casandra o a Chinca?

Y lo apartó de sí sin violencia, pero con firmeza.

—Perdóname—se excusó él—. Fue cosa de un momento.

—Es lo mejor que ha podido pasar.

La luna, más chica ahora, pero de un naranjado más vivo, flotaba en lo alto del cielo. Ramas delgadas de brisa azotaban la noche brillante. A lo lejos se oyeron cantos de gallos. Cuando ella se puso de pies y sacudió el polvo de su vestido, él permaneció sentado, hecho un nudo de ira. Bruscamente se puso también de pies y la abrazó por el talle.

—No digas eso; no digas que es lo mejor que ha podido pasar.

—¡Suéltame!

Y la soltó.

Sin apresurar el paso ni volver la mirada hacia atrás, Ludwina se disolvió en la claridad nacarada. Y cuando José dejó de oír sus pisadas se arrojó de bruces al suelo y se puso a golpear la tierra con los puños cerrados.

TERCERA PARTE

Piedras, milenios, fuerza

Jornada primera

1

Aullando como perro escaldado entró el automóvil en Campo Escondido y fue a detenerse frente a la casa de Chúo Romero. Dos hombres bajaron de él, pero el motor continuó gruñendo.

—¿Qué es, Chúo, qué pasa? —preguntó Toña a su hombre en medio de una caricia frustrada.

—Algún borracho que la anda corriendo.

—Pero se ha parado aquí mismo, frente a la casa.

—Acomódate y no hagas caso a lo que pasa en la calle.

Todo esto lo contaba Toña después entre amargos sollozos. Jamás volvería a acomodarse para que Chúo la acariciara. Su hombre había muerto, se lo había malogrado el petróleo.

Cuando ella fue a abrir la puerta para atender a los que llamaban, ya comenzaba a formarse corro. El que golpeaba el tablero era un musiú que dirigía los trabajos en un taladro de prueba, en el lago, y a quien acompañaba un obrero bañado como él de petróleo.

—¡*Come on, míster Romero*! ¡Venga pronto!

El automóvil partió con estruendo y Chúo se fue en él para siempre. Juan Moreno, Roso Morales y el maestro Carpio estaban frente a la casa comentando el suceso. Todos ellos habían sido despertados por el estruendo. Poco después llegaba José y tras de él un desconocido que se puso a explicar:

—Un taladro roto, en el lago. Están reclutando margariteños para llevarlos a repararlo.

—Margariteños—protestó Toña, dando el seno a su hijo—. ¿Es que no hay otros?

—Para eso les pagan.

Esto lo dijo Magín Cardozo, que hacía su aparición dando saltos en su pata de palo.

Juan puso su mano en el brazo de Toña y la aconsejó gravemente:

—Anda a acostarte. Cuando Chúo regrese le das una buena friega con aguardiente y te enrollas con él.

2

En efecto, el petróleo se derramaba en el lago y extensas costras tornasoladas navegaban a la deriva. A la mañana siguiente se pudo ver la capa bituminosa adherida ya a la ribera, a los vientres de las piraguas y a los troncos de los cocoteros. Era como un ser invasor animado de una vida reptante: subía a la tierra, trepaba por las paredes de los ranchos de barro y se infiltraba a través de los techos de enea para deslizarse después en los minúsculos aposentos. Todo se ennegrecía en el ancho compás del horizonte del lago. Ahora se conocían vagos detalles del accidente. El reventón[28] —decían los aldeanos— había sido allá, allá, en las livideces del horizonte, y no había forma de contener los borbollones de aceite. Allá estaban los hombres cubiertos de grasa negra, muertos de cansancio y de sueño.

El equipo que fue a reemplazarlos estaba formado por orientales a quienes se metió en un lanchón cuyo humo parodiaba en

28 Se refiere al reventón del pozo Barroso II, ubicado en Cabimas, en la madrugada del 14 de diciembre de 1922.

el cielo los arabescos que maculaban el agua. Sus mujeres los despidieron con ruidosas plegarias:

—¡Virgen del Valle, acompáñalos!

Crujidos, cabezadas, azotes de crines líquidas, todo lo que el cielo ha inventado para hacer temblar al marino, se desató en los treinta minutos que aquellos hombres invirtieron en alcanzar el taladro roto. Pero al fin lo alcanzaron. En medio del lago la cabria inundada apenas se distinguía en el gran cerco de lona por medio del cual se trataba de contener la catarata de aceite. Una vez que el lanchón quedó abarloado junto a la plataforma, los obreros saltaron a esta. Y de pronto el artilugio tembló. La negra torre se puso a danzar.

3

Tiene la boca torcida
y la pata quebrada;
tiene el ojito chiquito
y más nada...

Esto cantaban los cachorros de Sam cuando el paisano llegó a Campo Escondido con la noticia. Chúo Romero y el míster que había ido a buscarle estaban agonizando en el hospital de la compañía. Hubo un tumulto.

—¿Es posible? Tan alegre que estaba ayer jugando con su muchachito.

Los cachorros de Sam se miraron sin comprender. ¿Qué ocurría para que todos tuvieran las bocas torcidas y los ojos chiquitos? Pero no pudieron averiguarlo porque su padre salió a la calle y los metió en la casa de un par de tirones.

—¿Qué sucede, Sam? —le preguntó entonces su mujer, que era una venezolana regordeta y sensible. Pero el negro no lo sabía ni le importaba saberlo:

—Mí no importarme. La gente gritando mucho.

En la calle los hombres convergían hacia la bodega de Roso Morales y alguien que había estado allí se puso a explicar la ocurrencia:

—No sé cómo fue. Yo estaba atendiéndole al malacate y Ruperto «Cara de Perro» dirigía la perforación cuando uno le dijo a Ruperto: «Tenga cuidado, cuñao, mire que el aparejo está girando con mucha velocidad». Pero él no hizo caso. Para mí que estaba borracho... o enratonado. De pronto se oyó un crujido. ¡Mae santísima! Con la misma el barro comenzó a derramarse y en seguida el petróleo. «¡Échenle cemento!», gritaba el musiú... «¡Hagan esto! ¡Hagan aquello!» Pero todo fue inútil. El míster cogió una lancha y se vino a buscar a Chúo. Cuando volvieron aquello temblaba y roncaba como cosa del diablo. Para mí que lo que golpeó a Chúo y al míster fue el bloque móvil que se desprendió desde arriba. Los dos estaban juntos en ese momento.

***

Por la tarde, curioso y acongojado, José fue al hospital y allí supo que los dos heridos habían muerto. Pudo ver a Lucana y a la señora de Juan Moreno que sostenían en sus brazos a la desfallecida Toña, y a Taví que cargaba al pequeño. Lucana refunfuñaba contra el médico que había mandado callar a la viuda.

—¡Que se calle! Como si no le doliera su muerto. Ese doctor no parece cristiano.

Poco después el propio José conoció al joven médico. Le oyó regañar a Lucana:

—Oiga, señora; ella puede llorar a su muerto cuanto le dé la gana, pero no aquí, en este lugar. Mire lo que dice el letrero. ¿No sabe leer? Ahí dice silencio, ¿comprende? ¡SILENCIO! ¡SILENCIO! En esas salas hay varios enfermos que necesitan

silencio. De modo que si la viuda sigue chillando me voy a ver obligado a echarla de aquí.

Fue entonces cuando José miró la cara al galeno y creyó reconocerle. No sólo era joven sino buen mozo y vestía una bata blanquísima que le llegaba hasta las rodillas. Su memoria funcionó como una cámara fotográfica. «¡Claro que lo conozco, como que estuvimos juntos en el castillo! Y él también me ha reconocido. Por eso voltea la cara y se va al interior. ¿Se imaginará que voy a pedirle algo?».

Poco después, caviloso e irritado, revisaba recuerdos, reflexionando. Ni la fisonomía, ni la voz, ni los gestos de este hombre añadían dato alguno a su simple recuerdo. Su personalidad pertenecía a esa materia gaseosa de que están formadas las caudas. Sin embargo, ahora hablaba con tanta arrogancia y con tal aire de superioridad que cualquiera lo tomaría por un caudillo. «Si estuviese aquí el maestro Carpio —pensaba José— le diría: usted, maestro, me preguntó qué se hacen los estudiantes después que se gradúan de doctores. Ahí tiene uno. Por fortuna, no todos son como éste».

4

Aquella noche Campo Escondido se asfixió bajo una lápida de silencio rota a intervalos por los lamentos de Toña.

La urna, negra y desnuda de ornamentos, ocupaba el centro de la salita y a su alrededor las mujeres cuchicheaban mirando al muerto. Por su parte, los hombres se apretujaban en dos escaños pertenecientes a la escuela del campo que habían sido facilitados por míster Epi. Y echaban chistes.

Casi todos eran de las regiones de Oriente: de Margarita, de Cumaná, de Barcelona. ¿Por qué no estaban allí los corianos, los andinos y los llaneros que pululaban también en el litoral petrolero? Encogidos a pesar de sus sonrisas, poseídos de

un vago miedo, gastaban las palabras con parsimonia, como si fuesen monedas. Sin embargo, a medida que el ron les caldeaba las mentes, la tragedia se convertía para ellos en un motivo de anécdotas y de sentencias. Chúo Romero había muerto, el míster también había muerto; todos nos vamos a morir un día u otro y nadie se muere la víspera.

—Vea usted, cuñao —recordó uno para comprobar la certeza de aquellas sentencias—: todos sabemos que en ninguna parte se está más expuesto a morir que en el mar; sin embargo, cuando Dios no tiene dispuesto que uno se muera en el mar ni que haga el viaje nadando. Oigan este cacho que voy a contarles. Íbamos navegando en la *India bonita*, cuyo capitán era Chendo Salcedo. Estaba ya anocheciendo cuando de pronto se desató una tormenta que puso la balandra a danzar. Cuando acordamos nos estábamos yendo a pique. Por suerte tuvimos tiempo de echar los botes, y en ellos fuimos a dar a una costa de donde seguimos camino hasta llegar a un pueblito. No habíamos perdido un solo hombre y esto fue motivo para que el capitán se mostrara muy satisfecho y se metiera una rasca de cinco pesos. A la mañana siguiente fueron los lloros. El capitán no veía del ratón. Entonces, para aliviarse, se tomó dos aspirinas, y esa misma tarde lo estábamos enterrando.

Después de esto, medio achispado por el ron que él mismo vendiera a la viuda, hasta Roso Morales sintiose con ganas de lamentarse. José nunca lo había visto tan triste. Cosa extraña: las historias del mar traían a Roso Morales el recuerdo de su región y le hacían rememorar los tiempos de la rica ganadería. ¡Qué casas tan bellas había entonces en las llanuras! De aquellas riquezas sólo quedaban ruinas, vagas memorias, porque la guerra y el paludismo acabaron con ellas. La propia vivienda de Roso, construida por sus abuelos, era ahora un cascarón de ladrillos con hermosas cornisas talladas, en cuyo interior crecían las malezas y anidaban las mapanares.

Pero, ¿por qué sonreía míster Walter al oír historias tan tristes? José creyó comprender. Es que las cosas más lamentables adquieren un aspecto grotesco cuando se cuentan bajo los efectos del ron. Si Toña no hubiese bebido ron, sus quejas no tendrían ese tono particular que en medio de su dolor provocaba la risa:

—¡Ay, Chúo Romero de mi alma! ¿Por qué me dejas de esta manera? ¿Quién va a ponerse ahora tus suecos y a pintarme las sillas? ¿Quién va a cargar a Chuíto mientras yo friego los platos en la cocina? Tú me entregabas el sobre de la semana y después me ibas pidiendo para tus cigarros y tus cervezas. ¿Te acuerdas Chúo Romero de mi alma, de cuando le salió el primer diente a Chuíto? ¡Ay, Chúo, que bueno y qué tonto eras! Yo te decía: «Pero si no es nada, mi amor, es el calor que lo pone así». Sin embargo, tú te empeñabas en llevárselo al médico, a ese mismo doctor antipático que te ha dejado morir como un perro. De noche, después que salías de la guardia, te frotabas con gasoil para quitarte las manchas de ese bendito petróleo y te vestías con pijama limpio para acostarte conmigo. Algunas veces nos poníamos a jugar tute y otras nos íbamos a conversar en casa de Juan Moreno. ¡Ay, Chúo Romero de mi alma!

Mientras Toña deploraba así su viudez, José observó a las otras mujeres, entre las cuales se hallaban las hijas de Carpio. Chinca permanecía cabizbaja. Ludwina, por el contrario, erguía la cabeza y miraba a todos con arrogancia. Hubo un momento en que sus miradas se encontraron, y José tuvo que bajar la suya. Ludwina hizo un gesto que lo llenó de zozobra.

En aquel mismo instante se produjo un movimiento de sobresalto, que hizo cesar las conversaciones. Arrastrando su halo de insania, acompañada de Magincito, Casandra había aparecido frente a la casa mortuoria. Primero asomó la nariz a la puerta y miró al interior. Luego se volvió hacia los hombres y se puso a reír.

—Bueno —dijo a los hombres—, los veo muy callados. ¿Es que no me van a brindar un traguito?

Al oírla Juan Moreno se puso de pies con presteza:

—¿Sabes a quién estamos velando, Elodia Cardozo?

Casandra lo miró fijamente y dejó de reír:

—Lo sé, Juan Moreno: estáis velando a Chúo Romero, el de Toña la sanjuanera. Míralo ahí, acostado en su caja negra. Pero ¿para qué se muere la gente si no es para que los demás beban? Anda, manda que me den un traguito.

—¿Por qué no te vas de aquí? Vete a dormir con tu muchachito.

—¿A dormir? —la loca rio con estrépito—. No seas tonto, Juan Moreno. No me hagas reír. —Hizo una transición y se tapó las orejas con ambas manos—. Pero ¿por qué lloran esas mujeres, si ellas también están muertas?

Juan insinuó una transacción:

—¿Si te doy el traguito, te vas a dormir?

—No: si me das una botellita...

—¿Una botellita? ¿De dónde voy a sacar una botellita?

—De ahí adentro, del que están sirviendo a estos muertos.

Entonces Juan comenzó a impacientarse:

—Chúo era un buen muchacho, Elodia Cardozo. Tú lo sabes tan bien como yo. Ahora está muerto. Si destapas su cuerpo, no le hallarás la cabeza. ¿Por qué te portas así en este lugar?

—Y tú, Juan Moreno, ¿te acuerdas de Zenón y de Zenoncito?

—Sí, me acuerdo... ¿Eso que tiene que ver?

—¿Te acuerdas cómo murieron?

—En el *Relámpago*... en un naufragio.

—No: en la lluvia negra, lo mismo que Chúo Romero. Pero Toña tiene siquiera el cuerpo de Chúo Romero. ¿Quieres que sigamos hablando de esto, Juan Moreno?

—No, Elodia Cardozo: quiero que te vayas con tu nietecito.

—Dame primero la botellita.

Pero no pudo insistir porque en aquel momento apareció el cojo Magín y la hizo marchar a escape. Estaba colérico el cojo:

—¿Qué haces aquí, vieja loca? ¿Sirviendo de mono a estos bolsas?

Y en aquel mismo momento asomó Ludwina a la puerta:

—Sí, que se la lleven. ¿Hasta cuándo vamos a tener que aguantar a esa loca? ¿Cuándo es que van a meterla en un manicomio?

5

A la mañana siguiente enterraron a Chúo. Sus paisanos desfilaron en pos de la urna con sus trajes de enterrar a los buenos amigos, y José se mezcló con ellos tratando de comprenderlos. Les vio alternarse, de trecho en trecho, debajo del ataúd, y siguió su pesada marcha de percherones amaestrados.

En cierto momento, ya a la entrada de La Salina, el cortejo se vio detenido por un guachimán que plantado en el centro de la calzada protegía la salida de un automóvil, y Juan Moreno destacose del grupo para averiguar qué ocurría.

—Espérense—le gritó el guachimán—: va a salir el superintendente.

—¿Y por eso nos hace parar el entierro? ¿Es de ellos la carretera?

El guachimán adoptó un tono olímpico:

—¿No la hicieron ellos?

Juan iba a replicar, pero José lo contuvo.

—Tenga calma, maestro.

—Sí—admitió el gigante—, hay que tener calma.

Luego entraron en el poblado y desfilaron frente al Casino, frente al cine y frente a la iglesia. Allí abundaban las tabernas y las canastillas atiborradas de telas multicolores. Mujerzuelas marchitas exhibían sus rostros pintarrajeados.

Fue entonces cuando Juan dijo a José que mister Walter quería verlo en su casa.

—¿En su casa? ¿Para qué?

—Para hablarle de algunas cosas que quiere que sepa.

—¿Y sabe usted cuáles son esas cosas?

—Él se las dirá. Usted no conoce todavía a míster Walter. Se va a sorprender cuando lo oiga en su casa.

6

Residencia en otro tiempo de un químico que la acondicionó para su trabajo, la vivienda de míster Walter poseía ciertas condiciones que la distinguían de las otras, y entre ellas su altanero aislamiento. Estaba edificada sobre pilares para defenderla de las emanaciones y de las sabandijas del suelo y la coronaba un frondoso *floramarilla* que en ciertos meses del año se convertía en una cascada de oro. Allí, entre frascos llenos de ácidos, microscopios eléctricos y montones de piedrezuelas, pasaba el extranjero los días acompañado de su ayudante Ludwina Carpio. Pero por la noche, cuando no iba a la tertulia de Juan Moreno, permanecía solitario, leyendo un libro y oyendo música. Así lo hallaron Juan y José en su visita de aquella noche: hundido en una ancha butaca. el libro sobre las rodillas y la pipa en la boca, junto al aparato reproductor.

Grave y discreta era la música que míster Walter oía. Al percibirla José recordó a Ely Saúl. Sin embargo, el ambiente era sustancialmente distinto. Menos grandilocuente, míster Walter se puso de pies para recibir a sus visitantes y luego dijo cual si hablase para sí mismo:

—Esto es maravilloso. Lo único que no reconoce fronteras... ¿No les parece? El que se acostumbra a esta música se convierte en ciudadano del mundo y lo mismo puede vivir en la China que en Venezuela.

Dicho lo cual se dirigió a José concretamente:

—¿Le gusta la música, esta música? ¿A cuáles compositores prefiere? Los tengo a todos.

Y sin esperar respuesta, fue a la máquina y colocó un nuevo disco:

—Es Schubert, mi predilecto; el único mortal que ha penetrado en las profundidades de la vida y la muerte.

Con la pipa en los labios quedó entonces en éxtasis. Parecía buscar en la música matices que los otros no podían percibir. Juan Moreno y José lo miraban desconcertados. Cuando despertó, apuntó a José con su pipa:

—¿No le molesta si hablamos un poco de usted?

—¿De mí?

—Sí, de usted. ¿No le ha dicho el maestro Moreno que me interesa su caso?

—Me ha dicho que usted quería hablarme...

—Así es, en efecto. Usted es inteligente, pero vive en el limbo. Seamos francos y no perdamos el tiempo en palabras inútiles. Le he estado observando.

José estaba confundido. Juan Moreno, muy serio, miraba al piso.

—¿Qué es lo que le interesa? —interrogó míster Walter al mozo sin darle tiempo para reponerse—. ¿La realidad o la fantasía? Mire a su alrededor. Aquí está usted frente a la realidad. ¿Quiere aprender algo útil? ¿Le gusta la química? ¿Las matemáticas? ¿La mecánica? Es esto lo que quiero que me conteste. Sin embargo, no es necesario que lo haga inmediatamente. ¿Cuánto tiempo necesita para pensar lo que va a responderme? ¿Un día? ¿Un mes?

Perplejo, intimidado casi, José buscó la mirada protectora de Juan Moreno, pero no la encontró porque el gigante miraba entonces al techo. La sutil desconfianza que había sentido hacia el extranjero se complicaba en este momento a causa de otros

factores que venían a ejercer sobre él una extraña influencia. Uno de estos factores era aquella música evocadora que le traía el recuerdo de Ely Saúl. Otro el olor a pino y a humo de pipa que flotaba en la casa. Otro aun la luz tamizada y tibia que se difundía en la sala. Algo que le chocaba particularmente era el hablar de míster Walter, cuyas palabras fluían ahora más netas y definidas, sin el tumulto de enes que les notó en la tertulia de Juan Moreno. ¿Cuál era la nacionalidad de este hombre extraño? «Quizá sea judío», se dijo sin saber exactamente por qué. Y automáticamente recordó a Sarah, la prostituta de Maracaibo, cuyo cubrecama parecía una dalmática.

De pronto toda su atención fue polarizada por una vitrina con libros que había en un ángulo de la sala. Y míster Walter, que advirtió su mirada, le preguntó:

—¿Quiere hojear los libros?

Instantáneamente una luz brillantísima inundó la estancia.

—Acérquese, mírelos.

Y él se acercó. Cuidadosamente alineados, los libros se clasificaban por idiomas y por materias. No eran muchos, mas frente a ellos José quedó casi fascinado. Entre los de lengua española se destacaban algunos venezolanos de los que ya había oído hablar y cuyos autores le parecían personajes de fábula. Allí estaban, al fin, al alcance de su mirada, la *Historia de Venezuela*[29], de Oviedo y Baños, y la *Geografía*[30] de Codazzi; la *Relación*[31] de Depons y otros volúmenes en cuyos lomos leyó los nombres de Adolfo Ernst, de Alfredo Jahn y de Henry Pittier.

---

29 Se refiere a *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*.

30 Puede referirse a *Resumen de la geografía de Venezuela* (Hermanos Fournier y compañía, 1841), o al *Catecismo de la geografía de Venezuela, precedido de unas breves nociones de geografía general y de cosmografía para uso de las escuelas primarias*, impreso en el mismo año y en la misma imprenta que el anterior.

31 Se refiere a *Viaje a la parte oriental de tierra firme*.

Fue tan sorprendente este hallazgo que de repente sintiose lleno de simpatía hacia míster Walter.

—Sí —sonó en aquel momento la voz del musiú—; ya sé que le gustan los libros. Y sabía que iba a reaccionar exactamente como lo ha hecho.

—¿Lo sabía?

—Sin duda alguna. Por eso no le había hablado antes de ellos. Están a su orden. Puede leerlos.

—¿Todos?

—Los que usted quiera. Puede llevarlos o venir a leerlos aquí.

—¿Aquí?

—Sin duda. Yo trabajo en el laboratorio que está en otra habitación. Usted puede leer en esta sala sin molestarme.

José trató de decir algo, pero no halló las palabras. Entonces el extranjero alzó su mano y lo alivió de su confusión.

—Ya le he dicho que usted me interesa. ¿Por qué se extraña? Toda persona que desea conocer el mundo en que vive me interesa. Además, usted está desorientado. No me interrumpa. Ya le he dicho que debemos ser francos. Usted está desorientado y no sabe cómo empezar. ¿Cree que la lectura de estos libros le va a enseñar todo lo que necesita saber? Léalos si así lo desea, pero no se haga ilusiones. Estos libros tratan de historia de su país, pero sólo de aspectos de ella. Si usted los lee en estos momentos quedará más confundido que antes y se hará nuevas preguntas que ellos no sabrán responderle.

—¿Y dónde podré hallar las respuestas que necesito?

—En la realidad y en el estudio metódico. De otro modo, por mucho que lea, todo le seguirá pareciendo fantástico.

La estupefacción de José se había transformado en un vago desasosiego. En el fondo sentía también una como ira incipiente, esa cólera incierta que rodea los resbaladizos contornos del misticismo y que roe el alma como una rata. Pero si míster Walter se dio cuenta de ello lo disimuló con su sonrisa de feto.

—A usted —siguió diciendo con el mismo tono de augur— le interesa el petróleo. Sin embargo, por más que se empeña en comprenderlo sigue sin saber exactamente qué es. Lo mira como algo diabólico fabricado en el fondo de la tierra por un ejército de demonios maravillosos.

—¿Por qué cree usted eso?

—Porque no puede ser de otro modo.

Durante un segundo la mirada de José sostuvo la de míster Walter, pero llegó un momento en que se sintió subyugado y desvió los ojos. La voz del extranjero se tornó suave como una caricia:

—No debe molestarse porque le diga estas cosas. Imagine que soy un médico, que usted tiene un hueso roto y que yo debo operarlo sin anestesia... Por ejemplo —inquirió después de una pausa—, ¿qué es lo que piensa usted de Casandra? ¿De qué manera la relaciona con el petróleo?

En aquel momento José tuvo la impresión de que frente a él se estaba abriendo una puerta que debía conducirlo a un camino desconocido. Pasar por esa puerta significaba contraer una responsabilidad imprevista y llena de riesgos, entrar en un mundo distinto y quizá convertirse en juguete de fuerzas extrañas y amenazantes. ¿Por qué le hablaba así míster Walter? ¿Qué quería de él realmente? Miró sus ojos y su sonrisa, pensó en su soledad misteriosa y se sintió rodeado por un aura estremecedora. Sin embargo, había tal seducción en las palabras del extraño sujeto que se rindió a su influencia. Sin replicar, inclinó la cabeza.

—No es necesario que me lo diga —subrayó entonces aquél sin abandonar su sonrisa—. Lo sé perfectamente.

Después de esto hubo un tenso silencio.

—Esta noche —decidió de pronto míster Walter— vamos a hablar del petróleo, pero comenzaremos por el principio. Venga conmigo...

7

En la habitación a la que pasaron entonces estaba instalado el laboratorio. José se sintió deslumbrado por la multitud de instrumentos —retortas, frascos llenos de líquidos, microscopios, balanzas, desconocidos aparatos eléctricos— que llenaban el recinto. En las paredes colgaban mapas y planos parcelados en convencionales rectángulos, y en la gran mesa cubierta por un grueso cristal montoncitos de piedrezuelas y minúsculos caracoles. Los mapas volvieron a traer a su mente el recuerdo de Ely Saúl por la semejanza que les halló con las pinturas de Arsenio. A punto estaba de abandonarse de nuevo a sus fantasías cuando míster Walter se puso a explicar las características de los caracolillos :

—Son —comenzó diciendo— conchas fósiles que no pueden clasificarse a la simple vista. Se les llama foraminíferos, y su estudio tiene por objeto determinar la edad geológica de los lugares donde se encuentran. Es este un estudio tan importante como el de las rocas cuya dureza, coloración y otras cualidades igualmente importantes se relacionan con el período al cual pertenecen. No sé—precisó, apuntando a José con su pipa—si tiene usted idea de lo que son las capas geológicas y lo que significan para la localización del petróleo. ¿Ha oído hablar de esto?

—Lo he leído en alguna parte...

—De todos modos voy a explicárselo brevemente. Debe usted haber oído decir que la tierra es muy vieja y que su edad se calcula por períodos de millones de años. Pues bien, en cada uno de esos períodos la superficie terráquea adquirió caracteres particulares que son los que sirven al geólogo para estudiarlos y definirlos. Lógicamente, la dureza y textura de las rocas guarda relación con su edad. Estas que ve usted aquí son todas rocas extraídas del suelo venezolano, de distintas regiones de Venezuela. Estos trozos de granito provienen de la parte central

de los Andes, y pertenecen al período llamado precámbrico que es de los más antiguos. Mucho más jóvenes son estas lutitas grises y pizarrosas de la región de Mucuchachí, en la Sierra de Mérida. Mire usted estas calizas duras de un negro azulado, estas pizarras verdes y rojas... ¿No las encuentra hermosas? Pertenecen a la zona de Palmarito, en la que en otro tiempo se multiplicaron los cataclismos. Contemple ahora estos caracoles fosilizados: fueron hallados entre las rocas del río Momboy y corresponden a la edad devoniana. Los hay más antiguos aún, los llamados ordovicianos. Volviendo a las lutitas, recuerde que esta palabra viene de *lutum*, que en latín significa lodo. El lodo se va convirtiendo en roca y adquiriendo colores extraordinarios. Aquí tiene calizas azules y negras, cuarcita gris y lutita roja de la Sierra de Perijá.

Acariciando los trozos de roca, mientras míster Walter hablaba, José comenzó a soñar. Se sentía como descubierto, como revelado en su propia naturaleza igual que un trozo de piedra más. Mientras tanto la voz incisiva del extranjero golpeaba su mente con un ruido lejano y vehemente a un tiempo, como de berbequí y ventilador.

—¿Qué objeto tiene el laboratorio de geología en los estudios relacionados con el petróleo? —preguntaba el extraño maestro. Y él mismo se respondía—: Es el taller de la genial brujería. La magia de la ciencia o la magia convertida en ciencia a lo largo de siglos de experimentación sistemática. Hubo un momento en que el hombre se dio cuenta de que todo era natural y explicable en la vida, y desde entonces la historia encontró sus verdaderos caminos. Yo sé que a usted lo seduce la historia, pero para usted estas cosas siguen siendo un misterio... Todo eso que ven sus ojos (los ríos, los bosques, las rocas, los mares) le parece obra de magia o de un poder sobrenatural. ¿Por qué? Porque ignora el proceso... —bruscamente le asió por un brazo y

le plantó frente a un mapa de Venezuela—. Mire este mapa —le ordenó con imperio—. ¿Puede decirme qué representa?

—Venezuela —repuso José estremecido.

—Sí, Venezuela... Pero ¿cuál Venezuela? ¿Qué noción tiene usted de este país en el cual ha nacido, cuya historia tanto le apasiona y por cuyo futuro tanto se interesa? Venezuela no es más que un nombre ideado hace unos cuatrocientos años. Pero ¿qué fue lo que sugirió ese nombre? La vista de una laguna en la que había unos palafitos. Mire ahora este mapa. No es un mapa político, sino geológico. Estos colores nos muestran los cambios que ocurrieron en su país antes que lo llamaran pequeña Venecia. Un gran mar lo cubrió desde los Andes hasta la Sierra de Perijá durante los millones de años del Paleozoico. ¿Hasta dónde llegaba ese mar? Quizá hasta el Centro, hasta los llanos del Guárico, según indican las filitas halladas en El Baúl y los sedimentos poco metamorfoseados de Calabozo (es decir, allí donde se encuentran hoy las casas ruinosas de Roso Morales)... Pero estas piedras hablan un lenguaje distinto al de los ladrillos de Roso Morales, lo mismo que los indios arawacos y los caribes hablaron lenguajes distintos al nuestro. Ellas son las que nos cuentan la historia más vieja y la más verdadera. Lástima que sea tan costoso hacerlas hablar —tomó entonces un pedrusco en la mano y sus ojillos malignos relucieron como cuarcitas en las vitrinas de los anteojos—. Pero usted también puede hacerlas hablar... Sí, usted puede hacerlas hablar. Piense en las revoluciones que levantaron las rocas más profundas para formar las montañas de hoy y compárelas con eso que nuestros contemporáneos llaman revoluciones. Eso pudo ocurrir en el Mesozoico inferior. Las cuencas del mar se llenaron de sedimentos aluvionales de un color rojo, arrastrados por la erosión de las montañas del Paleozoico, y la tierra se preparó para un nuevo acto de su drama infinito. Más tarde se producirían nuevos levantamientos, estallarían nuevos volcanes y terremotos y las estratas

se replegarían nuevamente. Luego, la erosión volvería a su incesante tarea niveladora aplanando colinas y llenando valles, y de este modo, antes del Cretáceo, toda Venezuela quedaría convertida en llanuras...

Por la manera como Juan Moreno miraba a míster Walter, José comprendió que no era la vez primera que le oía hablar de estas cosas. Ya debía de saber el gigante dónde estaban entonces las perlas de Margarita.

—Durante el Cretáceo —continuó la fantástica evocación— la mitad del país, por lo menos, era un mar poco profundo. No había Andes ni cordilleras costeñas. El mar ganaba terreno hacia el sur y la costa corría paralela al escudo guayanés, que es la formación más antigua de Venezuela. ¿Hasta dónde avanzaron las aguas entonces? No lo sé con exactitud. Quizá hasta cerca del curso actual del río Orinoco. Lo cierto es que hubo grandes movimientos terráqueos y actividad ígnea hacia el nordeste (es decir, a lo largo de Margarita, Araya y Paria hasta las islas de Trinidad y Tobago), y que fue en esa época cuando comenzaron a formarse los geosinclinales o plegamientos en que habría de depositarse el petróleo.

Hubo una pausa. Míster Walter llenó un vaso de agua y a través de su fondo miró a José. Sus dedos nerviosos tamborilearon sobre el cristal del laboratorio, primero en forma muy suave y luego con un repicar más intenso, y al mismo tiempo su voz se dejó oír nuevamente cual si la fueran hinchando e inflamando por grados:

—Estallaban volcanes, volcanes y más volcanes... El plegamiento constante hacía que las tierras que estaban debajo del mar se levantaran para formar islas y cordilleras que los geólogos llaman anticlinales. Imagínese lo que pasaría dentro de la tierra mientras se producían esos tremendos espasmos. El fuego derretía las rocas y estas saltaban, giraban, danzaban. ¡Imagíneselo! El mar retrocedía hacia el norte y el occidente y

al mismo tiempo se formaba una faja angosta e inestable que, comenzando en lo que ahora es Barquisimeto y pasando por Araya y Paria, llegaba hasta Trinidad y aún más allá, hasta el Océano. Mientras tanto, seguía la gran danza.

Chillona, incisiva, en el paroxismo de su evocación milenaria, la voz de míster Walter reproducía en la imaginación de José la inolvidable de Ely Saúl. Sus palabras se expandían en su espíritu en un ecoico *crescendo* lleno de diabólicas semejanzas: «Esas líneas que cruzan el espacio ideal del cuadro forman un pentágrama en el que Arsenio, siguiendo fielmente mis instrucciones, ha pintado el *elan* musical intuitivo. Es preciso lograr una abstracción casi absoluta para captar esas vibraciones»...

Mientras tanto, a medida que hablaba, la diestra de míster Walter iba señalando en el mapa el curso del gran drama geológico. La siniestra, por su parte, no permanecía inactiva: se contraía y distendía, ondulaba, volaba, explotaba..., igual que la mano de Ely Saúl en el piano.

Momento hubo en que lo que José oía no eran palabras sino música, una música atroz y descoyuntada. El verbo implacable del extranjero pintaba el escenario sobre el cual había de desarrollarse después el drama humano de Venezuela. Las convulsiones se producían a lo largo de millones de años, que en sus labios duraban segundos. Las lutitas, las margas, las areniscas, las ostras, las formaciones calizas de fabulosas coloraciones, removidas por incesantes catástrofes, eran el coro de un demoniaco ballet en medio del cual se incubaban los grandes protagonistas de las edades futuras: el oro, la plata, las piedras preciosas, los combustivos hidrocarburos y sabe Dios cuántos otros diabólicos elementos de fuerza, de codicia y de destrucción. Al mismo tiempo sobre la haz de la tierra otros coros danzaban prefigurando el hábitat de los hombres futuros: la flora y la fauna del Terciario y el Cuaternario.

—Cuando dirigimos la vista hacia ese pasado —decía míster Walter— no podemos menos de sonreír ante la importancia que los hombres atribuyen a sus acciones... ¿De dónde vinieron los primeros pobladores de Venezuela? Sólo vagas hipótesis poseemos. Los caribes vencieron a los arawacos y los arrojaron hacia las regiones más áridas del país después de arrebatarles sus tierras y sus doncellas. Hace apenas cuatrocientos años (cuatro minutos, como quien dice) arribaron los españoles que aniquilaron a aquéllos y trajeron al negro. Hoy, nuevas razas afluyen de todas partes y nuevas combinaciones se operan... Una técnica poderosa arrebata a la tierra sus viejos secretos y los pone al servicio de una nueva cultura. Pero ¿cree usted, José o como se llame, que la gran danza ha terminado? ¿Cree que el monstruo ha sido domesticado?

Lanzó una carcajada punzante y concluyó golpeando el mapa con sus manos abiertas:

—¡Tonterías! Aún pueden transformarse, una y mil veces, los valles y las montañas.

8

Pero ¿quién diablos es míster Walter? —cavilaba José en los días que siguieron a la singular entrevista—. ¿Y por qué me habla a mí de estas cosas?

Tratando de comprenderlo, escribió cuanto pudo recordar de las palabras del extranjero y junto con estas dejó correr sus propias divagaciones. De este modo el relato de míster Walter quedó convertido en una conseja, en la que las grandes palabras desconocidas —Paleozoico, Mesozoico, Devoniano, Terciario, lutitas y tantas otras— adquirieron un brillo confuso y un valor impreciso, pero repleto de resonancias. Emancipadas así y animadas por sus propias reacciones, cada una de ellas moviose a su antojo en las perspectivas de su cerebro. Míster Walter le

parecía un ser prodigioso, el pastor de aquel gran rebaño de palabras deslumbradoras. El extranjero le había ofrecido hablarle también del hombre y él esperaba con avidez este maravilloso momento.

Al cuarto día apareció Juan Moreno en la tienda y pidió cigarrillos. Cuando él le atendió, el gigante le dijo en voz baja:

—Esta noche a las diez. Irás solo, pero procura que nadie te vea.

Y esa noche volvió a oír la palabra deslumbradora.

***

Lo mismo que la primera vez, míster Walter lo esperaba hundido en su butaca de cuero y con un libro sobre los muslos.

—¿Sabe qué estoy leyendo esta noche?

—No, no lo sé...

—Versos de Goethe. ¿Y conoce la música que estoy oyendo?

—Tampoco...

—La «Sinfonía inconclusa», de Schubert.

José tuvo un arranque de audacia:

—¿Es usted alemán, míster Walter?

—¿Por qué lo pregunta? También hablo inglés y francés e italiano... Y hasta un poco de ruso.

—No es eso lo que quiero saber...

—Ya lo sé. Pero ¿es que cree necesario que le conteste?

Siguió un silencio incómodo, que míster Walter rompió con su más aguda sonrisa:

—Esta noche vamos a hablar del petróleo, de su origen y de su historia.

—¿Y no vamos a hablar del hombre? Me lo había prometido...

—Hablar del petróleo es hablar del hombre.

Pasaron entonces al laboratorio. José se sentía defraudado por la ausencia de Juan Moreno. Míster Walter lo apuntó con el dedo:

—¿Sabe de dónde proviene el petróleo?

—Sí, algo sé de eso...

—No, usted no sabe nada; por eso está aquí en este momento... El petróleo proviene de la materia orgánica que hay en los sedimentos asociados con las rocas en las que se halla presente. ¿Sabe lo que es la materia orgánica? Bien, a esta conclusión se ha llegado por estudios químicos y microscópicos. Las arcillas obscuras y las calizas, que son materiales sedimentarios, pueden contener aproximadamente un cinco por ciento de materia orgánica. ¿Me va comprendiendo? Ujum... Las enormes masas de estos materiales, aun cuando la proporción de substancias orgánicas parezca pequeña, explican la gran cantidad de petróleo que se forma en ellas. ¿Tiene usted idea de cómo se formó ese petróleo?

Al formular esta interrogación los ojillos de míster Walter se iluminaron con una pequeña llama. Se sentía cual si él mismo hubiese creado el milagro en su propio laboratorio[32].

—Fundamentalmente —explicó— fue necesario que en el fondo del mar se depositaran fabulosas cantidades de minúsculos organismos que quedaron aprisionados en el limo del piso, y que posteriormente los materiales arrastrados desde lo alto de las montañas fueran cubriendo el enorme depósito, para que se produjera el fenómeno. Esos materiales se convirtieron en roca y su incalculable presión, obrando en armonía con una temperatura adecuada, realizó la transformación. Ya formado el petróleo, la presión subterránea debió de impulsarlo hacia ciertos lugares que, por su constitución, su porosidad y otras circunstancias también favorables, vinieron a ser los yacimientos del

32 El texto que va desde «¿Sabe usted lo que es la materia orgánica?» hasta «Se sentía cual si él mismo hubiese creado el milagro en su propio laboratorio» fue eliminado en la segunda edición.

mineral. Y ahí tiene usted explicado el hecho[33]. Esto debió de ocurrir cuando las perturbaciones y cataclismos formaron las montañas y los plegamientos subterráneos que los especialistas llaman articlinales y sinclinales. Las cavidades así formadas se llaman trampas...

—¿Trampas?

Sí, trampas: existen distintos tipos de trampas, según la conformación que la naturaleza les haya dado... Como le he dicho ya, la geología desempeña el papel principal en este negocio[34]. El geólogo estudia las rocas para conocer su formación, y con este propósito la geología se ha dividido en distintas especialidades: hay la estratigrafía, que estudia los materiales de la superficie terrestre, la tectónica, que se ocupa de los cambios producidos por los movimientos terráqueos, la vulcanología, la sismología, la geomorfología, la geofísica, la paleontología, la mineralogía, la petrografía y algunas otras... Ahora mismo comienza a desarrollarse una nueva especialidad, la paleobotánica, que se ocupa del estudio del polen vegetal depositado en el suelo en aquellas lejanas épocas.

José dio un respingo.

—¡El polen vegetal! ¿Es posible?

Míster Walter, con una sonrisa:

—Igual que si se tratara de las flores de la hija del chino. Ya ve cuánta poesía puede haber en este trabajo. El polen de flores desconocidas que el viento arrastró hace millones de años... ¿Novelesco, verdad? Pues bien, el paleobotánico anda en esta novela acompañado del paleontólogo, que estudia los restos de

33 En la segunda edición: «Y ahí tiene usted explicado ese hecho grandioso».

34 El texto que va desde «Las cavidades así formadas se llaman trampas...» hasta «la geología desempeña el papel principal en este negocio» fue eliminado en la segunda edición.

organismos un tiempo vivientes y que quedaron depositados en las formaciones sedimentarias.

—¿Y usted se ha ocupado de paleobotánica, míster Walter?

—Sí, un poco: por curiosidad, que no sé si llamar científica o solamente poética.

—¿Es usted poeta?

El extranjero quedó pensativo por un momento.

—¿Es que se puede desprender por completo la poesía de la ciencia?

Con la mano de míster Walter posada en su hombro, José estaba tembloroso, como en el dintel de un misterio antiguo. Sentía cual si le fuera a nacer un ala allí donde se posaba la blanca mano.

—La mayoría de los que se llaman científicos —prosiguió el extranjero— hacen esta innecesaria separación. Son espíritus secos que no miran más allá de sus libros. Créame usted, José: esos especialistas podrían llegar a ser excelentes creadores si no sintieran tal pánico por la palabra creación. Para crear, es necesario soñar.

9

—La confusión —decía momentos después míster Walter—, la desorientación y el concepto disparatado que se tiene aquí del petróleo, se deben a la ignorancia en que están todos respecto a él. Solamente saben que existe, que está ahí y que su explotación ha producido una sacudida en la economía y en la cultura del mundo moderno, pero ignoran qué ha sido y qué es el petróleo, cómo se formó, cómo se descubrió, cómo se usó al principio y cómo se usa en la actualidad. Si estuviéramos hablando de la historia de Grecia o de Roma, a usted le parecería mal que no nombrásemos a Júpiter y a Hércules, a Homero, a Virgilio, a la Victoria de Samotracia... En el petróleo hay también cosas

como ésas; lo malo es creer que hay sólo eso. Óigame usted, José, y compréndame: voy a hablarle de eso, pero es para que entienda mejor lo demás.

José asentía con movimientos de la cabeza, pero la verdad es que no comprendía. Míster Walter prosiguió de esta manera:

—El petróleo se conoce desde las épocas más lejanas: los hombres de las cavernas, el de Pekin, el de cromagnon, el de neardenthal pudieron ya usarlo para algo útil. El Arca de Noé fue calafateada y barnizada con petróleo; en la argamasa que se aplicó a la torre de Babel hubo petróleo; la cesta en que la hija del Faraón echó al Nilo a Moisés fue impermeabilizada con petróleo... Los babilonios, los egipcios, los persas y los hindúes emplearon esa substancia en su farmacopea para curar la lepra, las cataratas, el dolor de dientes. Los indios cénecas de Norteamérica, que no conocieron la cerámica, fabricaban para sus líquidos unas cestas revestidas con petróleo. En cierta época se conoció el petróleo con el nombre de aceite de céneca... Naturalmente tuvo también su aplicación militar: con él se hacía el terrible fuego griego que se usó antes de inventarse la pólvora y que tenía aplicación en los combates navales por medio de envases de barro. En la invasión del valle del Indo, Alejandro el Grande lanzó caballos veloces, cargados con vasijas inflamadas, contra los elefantes de guerra del enemigo. Algo más tarde, en las guerras del Medio Oriente, el petróleo se empleó para incendiar las fortalezas y las torres de madera. Por lo demás, la aplicación técnica del aceite se confundía en esos tiempos con la adoración religiosa: muchos pueblos de Asia rendían culto a los fuegos de los gases como signos de un poder sobrenatural. El culto de Zoroastro se originó en los campos petrolíferos de Bakú, en los cuales se construyeron templos para la adoración del fuego y se realizaron peregrinaciones solemnes. Las momias de los egipcios pobres eran preparadas con petróleo y algunos indios de Norteamérica taponaban con él los ojos de sus difuntos...

—¿Y aquí en Venezuela? —preguntó José fascinado.

—Aquí en Venezuela lo usaron los indios y más tarde los españoles para calafatear sus barcos, para encender el fuego y como medicina. Los piratas ingleses y franceses que venían al lago a buscarlo, era tanto el aprecio que le tenían que libraron combates para obtenerlo. Un doctor de ustedes, llamado Vargas, recetaba petróleo a principios del siglo pasado.

Míster Walter cargó su pipa y se paseó un momento en silencio.

Se detuvo frente a José y le mostró su reloj de pulsera[35]:

—Mire la hora, es medianoche. ¿Quiere que continuemos?

—Si usted no dispone otra cosa.

Cada uno de sus poros era un oído. Como el ruido de un tren que sale de una lejana estación, volvió a oírse la voz del sibilino extranjero. Y el film reanudó su secuencia.

—Desde principios del siglo XIX —explicó míster Walter— se inició el auge del petróleo como producto aplicado a la industria moderna. Ello vino con la invención de nuevos sistemas de alumbrado y con el uso de maquinarias que requerían mejores lubricantes. Hasta entonces la lubricación se hacía con aceite de ballena. En Escocia y Estados Unidos se fabricaron, en 1840, lámparas especialmente acondicionadas para quemar hulla y hubo que idear un procedimiento para destilar la hulla que había en el carbón de piedra. Eran tiempos en los que se practicaban grandes perforaciones para buscar agua y sal gema, y no pocas de esas perforaciones produjeron petróleo. El primero en organizar esta explotación, para obtener kerosene, fue el coronel Drake, en el estado de Pensilvania. La gasolina no tenía entonces aplicación y como era muy combustiva se la desechaba.

35 La segunda edición elimino desde «Aquí en Venezuela lo usaron los indios…» hasta «Se detuvo frente a José y le mostró su reloj de pulsera».

Esos son los comienzos de la moderna técnica petrolera. Al mismo tiempo que se construían nuevas máquinas para perforar los pozos, se usaba la radiestesia, o sea el palito zahori, para localizar los yacimientos. Pero aquello marchó con tal rapidez que poco después se inventaron los primeros aparatos de exploración y se fueron descubriendo otras aplicaciones del petróleo: las grasas, por ejemplo.

Al llegar a este punto míster Walter se paseó por el laboratorio como el tigre en su jaula, con la aguda nariz hacia el techo. Buscaba algo: una expresión, una palabra, un gesto.

De pronto halló lo que buscaba, pero en vez de explotar en una gran frase o un gran ademán, se acercó de puntillas y con el dedo extendido interrogó a su maravillado oyente:

—¿Sabe usted lo que pasó entonces? Un cataclismo: se inventó el motor de explosión. Ese fue el nuevo volcán. Desde aquel momento el petróleo se convirtió en el eje de nuestra vida y esta perdió su ritmo antiguo, su filosofía liberal y su dulzura poética...

José como hipnotizado:

—Una revolución...

Míster Walter agudo, tembloroso el hocico cabrío:

—Sí, algo que equivalía, en el orden moral, a las conmociones del Terciario. No es Venezuela la única que se ha visto perturbada y transformada por el petróleo, es el mundo todo. Con él han cambiado los sistemas de vida y de pensamiento, los elementos para la guerra y para la paz, los transportes, la riqueza, las distancias geográficas. Hasta con los alimentos y las telas de nuestros vestidos ha tenido que ver el petróleo.

José:

—Háble me de Venezuela...

Míster Walter:

—Venezuela, por el petróleo, pertenece como nunca al mundo. Usted tendrá que aprender idiomas...

José:

—Conozco un poquito de inglés: lo aprendí en el castillo...

Míster Walter:

—Y deshacerse de sus ideas individualistas...

José quedó pensativo, asfixiado por una losa de angustia. Mister Walter se puso a mirarle y su sonrisa se hizo más insidiosa:

—Usted quisiera conocer muchas cosas, ¿verdad? Todas las cosas que ignora de su país y del mundo... ¿Cómo piensa aprenderlas?

—No lo sé.

—Yo puedo enseñárselas, pero antes tiene usted que jurarme fidelidad...

—¿Fidelidad?... ¿Por qué?

—Porque es necesario. De otra manera no hablaré una palabra más.

—¿Y en qué consiste esa fidelidad?

—En obedecerme en todo cuanto le ordene.

Hubo una pausa tensa. José le miraba con los ojos anchos de sorpresa.

—¿Juan Moreno le ha jurado fidelidad?

—Sí, y muchos otros...

—Bueno, entonces yo también juro.

Al oír esto[36], míster Walter se acercó a la pared y puso su mano abierta sobre el mapa de Venezuela:

—Aquí tiene usted el mapa petrolero de su país. Mírelo bien y grábelo en su memoria. Es necesario que no lo olvide... Venezuela sobrenada en petróleo; posee cuatro grandes

36 El texto que va desde «pero antes tiene usted que jurarme fidelidad...» hasta «entonces yo también juro» fue suprimido de la segunda edición, y el enunciado narrativo que comienza «Al oír esto» fue cambiado por «Al decir esto».

depósitos que los especialistas llaman subcuencas. La del lago de Maracaibo, que abarca un área limitada al este por la cordillera de Siruma, al sur por la de Mérida y el Táchira y al oeste por la de Perijá y los montes de Oca, es un gran reservorio que se prolonga hasta la de Falcón, con la cual se confunde. Esta penetra a su vez en buena parte del estado Lara. La de Barinas abarca todo el estado Barinas y parte de Apure. La de Maturin, que es la más extensa, cubre los estados Monagas, Anzoátegui y Guárico en sus nueve décimas partes, y partes de Aragua y Sucre. Finalmente hay la cuenca de Cariaco que cubre el golfo de Cariaco hasta cerca de la isla de Margarita, por el nordeste, y parte del estado Miranda por el sudeste... No crea, sin embargo, que todo el petróleo que existe en esas vastas regiones (una cuarta parte del territorio llano de Venezuela) es comercialmente explotable. No. Su señalamiento quiere decir que se trata de terrenos típicamente petrolíferos. La subcuenca del lago de Maracaibo, que fue la primera y más intensamente explotada, lo ha sido aproximadamente en una quinta parte de su territorio, o sea en la costa oriental (donde estamos ahora), en la noroccidental y en la meridional. Los terrenos más prolíficos en aceite son los más pobres en vegetación. Fíjese usted y no lo olvide: al oriente del lago, todo el territorio que va desde Santa Rita hasta Mene Grande y donde están los campos de La Salina, Cabimas, La Rosa, Punta Benítez, Tía Juana, Lagunillas, Pueblo Viejo, Bachaquero, Misoa y el propio Mene Grande, que es el más famoso de todos por haber sido el primero donde se extrajo el aceite en cantidades comerciales...[37] El lago, José, está lleno de petróleo. En algunas regiones, para llegar hasta él, hubo que destruir a los indios, pero ya nadie se acuerda de eso.

37 El texto que va desde «Fíjese usted» hasta «el aceite en cantidades comerciales...» fue suprimido en la segunda edición.

10

Los que siguieron fueron, para José, días de sonambulismo. Su vida fue casi la de un autómata manejado a distancia por míster Walter, a quien visitaba ahora todas las noches para oírle aquellas revelaciones que llenaban su mente de brumas maravillosas. El extranjero le había permitido llevar algún libro para que pudiera leerlo en las horas de quietud de la tienda, y de esta manera llegó a conocer a Depons, a Humboldt, Codazzi y otros autores de historia y de geografía venezolanas, cuyos nombres fueron para él, hasta entonces, como fórmulas de un misterioso sistema de brujería. En Depons halló este pasaje que le hizo temblar cual si hubiese descubierto un continente perdido: «Al nordeste del lago, en la parte más estéril de sus riberas, y en un lugar llamado Mene, existe un depósito inagotable de pez mineral que es el verdadero pisafalto natural (*pix-montana*). Esta pez mezclada con sebo sirve para embrear los navíos. Los vapores bituminosos que surgen del centro de esta mina, se inflaman tan fácilmente al aire, que durante la noche se ven sin cesar fuegos fosfóricos que hacen el efecto de relámpagos. Se ha observado que son más continuos en los grandes calores que en los tiempos frescos. Se les llama "Faro de Maracaibo", porque sirven de faro y de brújula a los españoles y a los indios que navegan sobre el lago sin instrumentos y sin aguja náutica, y los cuales no tienen otro punto de referencia que el sol durante el día, y en la noche estas luces que la Naturaleza parece mantener expresamente para proteger y asegurar la navegación, cuyo éxito no tiene más garantía que la rutina». Cuando le habló de esto a míster Walter, el extranjero sonrió y le dijo que más de dos siglos antes que Depons unos gobernantes de Maracaibo habían hablado ya de aquellas fuentes bituminosas. Entonces le reveló que la primera concesión petrolera venezolana fue la otorgada en 1864 a un señor Manuel Olavarría, en el estado oriental de Nueva Andalucía, sin

resultados prácticos[38]. Catorce años después Manuel Antonio Pulido formaba la compañía petrolera del Táchira, la cual produjo un asfalto natural apto para ser aplicado a la pavimentación de calles y carreteras. En 1905 una empresa francesa, la *Val de Travels*, exploraba sin éxito en el oriente, y en el mismo año otra, norteamericana, extrajo en Guanoco asfalto y petróleo pesado. Ya para esta época exploraban en la zona oriental la *Caribbean* y la *British Petroleum*, mas como no obtuvieron resultados satisfactorios, la primera de ellas se trasladó al lago de Maracaibo en 1913. Y fue entonces cuando estalló la revelación venezolana en los mismos lugares que mencionaba Depons. A partir de esa época el gran depósito petrolero oculto bajo el suelo de Venezuela abrió generosamente todas sus bocas. La producción, que en 1917 fue de 18.000 toneladas métricas, en 1931 pasaba de diez y siete millones de toneladas. En 1922 reventó el famoso pozo Barroso Número 4, en La Rosa, el cual produjo cien mil barriles diarios durante diez días[39]. Fue este el que atrajo las miradas del mundo hacia el joven país y canalizó una formidable corriente de todas las razas. La palabra *mene* se hizo internacional. Hoy los campos de Venezuela producen cien variedades de aceite crudo, el cuarenta por ciento de ellas de base nafténica y el sesenta de base media. Lo hay también de base parafínica.

---

38 La concesión a Olavarría fue en el año 1864 y no fue la primera. Hasta donde se sabe, la primera concesión para la explotación de hidrocarburos fue la otorgada a D.B. Heyller para la explotación de asfalto. Sin embargo, la primera concesión otorgada explícitamente para la explotación petrolera fue la de Camilo Farrand en 1865, la cual caducó en febrero de 1866, justo el mes que se otorgaron las concesiones a Manuel Olavarría y a Pascual Casanova. Esta última caducó en 1881 sin entrar en operaciones (ver «Concesiones de hidrocarburos» en Diccionario de historia de Venezuela. Fundación Empresas Polar, 1997).

39 Ver nota 28.

***

Acerca de los aspectos técnicos de la explotación petrolera habló míster Walter en las sesiones siguientes. Ya conocía José lo que era el petróleo crudo, esa substancia negra y pesada que se ha formado en los senos de la tierra, pero ¿qué sabía de su contenido? El petróleo llamado crudo es en realidad una mezcla de diversos aceites minerales que reciben el nombre genérico de hidrocarburos, a causa de que sus moléculas están formadas por hidrógeno y carbono (a veces contienen también sulfuro y otros ingredientes poco deseables para la industria). La variedad de los hidrocarburos comprende tipos de aceites que van desde el asfalto grueso o cera sólida hasta las substancias más volátiles como son las que se encuentran en la gasolina y en ciertos gases como el propano, el butano y algunos que suelen presentarse en forma líquida según las presiones a que están sometidos en el subsuelo. Hay casos en los que el contenido de un pozo es tan volátil que al salir a la superficie se gasifica. Es lo que ocurre en cierto modo con los mechurrios. Los mechurrios son escapes de gas abiertos adrede para defender los depósitos, y se les prende fuego para evitar la saturación de la atmósfera.

También explicó míster Walter qué es la refinación del petróleo, o sea lo que se llama en inglés *craking* (romper), operación que se logra mediante el calor gradual que evapora primero los hidrocarburos más livianos y luego los más pesados. Los crudos pesados, que constituyen el 60 por 100 de la producción venezolana, se utilizan como fuentes de combustoleos residuales; los medios, que sólo representan el 13 por 100, se usan de preferencia en la fabricación de asfaltos, aceites lubricantes y ceras; y los livianos, que forman el 27 por 100, proporcionan la gasolina, los combustibles para alumbrado y los llamados aceites diesel; además producen aceites para motores y también ceras y asfaltos.

—No creo del todo inútil que usted conozca estos pormenores, aunque no vaya a convertirse en un técnico petrolero. Chúo Romero, a quien acompañamos hace pocos días al cementerio, fue una víctima de la técnica. La de perforación, particularmente, ha sido complicada y costosa, y su evolución revela la importancia que tiene el petróleo en nuestro tiempo. El procedimiento de percusión representó un paso de avance en la época del coronel Drake, pero los problemas que había que vencer para buscar el aceite no eran los mismos que para el agua. Hubo que perforar cada vez a mayores profundidades y vencer la resistencia de los distintos tipos de roca. Para evitar que los pozos se llenaran de agua se introducían, a medida que la perforación avanzaba, grandes rosarios de tubería que se revestían después con cemento. Como en las zonas geológicas más jóvenes la roca es más blanda, surgió el problema de los derrumbes subterráneos. Esto determinó la invención del sistema rotatorio, en el que la mecha gira y corta la piedra unida a una sarta de tubos que van penetrando con ella. Para limpiar el hueco y lubrificar la mecha se utilizó un lodo especial cuya presión evita, a la vez, que las paredes del hueco se derrumben. Pero el nuevo sistema trajo un nuevo problema: la perforación solía entonces desviarse en su trayectoria debido a la torsión de la tubería y esto creaba el peligro de las erupciones de lodo. Fue para evitar estas contingencias que el coronel Whittier inventó un nuevo tipo de rosca capaz de facilitar la rápida rectificación de las uniones entre los tubos. Necesariamente las mechas han sido objeto de substanciales modificaciones: después que se aplicó el tipo de revestimiento duro vino la mecha para roca, que consiste en un juego de engranajes trituradores. Por último, se introdujo la de diamante especial para cierta clase de roca. Al lodo se le

añade barita pulverizada con el objeto de hacerlo más denso y aumentar su presión mientras se perfora.[40]

***

Una de aquellas noches, míster Walter dijo a José.

—Le he contado todas estas cosas para que sepa qué representa exactamente el petróleo. Es la clave de nuestra civilización y del poderío de las naciones, es el avión, el automóvil, la motonave, el ferrocarril. Comprenderá usted que en condiciones semejantes el país que contenga petróleo no puede evadir su destino. Pero aún existe un aspecto de este problema que debe usted conocer y que no soy yo quien ha de explicárselo. Por razones muy especiales, de esto se encargará un compatriota de usted.

40 Este apartado fue eliminado de la segunda edición.

Jornada segunda

1

«Qué buscará este pájaro por aquí? —se había preguntado Roso Morales. Y luego—: «Sea lo que fuere, hay que tenerlo a una vista».

El hosco silencio de Severo Chacón, su extraña manera de mirar a las gentes y la forma enigmática de conducirse, polarizaba hacia él la desconfianza del vecindario. A poco los parroquianos de Roso Morales se hacían la misma pregunta: «¿Qué hace aquí este mosquito?»

Fijo como un cronómetro, una vez que los chicos abandonaban la escuela llegaba Chacón a la tienda y se instalaba en una esquina del mostrador. A veces pedía un bollo de pan y un trozo de queso y se ponía a comerlos sentado en un taburete. Esto último aligeró la tensión.

—Viene a comer aquí —conjeturó Roso Morales— porque es más barato. Hay que conocer a estos tipos. A lo mejor está enterrando la plata.

Pero a José no le satisfizo esta hipótesis. Pasaron días sin que las cosas cambiaran. El mismo, sin saber bien por qué, se abstuvo de ciertas conversaciones y dejó de salir por las noches. Desconcertado por la ausencia de Juan Moreno y por el silencio de míster Walter, su única válvula mental eran los libros que el extranjero le había facilitado y en cuya lectura buscaba

afanosamente un nuevo camino. ¿Qué hacía míster Walter en tanto? ¿Y Juan Moreno? ¿Por qué callaban los dos? En definitiva, ¿qué demonios estaba ocurriendo y por qué se habían interrumpido las sesiones nocturnas?

Una de aquellas noches, cuando todo era silencio en Campo Escondido, se lanzó de la hamaca y fue hacia la puerta. Al abrirla oyó la voz de Roso que lo interrogaba desde su cuarto:

—¿Vas a salir a estas horas?

—Sí —respondió—, voy a dar una vuelta. No puedo dormir con este calor.

—Es más de la una...

—No importa, vuelvo en seguida.

Oyó entonces a su patrón ponerse de pies y venir hacia él, y le vio aparecer en calzoncillos y con el voluminoso abdomen desnudo. Juntos se asomaron a la puerta y se pusieron a mirar a la calle. Era noche cerrada, pero la luz de unos amarillentos bombillos formaba charcas a trechos irregulares. Roso elevó los brazos y se desperezó bostezando:

—Yo tampoco puedo dormir. Este calor es para demonios. ¿No sientes algo pesado en el aire?

Miró José hacia la casa de Carpio y la vio a obscuras como las otras. Ya no estaba allí la sombra de Chinca confundida con la de su máquina. ¿Estaría en la oficina con míster Epi? ¿Y Ludwina? ¿Qué hacía Ludwina en aquel instante?

Durante un minuto ambos permanecieron callados. De pronto dijo José:

—Usted tiene razón. ¿Qué voy a hacer por ahí a estas horas?

—Me alegra que lo comprendas —repuso Roso Morales—, En tu hamaca no estorbas a nadie. En cambio, en la calle... He oído decir que las cosas no andan muy bien... En Maracaibo y que han hecho unos presos. ¿Sabes tú lo que son comunistas?

—¿Comunistas? ¿Quién le ha contado eso?

—Se lo oí a Polo Bermúdez... Siempre está enterado de todo.

—Es otro mosquito... igual que Chacón.

—Pero... ¿sabes lo que son comunistas?

—No. ¿Por qué debo saberlo?

Cuando volvió a su hamaca registró su bolsillo y se puso a releer un breve billete que le había entregado días antes uno de los hijos de Carpio, el llamado Anfiarao: *No vaya a la casa de M. W. hasta nuevo aviso. Tampoco a la de J. M. Tenga mucha prudencia*. Y con esto reanudó sus cavilaciones.

Pero a la mañana siguiente, cuando su tensión se acercaba a una crisis, volvió a parecer Anfiarao. Esta noche —decía el nuevo billete— a las 10 donde mismo. Rompa este papelito. El corazón le saltó en el pecho.

***

—Le tengo una interesante sorpresa —lo saludó míster Walter, estrechando su mano—. Venga conmigo.

Esta vez no se detuvieron en el laboratorio. Abierta una puerta interior, los dos se encontraron en una alcoba en la que había una cama de hierro con mosquitero y en cuyo recinto dialogaban discretamente un hombre y una mujer que se pusieron de pies cuando ellos entraron.

—¡Ludwina !—dijo José sorprendido.

—Sí, soy Ludwina. ¿Le extraña encontrarme aquí?

El que la acompañaba era un tipo cetrino, con el cráneo rapado a máquina y un bigote mogólico que le caía a los lados de la boca.

—Ludwina —se apresuró a explicar míster Walter— es mi ayudante, usted lo sabe, José; pero es también nuestra amiga y nos ha sido muy útil en nuestra empresa.

—¿Fue ella quien me escribió los dos papelitos?

—Sí, y también quien avisó a este amigo para que viniera esta noche. ¿Recuerda a este amigo, José? Es un conocido suyo.

Él lo miró, pero no lo reconoció. Con un aire un si es no es petulante, el singular personaje vestía un liquilique de dril casi harapiento y sonreía con unos ojillos achinados e inquietos.

—¿De veras no me reconoces? Anda, haz memoria.

Inútil empeño. Aquel rostro huesudo, aquel bigote chorreado y aquellos ojos febriles nada decían a José.

—¡Qué buen fisonomista eres! —insistía el desconocido con un tono burlón—. No ha pasado tanto tiempo desde que estuvimos juntos.

—Bueno —terció entonces Ludwina con impaciencia—, ¿por qué no se lo dice de una vez? Aunque estuviéramos aquí toda la noche él no lo reconocería.

—¿El castillo? —arriesgó José ya un poco amoscado.

—Caliente, caliente...

—¿Estudiante?

—No precisamente estudiante: estuve junto con ellos lo mismo que tú. Soy Palmenio Martínez.

—¡Palmenio Martínez! Es cierto, ahora lo recuerdo.

Lo dijo sin entusiasmo, e inmediatamente reconstruyó su figura tal como le viera en el foso: flaco y ensimismado, siempre armado de un lápiz con el cual escribía misteriosas cuartillas que a nadie mostraba. Automáticamente evocó también a Trabuco con su truculenta ironía: «Ruéguele a Dios que nuestro país no caiga en manos de un tipo como este Palmenio, a quien han mandado aquí por demócrata».

—¿Estoy muy cambiado, verdad? —preguntaba en tanto Martínez con petulancia. Y añadía—: A esto debo el haber podido escapar de las garras de los tiranos.

—Sí, muy cambiado.

De reojo miraba José a Ludwina y se preguntaba cómo había conocido al extraño sujeto. ¿Era acaso su amiga? ¿De dónde? ¿De cuándo? No había vuelto a ver a la joven después del velatorio de Chúo Romero, y ahora la hallaba más reticente,

más agresiva y sarcástica. Semejante comprobación le produjo una cólera sorda, que se movió en sus entrañas como un ciempiés. Palmenio debió de adivinarlo por la pregunta que hizo a continuación:

—¿Quieres saber desde cuándo conozco a Ludwina? Pregúntale a Juan Moreno.

—¿Por qué a Juan Moreno?

—Porque fue él quien nos presentó. Desde que regresé de Colombia he estado escondido en esta comarca y sólo ellos y míster Walter saben dónde encontrarme. Ludwina es una gran camarada.

¡Camarada! Ahora lo recordaba igualmente. Este era el título que se daban algunos de los presos en el castillo. ¿Y míster Walter y Juan Moreno eran también camaradas? Se volvió hacia el extranjero y advirtió la misma sonrisa en su agudo hocico cabrío.

—El señor Martínez —aclaró éste— es la persona de quien le hablé la otra noche. ¿Recuerda lo que le dije entonces, José? Él va a explicar cosas que usted debe saber —hizo una pausa y añadió con un tonillo de lástima—: Ya sé que está usted malhumorado, pero no tiene razón. Piénselo bien y trate de comprender. No podíamos hablarle de ciertas cosas hasta no estar seguros de usted. El señor Martínez ha regresado al país, desafiando graves peligros, porque tiene una importante misión que cumplir. Ludwina es la compañera de más confianza que poseemos, por eso supo estas cosas antes que usted...

—¿Y qué tiene él que ver conmigo? —reprochó entonces Ludwina con aspereza—. ¿Por qué hay que explicarle lo que yo hago?

—Porque es también de los nuestros— zanjó míster Walter.

Pero José reaccionó con violencia:

—Nada tengo que ver con usted, es verdad. Ni con nadie. Estoy aquí porque me invitaron —y atolondradamente registró

su bolsillo—. Aquí cargo la prueba, mírela. Estos papeles los escribió usted.

—¿Tiene usted todavía esos papeles? —censuró entonces Mister Walter cambiando de tono—. ¿Por qué no los ha destruido? Rómpalos en seguida.

Hubo un silencio ingrato. José miró al extranjero desconcertado, y sin decir nuevas palabras hizo pedazos los pequeños billetes.

—Siéntese —añadió aquél a renglón seguido— y preste atención a lo que va decir el señor Martínez.

Y José obedeció en silencio.

—Cualquiera diría —bromeó Palmenio— que estás enamorado de ella.

Ludwina rio secamente.

—Por favor —reconvino aún míster Walter—, eso no nos interesa. ¿Quieren tomar un poco de whisky?

Palmenio y Ludwina dijeron que no. José quedó silencioso. El extranjero reasumió entonces su tono amable y se puso a elogiar el disfraz del primero:

—Es excelente —afirmó—. Si José no ha podido reconocerlo, tampoco lo reconocería Roso Morales.

—¿Roso Morales? ¿Qué tiene que ver en esto Roso Morales?

Esta pregunta la hizo José, cuya sorpresa le impulsó a romper su silencio.

—Nada —explicó Palmenio—, nada tiene que ver con esto Roso Morales. Hace casi un año pasé por aquí fugitivo y fue él quien me socorrió... Eso es todo.

—¿Fue usted, entonces...?

—Sí... ¿Lo sabías?

—Soy empleado de Roso Morales. Él me contó el episodio... sin nombrarlo, claro. Él no sabe quién es usted.

—Menos mal... Gracias a Roso Morales pude llegar a Colombia...

—De eso es que vamos a hablar —precisó míster Walter quien, volviéndose hacia Palmenio, sugirió—. Vamos, cuéntenos su aventura... Dígale al camarada José cómo pudo escapar del país.

Replegándose en un silencio sarcástico, durante algunos segundos Palmenio pareció meditar. Luego habló con su acostumbrada ironía:

—¿Cómo pude escapar? Unas veces a pie y otras caminando... Supongo que tuve suerte, pues al siguiente día de haber salido de aquí me topé con un mestizo apodado «el Caimán» que iba huyendo también y que se mostró muy contento de encontrar compañero. Me confesó que había matado a un hombre por celos, pero yo creo que fue por robarlo... Llevaba dinero.

2

Palmenio —y José tuvo que reconocerlo— era un buen narrador. Su relato llegó a hacerse ameno e incluso apasionante en algunos pasajes. Mientras anduvo solo —esto es, antes de unirse con el Caimán— un mapa del Zulia que llevaba consigo le sirvió para orientarse en su ruta. Marchó escondido entre la manigua, pero procurando no alejarse de las riberas del lago. El machete que le había dado Roso Morales le comunicaba cierto valor. Es asombroso —dijo— cómo se afinan los sentidos del hombre que huye para salvar el pellejo. Los conucos, que no escasean en aquellos lugares, a pesar de la aridez y dureza del suelo, le fueron muy útiles porque los toscos y miserables agricultores son generosos con sus productos. Yuca, maíz, conejos grises y flacos y tortolitas jabadas, son sus alimentos de todos los días; pero también comen iguanas, rabipelados, morrocoyes y hasta ciertas serpientes. Como recurso industrial crían chivos y queman carbón de leña que van a vender a los pueblos. El agua potable, tan escasa en aquella región del lago, la producen las lluvias

inciertas y se deposita en jagüeyes, huecos abiertos en la áspera arcilla erosionada. Al principio, el fugitivo sintió asco por aquel líquido hediondo, cubierto de boras verdes y mezclado con cagarrutas de chivo, pero a poco andar lo bebía con avidez porque la sed no sabe de ascos.

Su encuentro con el Caimán ocurrió a la altura de Los Ahorcados, un poblacho de la costa lacustre. Trabado el conocimiento y mancomunados los intereses, siguieron costeando y dejaron atrás Pueblo Viejo, Bachaquero, El Coquito y Punta Misoa. Cerca de esta última aldea está San Timoteo y un poco más lejos San Lorenzo, puerto del campo petrolero de Mene Grande, en cuya cercanía desemboca el río Motatán. Hay mucha gente, mucho aceite, mucho tráfico terrestre y acuático en aquella grasienta comarca. Más hacia el sur se cruza el río Barna próximo a Ceuta, y más allá aún se ven Tomoporo y Moporo, dos comunidades de palafitos de cuya existencia dan cuenta los antiguos cronistas de la Conquista. Por allí corre la frontera entre los estados Zulia y Trujillo. Pero como ellos no iban hacia Trujillo, sino hacia el fondo del lago, donde los esperaba la libertad, en tal dirección siguieron sin detenerse.

No ocultaba Palmenio la admiración que le había producido la audacia de su compañero el Caimán, a cuyo valor atribuía buena parte del éxito de la empresa. Él era la inteligencia; el Caimán, la bravura, el nervio y la astucia del animal montaraz que se siente feliz en contacto con la Naturaleza. Como en San Lorenzo hay siempre piraguas que transportan los frutos del suelo. El Caimán se las ingenió para que un piragüero los llevara a Bobures. Y a Bobures llegaron. Y de Bobures siguieron a Palmarito cruzando antes el río Bisavo. ¡Qué noches aquéllas! Palmenio confesaba que de buena gana se hubiese quedado allí, en medio de la salvaje naturaleza, alumbrado por los «ramalazos» del faro del Catatumbo, si el miedo a la muerte no lo hubiese impulsado a seguir huyendo. Siguieron, pues, adelante,

y en Santa María, adonde fueron después, hallaron otra piragua que los condujo hasta la boca del río Escalante. Allí le fue posible admirar en toda su esplendidez el famoso Relámpago. ¿Qué causas producen este fenómeno? Palmenio no lo sabía. Puede ser la evaporación, pueden ser las corrientes térmicas de la atmósfera, puede ser el petróleo, o quizá todo esto junto. Lo cierto es que, contemplando tal maravilla, el fugitivo sintiose de nuevo poeta; sin embargo, tuvo bastante fuerza de voluntad para recordar que su destino había cambiado substancialmente. Ahora era un revolucionario y de su libertad dependía la vida de Venezuela.

¿La vida de Venezuela? José quedó sorprendido. ¿En qué consiste la vida de una nación y en qué proporción puede depender de la de un individuo? En aquel momento, sin poderlo evitar, el mozo abandonó el hilo del relato que hasta entonces lo había mantenido pendiente de la voz de Palmenio, y se puso a vagar por su cuenta. Recordó al viejo orador zuliano: «El Zulia entre la noche relampaguea», y revivió las veladas de su propia niñez cuando en compañía de su abuelo contemplaba la gran sierpe de luz exasperada contra las sombras del lago. ¿Qué habría hecho él en el lugar de Palmenio? Quizá se hubiese quedado allí y le hubiesen echado el guante.

Pero Palmenio, que ya no era poeta sino revolucionario, actuó con cordura. Prosiguió su periplo en compañía de el Caimán y de *La Solita*, bordeando las aguas del Escalante, pasó a La Rivera, en las proximidades de San Carlos de Zulia. Esa fue quizá la etapa más ruda del viaje, la más angustiosa y desesperante, en una región selvática donde abundan las ciénagas infestadas de cocodrilos y las enormes serpientes. Los mosquitos les sorbían la sangre y los ruidos nocturnos los divorciaban del sueño. A Palmenio lo consumieron las fiebres y se le llagaron las piernas. Pero el Caimán era un hombre de acero, y cargó con él. Un negro de aquellas costas fue entonces su providencia:

los metió en un vagón del pequeño ferrocarril que bordea el río Zulia y de esta manera pudieron llegar hasta Valderrama. De allí a Los Manueles y luego a Casigua; el camino fue relativamente fácil. Palmenio afirmaba que si él creyera en estatuas propondría erigirle una a el Caimán. Aquel obscuro asesino le había salvado la vida. Casigua fue para ellos como una estación de reposo. Poseídos ya por una conciencia de lucha, los obreros los acogieron y alimentaron. Ocho días después marchaban hacia el final del inmenso viaje, en medio de una naturaleza imponente. A unos doce kilómetros de aquel lugar de la selva zuliana está la frontera entre Venezuela y Colombia, formada por una línea salvaje que atraviesa un nudo de ríos. El lugar donde se embarcaron para pasar al vecino país se llama Tres Bocas, porque en él confluyen el río Nuevo y el río Tibú. Ya en Colombia, desaparecido el temor y provistos de recursos que les enviaban los camaradas de Barranquilla, todo fue a pedir de boca. El Caimán siguió con Palmenio, y resultó un camarada excelente.

3

Aquello, en efecto, significaba la libertad y la vida. Sin embargo, una obscura melancolía veló la voz de Palmenio al recordar los momentos finales de su aventura. Ahora la selva le parecía hermosa, profunda y cálida como una amante de los años maduros. Su enorme extensión abarca un territorio bajo y anegadizo, por el que corren unos ríos amarillentos. Está habitada por una fauna rica y violenta. Hay árboles gigantescos, de tallos rectos, palmas y frutales silvestres. Los trabajos del petróleo se iniciaron allí en 1925, y puede afirmarse que el esfuerzo de los trabajadores de hoy no es inferior al de los compañeros de Alfinger cuatro siglos atrás. Fue en esas regiones, precisamente, en las que hombres del capitán Bascona tuvieron que matar a unos indios cargueros para comérselos. Y algo más abajo donde el propio Alfinger

quedó atravesado por una flecha. Desde entonces los motilones han defendido su mundo con indomable fiereza. Son fornidos y ágiles como leopardos y se orientan por un instinto infalible. Su puntería es prodigiosa, increíble su precisión en el cálculo para los disparos en curva. De un solo flechazo atraviesan a un colibrí en pleno vuelo. Sus arcos y las puntas de sus flechas están fabricados de macana —una madera de palma, negra y templada como el acero—, pero suelen usar también trozos de hierro y láminas de cuchillos.

En Casigua los fugitivos conocieron a Isidro Bravo, un vigilante de la compañía petrolera que casi convivió con los indios. Cierta noche en que Isidro se hallaba en su rancho —en el que había almacenados cuchillos, machetes, hachas, escardillas y otros instrumentos agrícolas— vio entrar de repente a un grupo de motilones, y pensó que su última hora había llegado con ellos. No fue así, sin embargo. Sin hacerle daño, sin volverse a mirarlo siquiera, los indios pasaron junto a él uno en pos de otro, y cargaron con todos sus instrumentos. Pero lo más asombroso fue que en lugar de las herramientas dejaron frutos: yuca, maíz y plátanos, una lapa y dos patos muertos. Era una lección admirable. Ellos no eran unos vulgares ladrones. Se llevaban aquellas cosas porque representaban un progreso en la historia del cultivo del suelo, pero pagaban por ellas un justo precio. Si Isidro Bravo no hubiese tenido miedo y, sobre todo, si no hubiese estado ligado al petróleo, habría podido ser el iniciador de un bello capítulo histórico, él de la conciliación de los motilones con el mundo civilizado.

Profunda emoción produjo en José esta evocación de Palmenio Martínez. No así en míster Walter, quien hizo un ademán de impaciencia e interrumpió al narrador:

—Eso es muy hermoso, sin duda, pero lo encuentro un poco confuso. Usted está todavía impregnado de cierto sentimentalismo. Hace falta más método en la precisión de los datos. Yo puedo

hablar de esas mismas tierras con menos detalles superfluos. La región del lago zuliano se divide en dos subregiones: seca y árida la del norte; húmeda y fértil la del sur. Cada subregión posee distintas características. La seca está separada de la húmeda por la isoyeta de los mil metros. Hay que distinguir, además, la parte oriental de la occidental. Usted nos está hablando únicamente de la oriental. Por el norte, la divisoria entre una y otra son las aguas del golfo de Venezuela, la bahía del Tablazo y el lago mismo. Por el sur, el río Catatumbo. Usted no llegó sino al Escalante, pero conoció las interesantes tierras mesopotámicas que se extienden desde Perijá hasta cerca de Palmarito. ¿Por qué no lo dice sencillamente? Es una región sedimentaria, pantanosa y cruzada por muchos ríos, unos grandes y otros pequeños. Estos ríos bajan de los Andes.

—Cierto —repuso Palmenio sorprendido y molesto por la inesperada censura—; la diferencia está, sin embargo, en que usted conoce esas tierras teóricamente y yo he estado en ellas; he visto crecer los ríos que no figuran en los mapas y cuyos nombres no se recuerdan después. En esos ríos hay cocodrilos y paludismo; en la selva hay serpientes, tatucas, moscas de arenal y gusanos cuyas picaduras causan la muerte. Y hay, sobre todo, la desesperación y la angustia. Yo preguntaba los nombres de los árboles y los montunos me contestaban: jabillo, bucare peonío, caimito... Entonces, para vencer el terror, me ponía a recordar los nombres científicos que aprendí cuando era poeta: *Hura crepitans*, *Eritrina corallodendron*, *Chrysopyllum*. Encontré el Palo de Vaca, de que habla Humboldt, y recordé que pertenece a la familia de los zapotes. ¿Sabe usted que en el Zulia existe un refrán popular que dice: «Lo que Natura no da, zapote mamey»? Esto quiere decir que lo que no nace con uno es inútil buscarlo por fuera.

En aquel momento José sintió simpatía por Palmenio Martínez. Recordó su lectura de Codazzi (el libro se lo facilitó

míster Walter) y vio al lago como una guitarra. Del choque entre el criollo y el extranjero surgía para él una imagen desconocida. La geografía le produjo siempre una idea vaga y desconcertante, de magia y de capricho celeste. Sobre los colores del mapa, cruzado por las venas tortuosas de los ríos y los caminos y abullonado por los relieves de las montañas, vio mezclarse la realidad con la fábula. En esa mezcla residía la fuerza del hombre. Pero las palabras que pronunció míster Walter para replicar a Palmenio lo llenaron de nuevo de desconcierto:

—Es la realidad —dijo el extranjero con su tono más gélido— y no los prejuicios que uno se forme de ella, la que produce la emoción del artista. Dice usted que yo no conozco esas tierras sino teóricamente. Está en un error. Las conozco mejor que usted porque he vivido en ellas y hecho su estudio. He recorrido la sierra de Perijá hasta el Valledupar, donde estuvo también Alfinger, y hasta los Montes de Oca. Conozco la Guajira en casi toda su extensión. Mirando hacia el sur he estado en El Rosario, en San Ignacio, en el Palmar, en Las Múcuras, en Las Tumbas, en Villa Vieja, en Las Piedras; esto sin hablar de esas poblaciones (La Concepción, Sibucara, La Paz) que rodean a Maracaibo y en las que se ha hallado petróleo explotable. Más hacia el sur aún he visitado Río de Oro, El Pilar, El Ceibo, a orillas de los mil ríos y los mil caños. Conozco Casigua como mis manos, porque pasé allí cuatro meses haciendo trabajos de laboratorio. Son tierras excelentes para la ganadería y la agricultura. En los bosques abundan las maderas de construcción... Esto era cuanto quería decir. Continúe usted, se lo ruego.

4

Durante la extensa narración de Palmenio, Ludwina no había despegado los labios. Su mirada, empero, espiaba la de José, atenta a sus más insignificantes reacciones. Era un sugestivo

espectáculo. Un calidoscopio de sentimientos que se revelaban en las pupilas del neófito con ingenuidad tumultuosa. Nada podía ser tan confuso e ininteligible para él como las ideas de aquellos seres –hombres y mujeres de distintos países– con los cuales el fugitivo de Venezuela entró a convivir una vez que puso su planta en Colombia.

Lo que más le chocó en la nueva etapa del relato fue el acento sectario, dogmático y rencoroso que resonaba en la voz de Palmenio. Del jefe del movimiento al cual se afilió –un tal «Hígado»– hablaba con un estudiado fervor tras el cual se ocultaban obscuras reservas que parecían destinadas a limitar las fronteras de su instinto político y el alcance de sus conocimientos históricos. Ese líder a quien Palmenio no mencionó en ningún momento por su nombre de pila, sino por sus distintos seudónimos, había sido estudiante universitario en Caracas y había participado en primera línea en las luchas del año 28, mas, astuto como una vulpeja, siempre logró escapar a la policía. Cuatro años llevaba en el extranjero y su actividad había bastado para poner en consternación a tres o cuatro países de la región del Caribe. Era agitador por naturaleza. Había actuado primero en el *Paco*[41] –partido comunista internacional–, mas, ambicioso de suyo, no tardó en abandonar esas filas para crear su propio partido –ARDI[42]–, en el cual proclamaba su discrepancia con los paquistas en cuanto al empeño de éstos en seguir las consignas rusas. Necesariamente, la polémica entre ambos grupos alcanzó proporciones épicas, y a las imputaciones de reformista,

41 Era la forma coloquial en la que era conocido el Partido Comunista Colombiano.

42 Se refiere a la Agrupación Revolucionaria de Izquierda, fundada en Barranquilla en el año 1931 por Rómulo Betancourt y otros líderes de la generación del 28. Es una organización política que tuvo como «manifiesto-programa» el Plan de Barranquilla (Ver «*Plan de Barranquilla*» en *Diccionario de Historia de Venezuela*. Sobre el *Plan de Barranquilla*, ver siguiente nota).

trotskista y otras lindezas por el estilo. Hígado respondía tildando a sus adversarios de turistas y traidorzuelos que vivían en Europa derrochando el dinero que sus papás exprimían a los trabajadores en Venezuela. Y él, ¿de qué vivía en su ostracismo? De los talis que le enviaban sus camaradas de Barranquilla. Siempre en actividad, siempre frente al peligro, siempre absorbido por su vocación revolucionaria, su capacidad para la agitación era prodigiosa: redactaba periódicos, dirigía una escuela para la formación de líderes, recorría a lomo de mula el territorio de los países, interviniendo en las elecciones, pronunciando discursos, organizando células sindicales. Pese a todo esto, el propio Palmenio dudaba de que llegase a ser un verdadero estadista. Cuando él arribó a Colombia tuvo que corregir innumerables errores dialécticos. Esto era lo que se deducía de sus propias palabras un si es no es reticentes. Fue él quien hizo notar a los camaradas la necesidad de diferenciar, aun en el plano geográfico, a ardistas y paquistas: los primeros, en Barranquilla; los segundos, en Bogotá. A su arribo a aquella ciudad, existía ya un *Plan de Barranquilla*.[43] que adolecía de apreciables errores tácti-

43 Según Nikita Harwich Vallenilla: «El Plan de Barranquilla es la primera expresión de un análisis estructural de la sociedad venezolana y de su proceso histórico, vinculado a un proyecto político y a un programa de acción que plantea la lucha contra el régimen de Juan Vicente Gómez como una revolución de las estructuras políticas y económicas del país. El Plan, como tal, se compone de 2 partes. La primera es el análisis de la situación venezolana desde los orígenes de la República y de sus caudillos (análisis donde se utilizan las categorías y el vocabulario del marxismo para lograr una comprensión materialista de la estructura socioeconómica del país). Desde esa perspectiva, se caracteriza a Venezuela como una nación de rasgos semifeudales, en una relación de dependencia neocolonial con la estructura imperialista del capitalismo internacional. La segunda parte del Plan expone un "Programa mínimo" de acción inmediata de acuerdo con los siguientes enunciados: hombres civiles al manejo de la cosa pública con exclusión de todo elemento militar del mecanismo administrativo durante el período preconstitucional y lucha contra el caudillismo militarista; garantías para la libre expresión del pensamiento, hablado y escrito y para los demás derechos individuales; confiscación inmediata de los bienes de Gómez, sus familiares y servidores; creación de un

cos, y él los corrigió; no había cohesión en los cuadros directivos del movimiento, y él se la dio. Su criterio, coincidente con el de Trotsky, consistía en avanzar por etapas utilizando las tradiciones románticas pequeñoburguesas, para después dar el gran viraje hacia el marxismo definitivo. Dentro de esta concepción que Palmenio estimaba muy hábil, ARDI admitía la asociación eventual no sólo con los paquistas, sino aun con los reumáticos enemigos del Gobierno de Venezuela que paseaban sus nostalgias del mando por Europa y Estados Unidos. Su lema era el de Parvis en 1905, perfeccionado después por Lenin: «Atacar juntos y marchar separados»... «Y vigilar al aliado como a un enemigo».

***

Fumando cigarrillo tras cigarrillo, Palmenio Martínez se embriagaba con el vino de sus propias palabras. Enfático y lleno de suficiencia, dogmatizaba. Y José, que le oía desde su limbo, se sentía confundido por aquellos conceptos que le visitaban por vez primera. ¿Qué era el marxismo? ¿Y la burguesía? No se atrevió a preguntarlo, temeroso de que se rieran de él. Hubo un momento en que míster Walter interrogó al perorante

---

Tribunal de Salud Pública (inspirado del Comité de Salut Public de la Revolución Francesa) para investigar y sancionar "los delitos del despotismo"; inmediata expedición de decretos, protegiendo las clases productoras de la "tiranía capitalista"; intensa campaña de alfabetización y promoción de la enseñanza técnica industrial y agrícola, proclamación de la autonomía universitaria; revisión de los contratos y concesiones celebrados por la Nación con el capitalismo nacional y extranjero, nacionalización de las caídas de agua y control por el Estado o el Municipio de los servicios públicos; convocatoria, en un plazo no mayor de un año, de una Asamblea Constituyente que elija gobierno provisional, reforme la Constitución, revise las leyes que lo reclamen con más urgencia y expida las necesarias para resolver los problemas políticos, sociales y económicos surgidos de la revolución» (*Ibid.*)

si creía que los ardistas se hallaban preparados para tomar el poder, a lo que Palmenio respondió sin vacilación:

—¿Para qué cree usted que he venido de nuevo a este país? El tirano se muere... Las cosas van a cambiar.

Entonces extrajo de su bolsillo una hoja impresa y leyó el titular: «La muerte del tirano se aproxima»[44].

—Todo está preparado —afirmó a continuación—, y nada se dejará al azar. El año pasado celebramos en Bogotá un congreso de ARDI, en el que llegamos a conclusiones precisas. Estas son nuestras consignas fundamentales: organización de sindicatos obreros, entrega de toda la tierra a los campesinos, formación de células del partido, formación de frentes populares, con la alianza de todas las fuerzas capaces de luchar contra los burgueses e imperialistas; hacer efectiva la jornada de ocho horas de trabajo, sacar a los estudiantes de su teoricismo y llevar a la conciencia del pueblo que nuestro mayor enemigo es el petróleo.

***

«¿Y qué harán estos hombres con el poder después que lo hayan tomado? —se preguntaba José desde el fondo de su perplejidad y su confusión—. ¿Cuál será el papel de Palmenio y cuál el de ese Hígado misterioso que agita a las masas en el exterior? ¿No caerán en los mismos vicios que están combatiendo ahora?»

Recordando a Cesáreo León le impresionaba la coincidencia de su profecía con la de la hoja que acaba de leer Palmenio: «La muerte del tirano se aproxima». ¿Cómo lo sabían los de Barranquilla? Esto le produjo un singular sobresalto. Quizá Cesáreo León estuviese en connivencia con la gente de ARDI.

---

44 Ver nota 13.

Pero su sobresalto fue aún mayor cuando recordó su conversación con Polo Bermúdez relativa a la conferencia del jefe civil con los musiús de la compañía. Quiso hacer notar esta circunstancia, pero supuso que ya la sabrían. Un nuevo pensamiento vino entonces a ocupar su imaginación: Casandra, la loca de Campo Escondido, cuya figura adquiría de pronto un significado en el marco ideal de aquella revolución, quizá tuviese un papel que desempeñar en la generosa consigna de entregar toda la tierra a los campesinos. Esto era romántico, hermoso, magnífico. «¿Quién que es no es romántico?», preguntaba Rubén Darío. Cada uno en su puesto, pues: Palmenio Martínez con los obreros; los estudiantes con los estudiantes, y los doctores con los doctores. El, que no era nada de eso, se quedaría con Casandra y se iría por los campos en las dulces mañanas dominicales a predicar a los campesinos cómo debían tratar a la tierra para conservarla fecunda. ¡Ah! ¡Qué extraordinario espectáculo! Casandra vestida con su traje talar tal como la sugería Ely Saúl, con sus sandalias y su copa de ron, repetiría una y otra vez aquellas sibilinas palabras: «No traiciones la tierra». Y él a su lado serviría de intérprete entre la loca y los glebatarios. ¿Cómo tendría que vestirse él mismo para acompañar a Casandra? ¿Con una túnica o con un *smoking*?

5

Esas fueron las reacciones que provocaron en el espíritu de José las palabras de Palmenio Martínez. Este, en tanto, había entrado en un nuevo cauce de apreciaciones, e interrogado por míster Walter, que aquella noche parecía más irónico y enigmático, iniciaba una minuciosa requisitoria contra las compañías petroleras y contra el corrompido Gobierno que les entregaba la inmensa riqueza de Venezuela. Ese Gobierno –afirmaba Palmenio– había procedido con un empirismo increíble y con

una indignidad incalificable. Ignorante de cuánto petróleo poseía la nación, jamás se ocupó en realizar un estudio geológico y geofísico del territorio para averiguarlo. Tomaba lo que le daban las compañías explotadoras, cual si se tratase de una limosna. En 1930 el viejo déspota tuvo un tímido gesto e intentó limitar las concesiones a las que ya estaban dadas, pero las compañías hicieron correr el rumor de que lo hostilizarían y derribarían, y esto bastó para intimidarlo. Conforme a su mentalidad y a sus métodos primitivos, él había profesado el principio de proteger a sus amigos y paniaguados otorgándoles las concesiones, con lo que muchos de ellos llegaron a ser más ricos que él mismo. Bastábales traspasar sus derechos a las compañías extranjeras, mediante una suma determinada y un porcentaje que fluctuaba entre el 12 y el 15 por 100 sobre la producción bruta, para realizar un negocio redondo. He aquí en qué consistía este negocio: pagaban el 10 por 100 al erario y se guardaban el resto. Pero ahí no acababa todo: ellos cobraban según la calidad de las tierras y del producto, de donde resultaba que concesiones adquiridas al precio de dos o tres bolívares por hectárea, eran revendidas después a 170, a 250 y aun a 1600 bolívares. Esta era la situación para aquellos días del año 28 en que fueron encarcelados los estudiantes. Como el Gobierno temía competir con las compañías, las regalías nacionales eran vendidas a estas a $ 1,50 –precio de Nueva York– del que las compradoras descontaban aún $ 0,95 para gastos de transporte, resultando así que lo que el Estado recibía realmente eran diez centavos de dólar por cada barril de petróleo. Posteriormente, hecha una minuciosa investigación por cierto ministro venezolano[45], menos indiferente que los demás, se comprobó que los gastos que las compañías calculaban en 95 centavos de dólar sólo

45 Se refiere a Gumersindo Torres.

alcanzaban a 37 centavos. ¿Cuánto tiempo duró este fraude? Palmenio hacía un gesto amplio para demostrar que era inútil detenerse en aquel detalle. Más tarde las compañías consiguieron hacer calcular las regalías de 20 a 27 bolívares por tonelada, en vez de 45 a 50 bolívares, que era su verdadero valor, consumando así un nuevo fraude.

La situación del país para aquellos días era, según Palmenio, igual a la de esos enfermos de bubas que no hay por dónde tocarles sin producirles dolor. En su opinión, la mayor parte de los contratos de las empresas explotadoras eran nulos por vicios legales que se remontaba a sus orígenes. Esto se había demostrado en juicios seguidos contra diversos concesionarios. Sin embargo, esos juicios no llegaron a prosperar, porque el Gobierno, temeroso de la reacción de las compañías, había amordazado a los tribunales. El 13 de octubre de 1926 –precisó Palmenio, consultando una agenda– los ejidos del Distrito Bolívar (estado Zulia) fueron vendidos a dos o tres compañías, una de las cuales adquirió un gran lote al precio de 500 bolívares por hectárea, y otra, otros lotes, uno de ellos de cien hectáreas. Ni corta ni perezosa, esta última compañía cercó aquellos terrenos con alambre de púas e inutilizó de este modo dos caminos que conducían a hatos y sementeras de varios agricultores. Inútil fue que protestaran los labriegos damnificados: nadie les hizo caso. Y cuando justamente irritados cortaron las alambradas, se les envió presos a Maracaibo. ¿Qué importaba que una ley de 1856 prohibiera la venta de ejidos? Para neutralizar esa ley se realizó una maniobra que permitía a las compañías adquirir cuantos ejidos apetecieran. Y naturalmente ellas se aprovecharon. Esto les reportaba una doble ventaja: adquirían la propiedad a precios bajísimos y evitaban el gasto de construir carreteras. Una de ellas, dueña ya del subsuelo, quiso serlo también del suelo, y propuso a sus propietarios comprarlo a razón de un bolívar por hectárea. Pero los propietarios rehusaron vender. Entonces

la compañía solicitó la expropiación judicial, por causa de utilidad pública, y depositó en un Banco los 83 000 bolívares en que ella misma había valuado las tierras ajenas. Menos mal que los propietarios no se amilanaron esta vez, y asistidos por un buen abogado lograron probar que la compañía no necesitaba tal extensión de terrenos para sus explotaciones mineras. Con lo que la compañía echó pie atrás y convino en pagar como canon de arrendamiento anualmente el 75 por 100 de lo que los propietarios hubiesen recibido por una sola vez si se hubiesen amedrentado.

—Pero —preguntaba luego Palmenio—, ¿se imaginan ustedes que estos abusos se han limitado sólo a las tierras? Pues se equivocan. Lo mismo ocurre en el lago. En virtud de sus propios contratos, las compañías que actúan en el lago estaban obligadas a pagar el número de hectáreas «que se presumiera» podrían ser explotadas. ¿Se dan cuenta de la ficción? Semejante forma, imprecisa y confusa, de establecer un impuesto sobre presunciones, la aprovecharon ellas para retardar y eludir los pagos. Parecido procedimiento usaron con el derecho de boyas. Este debían pagarlo, según la ley, sobre las toneladas que midieran sus buques, los cuales están construidos especialmente para transportar el petróleo. Cuando al fin convinieron en satisfacer el impuesto lo hicieron sobre lo que suele llamarse «medida neta» aplicable a buques mercantes y equivalente al 45 por 100 de la capacidad real del buque, descontado el espacio necesario para el trabajo de estibadores, camarotes y depósito de combustible. En los tanqueros esta medida no viene al caso, pues su carga es petróleo y ocupa toda la capacidad del navío, de la proa a la popa y de la cubierta a la quilla. Y ojalá terminaran ahí las vicisitudes. Aun así, el impuesto es burlado por la falta de un control efectivo. Los tanqueros que vienen a estos campos a cargar el petróleo pasan por Maracaibo sin detenerse. El empleado del resguardo marítimo sale a su encuentro en

compañía del médico, y cuando regresa al puerto, después de haber comido y bebido a bordo, va forrado de cigarrillos, de whisky, de telas y otros artículos que sale a vender en la población como un contrabandista privilegiado...

Palmenio tomó aliento mientras sus oyentes miraban al piso. Míster Walter no cesaba de sonreír. Cuando reanudó su requisitoria, la voz del relator tenía trémolos de viola.

—Dirijan ahora la vista al trabajador —aconsejó—, y contemplen este aspecto del vasto problema. ¿Construir viviendas higiénicas para unos seres semisalvajes? ¡Bah! ¿Quién se interesa por la salud y la cultura de estos fetos de una raza inferior? ¿Remuneraciones por accidentes de trabajo, por muertes y mutilaciones, intoxicaciones, pérdida de la vista, de las manos o de las piernas? ¡Tonterías! ¿Sindicalización del obrero y creación del seguro social? Crímenes que se pagan más caros que el homicidio. Es sombrío lo que ocurre en este campo de la vida venezolana. Cuando las propias compañías extranjeras iniciaron la explotación de nuestro petróleo y plantearon al Gobierno la conveniencia de elaborar una ley del trabajo, el Gobierno les respondió: «Aquí nada sabemos de eso. Nuestros trabajadores no necesitan de vacaciones, ni de fondos de amparo, ni de auxilios médicos, ni de habitación adecuada; lo único que requieren es quien los obligue a trabajar... Ah, y ruletas para que dejen en ellas el fruto de su trabajo. Si ustedes creen que hace falta una ley semejante, elabórenla ustedes mismos»... No, esto no es broma. Las pobrecitas compañías se quedaron perplejas. Entonces llamaron a un grupo de abogados nativos, quienes, compadecidos de verlas en aquel lío, se prestaron a fabricarles la ley que necesitaban. Y obra de éstos, venezolanos formados en nuestras universidades y letrados que viven con el nombre de Bolívar en los labios, fueron las normas que regularon la industria de nuestro petróleo; ellos son los que van a intimidar a los jueces cuando alguien demanda a una de esas empresas; ellos, los que

libran de castigo al extranjero que despanzurra a un trabajador con su automóvil; ellos, los que solicitan la exoneración de derechos arancelarios, sobre todo cuanto importan las compañías, desde las cabrias y los camiones hasta los trajes, los cigarrillos, el whisky, los perfumes y los preservativos para evitar que los niños rubios nazcan en un país tan sucio y caluroso como éste.

Cuando Palmenio paró de hablar, míster Walter le preguntó: —Si algún día llegan ustedes a gobernar al país, ¿está seguro de poder remediar tantos males?

—Por supuesto que sí —fue la respuesta concisa del narrador.

Y míster Walter guardó silencio, siempre sonriente.

Jornada tercera

1

Lo primero que hizo José al volver a la tienda fue buscar la carta de Ely Saúl, de la que casi se había olvidado.

El singular personaje le ofrecía cosas que nunca se realizaron: Arsenio no llegó a visitar a Campo Escondido para «pintar» a Casandra, ni nadie vino a grabar la voz de la loca en un disco. Sin embargo, ¡cómo había comprendido Ely Saúl a Casandra! ¡Con cuánta profundidad y belleza la había transfigurado en su carta! «Ella –leyó de nuevo José a la luz de su amarillenta bombilla– podría ser el símbolo que condujese a nuestro pueblo hacia su destino»... «Casandra es una representación inconsciente de la tragedia venezolana»... Y eso era, en efecto: un símbolo vivo. Y bien, ¿no era esto, en el fondo, lo mismo que traía Palmenio Martínez de Barranquilla?

Sin poderlo evitar, José asoció a sus reflexiones el recuerdo de una canción popular que andaba en aquellos momentos en boca de todo el mundo:

Se va el caimán, se va el caimán;
se va para Barranquilla...[46]

Pero en seguida rechazó la intrusión subconsciente, avergonzado de haberle dado cabida en momentos tan singulares de su propia existencia. ¿Por qué le asaltaban a veces estas involuntarias asociaciones que venían a poner en ridículo sus pensamientos más graves? En la madrugada de Campo Escondido, el joven se sentía fatigado y como nunca perplejo. Frente a él se planteaba un dilema que debía resolver en seguida: Casandra o Palmenio Martínez.

Procurando mantener a distancia al fantástico y malhadado caimán que se había ido también para Barranquilla, lo pensó con más calma y examinó palabra por palabra —ya sabemos que poseía buena memoria— cuanto había oído a Palmenio. Este traía un mensaje que él no comprendía. ¿Lo comprenderían los demás? ¿Lo comprendería el pueblo de Venezuela? Él lo dudaba. Para que lo entendiese habría que revelárselo con parábolas y ritos, como hacen las religiones. Tan incontrovertible

46 Dicha canción, que también fue interpretada por la Billo's Caracas Boys, fue originalmente un porro barranquillero compuesto por José María Peñaranda en 1941 e interpretado por muchísimas orquestas. Alcanzó gran popularidad en los años 50 y fue prohibida por Francisco Franco en España debido a que sus opositores le llamaban «Caimán» y cantaban la canción anhelando la partida del dictador, quien también tenía una finca llamada *La Barranquilla*. En Nicaragua fue utilizada como protesta contra Anastasio Somoza y en Panamá contra el gobierno de transición de Enrique Jiménez. Es, a todas luces, un anacronismo de Díaz Sánchez, quien ubica la canción en el periodo gomecista. Lo que no está claro es si tal anacronismo fue un desliz involuntario del autor o si fue plenamente consciente, debido a su uso como canción de protesta y debido a que se refiere al político del que habla Palmenio como el «Caimán» que se fue y vino de Barranquilla (sobre dichos usos, ver Javier Bru Peral: "La censura franquista y la canción de protesta" en *Quo Vadis, Romania? Gesellschaftliche Aufarbeitung von Diktaturen in der Romania*, núm. 47, 2016, ISSN: 1022-3169; y en https://www.infobae.com/colombia/2024/06/22/se-va-el-caiman-el-porro-barranquillero-que-fue-prohibido-en-espana-en-los-cincuentas-por-los-fachos/)

le pareció esta conclusión que decidió su destino. Optaría por Casandra. Al diablo Palmenio y al diablo míster Walter con su ridículo juramento. Sí, optaría por la loca, no sólo porque la sentía en sí mejor que a los otros, sino porque la sabia más ingenua, más desinteresada y más pura. Y al llegar a este último pensamiento se sintió invadido por un gozo pueril. ¡Cuántos problemas se resolvían con este simple razonamiento! No tendría que afiliarse a ningún partido ni obedecer consignas extrañas, ni pagar cuotas.

Sin meditarlo más —y sin volverse a acordar del Caimán— buscó en la misiva de Ely Saúl la descripción del atuendo que aquél proponía para Casandra, y volvió a leerla: «De inmediato se me ocurre que debe ser revestida a la griega, de un modo cónsono con su nombre y su condición. De consiguiente, le propongo adoptar la túnica que usaban las pitonisas. Sobre la túnica caerá el chitón irisado de plieguecillos»... ¡Estupendo! ¡Casandra griega, Casandra bañada y peinada, Casandra perfumada y vestida con su túnica y su chitón! ¿Qué era un chitón? Grave problema éste. Lo averiguaría en su diccionario. ¡Qué hermosa debió de ser aquella mujer en sus buenos tiempos, cuando iba con Neptuno Cardozo a adorar a la Virgen del Valle! Chinca Carpio —en la que pensó también en ese momento— hubiese sido la Vestal ideal, la doncella predestinada para asistir a la pitonisa, si no estuviese entregada a su torpe pasión por míster Epi... No había, pues, que pensar en ella. En cuanto a Ludwina... La camarada Ludwina... José quedó pensativo.

***

A la mañana siguiente, en cuanto la bodega se vio libre de parroquianos, el mozo obtuvo licencia de su patrón y salió a la calle. Iba a visitar a doña Perpetua, en la que también había pensado mientras dormía.

Sabemos ya que doña Perpetua de Rojas tenía su vivienda en la primera calle del «campo», frente a la canastilla del turco Salim, y que desde su puerta podía contemplar la reverberante extensión de la Sabanita cortada a lo lejos por el terraplén de la carretera y más allá de esta por el lago sembrado de torres negras. De consiguiente, a la buena señora le era fácil seguir las evoluciones nocturnas de Teófilo Aldana y del mocho Pinto, así como las del jefe civil y otros merodeadores. Pero por el día la puerta de doña Perpetua estaba siempre cerrada. José vio al turco en el tinglado de su negocio, echado en su silla extensible y acariciando uno de sus pies descalzos, y le pareció que dormitaba. Sin embargo, velaba. Para su tienda cosía Chinca Carpio aquellos pantalones y camisas de caqui que la mantenían día y noche adherida a su máquina. Su historia era la de tantos fenicios que pululan en las aldeas de Venezuela. Un día apareció en el litoral petrolero con su caja de telas, y poco después se instalaba en un gato —barraca de tablas provista de ruedas— semejante al de los legendarios gitanos. Cuando vino a Campo Escondido poseía ya bastante dinero para fabricar casa propia y para deleitarse oyendo sus discos de cante jondo.

En realidad, a José no le interesaban las relaciones de Salim y doña Perpetua. Sabía de ellos lo que se contaba en el vecindario. Si doña Perpetua prestaba dinero con el veinte por ciento de interés semanal —un bolívar por cada fuerte— y si compraba las cosas que le llevaban los ladrones nocturnos, ésas eran cosas de ella y de su conciencia. Lo único que a él le importaba era saber si la dama tenía en su doméstico *magazin* un traje adecuado para vestir a Casandra, algo que sin ser exactamente una túnica griega pudiera dar a la loca la apariencia que sugería Ely Saúl.

Con este propósito se acercó a la vivienda, y una ligera euforia lo iluminó cuando hizo sonar su puerta. En aquel momento, en la calle de tierra, una gallina seguida de su pollada levantaba pequeñas nubes de polvo. Frente a la casa había un

cercadillo de tablas y dentro de este unos tiestos de cemento que simulaban troncos de árboles. No había vestigios de plantas en aquellos cacharros. La pintura verde de la fachada, tostada, empolvada y resquebrajada, lucía como lodo seco. Sobre el dintel un cuadrito de cañuelas descoloridas mostraba un cromo piadoso con esta leyenda: «Dios bendiga este hogar».

Dos veces tuvo José que golpear el tablero para hacerse atender, y de pronto, sin que se oyese el más leve rumor de pasos, la puerta se abrió y una joven india descalza y cubierta con una especie de saco pringoso apareció ante sus ojos. En aquel mismo instante una de esas voces nasales, artificialmente alargadas, tremoló en el interior:

—¿Quién es, Iguarayaaa?

—Un señor—respondió Iguaraya, con su voz gutural de guajira.

—¿Y qué desea ese señor, Iguarayaaa?

—No sé, marrina.

—Deseo hablarle un momento, señora —explicó entonces José, dilatando su voz—, si puede hacerme el favor.

Con el batiente asido con ambas manos, la india continuaba en la puerta atenta a la voz oculta de su madrina.

—¿Y cómo se llama el señor?

—José Ubert, para servirle.

Hubo un corto silencio, durante el cual José recordó a Cesáreo León, y poco después se volvió a oír a doña Perpetua:

—¿José U..., qué?

—Ubert, señora...

—No conozco ese nombre...

—Vengo a tratarle un negocio.

—¿Un negocio? Hazlo pasar, Iguarayaaa. Que tome asiento y me aguarde un segundoooo.

José respiró. Iguaraya había soltado el batiente, pero permanecía vigilante. Vista en su interior, la casa de doña Perpetua

lucía mucho mayor que las demás de Campo Escondido, pero no más distinguida que aquéllas. José quedó sorprendido ante el abigarrado museo. Había mesas y sillas de formas diversas, cuadros con amplificaciones fotográficas coloreadas, cromos religiosos con marcos de madera, de cartón y de lata, figuras de la más ordinaria cerámica representando animales, niños y parejas de enamorados; esteras de enea, molinillos para café, espejos, relojes, lámparas con pantallas de tela y de papel, y una vieja araña de cristal con tintineantes prismas colgantes. ¿De dónde procedía aquella araña tan literaria y tan fuera de lugar en Campo Escondido? Absorto ante ella se hallaba José cuando apareció doña Perpetua. He allí ante sus ojos a la Providencia de Campo Escondido en persona: una Providencia rolliza, de rostro rotundo y rodeado de opulentas papadas; de senos descomunales, que danzaban bajo la bata floreada. Pero había más aún en la arquitectura de doña Perpetua: el peinado, alto como una almena y sostenido por una imponente peineta de verdadero carey.

Cuando la dama se puso frente a él para mirarle a través de sus lentes, José comprobó que llevaba el pelo teñido.

—¿Es usted el señor que me solicita?

—Sí, señora, yo soy.

—Usted dirá, pues.

—He venido a comprarle un vestido.

—¿Un vestido? ¿Y por qué viene a buscarlo aquí? Yo no vendo ropa de hombre.

Al pensar en ella después, José recordaba los detalles de la entrevista con impresionante fidelidad. Desde el primer momento comprendió que no había caído en gracia a doña Perpetua, tal fue el desdén con que esta lo miró de pies a cabeza. El sintió subir la sangre a su rostro, y tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse.

—Yo no vengo a comprar ropa de hombre, señora.

—¿Ah, no? ¿Y para quién quiere usted el vestido, entonces?

—Para una mujer.

—¿Para una mujer de Campo Escondido?

¿Y a usted qué le importa? Esto hubiese querido responder a la impertinente, pero no lo hizo. En lugar de ello se puso encarnado y bajó la voz:

—Sí, de Campo Escondido.

—¿Me puede decir quién es esa mujer?

—¿Le parece a usted necesario?

—Si no lo creyera, no se lo preguntaría. No quiero verme envuelta en un lío.

—Bueno, señora, ya que se empeña se lo diré: es para Casandra.

Doña Perpetua hizo un aspaviento:

—¿Casandra? ¿He oído bien?

—Sí, ha oído bien.

—¿Para esa loca asquerosa que escandaliza a Campo Escondido?

—Para la misma, señora, si usted no se opone.

—No, no me opongo; cada quién hace con su plata lo que le da la gana. Pero, ¿por qué quiere usted vestir a Casandra?

—¡Señora, por Dios!

De repente, aquella mujer antipática se convirtió para él en un motivo de estudio. Entre los personajes diversos que había conocido en su vida no figuraba el tipo de doña Perpetua. Y la misma pregunta que se hizo ante la araña con prismas que colgaba del techo, se la planteaba ahora ante su propietaria: ¿de dónde salía esta extraña mujer, y por cuál singular contingencia había venido a vivir en Campo Escondido? Ya no tendría que preguntar quién era el señor de enroscados bigotes que lo miraba desde la claraboya de su retrato en medio de aquel desconcierto de ampliaciones iluminadas: era «el difunto» de doña Perpetua.

Pero mientras pensaba estas cosas advirtió con sorpresa cómo la voz de la dama cambiaba. Tomando asiento en una gran silla de mimbres, ella le hablaba ahora con tono dulcificado:

—Joven, ¿por qué no se sienta? Le confieso que estoy sorprendida, pero le ruego que no tome a mal mis palabras. Muchos son los favores que he tenido ocasión de hacer en mi larga existencia. Mire estas cosas que nos rodean: son testigos de mis bondades... ¿Sabe usted cómo me llaman en este lugar?

—Sí, señora: la Providencia de Campo Escondido.

—Así es. Y eso, ¿qué le dice? Pues sencillamente que he hecho muchas caridades sin averiguar a quién favorecía. Pero le repito que hoy estoy confundida. ¡Un vestido para Casandra! ¿Qué interés puede usted tener en esa inmunda mujer? ¿Es su pariente, acaso? No, me lo hubiera dicho Magín Cardozo. Si se tratara de otra diría que está enamorado... ¿Entonces? Debe de ser un capricho, un inexplicable capricho. Usted tiene cara de caprichoso: ha visto el estado inmundo de esa mujer y ha querido remediar su infortunio. Pero es que usted no conoce a Casandra. No me llame intrusa; permítame aconsejarle que no malbarate su tiempo y sus reales en esa mujer. ¿Sabe lo que hace Casandra? Se emborracha e insulta a la gente. Sí, a mí misma ha venido a insultarme frente a mi puerta. Si usted le da un nuevo vestido, en seguida buscará a quién vendérselo para beber. Haga usted lo que le parezca, pero por si no lo sabe voy a informarle una cosa: en estos mismos momentos los vecinos más respetables de Campo Escondido estamos firmando una carta para el jefe civil y otra para la compañía a fin de que nos saquen de aquí a esta insufrible mujer.

La perorata dejó a doña Perpetua asfixiada. José había palidecido:

—¿Para que la saquen de aquí? —preguntó con el alma en un hilo.

—Sí, para que la manden al manicomio.

—Pero ustedes no pueden hacer cosa semejante.

—¿Que no? ¿Quién puede impedírnoslo?

—Casandra es la madre de Magín Cardozo.

—¿Y cree usted que no lo sabemos?

—Pero él... ¿qué dice de eso?

—Que lo hagamos lo antes posible. Mire, joven. Magín se sentirá muy feliz el día que vea salir a su madre para el manicomio.

Anonadado por las palabras de doña Perpetua, José vio consumada la ruina de sus ensueños, la bancarrota de su misión.

¿Cómo impedir aquel cataclismo?

—Por Dios, señora: ustedes no pueden hacer eso...

—¿Por qué no?

—Porque Casandra no es mala en el fondo. Hay gentes peores y, sin embargo, son respetables.

Doña Perpetua le miró con el ceño fruncido:

—¿Qué quiere decir con eso?

En vez de responderle, José formuló una desesperada pregunta:

—¿Y si alguno se hiciera cargo de ella; si se pudiera evitar que escandalizara? ¿No cree usted que no habría necesidad de enviar esas cartas?

—¿Y quién se haría cargo de semejante mujer? ¿Usted?

El no respondió. Estaba pensando. Pasado un corto silencio, doña Perpetua se puso de pies y le invitó a seguirla. Entraron en una habitación contigua a la sala y José creyó hallarse en un viejo teatro. Arrimados a la pared, colgando del techo en perchas horizontales y arracimados en los rincones, montones de trajes femeninos formaban marchitos oleajes de trapos. Los había de todos colores, de todas formas y de todas medidas. Algunos semejaban mortajas y quién sabe cuántos lo fueron. Eran moldes vacíos de cuerpos que quizá ya estaban

desintegrados, rastros flotantes de mil pasados obscuros. No había en ellos la ingenua alegría de la ropa sin estrenar, sino la obscura tristeza de las ilusiones perdidas. Repentinamente, en medio del silencioso tumulto, un traje de novia, con su velo de punto y su pequeña corona de azahares de cera, llamó la atención de José, quien, por una de esas asociaciones a las que era propenso, recordó el polen fosilizado de que le hablara míster Walter. Con irresistible curiosidad preguntó a doña Perpetua:

—Señora, ¿podría decirme de quién fue este traje?

Doña Perpetua se aproximó, y sus gordos dedos acariciaron la rígida tela cubierta de polvo.

—Este traje —explicó— tiene una historia triste. Fue para una muchacha a la que se le mató el novio en una explosión. La pobre no pudo estrenarlo. Lo trajo aquí, y yo se lo empeñé nada más que por ayudarla, pero puede creerme que fue un mal negocio...

Los demás eran trajes vulgares, de formas corrientes, de los que usan las mujeres de los obreros y las prostitutas de los casinos. José los examinó seguro de no hallar nada parecido a lo que buscaba, y de pronto doña Perpetua lo acicateó:

—Pero dígame qué es lo que quiere; puede ser que consiga cómo ayudarlo a pesar de que no apruebo lo que está haciendo.

—¿Sabe lo que es una túnica griega?

—¿Una túnica griega? ¿Es eso lo que quiere para Casandra?

—Eso es lo que quiero...

—Pues no sé lo que es una túnica griega...

—Es un vestido sencillo, sin mangas y sin talle, como ese que lleva Iguaraya...

—¿Como ése?

Por primera vez vio José reír a la Providencia de Campo Escondido.

—¿Le parece gracioso, señora?

—Sí, lo confieso. Nunca se me hubiera ocurrido. Y la verdad es que usted tiene razón: es lo que cuadra a Casandra. ¿Por qué no se lleva el que carga Iguaraya?

***

Finalmente, olvidándose de los griegos y de Ely Saúl, José eligió una bata de tela clara ornamentada con flores y hojas. Más humanizada ahora, doña Perpetua puso empeño en convencerle de que aquel sencillo vestido daría a la loca una nueva prestancia. Y para demostrárselo utilizó a la propia Iguaraya como maniquí viviente. El mozo quedó convencido. Libre de su mugrienta túnica y vestida con aquel traje primaveral, la joven guajira semejaba a una abeja asomada a una campánula.

***

Por el camino, de vuelta a la pulpería, José pensaba en su empresa y veía con los ojos del alma a Casandra sobre su trípode, rodeada de obreros y campesinos que llegaban a consultarla. Un día, atraído por los rumores, llegaría el jefe civil y quedaría tan conmovido que iría corriendo a contarlo al presidente del estado. Y este vendría también a depositar a los pies de Casandra el fervor y la fe que hasta entonces había dedicado a la bruja de la mata de trébol. Así, en medio de una gran sencillez y de una gran poesía, comenzaría a cambiar el destino de Venezuela. A su vez, el presidente del estado escribiría al de la República y éste, el temido Viejo, brujo él mismo, ordenaría venerar y obedecer a Casandra.

¿Es que podía vacilar el gran Viejo entre la loca de Campo Escondido y los comunistas de Barranquilla? De ninguna manera. Entonces él, José Ubert el joven, iría a buscar a Cesáreo León y le diría estas palabras: «Ya ve usted adonde ha llegado la

loca; usted que se burlaba de ella. ¿Qué se han hecho en cambio los vaticinios de usted? Ahí tiene vivito y coleando a ese Viejo, cuya muerte profetizó para el mes de diciembre». Y no pararía allí. Invitaría a sus antiguos compañeros de ergástula, a los estudiantes que ya serían doctores, a quienes diría a su vez: «Vengan, vengan ustedes también a conocer la realidad de nuestro país. Vengan a beber en la verdadera fuente de nuestra ciencia». Y ellos vendrían tal como fueron sus padres y profesores a recetarse con el famoso Negrín. «Pasen, señores, pasen con orden a oír a Casandra. Y no se irriten cuando le oigan decir que están muertos. No lo dice por ofenderlos. Traten de comprenderla, de interpretarla. Pasen, señores, pasen con orden».

2

Pero no imaginaba José lo que le esperaba al volver a la tienda. A partir de aquel momento la vida de Campo Escondido se pondría a girar con violencia y las almas de muchos hombres serían como débiles hojas en las aborrascadas corrientes que azotaron aquellas tierras.

El hecho fue así: regresaba a la pulpería, después de su visita a doña Perpetua, cuando se vio abordado por Anfiarao:

—Mi hermana te manda decir que vengáis conmigo, que no se te ocurra quedarte en Campo Escondido.

—¿Tu hermana? ¿Cuál de ellas?

—Ludwina. Me dijo que te llevara corriendo.

Lleno de confusión y asaltado por bruscos temores, siguió al chico imaginando que iban a la casa de Carpio, mas al advertir que pasaban frente a esta sin detenerse, volvió a interrogar al chico:

—¿Adónde me llevas?

Anfiarao le tiró de la manga y lo arrastró a viva fuerza:

—Que vengáis corriendo... ¿Estáis sordo?

Pasada la calle de Carpio, salieron a la siguiente y se metieron en una casa por la puerta trasera.

—Ahí está ella esperándote —explicó el niño—. Ahí vive Basilio Siso.

Allí estaba Ludwina, en efecto.

La casita era igual a las otras; quizá un poco más sucia que las demás. Y José, que apenas conocía a Basilio Siso por haberle visto una que otra vez en la tienda, se preguntó intrigado por qué Ludwina lo citaba en su habitación. ¿Quién era Basilio Siso? Sólo sabía de él que trabajaba en una caldera, que era coriano y que ocultaba en su casa a Teófilo Aldana.

José interrogó a Ludwina con la mirada, pero los ojos de ella se mostraron impenetrables. La vio hacer una seña a su hermano para que fuese a apostarse en la puerta trasera, y la oyó decir entre dientes:

—¿Ya sabe que lo andan buscando?

—¿Buscándome? ¿Quién?

Las palabras de la muchacha se arrastraron entre coléricas y burlonas:

—¿No se lo imagina? Piense un poco y dígame si conoce a un tal Magín Cardozo y a un tal Severo Chacón. Supongo que ha oído también hablar de la policía.

El sintió un vuelco en la sangre. El fantasma reaparecía brutalmente. En un instante el lívido y ya lejano pasado se incorporaba de nuevo, y una visión de muros espesos, de calabozos, de grillos y de alcantarillas repletas de excrementos humanos llenó su imaginación. ¿Estarían allí todavía el doctor Landáez y el general Trabuco, o habrían muerto consumidos por la amargura? ¿Cuántos nuevos rostros, cuántos nuevos dolores y cuántos nuevos cuerpos enflaquecidos estarían esperándolo en aquel foso que nunca pudo olvidar por completo?

—Pero, ¿por qué? —exclamó exasperado.

—¿Por qué? —repitió Ludwina con una frialdad, en la que palpitaba su propia ira— Usted debiera saberlo mejor que yo. Por lo mismo, porque usted es sospechoso y están recogiendo a los sospechosos.

Aplastado por estas palabras, él guardó silencio mientras Ludwina lo traspasaba con su mirada. Entonces se irguió:

—¿Fue para avisármelo que me hizo venir?

—No —respondió ella—, para ayudarlo. Todo está preparado por Juan Moreno. Se quedará aquí escondido hasta que caiga la noche; entonces vendrá una persona de confianza a buscarlo.

—¿Y después?

—Ya lo sabrá a su debido tiempo.

La exigua sala a la que le condujo en seguida la joven, estaba sumida en una turbia y maloliente penumbra. Olía a orina y a caca de niño. Al entrar, José tropezó con un cajón que servía de cuna al hijo menor de Siso, pero Ludwina lo auxilió hasta dejarlo sentado en una silla de enea que estaba pegada al muro. Allí quedó solo, acariciando entre sus manos ociosas el paquetito con el vestido que había comprado a doña Perpetua. Encontraba humillante verse protegido por una mujer que lo despreciaba, insultado por sus palabras y por sus sonrisas irónicas. Durante largos minutos saboreó esta meditación con cierto masoquista deleite y decidió prolongarla como quien afila un cuchillo. Esperaría a que Ludwina volviera, oiría aún sus sarcasmos, y de pronto la sorprendería con estas palabras: «No quiero su ayuda. No quiero ayuda de nadie. Me basto yo solo».

Mientras tanto, ya habituado a la obscuridad del recinto en el cual iban tomando contorno las cosas, a través de la puerta que comunicaba con la minúscula alcoba vio a la mujer de Basilio sentada en el borde de un catre y amamantando a su hijo más chico. En tanto que el niño le acariciaba el seno con su manita morena, ella lo miraba a él con unos ojos febriles que la rodeaban de una especie de resplandor. Afuera resbalaban voces

de transeúntes. De pronto vio entrar a Ludwina y se puso de pies. Ella traía en las manos un libro y un pequeño envoltorio.

—La estaba aguardando.

—¿Sí? ¿Para qué?

—Para decirle que me voy ahora mismo.

La sorpresa se reflejó en los ojos de la muchacha.

—¿Ahora mismo? ¿Está loco?

—No necesito su ayuda. No quiero ayuda de nadie.

—¡Ah! ¿Es por eso? ¿Y por qué no se fue sin esperarme? La puerta está abierta.

En aquel momento, enmarcando el rostro de la mujer de Basilio, aparecieron las cabecitas de sus otros dos hijos, los que se pusieron a mirar a José con asombro.

—¿Quiere café?

Esta inesperada pregunta de Ludwina acabó de desconcertarlo.

Pero él era terco:

—No consiento que me traten como un muñeco. Antes de irme quiero decírselo a Juan Moreno.

—Juan Moreno también anda huyendo.

—¿Huyendo?

—Desde esta mañana... Son muchos los que van a tener que huir. Quizá hasta yo misma.

Hinchada de cólera, la voz de Ludwina vibraba como una campana:

—Dele gracias a Dios de que todavía haya quien se ocupe de usted. Y déselas a Juan Moreno. Cuando quiera saber lo que es un hombre de verdad, piense en él y fíjese en lo que hace. ¿Sabe cuándo supo que lo estaban buscando? Esta misma mañana, cuando se disponía para ir al trabajo. Envolvió el desayuno, le echó la bendición a sus hijos y cogió camino. Pero antes de irse entró en casa y me llamó aparte: «Mira, me dijo, avísale a ese muchacho y ayúdalo para que se esconda. No lo abandones,

porque ése anda siempre en las nubes». Así se porta un amigo. Dios lo proteja donde quiera que vaya... Ahora —ordenó bruscamente— siéntese y espere el café.

Dio media vuelta para marcharse, pero antes de hacerlo se puso de nuevo frente a él y le entregó el envoltorio y el libro que llevaba en las manos.

—Aquí tiene un bastimento para el camino y un libro para que se distraiga leyendo.

Ahora, a pesar de su evidente derrota, José se sentía aliviado. Mientras Ludwina iba y volvía con el café, meditó en los complicados caminos que suele tomar la felicidad para aproximarse a los desdichados. «Cuando quiera saber lo que es un hombre de verdad, piense en Juan Moreno»... Casi las mismas palabras que le oyó un día a Casandra. Poco después, cuando la joven estuvo de nuevo ante él, le tomó una mano y se la besó. Ella dijo con extrañeza:

—¿Por qué hace eso?

—Para darte las gracias... y para que no me olvides.

Hubo un corto silencio. Ludwina estaba turbada:

—Prepárese para que coja camino.

—Estoy preparado. ¿Por qué no te sientas conmigo? Quiero decirte algo antes que nos separemos.

—Ahora no puedo...

—¿Volveré a verte antes de irme?

—Sí...

Y salió.

***

Al quedar solo de nuevo, José buscó inútilmente el encendedor de la luz. No había electricidad en la casa. La mujer de Basilio entró en la salita y encendió un candil que había sobre una mesa. Y fue así como pudo él ver el libro que le trajo

Ludwina. Era la pequeña y desteñida *Mitología* del Maestro Carpio. ¿Por qué le había entregado aquel libro precisamente? Al hojearlo le pareció que sus manos se iluminaban.

Un gran silencio se empozaba entonces en el estrecho y caluroso recinto, en cuyas paredes brincaba la luz del candil. Pero era un silencio que no lograba acallar las voces de José. Todo parecía a este regulado por una invisible presencia: los ojos espiones de la mujer de Basilio, la actitud de Ludwina, la ignorancia en que se hallaba sobre su futuro, el miedo que debía de padecer en aquel momento Roso Morales. Pensando en esto apoyó la cabeza en la pared y se quedó adormilado. No hubiese podido decir cuánto tiempo estuvo así, con el cuello torcido y conservando un maquinal equilibrio. Cuando despertó vio de nuevo a Ludwina, a quien acompañaban dos hombres: Basilio Siso y Teófilo Aldana. La sorpresa le arrancó un pequeño grito.

¡Teófilo Aldana! Pero, ¿qué hacía allí, con su machete en la mano, Teófilo Aldana?

—Esta es la persona que lo va a acompañar —le dijo Ludwina.

—¿Él?

—Sí. ¿Tiene algún inconveniente?

Teófilo Aldana lo miraba ceñudo:

—¿Cree que lo voy a matar?

—¿Es que hay algo entre ustedes? —preguntó con suspicacia Ludwina.

José, que seguía sentado en la silla, no lograba sobreponerse a su turbación. Teófilo habló con franqueza:

—Le voy a decir la verdad: hubo un momento en que le tuve ganas, no puedo negarlo. Pero eso pasó.

Intervino Basilio Siso:

—¿Está seguro, compadre?

—Sí, compadre: usted sabe que no lo engaño.

Y desabrochando su blusa, Teófilo sacó una larga y afilada peinilla que ofreció a José con estas palabras:

—Tome, tenga eso. Ya ve que puede tenerme confianza.

Armado de este modo por Teófilo, José puso entonces en manos de Ludwina el paquetito con el traje para Casandra.

—Quiero que me lo guardes hasta que vuelva. No me preguntes más por ahora. Es para algo que debemos hacer los dos.

3

Negra es la calzada que bordea a Campo Escondido por el naciente y negras las torres de acero que pueblan la grasienta comarca. Los fugitivos se internaron en la manigua y pusieron alas a sus talones.

—Por aquí vamos para mi tierra —anunció Teófilo, cuyo machete hizo un molinete por encima de su cabeza.

—¿Y cuál es su tierra? —le preguntó José, siguiendo sus pasos.

—La sierra de San Luis, donde hay bastante monte para esconderse. Esta noche, si Dios nos ayuda, dormimos caje el compadre Uripe, y mañana seguimos camino.

Conforme avanzaban la vegetación se hacía más espesa, pero no menos áspera. Por un puente de tablas pasaron un pequeño río que se bifurca en dos brazos para ir a desembocar en el lago, y algún tiempo después avanzaban por tierras menos agrestes, salpicadas aquí y allá por unos pantanos negros poblados de espesos manglares. Evitando las vías ordinarias, ellos marcharon de prisa, en silencio, alumbrados fantásticamente por el fulgor de la luna inminente. Respiraciones ocultas, silbidos sutiles y misteriosos, risas irónicas escondidas entre las hierbas surgían de la negra oquedad de los arcabucos. De vez en cuando, un inesperado movimiento de ramas llenaba a José de sobresalto. Pero Teófilo conservaba su aplomo. Él sabía que las bestias que hacían esos ruidos eran inofensivas pavitas, sapos que afinaban el canto o temerosos conejos grises. Los animales dañinos de la comarca son silenciosos y subrepticios,

principalmente las enormes serpientes que los campesinos denominan guayacán talla equis. José lo sabía también, pero lo había olvidado. Y esto era precisamente lo que le asustaba, esta inadvertida extinción de su instinto de campesino. Recordaba a el Caimán, compañero de Palmenio Martínez, y se preguntaba cuántos hombres habría asesinado Teófilo Aldana. ¿Por qué le habían elegido este compañero de fuga? ¿Qué representaba Teófilo Aldana en el submundo de intrigas, de pactos y de promesas en que se movían Palmenio Martínez, míster Walter, Juan Moreno y Ludwina Carpio? Al rojizo resplandor de la noche miraba la fibrosa silueta de su baquiano, oía su respiración acentuada por la marcha de prisa, y volvía a su obsesiva pregunta: ¿qué significaba para él Teófilo Aldana, la vida o la muerte?

Hasta entonces, Teófilo no había pronunciado sino contadas palabras, las indispensables para celebrar la bondad de su tierra nativa y para prevenir a José sobre el peligro de las serpientes. Después de esto había vuelto a su impresionante mutismo. El hombre que calla así —se decía José— es porque está pensando. ¿Y en qué podía pensar Teófilo sino en cosas de muerte? «Bueno —se dijo de pronto—, nadie se muere la víspera». Y desde aquel instante se sintió más tranquilo.

Habían andado un buen trecho, cuando Teófilo se detuvo.

—Shit... —hizo entre dientes.

José quedó en suspenso.

—No es nada —dijo el otro después de un momento—, creí oír un ruido...

Más adelante se volvió a detener:

—Usted no conoce el monte —observó esta vez—. Con esa rompedera de ramas es como si fuera diciendo: «Por aquí vamos».

De pronto se vio la luna, una luna pequeña, menguante, cuyos reflejos argentaron los relieves del monte. Y esto bastó para cambiar el humor de Teófilo. Fue cual si le desataran un nudo por dentro.

—Se va a sorprender el compadre Uripe.

Por su parte, José, al oírle esta nueva voz, experimentó un gran alivio.

Mientras tanto seguían avanzando, y a medida que se internaban en la manigua una fronda más densa les iba envolviendo. Luceros remotos, guiñadores, hablaban un lenguaje de oro en el inmenso silencio del cielo. José deseaba decir algo capaz de predisponer a Teófilo a la bondad, pero no hallaba palabras para empezar. El mismo pensaba entonces de un modo anárquico, barajando imágenes próximas y lejanas. Recordaba los relatos de míster Walter y de Palmenio Martínez, la conducta disímil de Chinca y Ludwina, las disertaciones de Landáez, de Pío y del general Trabuco, las manos de Beltrán Oliver, el piano de Ely Saúl y las pinturas de Arsenio, la voz de doña Perpetua, la mugrienta túnica de Iguaraya, las coplas de Narciso Reinoso, la pata de palo de Magín Cardozo, la recia figura de Juan Moreno, la cobardía generosa de Roso Morales, la ingenuidad del Maestro Carpio, los cubrecamas de Sarah, la misteriosa simbología de Casandra, y se sentía en un torbellino. Este era el universo de sus vivencias, de sus ideas y sus emociones, al cual se incorporaba violentamente el enigmático Teófilo Aldana. José contemplaba ahora a su inesperado compañero de fuga y le descubría dimensiones incalculables. Sentía una incontenible necesidad de hablarle y de sincerarse.

—Yo le agradezco, Teófilo, esto que está haciendo por mí. ¿Por qué lo hace?

—Porque me pagan —confesó Teófilo abruptamente.

—¿Le pagan? ¿Quién?

—No lo sé, ni me importa. Se entendieron con mi compadre Basilio. Usted debe de saberlo mejor que yo.

—Pues no lo sé. Quisiera saberlo.

—¿Tampoco sabe por qué lo están persiguiendo?

—Eso sí... Y usted... ¿sabía que era a mí a quien iba a esconder en el monte?

—No, no lo sabía. El compadre Basilio me dijo: «Compadre, hay que esconder a un hombre en el monte porque la Policía lo anda buscando: gánese esos cobres». Y eso fue todo.

—¿Si lo hubiese sabido, hubiera aceptado?

—Quién sabe...

José eligió sus palabras para explicar:

—Teófilo, yo no lo conocía a usted ni de nombre... Ahora es distinto. No me guarde rencor.

Teófilo quedó silencioso por un momento, y luego dijo haciendo un esfuerzo:

—Yo no le guardo rencor; ya se lo dije al compadre...

—Pero... aquella noche...

—¿Para qué recordar esa noche? Yo estaba enlunado. Imagínese que el mocho Pinto y yo habíamos ido al *Salvaje* como otras veces... De repente, ¿qué cree usted lo que vimos? Al jefe civil con un cargamento de tubos robados...

—Yo también lo he visto... más de una vez.

—Me dieron ganas de incendiar y matar esa noche. Después cojo y voy a acostarme caje el compadre Basilio, y allí encuentro al compadre y a su mujer retozando como los perros y sin importarles los muchachitos. Eso acabó de encenderme la sangre. Entonces fue cuando salí a pedirle un trago a Roso Morales y va usted y me sale con aquella vaina. Eso no me había pasado a mí nunca, se lo aseguro. De ahí cogí para la Salineta y me puse a dar machetazos al monte. «Bendito sea Dios —me decía a mí mismo—: mire que un cagoncito como este venirme a arrastrar cuero a mí, a Teófilo Aldana». Tuve tentaciones de ir a la tienda y tumbar la puerta y cortarles las cabezas a usted y a Roso Morales. Pero usted debe de tener un santo muy bueno en el cielo. Me acordé de lo que me pasó cuando míster Rule y me arrepentí.

La nueva tensión que el recuerdo ponía en la voz de Teófilo llenó de miedo a José. Comprendió que tenía que hablarle, que sangrarle el espíritu para descongestionarlo de aquel recuerdo, y le preguntó cual si no diera importancia al hecho:

—¿Míster Rule...?

—Sí —dijo Teófilo. Y José comprendió que el río de su sangre se precipitaba por un cauce distinto—; sí: un musiú que fregué porque me puso en la lista negra. Pero me dejé coger como un necio. Me pusieron una bola de hierro en la pata y me tuvieron dos años regando asfalto en las calles de Maracaibo. ¡Cómo quema ese condenado asfalto! ¡Y ese sol de las dos de la tarde! ¡Y esos cabos del ajo echándole verga a uno!

—Yo también estuve preso dos años.

—¿Usted?

—Con grillos, en el castillo...

—¿Se comió a alguno?

—No: me metieron ahí por político.

—¡Caray! Eso si debe de ser malo.

La tormenta se había conjurado. José lo comprendió por la entonación que Teófilo dio a sus palabras:

—De modo que estuvo dos años... ¿Y le echaron palos?

—A mí no: a otros... A muchos.

—Tuvo suerte, entonces. A mí me cogieron porque no quise quedarme en mi tierra. Ya me había acostumbrado a vivir aquí, en el petróleo, y no podía olvidarme de las puticas y la ruleta. Usted sabe que aquí mucha gente vive sin trabajar, vendiéndole a doña Perpetua cositas que se rebuscan en el *Salvaje*. Si me hubiera quedado en mi monte no me hallan ni con oraciones.

4

Era pasada la medianoche cuando arribaron al rancho del compadre Eurípides, y Teófilo tuvo que defenderse con una rama

de las embestidas de dos perros raquíticos que cuidaban la casa. Era esta un habitáculo primitivo fabricado por el propio Eurípides con troncos y barro en un claro del monte. Los desesperados ladridos de los dos canes despertaron al dueño y a su mujer —Mecha—, el primero de los cuales asomó cautelosamente con un machete en la mano.

—¿Quién es?

—Soy yo, compadre: Teófilo Aldana.

—¡Ah! ¿Es usté, compadre? Pase pa'dentro. ¿Qué lo trae por aquí a estas horas?

—Queremos pasar la noche aquí, con usted... Por la mañana conversaremos.

—Bueno, compadre, pasen y acomódense onde les guste.

Y esto fue todo entonces. José, que se sentía fatigado, se tendió en el suelo, en el cobertizo que hacía de cocina, y se quedó dormido casi en seguida. Cuando despertó amanecía y el gallo de Eurípides lanzaba sus clarinadas entre las ramas de un arbusto de vera. Vio a Mecha frente al tosco fogón tendiendo arepas en el budare de barro, y a Teófilo y su compadre en cuclillas, conversando en voz baja. Colgados de las patas en un horcón había dos conejos grises que Eurípides había cazado horas antes y cuya presencia proyectó en el corazón de José un brusco aleteo de recuerdos. Así había vivido él hasta su adolescencia, en compañía de su madre y de su abuelo Casildo. Semidesnudo, con el cabello tostado, polvoriento y zahareño como una alimaña, había visto pasar sus primeros años, mientras a su alrededor subía la marea del petróleo. Un día que había salido a cazar conejos apareció Narciso Reinoso pidiendo un sorbo de agua y su abuelo se la dio lo mismo que Eurípides se la daba a ellos ahora. Dar agua, en aquella comarca, era más que dar oro. Su tía María había pagado con su existencia sus sueños de oro.

No se sentía, sin embargo, deprimido por el espectáculo que tenía ante los ojos. Su emoción era tierna, pacífica; la

emoción del retorno después de un viaje penoso por caminos desconocidos. Oía la agreste conversación de los pájaros, miraba al burro cargado de mansedumbre y a los flacos mastines, ya familiarizados con los amigos del amo, contemplaba el horno de tierra, dentro del cual se quemaba el carbón de leña y el jagüey donde Eurípides se proveía de agua potable, y se sentía descansado. En sus andanzas por otras regiones había visto paisajes distintos, pero en este momento no hacía comparaciones. Le enternecía ver a Mecha en el renegrido fogón desplegando su taciturna destreza: tomaba ella un puñado de masa de la pequeña y no muy limpia batea, lo aplastaba en sus palmas y colocaba el húmedo disco sobre el budare. Luego, al estar bien cocido, lo levantaba y rascaba con un desgastado cuchillo. Esta humilde función tenía la iluminada belleza de un rito griego. Bajo el budare ardía el fuego, cuyo humazo la hacía llorar y cuyas lenguas rojas y crepitantes se enroscaban en torno a sus manos. Poco después, ella misma les servía el desayuno: arepas calientes, queso de cabra, rancio y deshidratado, como de yeso, y café ciato en pocillos de peltre desportillados. Ya Teófilo había contado a su compadre la aventura que obligaba a José a esconderse en el monte, y Eurípides miraba al mozo de reojo, sin alzar la cabeza.

Teófilo le llamó:

—Mire, mano, el compadre Uripe cree que es peligroso seguir camino de día. Dice que hay mucha gente de las compañías trabajando por estos lados... ¿Usted, qué opina?

José se encogió de hombros:

—Usted es quien resuelve.

—El compadre cree que podemos quedarnos escondidos aquí hasta que caiga la noche. Como él tiene que ir a vender un carbón a Cabimas, la comadre estará vigilando para avisarnos si algo sucede. Esto a mí me parece bueno, porque así el compadre nos podrá traer noticias cuando regrese.

Y así quedó decidido. Echados sobre la tierra, ocultos por el boscaje y protegidos por la sombra de una cepa de veras, dejaron desgranarse las horas. Una ruda amistad erizada de sutiles recelos comenzó a germinar sobre aquel suelo ardiente jalonado por las rojizas pirámides de las termites agrarias. Filas interminables de bachacos color de vino, embanderadas con sus provisiones de hojas para el invierno, cruzaban el campo y se sumían en los socavones. Y a ratos una nutrida banda de palomitas venía a posarse cerca de ellos para picotear las menudas espigas de hierba. Era una vida agria, laboriosa y ascética que se conjugaba con el sofocante calor y con la vibrante sequedad de la atmósfera, y junto a la cual las palabras se disgregaban como pavesas. José explicó a Teófilo por qué lo buscaba la Policía, y le habló de ideales que el otro no comprendía. Al negro no le interesaban sino determinados temas hacia los cuales trató de arrastrar a su compañero. Por ejemplo: ¿tenía José suerte con las mujeres? ¿Por qué no le contaba alguna aventura erótica? ¿Había cogido a alguna extranjera? Y al oírle contar cómo una vez destinó cuarenta bolívares para ir a Maracaibo a acostarse con una francesa, José comprendió que aquélla era una idea fija, casi una obsesión de Teófilo Aldana. No se moriría —afirmaba éste— sin haber holgado con una musiúa de esas que se pasean por los campos y juegan al tenis y se bañan en las piscinas casi desnudas. Dios no le podría privar de este goce, y algo tendría que ocurrir algún día —un milagro divino, un cataclismo, una revolución— para que pudiese satisfacerlo.

—¿Una revolución para acostarse con una musiúa?

Al oír aquello José optó por reír. Pero a Teófilo no le parecía tan absurdo.

—¿Y para qué son las revoluciones sino para conseguir lo que uno desea? Yo no he visto ninguna, pero lo he oído decir.

—¿A quién se lo ha oído decir?

—Al compadre Basilio y al mocho Pinto. ¿Qué cree usted que andaba buscando Urbina cuando se puso a cortar cabezas por esos montes para donde vamos ahora?

José no respondió. Tampoco él había visto una revolución, pero creía que debían de hacerse para algo mejor que aquello.

—Usted, Teófilo —preguntó a su compañero—, ¿usted no ha sentido alguna vez la curiosidad de conocer algo mejor que lo que miran sus ojos? ¿No ha pensado en otras personas que pueden saber más que usted de las cosas del mundo y de la justicia que necesitan los hombres?

Pero Teófilo rio con su risa estítica y amenazadora:

—¿De la justicia? Mire, cámara, no me hable de poesía.

***

Pasaron un largo rato en silencio, inmovilizados por el calor y sus pensamientos. De pronto José preguntó:

—¿Usted sabe leer, Teófilo?

—No... ¿Por qué?

—Porque yo puedo enseñarlo... si usted desea. Yo tampoco sabía y me enseñaron en el castillo.

Teófilo no respondió.

Al mediodía Mecha les llevó de comer: conejo guisado, yuca salcochada y café aguarapado. Poco después, Teófilo roncaba como un bendito. Y José, que prefirió luchar contra el sueño, pasó las horas meditando. Todo lo veía obscuro en aquellos momentos. Bajo el sol implacable y sobre el suelo reverberante se sentía rodeado de nieblas indescifrables. ¿Había elegido bien su camino? ¿Adónde iba a parar conducido por este hombre ignorante que roncaba a su lado y que en algún momento quiso matarlo? Sabe Dios cuánto tiempo tendría que andar fugitivo en los montes de Coro, porque él, distinto a Palmenio Martínez, carecía de partido y de gusto por la política.

***

Por la tarde regresó Eurípides con malas noticias. La represión se intensificaba en toda la región petrolera y eran numerosos los detenidos. Esto se hacía tan ostensible, que no tuvo que preguntarlo. No se hablaba de otra cosa en el pueblo. De consiguiente, Teófilo y José decidieron reanudar la fuga apenas anocheciera.

La última comida del día se la sirvió Mecha en la cocina. Allí estaban, ya listos para partir, cuando los dos perros rompieron a ladrar agresivos. De pronto sonó una detonación y uno de los canes dio un rebote gimiendo.

—¿Qué pasa? —inquirió José, blanco como la cera.

—Nadie se mueva —tronó una voz a la entrada del cobertizo.

Se hallaban rodeados de hombres armados. Con los codos hacia la espalda, Teófilo, José y Eurípides fueron atados con fuertes mecates y sacados del rancho a empellones. A Mecha no la amarraron, pero la empujaron también hacia el camino. Y cuando todos estuvieron allí otra sombra vino a unirse a las suyas. Era Basilio Siso, a quien habían aplicado un torzal para que cantara.

CUARTA PARTE

El bravo pueblo

Jornada primera

1

Todo lo que ocurrió en los postreros días del año 35 fue para José motivo de minuciosos apuntes. He aquí, resumidos, algunos de ellos: En cierto momento, Magín Cardozo se convirtió en el personaje más expectable de la comarca y su nombre llegó a ser un símbolo de terror en doscientos kilómetros a la redonda. Su astucia, su tenacidad, sus refinamientos no tuvieron rivales. Fue él quien requisó la tienda de Roso Morales, de la cual sustrajo los libros de José Ubert, el joven; y no contento con esto hizo encarcelar al propio Roso, a quien debía suceder como propietario de la bodega el enigmático Severo Chacón. Se cuenta que hasta míster Epi temblaba cuando veía al cojo entrar en su oficina.

Una de aquellas noches dos agentes se presentaron en la casa de Carpio a buscar a Ludwina. Mas como esta había desaparecido se llevaron al viejo. Esa misma noche un violento chubasco conmovió la costa del lago y llenó de zozobra a sus habitantes. Temblando de incertidumbre, aplastadas por la congoja, la señora de Carpio y su hija Chinca rezaron por los ausentes, mientras el viento embestía contra las casas. Era como un iracundo genio nocturno. cuyos puñetazos retumbaban contra las puertas y las ventanas y levantaban las láminas de cinc de los techos.

Dos días después la señora de Carpio y sus hijos embarcaban para Maracaibo decididos a postrarse a los pies de la Virgen.

Promediaba el mes de noviembre y era justamente la época dedicada a la milagrosa Patrona. Como de costumbre en las tradicionales festividades, la plaza y las calles que la circundan estaban repletas de gente. Las casas lucían embanderadas y pedestres orquestas recorrían las cuadras cercanas ejecutando pasodobles y valses en tres por cuatro. Esto intimidó a las dos mujeres. Sin embargo, la señora Carpio era animosa y se sintió poseída por el genio del heroísmo. ¿Traicionar a la Virgen? Ni pensarlo. Su venganza sería terrible. Hizo, pues, un supremo esfuerzo, y heroicamente se lanzó, acompañada de Chinca, al hiperdúlico océano de la plaza.

Los que asistieron aquel 18 de noviembre a la festividad de la Chiquinquirá, en Maracaibo, recordarán el conmovedor espectáculo de dos mujeres desesperadas que, una en pos de la otra, cayeron de hinojos a la puerta del bar Puerto Arturo para iniciar, desde allí, un ejemplar sacrificio en homenaje a las tradiciones de la familia. La multitud no tardó en advertirlas y un gran movimiento de masas gravitó hacia el lugar donde estaban. Fue un momento sublime. Todos se atropellaban por ver a las penitentes y un inmenso murmullo subrayó sus plegarias: «Santa María, Madre Dios, ruega por nosotros, pecadores...» Pero no fue sólo el coro lo que se oyó; fueron, asimismo, las conmovidas invocaciones de miles de seres heridos por el dolor: «Por los afligidos y torturados... Por los que sufren sin esperanza... Por los huérfanos y las viudas desamparados... Por los que padecen prisiones injustas y por los que impetran justicia sin conseguirla... Por los que naufragan en el mar y en el lago... Por los que mueren sin confesión...»

Aquello duró largas horas. Cuando, ya anochecido, arribaron al altar de la Virgen, Chinca cayó desmayada. Las dos tenían las rodillas en carne viva.

2

Todo induce a creer que los únicos que conservaron su buen humor en aquellos aciagos días fueron los dos negritos de Sam. Con sol o con lluvia, estos diabólicos duendes de Campo Escondido estaban siempre en la calle, en cuclillas sobre el asfalto y dispuestos a endilgar sus paremias a los personajes más respetables. Así, cuando se llevaron al maestro Carpio y la señora de este salió a la puerta angustiada, ellos improvisaron:

Berreaba como una vaca
y tenía la lengua morada
y pegaba unos lecos mu grandes
y más nada...

Una de las pocas veces que tuvieron que arrepentirse de sus inventos poéticos fue cuando se les ocurrió decir que Magín Cardozo

Tenía los ojos de verraco
y la pata quebrada
y se parecía a una cabra tuerta
y más nada...

Esa vez su progenitor estuvo tentado a meterles las manos en el fogón y si no lo hizo fue por el temor a las consecuencias. Sam era un negro supersticioso que jamás pasaba por debajo de una escalera y que cuando jugaba a los dados conservaba en la mano izquierda, bien apuñada, una pata de conejo que le dejara en herencia su padre.

También él había desplegado una actividad excepcional en aquellos días, pero andaba muy preocupado por ciertos rumores que circulaban acerca de la inminente muerte del hombre.

¿De cuál hombre? Al principio Sam lo ignoraba, mas cuando se lo dijeron estuvo a punto de desmayarse. Corrió entonces a contárselo a Magín Cardozo, y juntos se dirigieron a entrevistarse con míster Epi. Como consecuencia de esto, Polo, el difusor de rumores, fue encarcelado.

Pero «la bola» continuó rodando y creciendo. Primero fue un cuchicheo gaseoso; después, un tema de conversación ostensible. «Parece que se muere», decían unos. «Parece que ya está muerto, aventuraban otros, pero que lo mantienen embalsamado y lo mueven con una máquina». «No, afirmaba un tercero, no está muerto. Lo mantienen vivo inyectándole sangre de muchachitos. ¿No han oído hablar de la cantidad de niños que desaparecen todos los días?» Gentes que venían de diversos lugares, por tierra y por agua, difundían aquellas noticias como se difunde el contagio de una epidemia; las sembraban a voleo y las hacían fructificar. Había al mismo tiempo ansia y miedo de saber la verdad, ansia y miedo de que fuese verdad. Esta nueva auroral que casi todos esperaron por lustros y que muchos imploraron como el más alto bien en sus oraciones, no producía ahora el estallido de júbilo que se hubiese previsto. Lo que causaba era estupor y zozobra. El ser casi vegetal, casi mineral que gobernaba el país, siempre en guardia ante los amigos igual que ante los enemigos, llegó a acumular un poder tan grande que la misma Muerte retrocedía en su presencia. Sin embargo, esta vez parecía haberse rendido, a juzgar por ciertas señales y movimientos que se observaban en el Gobierno y en las compañías petroleras.

De pronto, acelerando las pulsaciones del pueblo, una noticia estalló preñada de vaticinios:

—¡Están reclutando!

Esta fue la señal decisiva. Las casas cerraron sus puertas y los radiorreceptores enmudecieron. La recluta era otro chubasco que soplaba del lago y estremecía las aldeas y los campos. La

cosecha fue breve pero fructífera. Ni los casinos ni los tugurios de juego en los que muchos fugitivos buscaron refugio como en otro tiempo en los templos, fueron respetados por el flagelo. Sólo dos de los detenidos volvieron: Polo, que explicaba muy satisfecho:

—A mí me sacó el Caraqueño...

Y el maestro Carpio, a quien reclamó la compañía para que continuara con el discurso.

El viejo volvía confuso, espantado y avergonzado. Hasta la noche anterior su mujer había tratado de hablar al jefe civil sin lograr acercarse a él, y de improviso veía regresar al anciano arrastrando los pies pero —por fortuna— con los miembros completos. ¿Cómo debía interpretar semejante ocurrencia? Como un milagro de la Chinita. ¡Loado sea Dios y su Madre Divina!

La noticia de este prodigio circuló por Campo Escondido y todas las mujeres del pueblo quisieron participar de su gracia. Durante varios días la casita se vio repleta de gentes que acudían como en romería y que asediaban a Carpio con sus abrazos y tocamientos. Él no sabía por qué lo sobaban así, por qué se arrodillaban en su presencia y por qué besaban sus ropas; jamás sospechó que su vida fuese tan importante ni que tuviese tantos amigos desconocidos, pero, ¡por Dios! ¿Por qué no lo dejaban en paz para terminar el bendito discurso?

Quizá hasta entonces no llegó a penetrar el maestro Carpio el verdadero significado del cuento que le contara una vez José Pérez. De pronto se vio transportado a un mundo desconocido y sus sesenta y seis años fueron estremecidos por insospechadas revelaciones. Oyó gemidos que surgían de una bruma de pesadilla, interjecciones obscenas preñadas de odio y desprecio y ruido de hierros y martillazos. Aquel antro debía de estar repleto de miserables. A él lo encerraron sin la menor consideración junto con una cabra que llamaba a su crío con agudos

berridos y con un loco callejero que lanzaba grandes carcajadas sincopadas. A veces la cabra se pegaba a su cuerpo y permanecía inmóvil bajo la caricia de su mano, mas cuando la sacaron de allí quedó solo con el demente. En los breves instantes en que el cabo de presos abría la puerta del calabozo para llevarles el rancho o sacar el pollino, podía él contemplar en el patio algunos rostros adormilados. Una mañana entró el jefe civil en persona:

—Viejo Carpio —le dijo sonriendo—, se salvó en lo peladito. Puede irse. La compañía lo necesita.

Y por eso había vuelto tan pronto.

3

A José y a Teófilo les encerraron en celdas individuales. A Basilio, a Eurípides y a Mecha los dejaron en el patio, porque no había calabozos vacíos. Cada vez que el pesado cerrojo gruñía alzaban ellos las cabezas y se ponían a temblar.

«No tardarán en traerme los grillos», se había dicho José, y no anduvo errado. Con el sol de la mañana entró el cabo e hizo cantar su mandarria sobre el perno del grillo. Y como el preso estirase las piernas con abandono, el carcelero le preguntó irónico:

—¿Usted también está acostumbrado?

Todo aquel día y toda aquella semana el martillo habría de entonar la misma canción, lo que, según el criterio del cabo, era un trabajo inútil, porque luego tendría que desherrarlos a todos cuando los fuesen a trasladar a un verdadero presidio. Sin embargo, era lo usual. ¿Quién ha visto preso sin grillos?

Así comenzaron a deshojarse los días. Estimulado por una vieja experiencia que revivía en su memoria, José no tardó en buscar la inevitable rendija que permite a los presos mirar al exterior y sorber una partícula de aire puro; y ya en posesión

de ella se dedicó a contar los minutos. Como el edificio era pequeño y estaba al hilo de la calle, a través de una aleación de murmullos podía percibir los lejanos reflejos de la vida exterior. Esto no dejaba de ser un consuelo. Por las noches el sueño parecía descender de lo alto de las paredes como una lenta oleada de asfalto. Una noche, cuando acababa de cerrar los párpados, un ruido de puertas lo hizo palpitar con desenfrenada ansiedad. Alguien pujaba y gemía en la celda contigua a la suya. Luego se produjo un silencio espeso. Mas cuando ya sus nervios comenzaban a relajarse, de nuevo oyó un profundo lamento que le hizo vibrar como un harpa. ¿A quién hacían padecer de aquel modo?

A la mañana siguiente un áspero contacto lo despertó. Era la luz del sol que entraba a raudales por la puerta abierta del calabozo. Frente a él aparecía el cabo con las piernas en arco sobre su cara y una verga en la mano. Inútil fue que tratara de incorporarse acicateado por la sorpresa: el hierro le laceró los tobillos.

—¿Oyó lo de anoche, aquí al lado? —preguntó el cabo con una voz neutra—. Pues esta noche le toca a usted. Se lo aviso para que vaya pensando...

—¿Pensando, qué?

—Lo que va a contestar. Quizá le hablen de unos libros que encontraron en la tienda de un tal Roso Morales... Tal vez le pregunten sobre un tal Juan Moreno a quien andan buscando.

—Yo no sé nada de eso...

El cabo se encogió de hombros con displicencia:

—No soy yo quien se lo va a preguntar. Lo único que hago es prevenirlo.

Sin embargo, en el resto del día, después de aquella visita, nadie vino a turbar sus meditaciones. Poco a poco su sensibilidad comenzó a embotarse. Había tomado un partido, el de evitar el tormento a todo trance, y a él se aferró a despecho de los tímidos escrúpulos de su conciencia. Declararía cuanto

quisieran saber, nombraría personas, se confesaría culpable de cuanto delito le atribuyesen, pero no se dejaría torturar. Mas nadie vino aquel día. Tampoco volvió a oír los gemidos. En cambio, en cierto momento en que comenzaba a dejarse ganar por el sueño, un inesperado tropel de carreras y ruidos de armas lo arrastró hacia la rendija. El pequeño edificio carcelario parecía llenarse de gentes que venían de la calle, mientras una voz nerviosa impartía órdenes estratégicas:

—General Marrero, coronel Antúnez, capitán García... Hagan formar esa gente.

Y advirtió cómo se formaba una fila.

—¡Diga uno! —ordenó otra voz no menos nerviosa.

Tras lo cual comenzó a desgranarse una mazorca de voces amedrentadas.

—Un... dos... tres... —hasta cincuenta y cuatro.

Ahora los jefes hablaban frente a la puerta misma del calabozo:

—General Marrero, hay que levantar doscientos reclutas; cien para aquí y cien para Maracaibo... ¿Podemos contar con usted?

—Coronel, le respondo de sesenta muchachos corianos...

—¿Y usted, coronel Antúnez?

—Yo puedo pararle cuarenta, pero bien alentaos.

—¿Y usted, capitán García?

—Los que necesite, mi coronel.

José se rompía la cara tratando de mirar hacia el exterior, y la impotencia le colmaba de ira. Estaba ansioso y perplejo a la vez. De pronto pensó:

—Se está muriendo el hombre... Quizá ya se murió.

Y sin atender al dolor que le atenazaba las carnes se puso a dar brincos con un poseso:

—¡Se murió! ¡Se murió! ¡Se murió! No estaba equivocado Cesáreo León.

Pero en ese momento un interrogante imprevisto vino a llenarlo de desaliento:

—¿Por qué están reclutando, si se murió?

Sentado de nuevo en el suelo se puso a recordar algo que oyera en alguna parte: «Muchos son los que ambicionan el mando; el país se convertirá en un campo de guerra y la sangre correrá como un río. Todo el mundo está de acuerdo en que cuando ese hombre desaparezca sus tenientes se disputarán el poder como fieras»... «Pobres muchachos —compadeció entonces a los reclutas—, pobres muchachos que van a morir». Y luego, otra vez con frío en el espinazo: «¿Ellos solos va a morir? ¡No! Todos vamos a morir».

En aquel momento una voz rasgó la canícula:

—¡Ya están ahí los camiones!

—¿Adónde nos llevan? —inquirió un sollozo de adolescente.

—No pregunte y eche palante.

El vocerío arreciaba en la calle. Alguien ordenó con imperio:

—¡Que retiren a esas mujeres lloronas que están en la puerta!

Y las mujeres, que lloraban por sus hijos y sus maridos, fueron echadas.

El ajetreo iba a durar largas horas, hasta ya bien entrada la noche. En cierno momento se oyó un rugir de motores, y todo se hundió en el silencio. Fue aquél el momento en que José sintió ganas de llorar.

—¿Por qué se los llevan, si ya se murió?

No lo entendía. Sin embargo, de una cosa deseaba no tener dudas, y a ello se aferró con todas sus fuerzas:

—¡Se murió! ¡Se murió! ¡Se murió!

Y recordando algo que había leído en un libro: «La voluntad mueve montañas; si quieres que tus deseos se realicen, pon en ellos toda tu voluntad», juntó las manos y elevó una plegaria:

—¡Que se muera, Señor, que se muera!

4

—¿Como que no pudo dormir anoche?

Esto le preguntó el cabo a la otra mañana mirando sus ojos dilatados y enrojecidos. Traía el martillo en la mano, y con un ademán le indicó los grillos.

—Tengo órdenes de quitárselos y dejarle la puerta abierta.

Él lo miró sorprendido:

—¿Por qué? ¿Me van a trasladar a otra parte?

—Creo que los van a soltar. El hombre parece que se murió.

Estas palabras, estrujadas con una temerosa alegría, atravesaron de gozo el corazón de José. «La fe mueve montañas. Lo ha matado mi fe». Y a su memoria volvió la canija silueta de Cesáreo León: «Se muere en diciembre. Usted es el primero a quien se lo digo. Haga correr la bola». ¡Qué hermoso le parecía todo aquello! ¡Cuán espléndida la mañana! A pesar de los años que contaba de vida y de los pueblos que había recorrido, no recordaba una luz tan clara ni un deseo tan intenso de amar a sus semejantes. «¿Cómo se sentirán a estas horas —pensó— los que han pasado veinte años presos? ¿Vivirán aún el doctor Landáez, el general Trabuco y el padre Domínguez?».

Cuando pudo salir al patio el sol brillaba en lo alto. El elevó los brazos al cielo y dilató la mirada. El calor incendiaba las planchas de cinc y caía como fuego en el piso donde algunos hombres permanecían en cuclillas. De repente vio a Teófilo venir hacia él con los brazos extendidos y la cabeza vendada, y su corazón le dio un vuelco.

—¿Qué le pasa, Teófilo? ¿Por qué tiene la cabeza vendada?

—Me apretaron, cámara.

Tenía los ojos congestionados y sus palabras fluían con torpeza. José lo abrazó y le dijo en voz baja:

—No se aflija. Yo me salvé de chiripa. Prepárese, que ha llegado la hora.

—¿La hora de qué, cámara?

—Ya veremos... Quizá de tumbar cabezas.

—Yo siempre estoy preparado. Lo que siento es haber tenido que cantar contra usté y contra el compadre Basilio.

—¿No sabe si agarraron a Juan Moreno?

—¿Quién es Juan Moreno, cámara?

Iban a seguir dialogando cuando apareció ante ellos el jefe civil en persona. Los dos desviaron la mirada, pero el hombre se detuvo y les acarició con una absurda sonrisa:

—¿Saben la novedad? El hombre se murió.

Y cual si quisiera dosificar sus noticias:

—También tengo que decirles que ya no están presos, que pueden irse ahora mismo. Usted, negro —puso un sentido jovial en el adjetivo—, disimule que haya tenido que apretarlo un poquito; pero usted sabe lo que son estas cosas. Póngase en mi lugar. ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar? No me mire con esos ojos. Yo le voy a dar un remedio para que se cure ligero, ¿sabe?

—¿Podemos irnos, entonces?

—Cuando gusten. Pero usted, negro, ¿no va a esperar el remedio?

Teófilo vaciló y José respondió en su lugar:

—No se preocupe. Guárdelo para usted, no sea que lo necesite.

5

Ya en la calle, respirando el aire de expectación y de ansiedad reprimida en el que flotaban las gentes, se pusieron a caminar. Frente a la jefatura el parque estaba desierto. En los comercios los mercaderes miraban con aire inocente, pero escudriñador. Radios y gramófonos guardaban aún silencio, y uno que otro automóvil rodaba por las calzadas ardientes.

—¿Qué habrá sido del compadre Uripe y de la comadre Mecha? —recordó Teófilo— ¿Qué habrá sido del compadre Basilio?

Ya la Bandera de la Nación ondeaba a media asta en algunas casas y frente al Circo Internacional un grupo de tres personas —el italiano Pasini, dueño del establecimiento, don Pedro Samán y don Régulo Flor— metían las cabezas en un periódico que mantenían desplegado. Automáticamente, José y Teófilo enfilaron hacia Campo Escondido, mas a poco andar la voz de una radio llamó su atención y juntos se detuvieron frente a un botiquín. «El cadáver —anunciaba en aquel momento el lejano e incógnito locutor— permanecerá en capilla ardiente y se le rendirán los honores correspondientes».

—¿Nos pegamos un palo, cámara?

—Bueno.

«Se declara —seguía informando la radio— duelo nacional por un mes. Los empleados públicos ostentarán un crespón de luto en el brazo. El egregio estadista fue un varón de altas y nobles virtudes, a quien debe el país la paz que disfruta, su liberación económica y sus progresos actuales».

—Entonces, cámara, ¿él no le debía nada a nadie?

Sin responder a Teófilo, José recordó al maestro Carpio y un vehemente deseo de volver a verlo le acometió. «¿Qué le parece, maestro? —le preguntaría burlonamente—. ¿Terminó ya ese discurso del diez y nueve? ¿Por qué no oye la radio para que se inspire?».

Pero la pregunta de Teófilo abría un nuevo cauce a sus pensamientos. No había pasión en la voz de Teófilo. Casi no había curiosidad. Aludía al ser que había muerto como a una entidad remota, como a una lección aprendida en la infancia. Ante el sermón de un cura su voz no habría sido distinta para preguntar por las gracias del Espíritu Santo. A lo mejor era Carpio quien tenía la razón: el Viejo, el Caudillo, el Hombre, Trinidad

inmanente de un misterio venezolano, seguiría mandando desde más allá de la tumba, y en la Sabanita de Campo Escondido se leerían todos los años los discursos escritos por el preceptor de la escuela.

El tabernero había servido dos tragos y estaba inmóvil oyendo la radio. Cuando Teófilo alzaba su vaso, José le asió una muñeca:

—¿Sabe, Teófilo, que yo conocí a ese hombre?

—¿A cuál, cámara?

—A ese que murió.

—¿Así es la cosa? ¿Y cómo era?

—Ya estaba viejo y dicen que sufría de la próstata.

—¿La qué, cámara?

Bebieron y volvieron a ponerse en camino. El ambiente luminoso del mediodía se llenaba de voces mecánicas: «Digna de singular consideración es la coincidencia que señala las fechas del nacimiento y de la muerte del gran caudillo; como el Libertador, nació un 24 de julio, e igual que él, muere un 17 de diciembre. Era un predestinado».

Ahora el panorama comenzaba a cambiar. Mujeres del pueblo, prostitutas ajadas por el trasnoche y vagos que huroneaban por las tabernas se agrupaban en torno a los receptores. Teófilo, que también comenzaba a prestar atención, parecía, sin embargo, no comprender.

—Pero bueno, cámara —indagó repentinamente—, ¿no y que ya se había muerto desde hace tiempo?

—No sea tonto, Teófilo. ¿Cómo puede creer tal cosa?

***

Poco después entraban en Campo Escondido, donde gravitaba un macizo silencio. En la casa de Carpio hallaron al viejo encorvado sobre su mesa.

—Maestro...

—Adelante. ¿Qué los trae por aquí? ¿Qué desean?

—¿No me recuerda, maestro? Soy José, el de la tienda de Roso Morales.

—¿El de la tienda? Bueno, ¿y qué se te ofrece?

—Me acaban de soltar. Supongo que ya sabe la novedad.

—¿Cuál novedad?

—La de la muerte del hombre. Ya no habrá más discursos ni más diez y nueve[47].

—¡Ah! —exclamó Carpio cayendo en la cuenta— ¿Eres tú otra vez? Ahora me acuerdo... Pero mira, muchacho, sigue mi consejo: vete a la tienda y déjate de locuras. Mira que las cosas no están para chistes.

En aquel momento entró Ludwina, que venía de la calle muy sofocada, y José, emocionado, estrechó su mano. Ella le habló atropelladamente:

—Pero, ¿están sordos ustedes? Venía dándoles gritos por toda la calle. Venga, vamos a la casa de Juan Moreno; tenemos mucho que hablar. ¿No sabe que yo también tuve que esconderme?

Entonces se echaron a andar bajo el sol cual si se preparasen para una fiesta. Pero cuando pasaban frente a la tienda, la sorpresa paralizó a José. Allí, tras el mostrador, estaba Severo Chacón dialogando pacíficamente con el Caraqueño. No pudo contenerse y entró:

—¿Dónde está Roso Morales?

Chacón quedó rígido cual si hubiese visto un fantasma.

—Dígame —apremió José—, ¿dónde está Roso Morales?

---

47 Durante la dictadura gomecista, el 19 de diciembre se celebraba el «Día de la Rehabilitación Nacional» debido a que ese mismo día, en 1908, Gómez dio el golpe de Estado que derrocó a Castro.

—¿Y yo qué sé? —respondió entonces Severo sacando fuerzas de su miedo—. Este negocio no es ya de Roso Morales.

—¿Que no? ¿Y de quién es entonces?

—Pos mío. ¿No me ve aquí adentro?

José, Ludwina y Teófilo se miraron perplejos.

—¿Se lo compró usted? —preguntó la joven con reticencia.

—¿Y usted quién es para preguntármelo?

José se encolerizó:

—No conteste así. Ya se acabaron las groserías. Usted sabe que yo trabajaba en este negocio y que aquí hay cosas mías. Haga el favor de entregármelas.

—Vaya a pedírselas a la polecía. Allá deben de tenerlas.

Mientras el diálogo se encrespaba, el Caraqueño miraba al techo sonriendo. José volvió hacia sus amigos y vio los ojos de Teófilo enrojecidos.

—Entre, cámara —aconsejó este con intención concentrada—, y busque sus cosas usted mismo. A lo mejor este gocho lo está engañando.

¿Entrar? Sí, ¿por qué no? Allí estaba Teófilo guardándole las espaldas y Ludwina que volvía a sonreírle. Saltó el mostrador, sin hacerse repetir el consejo, y se perdió en la trastienda. Chacón no hizo siquiera ademán de impedírselo. Cuando, transcurridos unos minutos, volvió a aparecer, estaba tan pálido como Severo.

—Nada —dijo con desaliento—; se los llevaron. Voy a tener que volver a la jefatura. Tienen que devolvérmelos porque son de mi propiedad.

—¿A la jefatura? —opuso entonces Ludwina—. Eso será después. Ahora vamos a la casa de Juan Moreno.

Pero Juan no estaba en su casa. Vuelto apenas de su escondrijo, había ido en busca de míster Walter. Allí lo hallaron lleno de desconcierto. La casa del extranjero estaba cerrada.

—¿Adónde habrá ido? ¿Por qué huye, si nadie puede meterse con él?

***

De pronto, en el corazón de José se produjo una violenta reacción. Al conocer su propósito de volver a la jefatura, Juan Moreno le había dicho con impaciencia:

—¿Libros y ropa vieja? ¿Quién piensa en eso en estos momentos? ¿No te parece más importante averiguar el paradero de míster Walter?

Y esto bastó para irritarlo. ¿Por qué era tan importante míster Walter? Recordó el juramento que aquél le había arrebatado y se revolvió contra Juan Moreno:

—Si usted cree que eso es indispensable, búsquelo por su cuenta. Yo prefiero mis libros y mis trapos viejos.

Poco después, acompañado por Teófilo, marchaba hacia el pueblo.

—¿Por qué tenemos que meter extranjeros en nuestros asuntos? —decía al negro por el camino—. ¿No somos mayores de edad? Lo que haya que hacer, tenemos que hacerlo nosotros mismos.

Sin embargo, no estaba contento. Las miradas de Juan y Ludwina lo acompañaban. ¿Por qué había hablado con aquel tono insolente? Eran sus amigos, sus protectores.

Tuvo deseos de volver a ellos, pero se contuvo pensando en lo que diría Teófilo si le viera volverse.

6

Pocas horas habían bastado para modificar el ambiente del pueblo. Las banderas ondeaban ahora, a media asta, en todos los edificios, y numerosos grupos humanos se congregaban en las tabernas para oír las noticias. Cual si la inundara una marea celeste, la población estaba llena de aquellas voces mecánicas que afluían en misteriosas corrientes para desembocar en los

albañales de los radiorreceptores. Y José pensó: «Si no ocurre algo distinto, todos van a acabar llorando y rezando por el difunto».

El y Teófilo fueron a detenerse en la esquina del parque, frente a la jefatura. De todos los vientos veían surgir gentes curiosas que se detenían como ellos y se ponían a mirar a la jefatura. A todo lo largo de esta, en la calle, había tendida una fila de hombres armados de máuseres, y el espectáculo despertaba curiosidad y estupor. En cierto momento, de un comercio cercano salió un pequeño cortejo y muchos de los curiosos se sumaron a él. Lo presidían unos cuantos notables del pueblo quienes portaban un gran cartel con esta leyenda: «¡Compatriotas! ¡Calma y cordura!»[48].

—¡Ajá! —observó uno de los notables—. Ya los musiús están en movimiento.

Y esto bastó para que el cortejo se detuviera.

De un automóvil que acababa de hacer su entrada en la plaza descendían cuatro hombres, que a grandes zancadas se dirigían a la jefatura. Tres de ellos eran extranjeros por el aspecto —rubios, desenfadados, vestidos de caqui y en mangas de camisa—. El cuarto, un criollo, vestía como un turista —traje de paño de corte impecable, sombrero de diplomático, gafas obscuras—.

—Esos míster —informó entonces un zagal que merodeaba en los malecones— y ese mayor de los espejuelos negros llegaron anoche de Maracaibo. Yo los vi cuando desembarcaron en La Salina.

El jefe civil —un hombrecito nervioso con una sonrisa relampagueante de cápsulas de oro— había salido a atender a sus visitantes. De repente, don Pedro Samán, uno de los notables que presidían el cortejo, señaló al de las gafas y dijo:

---

48 Esta frase fue pronunciada por Eleazar López Contreras a la muerte de Gómez.

—¡Caray! Yo conozco esa cara.

Y todas las miradas se concentraron en él.

—Parece venezolano —conjeturó uno del grupo. A lo que don Pedro repuso con un ademán contundente:

—Ya lo creo que es venezolano. Y del Zulia. ¡Virgen del Rosario! Los años que no veía a ese vagabundito. Si el pobre Graciano resucitara se volvería a morir de repente.

—¿Y quién es esa joya, don Pedro?

Antes de responder a esta pregunta, el viejo limpió sus gafas:

—¿Esa joya? Ustedes no se imaginan. Hace veinte años que falta de aquí pero nosotros, los del lugar, no olvidaríamos su cara ni que pasaran diez siglos. Es el hombre que ha hecho más daño a este pueblo. Se llama Joseíto Ubert, y ahí donde ustedes lo ven, tan empaquetado y tan serio, es el mayor tramposo que ha parido la tierra.

—¿Qué le pasa, cámara? ¿Como que ha visto al demonio?

Esto preguntó Teófilo a José sorprendido por su actitud. Pero no obtuvo respuesta. Pálido y rígido, el hijo de Marta miraba a la jefatura mientras las palabras de don Pedro Samán chisporroteaban en la canícula.

—Cuando no era más que un muerto de hambre —continuaba evocando el viejo— venía aquí todos los años con ruletas y maromas para las fiestas de la Patrona. Me parece que lo estoy viendo. «¡Nadie más, caballeros!» Claro que nadie más. Él fue quien robó las tierras de la Iglesia para vendérselas a los musiús. Ahora es socio de ellos. No lo ahorcan por cien millones.

—¡Cien millones!

—O doscientos... o mil... Repito lo que se dice. Desde entonces vive como un príncipe en Inglaterra y hasta se asegura que ha patrocinado revoluciones contra el Gobierno... para hacerse más rico. Por eso no podía volver al país.

Estrechándose en torno a don Pedro, los curiosos le oían admirados y sus miradas examinaban al hombrecillo. «¡Mil

millones!» repetía mentalmente José. Y todavía quería más. He allí, al fin, a su padre: un hombrecito moreno, pulcro como un figurín, cuyos cabellos griseaban hacia las sienes y cuyos ojos se agazapaban tras de las gafas. ¡Mil millones! O cien, es igual. Cien millones y veinte años en Inglaterra, en contacto con los magnates de las finanzas, le habían dado aquella actitud de Esfinge que conservaba en la jefatura en presencia de las zalemas del jefe civil. No debió de ser así en su juventud cuando venía al litoral petrolero con sus ruletas y sus maromas.

Y cosa extraña, al hacerse estas reflexiones, desde el fondo de su rubor José sintió fluir un sentimiento desconocido, como de orgullo, que lo dejaba indeciso entre llorar o reír. Bien distintos eran los motivos que les llevaban ahora a la jefatura. Él iba a reclamar unos pantalones viejos y unos libros descuadernados que quizá ya habían sido quemados como los de la biblioteca de Don Quijote; su padre —¿su padre?— a velar por las tierras que le había birlado a la Virgen.

De pronto, con un movimiento impaciente, arrancó a Teófilo del grupo de los curiosos y lo arrastró a lo largo de la calle asfaltada.

—¿Qué le pasa, cámara? ¿Por qué me jala de esa manera?

—¡Vámonos de aquí!

—Pero, ¿por qué?

—Porque sí.

7

Dejando atrás las casitas de tablas y los gatos montados en ruedas, marcharon hacia el sudeste del pueblo y se internaron en un gran cocal ribereño. En el suelo había cocos caídos y a fuerza de puños Teófilo desnudó dos de ellos.

—Coma. ¿No tiene hambre?

Sí, tenía hambre, aunque hasta entonces no hubiese pensado en ello. Mecánicamente bebió el agua del coco y mordisqueó la pulpa blanquísima. Luego miró en derredor. Entre los cocoteros surgían los árboles negros de los taladros y a la orilla del lago la complicada armazón de un astillero. Negro y grasiento era el relieve de la ribera.

—Esto es lo que llaman Punta Hicotea —dijo Teófilo examinando el lugar—, y estas instalaciones son de la compañía.

—Sí —afirmó José como un eco—, todo aquí es de las compañías.

—Antes, cuando esto no estaba cercado, los hombres venían aquí con las zorras. Sabe Dios cuántos muchachitos se fabricaron en este cocal.

Esta vez el negro no obtuvo respuesta. Denso y brillante, el silencio se alzaba entre ellos como una muralla. Esto duró largo rato. De pronto, Teófilo se rebeló contra aquel silencio y sus palabras buscaron el corazón de su compañero:

—Cámara, ¿sabe usté cuánto son cien millones?

Su pregunta abrió un desgarrón en la atmósfera. Bien sabía que José no iba a responderle, pero él no necesitaba respuesta sino convencerse de que estaban juntos y unidos por una realidad recién construida. Roto, pues, el silencio que amenazaba destruir esa realidad, el negro se puso a monologar:

—¡Cien millones! ¡La vida que puede darse uno con tantos cobres! Mujeres blancas, comidas finas, licores. Me gustaría conocer la casa de ese hombrecito. Debe de ser grande como un hotel. Tendrá ventiladores, neveras y *guatercló*. ¡Qué sabroso vivir en hotel! Una vez, antes de venirme para Cabimas, me puse a mirar el de Coro y me dieron ganas de sentarme en el corredor. En Maracaibo vi otro, en una calle de Bella Vista, y me pareció todavía más bonito. Estaba lleno de mujeres casi desnudas. ¡Ah! Es que siempre hay mujeres buenas en los hoteles. Y fáciles para el que tiene cobres en el bolsillo. Ese hombrecito

que le robó las tierras a la Virgen debe de haberse dado grandes gustos con las mujeres.

—¡Cállese, Teófilo!

El negro le miró sorprendido:

—¿Que me calle? ¿Por qué?

—O cambie el disco.

Pero él mismo no lograba acallar su voz interior. En su mente se atropellaban recuerdos brumosos, rostros ensombrecidos y frases tijereteadas por el rencor. Las figuras de Casildo y de Marta flotaban en aquella penumbra y sus palabras hervían en una grasa urticante. Entonces él era un niño y no prestaba atención a aquellas conversaciones, a aquellos murmullos. ¿Qué se decían su madre y su abuelo en el rancho, mientras él cazaba conejos? Fue cuando dialogó con Narciso Reinoso que comenzó a comprender. El Castillo, más tarde, fijó sus ideas.

Mientras tanto, Teófilo le observaba. ¿Cuánta plata son cien millones? De seguro, cuando el hombrecito robó las tierras a la Patrona no ambicionaba el dinero sino para lo mismo que él lo hubiese querido. Mujeres buenas, comidas finas, licores. Ahora, todo eso lo habría disfrutado, en tanto que él, Teófilo, continuaba soñando.

De pronto no pudo más:

—Dígame, mano, y perdone que lo moleste: ¿Cómo se le pueden robar cien millones a la Virgen? ¿Hay tanta plata en esa iglesita?

8

Mediodía... Luego, la tarde.

El sol avanzaba y ellos permanecían echados sobre la arena, arrullados por el rumor de las palmas y por la brisa que soplaba del lago, cuando vieron pasar un grupo de obreros. Teófilo se puso de pies:

—¿Pero vamos a pasar la noche en este cocal?

—¿Por qué no? —replicó José—. ¿En dónde podríamos estar mejor que aquí?

—No fue para esto que salimos de Campo Escondido.

Entonces José se puso también de pies y juntos salieron a la calzada. Al aproximarse de nuevo a la plaza un sordo rumor humano les excitó la imaginación. El espectáculo que se ofreció a sus miradas los dejó estupefactos.

—¿Qué pasará ahí, cámara?

—Vamos a ver.

La plaza, el terraplén frontero, a la jefatura y las calles que desembocan en él estaban repletas de una muchedumbre compacta, movediza y bullente. Un soplo nuevo parecía animar a todos aquellos seres que horas antes se mostraban perplejos y compungidos. Y los hombres sucios de grasa y las mujeres vagamente alarmadas afluían al centro del pueblo como un hormiguero en la inminencia de la tormenta.

Ahora, en el bar de la esquina del parque, el radiorreceptor se desbordaba en palabras atronadoras: describía las ceremonias mortuorias, en medio de las cuales se velaba el cadáver del anciano caudillo. Aviones cargados de flores habían conducido al jardín aragüeño una espléndida carga de aromas. Ya hinchado de gases, el cuerpo del Viejo reventaba el uniforme de gala y humedecía los algodones que le taponaban los orificios. Hubo responsos, paradas marciales, solemnes desfiles fúnebres. Rebosantes de hipérboles, los gobiernos de las regiones se asociaban al duelo en acuerdos nutridos de considerandos pomposos. Mientras tanto, vehículos atiborrados de rosas y claveles del Avila seguían llegando a la casa mortuoria, al refugio selvático en donde había ido a morir el patriarca, entre árboles centenarios y bestias exóticas. Allí estaban los personajes de la política y los de la banca, los altos prelados, los diplomáticos decorados, los terratenientes, los jefes petroleros, las matronas

y las vírgenes ennoblecidas por el fulgor de los cirios. Pero había algo más interesante que todo esto: también estaban allí, aunque a respetuosa distancia, las humildes gentes del pueblo los campesinos y los obreros que alguna vez recibieron de aquel tirano un socorro gracioso y un amparo contra su propia injusticia. Imponente y conmovedor fue el sepelio al compás de los parches y de los clarines asordinados. Y todo ello venía a resonar en la lejana aldea petrolera, gracias a la magia del radio, para sorpresa de una muchedumbre grasienta que aún se mostraba indecisa ante los efluvios del sortilegio. José y Teófilo miraron a la multitud y se sintieron desorientados. Eran levantinos rudos, corianos taciturnos, zulianos ladinos y montañeses cautelosos que habían nacido y vivido bajo el poder de aquel muerto, y que ahora se mostraban atónitos ante la noticia de su deceso. El brujo había hecho mutis. ¿Qué iba a ocurrir ahora?

—Cámara, ahí está Juan Moreno con la muchacha.

Estas palabras de Teófilo cubrieron a José de un extraño rubor. Sintiose tentado a huir, pero advirtió que ellos lo miraban y fue a reunírseles en silencio.

—¿Dónde andabas? —le preguntó Juan, sin rencor en la voz.

—Por ahí—respondió él, bajando la mirada.

Y juntos se pusieron a escuchar.

La radio anunciaba entonces el próximo arribo del nuevo presidente a Caracas, y esta simple noticia pareció provocar en la multitud una extraña reacción.

—«El nuevo presidente —anunciaba la voz de la radio— llegará a la capital esta tarde a las cinco[49]. Ya ha salido de Maracay. Estamos transmitiendo desde la plaza Bolívar, desde el corazón de esta Venezuela grande y sufrida que despierta a una nueva existencia. Más de cien mil personas se hallan aquí reunidas

49 Se refiere a Eleazar López Contreras.

en estos momentos... Hay gentes en los tejados, en la torre de la Catedral, en los árboles de la plaza. El propio Libertador, desde su caballo de bronce, parece en expectativa. Y sigue llegando gente...»

También allí, a ochocientos kilómetros de la incógnita voz, seguía afluyendo una multitud que venía de Ambrosio, de La Misión, de la Montañita, de La Rosa y de otros lugares del litoral.

—«Oigan —invitaba el incógnito locutor—, oigan cómo vocea y ruge el pueblo capitalino. Jamás habíamos visto un espectáculo semejante... Mire, señor: no empuje, que me tumba el micrófono... Oigan... Oigan...».

Y el receptor repetía, un tanto desfigurado por los misteriosos parásitos del éter, el rumor tempestuoso del pueblo cuyo gesto sirvió siempre de ejemplo a los demás del vasto país.

—«Se nos informa que ya el presidente se aproxima a Caracas. No tardará en llegar el nuevo magistrado».

Frente a la jefatura, en el terraplén, la fila de hombres armados permanecía en actitud alerta, de frente a la muchedumbre que desbordaba la plaza. Mientras tanto, dentro de la jefatura podía verse al gobernador y al jefe municipal en un incesante ir y venir, evidentemente nerviosos.

—¡No arrempujen!

Este grito partió de las primeras filas de la multitud y el monstruo se replegó rumorosamente. La guardia había alzado sus armas en forma amenazadora.

—«Acaba —anunció la radio en aquel instante—, acaba de hacer su entrada en la capital el nuevo presidente. Viene solo en su automóvil. Ahora se dirige al Panteón Nacional. Oigan como lo vitorea la muchedumbre».

Y en efecto, un profundo bramar llegó a través de las ondas.

—«Acaba de llegar al Panteón el nuevo presidente. Todos le abren paso y lo aclaman. Ahora sale de su automóvil y saluda al pueblo. Sube las gradas. Ha entrado en la nave. Ahora

avanza solo hacia la urna donde reposan las cenizas del Héroe. ¡Viva! ¡Viva! El señor presidente acaba de arrodillarse ante los restos del Padre de la Patria y parece orar. ¡Sí! Está orando el señor presidente. Ha prestado un juramento solemne: ha jurado gobernar con el pueblo. ¡Esto es grandioso! ¡Es inmenso! Hay hombres que llorar y mujeres que se desmayan. ¡Venezuela despierta! ¡Viva el nuevo presidente de la República!

9

En la penumbrosa placita de la lejana aldea petrolera hubo un sobresaltado revuelo de voces. Difundida por incógnitos labios, una noticia hizo vibrar a la multitud.

—Dicen que ha habido tiros en Maracaibo. Que pongan a Maracaibo.

Dentro del bar cien manos nerviosas atropellaron el dial e hicieron cambiar de voz a la máquina:

—«Aquí Maracaibo. El pueblo se está congregando en la plaza Baralt. Algunos oradores hablan al pueblo desde el pedestal de la estatua del escritor. Dignidad y honradez es lo que se pide al nuevo Gobierno».

—Dicen que en Valencia...

Y buscando la voz de aquella ciudad, el sintonizador rueda de nuevo afanosamente:

—«¡Carabobeños! Es necesario que nuestro pueblo...».

—Pongan a Barquisimeto...

—«...Bajo el fulgor de esta hora en que renace la patria...»

—¡A Coro! ¡A Ciudad Bolívar!

El botón gira ya sin concierto y las palabras que cruzan el éter chocan como aves enloquecidas dentro de la mágica jaula del receptor. Rugidos oceánicos pueblan los cielos de Venezuela:

—«¡Libertad!... ¡Venganza!... ¡Castigo!... ¡Tiranía!... ¡Viva!... ¡Muera!... rrrrrrr»

Gritos de cólera y aplausos atropellados se oyen poco después, cuando la impaciencia de los aldeanos torna a buscar a Caracas. También palabras de equilibrio y de paz. «Calma y cordura» es la consigna del nuevo presidente. Y José piensa, sin atreverse a decirlo: «¡Qué coincidencia! La misma consigna de don Régulo Flor. Y después dicen que en la provincia no hay intuición política».

De repente, un hombrecillo desmelenado salta sobre el mostrador del bar, y todas las miradas se concentran en él.

—¿Y nosotros, compañeros, qué vamos a hacer?

—¡Así es! ¡Así es! —responde el gentío—. ¿Qué vamos a hacer nosotros?

—¿Qué podemos hacer? Aquí no tenemos radio.

—No importa. Cumplamos con nuestro deber.

—¡Abajo la tiranía!

—¡Viva la libertad!

Cerrada la noche, las bombillas eléctricas brillaban en la placita cuando Juan, Ludwina y José, acompañados por Teófilo, salieron del bar. Todo el ancho terraplén de la jefatura se había convertido en un golfo humano. En el centro del parque, sobre un pedestal de cemento, un pequeño busto de mármol reproducía las olvidadas facciones de un hermano del dictador. Sin saber de quién se trataba, todos los años los escolares llenaban aquel pedestal de coronas. Ahora, subido a un escaño, un improvisado orador disparaba contra él su índice estremecido y su voz pedía una segunda muerte:

—Es vergonzoso, venezolanos, que esta plaza lleve el nombre de un tiranuelo. En ese pedestal debe elevarse la efigie de nuestro Libertador. ¡Compatriotas! ¡Abajo esa triste cabeza!

No se necesitó más para que la blanca testa de mármol rodase gradas abajo, sin que se supiese de dónde salió el martillo para la reivindicadora decapitación. Pero lo más admirable es que tampoco se supo de dónde salió el cromo de Bolívar que

manos diligentes aseguraron con cuerdas en lo sumo del pedestal.

—¿Por qué está a media asta esa bandera? —rugió otro orador con el brazo extendido hacia la jefatura.

Y la bandera subió hasta lo alto del mástil.

La muchedumbre sentíase maravillada de su poder. Rápidamente aquello iba convirtiéndose en una embriaguez. Al ver cumplidos sus deseos apenas salían de sus labios, el Aladino de diez mil cabezas sentía que cada satisfacción engendraba un nuevo deseo.

—¡Que nos entreguen ese cuadro del déspota que está en el salón de la jefatura!

Y el cuadro desapareció vuelto añicos entre los pies de los vengadores.

—¡Viva la libertad!

—¡Abajo la tiranía!

Ya nadie prestaba atención a la radio. Todos sentíanse oradores. Sus voces se alimentaban de su fiereza y era de ver aquel cuerpo plural que se contraía y dilataba, semejante a una inmensa medusa entre las aguas lechosas del anochecer tropical. Hubo un momento en que la medusa se convirtió en serpiente y sus anillos se dilataron por la calle principal del pueblo en dirección a los barrios humildes. Cuando se deslizaba frente a las factorías petroleras su grito rasgó la piel de la noche:

—¡Muera la tiranía!

Luego, cuando pasó frente a los campamentos obreros, sus clamores hicieron temblar las barracas:

—¡Viva la libertad!

En los campos ennegrecidos de las afueras quedó fraccionada por breves instantes para poder deslizarse hacia los hediondos recodos del vicio. Por último, ya fatigada, hizo una pausa en medio de la sabana. ¿Qué iban a hacer allí? ¿Seguir

moviéndose y gritando sin concierto? Quizá en esto hubiese acabado todo si no surge una voz penetrada por la cordura:

—Compañeros, debemos elegir una junta.

—¿Para qué?

—Para que resuelva lo que haya que hacer.

—¿Y quiénes formarán esa junta?

Tocó entonces hablar a una voz de mujer, aguda y autoritaria:

—¡Yo propongo a Juan Moreno!

Era la voz de Ludwina.

—¿Y quién es Juan Moreno? —preguntó alguien con timidez.

—Un trabajador y padre de familia. Hasta ayer estuvo escondido porque lo andaban buscando para meterlo en un calabozo

—Que se presente para verle la cara.

Empujado por la hija de Carpio, Juan Moreno surgió a la luz de los mechurrios gesticulantes, y su voz retumbó como un cañonazo:

—¡Viva la libertad!

Esto fue suficiente. Aplausos atronadores sancionaron su elección.

—¡Viva Juan! ¡Viva Juan!

—Pero —propuso Juan, ungido ya por la multitud— hace falta un secretario que escriba. Aquí les presento a mi candidato.

—¿Cómo se llama?

—Se llama José.

—Está bien, Juan.

—Lo que disponga Juan.

—Bueno, ya está formada la junta. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Lo que hagan en la capital del estado. Allí está trabajando Palmenio Martínez. Yo lo oí por radio esta noche.

La proposición fue del propio Juan, quien a renglón seguido añadió:

—Mañana nos reuniremos de nuevo.

Pero esto provocó una protesta:

—¡Cómo! ¿Nos vamos a separar ahora que las cosas se están poniendo sabrosas?

10

Era más de la medianoche cuando Juan, Ludwina y José regresaron a Campo Escondido. Teófilo no iba con ellos porque se había integrado a la muchedumbre. Ya allí, al despedirse, el primero aconsejó gravemente:

—Hay que pensar muy bien lo que vamos a hacer. Muy de mañana enviaremos un delegado a Maracaibo.

—¿A Palmenio, quiere decir? —preguntó José reticente.

—Sí. ¿Por qué no? ¿Tienes alguna objeción? Te nombré secretario porque creo que eres honrado y sincero y porque lo que hiciste esta mañana fue una muchachada inocente. Pero si no estás de acuerdo conmigo, tienes tiempo de renunciar.

Ahora sí parecía enfurruñado el gigante. Volvió la espalda sin despedirse y se dirigió a su vivienda. José quiso también marcharse, pero Ludwina lo detuvo tomándole por un brazo:

—¿Qué te pasa? ¿Es que ya no piensas como nosotros?

Él no le respondió. En silencio llegaron hasta la puerta de Carpió, y ya allí, cuando se despedían, ella le volvió a detener:

—¿Sabes que no hemos tenido noticias de míster Walter?

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Nada. Juan no quiere que le toquen el tema. Ya sabes cómo es de cerrado.

—¿Y tú qué piensas de eso?

—No sé; no quiero pensarlo siquiera.

José le estrechó la mano:

—Tienes razón. Vale más pensar otra cosa.

Cambió de tono y la interrogó:

—¿Te acuerdas del paquetico que te dejé cuando me fui para el monte?

—Ahí lo tengo en mi cuarto. Si me esperas, iré a buscártelo.

Entró en la casa y al cabo de unos minutos volvió con el envoltorio.

—¿Has visto lo que hay dentro? —la interrogó él con voz temblorosa.

—Sí, no puedo negártelo. ¿Es para Chinca, verdad?

—No: es para Casandra.

—¡Para Casandra!

—¿Te extraña?

—No, no me extraña.

Hubo una pausa.

—Es una idea maravillosa —declaró él luego—, y te pido que me comprendas...

En aquel momento, avanzando por la calle desierta, apareció la silueta de una mujer que avanzaba hacia ellos embozada y huidiza. Se detuvo un instante a mirarlos y en seguida reanudó su marcha con corajuda resolución.

—¡Chinca!

Era Chinca, en efecto. Inútil habría sido preguntarle de dónde venía. Rauda como una saeta pasó por en medio de ellos y se metió en la casa sin saludarlos. Ludwina quedó cabizbaja, pero José le tomó una mano y le dijo:

—No te mortifiques. Todos somos esclavos de nuestros destinos

—¿Y tú —le preguntó ella estrechando su mano— adónde vas ahora?

—A buscar a Casandra.

—¿Sabes dónde encontrarla?

—No, pero voy a buscarla.

—Está bien: voy contigo.

Jornada segunda

1

Los desconocidos que irrumpieron de pronto en el litoral petrolero eran portadores de una nueva semilla ideológica, a cuya siembra se dedicaron con entusiasmo. Venían de la capital del Estado y se definían a sí mismos como intelectuales revolucionarios. El mensaje que traían para los obreros había sido elaborado en países extraños y no hablaba el lenguaje del pueblo ingenuo sino de temas complejos y elaborados, esto es, que no se ocupaba ya de cosas tan vagas como la libertad y la tiranía sino de reivindicaciones sociales, de la lucha de clases, del desequilibrio entre el capital y el trabajo, de la socialización de los medios de producción y de otras concepciones igualmente desconocidas en el país y preñadas, por lo mismo, de un sentido arrebatador. Ninguno de ellos manifestó deseos de conocer a los toscos líderes improvisados la noche anterior.

Comprendiendo que su prestigio se disipaba como el perfume de ciertas flores, Juan Moreno se mostraba irritado.

—Compañeros —decía desde el pedestal de la estatua decapitada uno de aquellos intelectuales—, el compañero Palmenio, a quien ustedes no tardarán en oír personalmente, nos envía a anunciarles su próxima llegada a esta población. El compañero Palmenio no ha dejado de palpitar con ustedes ni ha olvidado las horas que vivió mezclado a este pueblo en la época obscura

de la ignominia. Muchos de ustedes, quizá todos ustedes, lo reconocerán en cuanto lo vuelvan a ver, y muchos quedarán sorprendidos al saber que ese compatriota era el predestinado a conducirlos hacia la conquista de sus derechos y de su dignidad. ¡Compañeros! La hora ha sonado. Pero hay que entender bien a qué hora nos referimos. No se trata ya de sentimentalismos ni de improvisaciones. Hay que actuar con el cerebro más que con el corazón. No se dejen engatuzar, compañeros, por oportunistas ni por improvisados. Una sola consigna unirá a nuestro pueblo, de un extremo a otro de la nación, y esa consigna la están transmitiendo en estos mismos momentos un grupo de hombres curtidos en la lucha contra la opresión y contra el imperialismo. ¡Fuera los reaccionarios! ¡Fuera los traidores burgueses! ¡Fuera los camaleones!

Surcado por un gran pliegue, que lo hacía más que nunca de piedra, el rostro de Juan Moreno reflejaba su decepción. Aquella mañana, al encontrarse nuevamente con él, José comprendió su amargura y todas sus reservas se evaporaron. Juntos fueron a la plaza del pueblo y juntos se pusieron a oír a los oradores. Gesticulantes, excitados hasta el delirio, a su lado pasaban hombres y mujeres que no se volvían a mirarlos; y de este modo, flotando como dos corchos en la marejada del nuevo día, fueron de un lado a otro recibiendo codazos y tratando de comprender. De la muchedumbre apelotonada en la plaza surgían a intervalos estallidos ardientes:

—¡Viva Palmenio Martínez!

—¡Viva la lucha social!

José compartía la amargura de Juan, pero no con la misma intensidad que éste. La sensación de las cosas que lo rodeaban se le hacía intermitente como el flujo y reflujo de una marea. No había dormido la noche anterior. Puesto ahora de pies y obligado a moverse al impulso de la angustia de Juan, sus nervios eran casi insensibles a los estímulos del mundo exterior. Una

especie de niebla envolvía sus pensamientos y en su fondo aparecía la faz de Ludwina iluminada por la súbita decisión que la había impulsado a acompañarlo a buscar a Casandra.

Pero, ¿era realmente a Casandra a quien habían ido a buscar en la soledad de Campo Escondido? José no se hubiese atrevido a afirmarlo a pesar del empeño que ambos pusieron en hallar a la vieja. Una vaga tristeza, una mezcla de decepción y de duda los unía en aquellos momentos: míster Walter, desaparecido; Chinca, volviendo de su encuentro nocturno con míster Epi; Juan Moreno atacado por los primeros espasmos del virus dictatorial. Congelados por el silencio del campo recorrieron sus calles, y para darse calor se tomaron de las manos. Así llegaron hasta la casa de Magín Cardozo y luego hasta la tienda de Roso Morales. Y como no hallasen a la loca en ninguno de aquellos sitios, se dirigieron al fin a la Salineta.

Por la noche la Salineta es un lugar hosco y obscuro: sólo se oye el chirriar de los grillos y el sibilino rumor del viento entre las ramas de los cujíes. Cuando no hay luna, el reflejo de los mechurrios imprime una movilidad fantasmal a los brazos de los arbustos, y cuando la hay de todas partes surgen fantasmas. Las serpientes salen de sus madrigueras a buscar su sustento y los murciélagos cruzan chillando sobre las crestas del monte. Pero ellos no tuvieron en mientes nada de esto, y sentados en un claro del arcabuco, como la primera vez que se encontraron allí, permanecieron callados por largos minutos. Sin embargo, esto no podía prolongarse toda la noche. Hubo un momento en que Ludwina estrechó la mano a José y su voz asomó en un susurro:

—Me has dicho que quieres hablarme. ¿Sigues creyendo en aquello que me contaste una vez?

—Sí, sigo creyendo en eso; pero dime: ¿qué fue lo que te conté?

—¿No lo recuerdas?

—Recuerdo que te hablé de Casandra, pero no sé lo que te dije de ella.

—No me contaste nada, pero yo lo comprendí todo.

—¿Y creíste que estaba tan loco como ella?

—Hubo un momento en que lo creí. Ahora pienso de un modo distinto.

—¿Qué piensas ahora?

—Que eres más feliz que yo porque sigues creyendo en lo que siempre creíste.

—Sí, es verdad: sigo creyendo en lo que creí. Sin embargo, no te imagines que soy completamente feliz. Si me hubieras dicho eso esta mañana te habría contestado sin reserva ninguna que era feliz...

—Y ahora, ¿ya no lo eres?

—Han pasado tantas cosas en el día de hoy... Hasta esta mañana no sentía la necesidad de decirme a mí mismo que es necesario creer: creía sencillamente... Pero, ¿por qué hablamos así? ¿Qué es, después de todo, lo que nos pasa para que hablemos así?

—¿Juan Moreno... quizá?

—Sí... Y míster Walter... Y Palmenio Martínez...

Guardaron silencio. Ella reclinose en su pecho y sus manos se enlazaron sencillamente. Él le besó los cabellos.

—¿Me quieres? —le preguntó Ludwina, con los ojos cerrados.

—No tienes que preguntármelo. Tú lo sabes.

—¿Desde cuándo?

—No lo recuerdo exactamente; creo, sin embargo, que fue desde aquella tarde cuando estuvimos aquí con Casandra.

—No. Entonces querías a Chinca.

—No lo sé... Eso me parece tan lejos. ¿Y tú me quieres?

—¿Estaría aquí contigo si no te quisiera?

—¿Desde cuándo?

—Creo también que fue desde esa misma tarde...

—¿Y qué fue lo que te hizo quererme?

—Si me lo hubieras preguntado esta mañana no habría sabido qué contestarte. Ahora puedo decírtelo: fue Casandra.

—¿No has querido a nadie más antes?

—No. Tú eres el primero.

—Ahora sí soy feliz. Necesito de alguien que me acompañe en esta locura.

—¿Es locura querernos?

—No: me refiero a lo que he pensado hacer con Casandra...

—Cuéntamelo. Yo te acompañaré en esa locura.

***

Rodeados por el boscaje, la aurora los halló todavía echados en el ribazo. José, que no había cerrado los ojos en toda la noche, extrajo su brazo de debajo de la cabeza de ella y la hizo despertar suavemente.

—¡Dios mío! —exclamó Ludwina—. ¡Está amaneciendo!

—Sí —admitió él, sonriéndole—. Te quedaste dormida.

—¡Qué van a decir en mi casa! ¡Qué locos somos!

—No te preocupes. Ya las cosas no son como antes.

Arreglando su traje de prisa, echó ella a correr hacia el pueblo, mientras él se dirigía a la casa de Juan Moreno.

2

—¡Compañeros! ¡Esta es la consigna que nos envían de Maracaibo!

Embriagada por su propio rumor, la muchedumbre no cabía ya en la plaza.

—¡Compañeros! ¡Hagan silencio, que voy a leer la consigna de Maracaibo!

—¡Silencio! ¡Silencio!

—¡No arrempujen!

—¡Compañeros! Esto es lo que dice nuestra consigna...

—¡Mira, hijo de p...! ¿No oyes que hagáis silencio?

Establecida al fin una relativa quietud, el orador pudo leer la consigna. «Antes la muerte que una nueva dictadura»[50], decía. Y la firmaba Palmenio Martínez.

Mientras tanto avanzaba la tarde y Juan Moreno permanecía allí mudo como una estatua. José, a su lado, estaba tan silencioso como el gigante. Cuando ya se anunciaba el crepúsculo y los oradores enronquecían, un inesperado tropel se produjo en la multitud, y un muchacho que huía por en medio del parque se puso a gritar:

—¡Van a hacer fuego! ¡Van a hacer fuego!

Pero nadie le hizo caso.

—¿No quiere comer algo, maestro? —preguntó José a Juan Moreno.

En vez de responderle, el gigante lo miró con cierto extravío. Luego dijo entre dientes:

—Son unos cobardes.

—¿Quiénes, maestro?

—Todos esos que chillan como loros. Déjelos que reviente el primer triquitraque para que los vea con la lengua en el rabo...

Dicho esto, hendió con los codos la multitud y salió de la plaza en dirección al bar próximo.

—Sírvame un palo.

Luego, al ver servir el licor:

—¡Llénelo!

---

50 Esta consigna fue gritada el 17 de diciembre de 1935 en la plaza Bolívar de Maracaibo por Isidro Valles, político, escritor y miembro del grupo Seremos, del que también formó parte Díaz Sánchez. De allí que Palmenio Martínez tenga, a lo largo del libro, muchas similitudes con Valles. (Sobre Isidro Valles ver Nehru Tennassee, Paul. *Venezuela, los obreros petroleros y la lucha por la democracia*. EFIP-Editorial Popular, 1979, pág. 161).

—¿Qué va a hacer, maestro?

—¿No lo estás viendo? Voy a beber. Si tienes miedo, puedes dejarme solo.

En aquel momento se encendieron las luces e iluminaron el rugiente océano de cabezas. La muchedumbre pedía la destitución de las autoridades civiles.

—Véalos como gritan —comentó aún Juan Moreno—; cualquiera diría que saben lo que desean.

Y de improviso, cual si una ráfaga lo impulsara, echó a andar nuevamente hacia el parque. Empujados violentamente por sus enormes puños, los hombres se volvían irritados, pero callaban al mirar su talla. De esta manera alcanzó el pedestal de la estatua y subió las pequeñas gradas.

—¡Silencio! —gritó.

Y el silencio comenzó a cuajarse a su alrededor.

—¿Hasta cuándo vamos a oír tonterías?

Diez mil ojos lo miraban estupefactos. El paseó los suyos por encima del mar de cabezas y su brazo esbozó un movimiento como para dar vuelta al timón de un navío.

—Vean esos hombres —ordenó señalando a la jefatura—... ¿Se han ido de ahí a pesar de todo lo que les han estado diciendo desde esta mañana? ¡No! Ni se han dado cuenta siquiera. ¿Se irían de ahí aunque estuviéramos pidiéndoselo un año seguido?...

Hizo una breve pausa, tras de la cual dio una violenta patada en el suelo:

—¿Y qué es lo que queremos nosotros, que se vayan o que nos oigan hablar pendejadas?

El silencio era entonces tan compacto que la plaza y el terraplén parecían sembrados de estatuas.

—¿Qué esperamos, pues? ¿Los echamos o nos quedamos aquí conversando?

Un nuevo rumor, una nueva brisa hinchó las velas del pueblo.

—¡Tiene razón! —gritó una voz de mujer en el corazón de la muchedumbre—. ¡Tiene razón! ¡Vamos a echarlos!

Fue entonces un estallido. Con la mano en alto, como una bandera, Juan Moreno comenzó a abrirse paso en dirección a la jefatura y tras de él la corriente humana revuelta como un remolino. Cuando hubo entrado en el terraplén y se aproximaba a la guardia armada, una voz de alerta salió a su encuentro:

—¡Alto!

Juan se detuvo por un instante.

—¡Atrás!

Juan inició un grito que fue a chocar con el otro.

—¡Queremos...!

—¡Apunten!

En la multitud se produjo un movimiento de retracción.

—¡Queremos...!

—¡Fuego!

Primero el fogonazo y después el estampido, extenso y desgarrador. En medio de los espasmos del eco, el rumor convirtiose en tropel y el tropel en desbandada despavorida. A través de la plaza y por las calles que la circundan el pueblo en masa escapaba pisoteando las plantas, lacerando el llanto de los heridos, acelerando la temblorosa agonía de los moribundos. Mientras tanto, rotos los diques que hasta entonces los habían contenido, los máuseres seguían vomitando plomo sobre el terror de los seres que huían. Sólo la silueta de Juan permanecía de pie en medio del terraplén, suerte de mástil sin velas en medio de la tormenta.

Y de pronto, el mástil cayó también entre las velas agonizantes.

3

Aquélla fue la noche triste del hijo de Marta. Todo giraba dentro de su cabeza; todo giraba y zumbaba a su alrededor. El

pueblo se había quedado obscuro y desierto y sólo él corría a ciegas en medio de las tinieblas. De este modo cruzó las calles, alejándose de la plaza, y ya distante de esta comenzó a amainar la carrera y a mirar a su alrededor.

Cautelosas sombras asomaban como ratas en las cuevas de las bocacalles y lo miraban pasar sin decir palabra. En cierto lugar, una negra figura de hombre, que se arrastraba pegada a una cerca, alargó una de sus manos en dirección a él y emitió un gemido, pero José esquivó aquella mano y pasó a su lado sin detenerse. A lo lejos seguían reventando disparos intermitentes, relámpagos aislados que alumbraban por instantes el terraplén y la plaza.

Sólo un pensamiento cabía en la mente del fugitivo: un pensamiento sintetizado por una figura erecta, grande como una torre que se doblaba entre relámpagos y estampidos. Mil nombres oídos en la brevedad de su juventud, mil palabras entretejidas alrededor de su corazón y mil conceptos acoplados como ladrillos en las avenidas de su conciencia se conglomeraban en este instante para erigir un monumento a la memoria de Juan Moreno.

Huyendo arrastrado por su pavor, José comenzó a pensar en su deber no cumplido. A no ser por el pánico que lo había invadido, quizá hubiese logrado rescatar el cuerpo de Juan y hasta salvarlo de la muerte. Pero no lo pensó siquiera, de tal modo lo deslumbraron los fulgores del miedo. Todo ocurrió de un modo tan imprevisto, que su voluntad no intervino para nada. ¿Lo haría ahora que podía pensar en ello? No, tampoco, por mucho que lo deseara.

Se detuvo un momento y comprobó que se hallaba ya en La Salina, frente a una gran factoría petrolera. Todo allí estaba desierto y aletargado, pero él comprendió que detrás de las puertas cerradas había ojos avizores y corazones acobardados. Miró atrás a lo lejos, y oyó todavía las aisladas detonaciones. Era la muerte que seguía en su faena.

Algún tiempo después, cuando penetró en Campo Escondido, se detuvo fatigado y se sentó en un viejo pretil. El silencio lo arropó como un manto. No hubiese podido decir cuánto tiempo llevaba allí, en aquella angustia acolchada, cuando comenzaron a pasar por la calle unas sombras apresuradas. Oyó cantar un gallo, luego ladrar un perro y finalmente la voz de una de aquellas sombras que vino hasta él a mirarle la cara:

—¡Cámara!

Era Teófilo Aldana.

—Cámara, lo he estado buscando desde que salí de la plaza. Cuando lo vi al lado de Juan Moreno creí que lo habían tumbado también, pero después lo reconocí cuando huía. ¡Qué plomazón, hermano! Lo menos que hay son cien muertos en esa maldita plaza.

—¿Cien muertos? ¿Cómo lo sabe?

—Porque los vi caer como palomitas. Usted sabe que no soy tan tonto. Me escondí detrás de la estatua y desde ahí vi cómo los barrían. Después me arrastré hasta una barbería y echado en el suelo pude ver todo cuanto pasaba. Aquello, cámara, fue una carnicería. Cuando la plaza quedó sola, de la jefatura salieron uno hombres a recoger a los muertos y los amontonaron unos encima de otros.

—¿Y cómo hizo para llegar hasta aquí?

Teófilo rio socarronamente:

—Primero me fui arrastrando hasta el malecón; allí me paré y pata pa'qué te quiero. Di la vuelta por el mercado, cogí hacia la V.O.C. y me largué hacia acá por la carretera de atrás, siempre dispuesto a meterme en el monte si oía algo sospechoso.

Hecha esta explicación, Teófilo bostezó, alzó los brazos para desperezarse y se tendió en el suelo a los pies de José. En torno a ellos se empozaba el silencio, pero al mismo tiempo aumentaba el desfile de fugitivos. Todas aquellas figuras apresuradas habrían procedido lo mismo que el negro.

—¿En qué piensa, cámara? —preguntó este desde el suelo.

—En todo esto que está pasando.

—No sea zoquete; acuéstese como yo y duerma un poco. Mañana será otro día.

—¿Vio cómo mataron a Juan Moreno?

—Lo vi. Murió como un macho... Pero —vaciló cual si no hallara explicación a lo que había visto—...; pero ¿por qué tenía que sacrificarse de esa manera? ¿No cree que fue una gran zoquetada?

—¿Usted lo cree, Teófilo?

—¿Y usted no? Metérsele al plomo así, a pecho limpio y sin una navaja siquiera...

Aplastado por el dolor, José murmuró:

—Nunca imaginé cosa semejante. Quisiera morirme.

Pero Teófilo volvió a reír socarronamente:

—Pues perdió una buena oportunidad... Yo, en su lugar, dormiría un poco.

Y sin insistir en la insinuación, metió sus manos bajo la nuca dispuesto a dar el ejemplo. No pudo, sin embargo, dormir porque en aquel momento un grupo de fugitivos hizo alto frente a ellos.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Acabamos de llegar de la plaza.

—Yo los conozco —explicó uno en el grupo—: son gente del pueblo.

—¿No están armados?

Puestos ahora de pies, José advirtió que todas aquellas sombras portaban machetes.

—¿Van a quedarse con los brazos cruzados? —continuó el obscuro interrogatorio—. ¿No piensan armarse?

Nuevas sombras iban llegando y una de ellas reveló dónde podrían hallarse más armas.

—En la tienda de Roso Morales —dijo— hay machetes y cuchillos. Además, quizá encontremos al espía ese que se cogió la tienda de Roso y se lo mandamos al Calvo del Cielo.

Esto bastó para ponerlos en movimiento. Súbitamente, la aldea retumbó bajo el alud de sus golpes sobre las puertas de la bodega. Estas cedieron pronto. La manada se precipitó en el interior, y ya allí, encendida la luz eléctrica, una voz rencorosa observó:

—Este bandido debe de estar en la plaza matando gente.

De pronto, con la violencia de un terremoto, el saqueo y la destrucción se iniciaron. Los asaltantes bebían el ron a tragos ruidosos directamente de los picos de las botellas y algunos —campesinos, seguramente— se calzaban con alpargatas que descolgaban de los armarios. Otros devoraban trozos de queso, de salchichón y de papelón.

En cierto momento hubo alguien que aconsejó:

—Compañeros, no rompan más; llevémonos los corotos.

—¿Para qué?

—Para venderlos.

—¿Para venderlos a quién?

—A doña Perpetua. Anoche, cuando iba para la plaza, pasé por su casa y la vi asomada a su puerta con el turco Salim. Entonces me dijo: «¿Vas para el pueblo?» —«Sí, le contesté, voy para el pueblo». —«¿Ya están saqueando?», me volvió a preguntar. Y como yo no entendí lo que me quería decir, ella me lo explicó: «Saquear quiere decir cargar con los corotos de esos bandidos. Pueden traerme todo lo que consigan en los saqueos; yo se lo compro».

—¿Eso te dijo?

—Sí: doña Perpetua es amiga del pueblo. ¿Por qué no le llevamos estas cosas a ella?

Pero el consejo no encontró eco. En aquellos momentos no querían comerciar, sino vengarse.

Comenzaba la aurora a teñir las cabrias de los taladros, cuando los vengadores salieron de la bodega. Muchos de ellos estaban borrachos e iban cargados con las botellas que no habían alcanzado a vaciar.

—¿Adónde vamos ahora?

—A buscar a Magín Cardozo.

4

También José y Teófilo recibieron machetes. El segundo había dicho al primero:

—Cámara, ¿recuerda lo que me dijo en la jefatura? Ha llegado la hora de tumbar cabezas.

Y algún tiempo más tarde:

—Esto comienza a ponerse sabroso.

Pero para José todo aquello resultaba desconcertante y aumentaba su angustia. Fuerte y arrolladora era la pasión de las gentes que lo rodeaban, pero más fuerte aún el recuerdo de Juan Moreno. Y cosa extraña: este recuerdo no lo invitaba a vengarse, no le inspiraba deseos de matar ni de destruir, sino un anhelo de descanso y de soledad. En determinado momento uno de los muchos que venían a engrosar las brigadas del pueblo se colocó frente a sus compañeros y mostró las manchas de sangre que lo cubrían:

—¡Compañeros! Acabo de traer a mi hija con la cabeza partida por una bala. No tengo como enterrarla, pero eso no me importa. Que la echen en el quemador o que se la coman los zamuros. Lo que quiero es vengarme.

Aquel grupo pasaba ya del millar. Y había otros, muchos, diseminados en las aldeas y en los campos. Junto a los hombres iban mujeres y niños. Cuando pasaban frente a la casa de Yuan Li, la pequeña Griselda que estaba regando sus flores, quedó paralizada de miedo.

—¡Fuera los extranjeros explotadores! ¡Mueran los chinos!

El cercadillo fue derribado y cientos de pies destrozaron las flores.

***

Poco después, la turba llegaba a la casa de Cándida. La puerta estaba cerrada y los hombres se detuvieron irresolutos. Fue necesario que una mujer los sacara de su estupor.

—Bueno —les gritó la mujer—, ¿qué esperan? ¿A que los inviten a pasar adelante?

Y con sus propias manos se puso a golpear la puerta.

—¡Ea, Magín Cardozo, cojo del diablo! ¡Sal de ahí para verte la cara!

Estas palabras de la enardecida mujer produjeron hilaridad.

—Ven, Magín, para peinarte el bigote —gritó un arrapiezo, siguiendo la broma.

Y otro:

—Regálame tu pata de palo para prender la candela a mi mama.

Algo inesperado ocurrió entonces. La puerta entreabriose y apareció el lívido rostro de Cándida.

—¿Qué quieren ustedes? ¿A quién buscan aquí?

—Buscamos a tu padre. Anda, dile que salga, que le traemos un regalito.

—¡Váyanse! Él no está aquí. Él no vive conmigo, ni yo tengo nada que ver con él.

Con un golpe brusco cerró de nuevo la puerta, pero este ademán la perdió. Rota la pausa que inhibía a la multitud, los batientes cedieron con gran estrepito y el chorro de lava humana penetró en la salita. Ahora los invasores tenían un caudillo: la irascible mujer que había golpeado la puerta.

—¡Sal, grandísima zorra! ¡Dinos dónde está el cabrón de tu padre!

La aterrorizada Cándida se había ocultado debajo de su cama, pero de allí la sacó la mujer tirándola del cabello. Y ya de pie frente a ella sus manos acariciaron el peinador que cubría sus carnes.

—De seda, miren, de seda. Esto es lo que se consigue volteando a los hombres con los musiús.

Pero ¿por qué se quedaban extáticos frente a la hija del cojo? ¿Por qué la acariciaban con las miradas y sonreían? La implacable mujer no había advertido que Cándida estaba desnuda y que los hombres devoraban sus carnes con las miradas. Al fin lo notó y se puso frenética:

—¡Qué! ¿Es que no han visto nunca a una mañosa desnuda?

Fue el colmo de la medida. De un violento empellón la hizo caer sobre el lecho y se puso a arañarle el cuerpo hasta hacerle correr la sangre.

—¡Anda, muérgana! Dinos dónde está ese cojo maldito. Dinos también dónde está míster Epi!

En aquel momento Teófilo se acercó a José y le dijo al oído:

—Venga, cámara, venga conmigo para mostrarle una cosa.

José se lo agradeció desde el fondo del alma.

Cuidando de que no los notaran llegaron a la pequeña cocina. Ya allí, acurrucada bajo el fogón y con el niño escondido entre los harapos, vieron a Casandra. La vieja los miró con espanto:

—¿Me van a matar? —preguntó.

—No —le dijo José emocionado—: te vamos a sacar de aquí para que te escondas en otra parte.

—No puedo: estoy amarrada.

—¿Amarrada?

—Sí, Magín me ha traído a casa de Cándida y me ha puesto una cadena para que no salga a la calle.

En efecto, atada a una de sus piernas había una cadena para perro sujeta a una argolla del fogón. Los dos hombres actuaron con rapidez y poco después dejaron a Casandra en la puerta trasera de la casita.

—Vete, Casandra, escóndete donde nadie te encuentre.

La loca miró entonces a José y acarició su rostro con sus manos pringosas:

—¿Por qué me llamas Casandra?

—Porque ése es tu nombre.

—Como tú digas. ¿Me vas a dar un poquito de ron?

—No, ahora no tengo ron. Después te daré todo el que quieras. También te daré otras cosas. Vas a ser muy feliz con lo que yo te daré, Casandra.

Con estas palabras se separaron.

Poco después, cuando la vieja se hubo marchado, cerró de nuevo la puerta y acompañado de Teófilo volvió al interior. Su compañero le preguntó:

—¿Qué le pasa, cámara? ¿Por qué tantas atenciones con esa loca jedionda?

5

No eran sólo trabajadores del petróleo los que formaban el encrespado cortejo; también participaban en él labriegos de las glebas del interior y pescadores de las costas del lago. Unos y otros se distinguían por sus ropas, por sus maneras y por sus palabras. Algunos portaban machetes; otros, las tercerolas con que cazaban conejos y palomitas. En cierto momento un obrero entonó los dos primeros versos del himno y un minuto después el gran canto de la Nación llenaba la encendida sabana:

Gloria al bravo pueblo
que el yugo lanzó...

José estaba conmovido:

—Mire, Teófilo: fíjese cómo saben el himno.

—Yo también lo sé, cámara —replicó el negro con orgullo. Y entonó la primera estrofa completa:

Gloria al bravo pueblo
que el yugo lanzó,
la ley respetando,
la virtú y honol...

Pero de allí no pudo pasar. Voces sueltas invitaban a ir a la plaza.

—¡A la plaza! ¡A la plaza!

En aquel momento, cercano a José y extrañamente sereno, un desconocido explicaba a otro cómo las autoridades civiles habían abandonado el municipio después del asesinato del pueblo, y cómo habían tomado el camino de Santa Rita cargados con los dineros de las rentas municipales. Poco después de esto —explicaba el desconocido— el juez municipal hacía acto de presencia en la jefatura, y en compañía de algunos notables procedía al levantamiento de los cadáveres y al auxilio de los heridos. Hecho esto, los presentes firmaron un acta que el juez guardó para resguardo de su conducta. De allí venía entonces el hombre que hacía el relato. Libre de sus opresores, decía, el pueblo había asumido el gobierno de la ciudad y elegido sus nuevas autoridades. Un viejo sastre de cabeza voluminosa era el nuevo jefe civil; un barbero margariteño, su secretario; un octogenario coriano que había hecho la guerra Libertadora fungía de jefe de las milicias improvisadas y, arrastrando los pies, temblonas las manos, pero vivo el instinto guerrero, instruía a los obreros y campesinos de la región para prevenir un posible ataque de cierto gamonal a quien las turbas hicieron huir y que desde el asiento de su automóvil había lanzado esta amenazante

promesa: —«Esta misma noche voy a volver aquí con cincuenta hombres para tomarles la jefatura».

Tal era la situación en el litoral petrolero en aquellos momentos. Más tarde conocería José nuevos detalles de lo que había acontecido en la cabecera municipal. Vaciados los calabozos de delincuentes por las viejas autoridades, las nuevas los volvieron a llenar con antiguos policías y funcionarios. Instalados en el local de la jefatura, el sastre y el barbero no hallaban cómo arreglárselas, y a cada paso amenazaban con dimitir. Todos venían a pedirles algo y como no podía complacer a todos se les tildaba de dictadores, de déspotas y de camaleones. La fórmula salvadora fue hallada al fin por el sastre: —«Vayan —aconsejó a sus gobernados—, vayan a saquear un poquito. Eso sí, háganlo con prudencia y no alteren el orden».

***

Gloria al bravo pueblo
que el yugo lanzó...

Esto cantaban a coro los hombres, las mujeres y los niños por las calles de Campo Escondido.

Lo de volver a la plaza no pareció interesar a estas gentes, razón por la cual en vez de dirigirse a la cabecera del Municipio lo hicieron hacia las aldeas cercanas: hacia La Montañita y La Rosa.

Poseídos de una embriaguez dionisíaca, el fuego celeste les hacía transpirar y el polvo de los caminos se pegaba a sus carnes. Mientras tanto las botellas de miche circulaban de mano en mano. En cierto momento alguien observó que se hallaban cerca del casino y hacia allí orientaron sus pasos. Poco después las mesas forradas de hule, la estantería llena de botellas, las sillas y cuantos muebles fueron hallados a mano quedaron

despedazados. Pero cuando se lanzaban contra la ruleta de animalitos, un chiquillo saltó y la protegió con su cuerpo:

—¡No me la rompan! ¡No me la rompan! Déjenmela para jugar en casa.

Y fue así como aquel artilugio salvó la existencia. Vista allí. en el extremo de la gran mesa poblada de caballitos, de elefantitos, de patitos y de pececillos multicolores, la ruleta era como el arca simbólica salvada del diluvio patriótico.

Bajo el tinglado de zinc, en el fondo del desmañado casino, estaba la pista de baile ocupada en aquel momento por una gallina con su pollada. Más allá servían de fondo cujíes, cardones y flor-amarillas. Uno de los asaltantes se disponía a tocar un disco en una gramola, cuando se oyó un anuncio que puso en expectativa a los circunstantes:

—¡Aquí están dos escondidos!

Y esto bastó para que volvieran a relucir los machetes.

—¡Mueran los espías! ¡Mueran los camaleones!

Sacados a empellones de su escondrijo, los rezagados resultaron ser el Caraqueño y Polo Bermúdez.

—¿Será posible, compañeros —hipaba este último lívido de pavor—, será posible que vayan a malograr a un amigo del pueblo y a un padre de familia como yo?

—¡Mentira! —aulló la misma mujer que había desnudado a Cándida—. ¡Mentira! ¡Ese no es ningún padre de familia! ¡Es un mosquito del cojo Magín Cardozo!

Pero Polo se revolvió con pasión:

—¿Yo, Alejandrina? ¿No conoces a mis hijos?

—Tú no tienes hijos ni tienes vergüenza. Eres un mosquito y un carrero.

Una decena de hombres ceñudos rodeaban a Polo, con sus machetes en alto. Este estaba translúcido, y en el mismo lugar donde se hallaba de pies comenzó a formarse un charco de orina.

—¡No me maten, por Dios! Si me perdonan, les digo dónde está escondido Magín Cardozo.

Esto le salvó la vida. Los vengadores se detuvieron y delibe-raron rápidamente.

—Bueno, muérgano, te vamos a perdonar, pero tienes que llevarnos a donde se encuentra ese cojo maldito.

Disipado el peligro. Polo tuvo fuerzas para reír y aun para hacer un chiste:

—Caray, me mié.

—¿Y usted? —los vindicadores se habían vuelto hacia el Caraqueño, que guardaba silencio—. ¿Qué tiene usted que de-cirnos?

Estaba pálido, pero sereno.

—¿Yo? —preguntó a su vez—. Pues que me cogió el catarro sin pañuelo.

Era lo que esperaban. Comenzaron a sonreír.

—¿Eso nada más tiene que decimos?

—¿Y qué más puedo decirles en las circunstancias en que me encuentro? Hasta ayer éramos amigos. Hoy parece que se han volteado las cartas. Son cosas de la vida.

—Ah Caraqueño, bien puto —comentó la mujer irascible, y registró el bolsillo del hombre buscando un cigarro.

—Hija, tú sabes que no fumo.

Las risas se intensificaron.

—Bueno —zanjó alguien del grupo—, si está con el pueblo, que se venga con nosotros.

—Que nos cuente un chiste picante—propuso otro.

—Que nos eche un discurso —corrigió un tercero—. Desde ayer no oímos discursos.

Comenzaron a sonar los aplausos.

—Sí, que nos eche un discurso como los que están echando en la plaza.

Inopinadamente brazos robustos alzaron el magro cuerpo del Caraqueño y lo subieron a la mesa de la ruleta. Ya allí, elevado por sobre el mar de cabezas, el hombrecillo se puso en carácter:

—¡Compatriotas!... —hizo una reverencia e interrogó sin abandonar la sonrisa—... ¿Cómo quieren que los llame: compatriotas, compañeros o camaradas?... Bueno, esto no importa: lo importante es lo que voy a decirles... ¡Compatriotas! Hoy es día de cambiarse la ropa y de sacarse los trapos sucios. Yo tengo mis trapos sucios, compatriotas, pero también quiero hablar de justicia. Sí, aquí donde ustedes me ven, yo también tengo hambre y sed de justicia.

Los aplausos, los vivas, los gritos de entusiasmo y admiración ahogaron por más de un minuto la voz de aquel hombre. Hasta José se sintió seducido por sus palabras. Pero en ese mismo momento intervino una voz de mujer y el encanto del Caraqueño quedó destruido.

—¡Oyendo discursos! ¿Es así como vamos a hacer justicia?

Era Ludwina. José la miró estupefacto e hizo ademán de acercarse a ella, mas al verla tan rígida, tan ruda y tan agresiva, quedó clavado en su puesto. Nada recordaba en ella a la amorosa mujer de la Salineta. Era de nuevo la camarada de Palmenio Martínez, la de las veladas en la casa de míster Walter. Mientras todas las miradas se volvían sorprendidas y vacilantes; mientras el Caraqueño, pálido y balbuceante, descendía de su pintoresca tribuna, José se sintió penetrado por una corriente helada. Fuerte, amazónica, acometedora, Ludwina se abría camino y de un salto se montaba en la mesa de la ruleta.

—¿Discursos y chistes cuando el pueblo está lleno de muertos? ¿Palabritas mañosas cuando los hospitales rechazan a los heridos? Esto debiera darnos vergüenza. Miren mis manos llenas de sangre podrida: con ellas he ayudado a traer de la Plaza a varios que ya están tiesos y comienzan a heder. ¿Se acuerdan

de Juan Moreno? Le conté quince balas en todo el cuerpo. De milagro encontramos cuatro hombres que lo llevaran al cementerio. Y mientras tanto ustedes aplauden los discursos del Caraqueño.

Hasta entonces ella no había visto a José. Lo descubrió en aquel momento y sus ojos ardientes lo contemplaron. En seguida desvió la mirada y con el busto echado hacia adelante adoptó un tono terriblemente confidencial:

—¿Saben ustedes a quién acabo de ver?

Ante esta inesperada actitud, José se sintió moribundo.

—Óiganme bien —prosiguió Ludwina—: ¿saben a quién acabo de ver? A uno de los más culpables, de los más infames y de los más criminales. A uno que debe morir.

¿Morir? José miró en torno suyo en busca de Teófilo, pero el negro ya no estaba a su lado. Las palabras de la hija de Carpio resonaban extrañamente en su corazón. ¡Morir! Todos los otros vocablos del idioma habían desaparecido, todos habían muerto en el espacio de algunas horas. Sólo quedaba vivo el que pronunciaba Ludwina: morir. Quiso retroceder, esconderse, huir de aquel sitio, pero la mano de la muchacha, como la de un hipnotizador, lo privó de sus movimientos.

—¡No te vayas! Te he estado buscando por todas partes. Desde anoche te estoy buscando. Ven, tú tienes que acompañarme a hacer verdadera justicia —se irguió cual una imagen de la tragedia—. ¡Compañeros! Yo sé dónde se encuentra Magín Cardozo. Acabo de verlo. Vamos a buscar a ese cojo maldito.

6

Como barcas encalladas en un estero de aceite, las chozas de los aldeanos se disgregaban en la sabana. Todas estaban vacías porque sus moradores habían ido a engrosar el ejército de la vindicta. Este rodeaba ahora a Campo Escondido y se

aprestaba a abordarlo por sus cuatro costados. Ludwina, que había arrastrado consigo a José, marchaba a su lado dirigiendo a la hueste hacia la oficina. Repentinamente un rugido plural denunció a la presa:

—¡Allá va! ¡Allá va!

Era cierto. Desalada y grotesca, la figura del guachimán saltaba como un canguro por la calle asfaltada. La huella de su pata de palo era la medida de su terror.

Una hora antes, confiando en la soledad que reinaba en la aldea. Magín había abandonado su refugio de la oficina, en la que se sentía protegido por una bandera extranjera, para ir a su propia casa. Fue entonces cuando lo vio Ludwina. Ahora, de vuelta a su escondrijo, el destino lo colocaba frente a la muerte.

—¡Párate, cojo del diablo!

Era prodigioso como saltaba y corría con su pata de palo. Mientras tanto, por las cuatro vertientes del poblacho desembocaban los cuatro chorros humanos, cuyos alaridos se proyectaban ávidos de envolverlo y aprisionarlo.

—¡Párate! ¡Párate, muérgano!

En cuatro brincos, en cuatro vuelos más bien, alcanzó la puerta de la oficina y sus puños golpearon el grueso tablero. Se le oyó clamar con espanto:

—Ábreme, Sam: es Magín quien te habla.

Pero la puerta no se movió.

Ya la muchedumbre estaba próxima a él; ya podía distinguir sus rostros y oler su monstruoso aliento y la puerta permanecía cerrada.

—¡Sam, negro maldito! ¡Ábreme, por tu madre!

Entonces se oyó la voz de Sam en el interior:

—*Go away!*

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas del cojo.

—¡Por Dios, Sam! ¡Por tus hijitos! Acuérdate de lo bueno que he sido con ellos: son los únicos muchachos que no van a

la escuela. ¡Por Dios, negro querido! ¡No me dejes matar como un perro!

Pero todo esto fue inútil. También Sam significaba la muerte:

—*Go to Hell! Go to Hell, son of a bitch!*

En aquel momento singular de su vida pudo José contemplar la caza del hombre por sus semejantes. Las mujeres ocupaban la vanguardia del delirante ejército y las más agresivas rodeaban a la hija de Carpio. Acorralado como una alimaña. Magín se había vuelto hacia ellas y su mano temblorosa se alzó hasta su cinto. Pero no alcanzó a sacar el revólver. Disparadas por su pasión las mujeres cayeron sobre él y lo envolvieron en un torbellino de garras y de dientes estremecidos.

Se acercaba la hora del Ángel. Por un momento no se oyó más que un hervor de gruñidos y luego se vio la pata de palo dar saltos entre una nube de polvo negro. Pero ¿estaba suelta la pata de palo? Sí: animada por su propia existencia y herida por su propio tormento, brincaba de un lado a otro en el suelo, entre las piernas de las mujeres. Mientras tanto, los hombres contemplaban la escena sin decidirse a participar en ella. Cuando al fin se vio reaparecer la figura del cojo, su rostro era un indescifrable acertijo de sangre y de tierra mezcladas

—¡Ahora sí te fregaste, cojo del diablo!

Uno de sus ojos había saltado y el otro se dilataba anhelante. Rota y desfigurada, su boca se abría y cerraba en desesperados bocetos de grito.

—¡No me maten!

—¿Que no te maten? ¿Y qué vamos a hacer contigo? Reza lo que sepas.

No hubiese podido decir José cuál fue la mano que esgrimió el afilado machete. ¿Acaso la de Ludwina? Cerró los ojos, y cuando los abrió nuevamente ella no estaba allí. Miró entonces a su alrededor y la distinguió distante del grupo, lívida de pavor. No, no había sido ella la que asestara aquel machetazo

sobre la cabeza del cojo. «¡Gracias, Señor! —exclamó para sí—. ¡Gracias por esta bondad!» Y estuvo a punto de desmayarse. Fue entonces ella la que vino a pegarse a su cuerpo.

—¡Qué horror! —dijo a su oído—. ¡Qué horror!

—¿Por qué no nos vamos de aquí? —le preguntó él también al oído.

Pero los clamores de la multitud no les permitieron moverse.

—¡Al quemador! ¡Al quemador! —aullaba entonces la turba.

—¿Por qué no nos vamos de aquí? —repitió José, esta vez en voz alta. A lo que Ludwina respondió con otra pregunta:

—¿Tienes miedo?

—Sí, y tú también... ¿No es verdad que tú también tienes miedo?

—Sí, yo también tengo miedo, pero no me iré de aquí hasta que no vea matar a ese hombre.

***

La verdad es que el mandoble de la desconocida mujer no había alcanzado a decapitar a Magín Cardozo: sólo le había herido en lo alto del cráneo, por donde saltaba la sangre como una llama. Después de esto hombres y mujeres unieron sus fuerzas y entre todos cargaron el cuerpo del cojo para llevarlo hasta el quemador.

En medio de la sabana rugían los estiletes de fuego. Ya era la hora del Ángel y el crepúsculo incendiaba el poniente. Casi anestesiado por la intensidad de sus emociones, José comenzaba a mirar cual si navegase en un sueño, cuando comenzaron a deslizarse en su mente imágenes de otros tiempos. Recordó entonces la noche en que, sentados frente a la tienda, él y Roso Morales hablaron del quemador: «Es raro que siendo de aquí usted no lo conozca».

—«Cuando me fui no existía». —«Son gases del petróleo que se queman ahí como en los mechurrios. ¿Sabe lo que son los mechurrios?» —«Sí, ésos sí los conozco»... ¿En cuál libro leyó que los jefes antiguos, cuando morían, eran incinerados en grandes hogueras? ¿Y a Juana de Arco no la quemaron para después convertirla en santa? Mirado así, Juan Moreno era más acreedor al fuego que el malvado Magín Cardozo. Quizá él haría bien en hablar de esto a aquel pueblo en aquel momento. Pero no, jamás podría hablar al pueblo. Él no era orador; carecía de ese don del cual tantos otros estaban dotados en su país. Además, era un hombre sincero. No se requería ser sincero para ser orador. El Caraqueño había dado pruebas de ello: su elocuencia y sus chistes le habían salvado la vida. Ludwina también era un ejemplo: su odio había dado muerte a Magín Cardozo.

Lo que ocurrió entonces, cuando el cortejo llegó al quemador conduciendo el cuerpo del cojo, fue suficiente para volver a José a la realidad. Inerte hasta aquel momento, el herido experimentó un violento espasmo, y arrancándose de las garras del pueblo se puso a bailar una danza macabra ejecutada en un solo pie. Esto duró apenas segundos, pero José lo recordaría toda su vida. Poco después el cuerpo rebotaba de nuevo en el suelo y cuatro hombres venían a levantarlo.

Aún era la hora del Ángel cuando los estiletes de fuego recibieron a Magín en su seno y las llamas coléricas se elevaron al cielo. «¡Señor, Señor! —pensaba José en aquel instante— ¿Por qué se burlan de mí mis propias ideas? ¿Por qué pienso cosas que no quiero pensar y por qué recuerdo las que quiero olvidar? Oh, Señor, qué diabólicos son los hijitos de Sam: Tenía la pata de palo —y los bigotes paraos; —tenía los ojos de verraco —y más nada...».

En el aire de Campo Escondido flotaba un olor a parrilla.

Jornada tercera

1

Ludwina también tuvo miedo; sin embargo, más fuerte que él, pudo quedarse en el quemador y mirar «aquello». ¿Era él un cobarde, un miserable sentimental, incapaz de mirar la cara a la Muerte?

Tendido en el duro suelo, fatigado y cubierto de secos sudores, esto se preguntaba José mientras sus ojos esperaban el sueño.

Si se hubiese quedado en el quemador se habría desmayado como una doncella –igual que Juana de Arco cuando la abandonaron sus santas–. Pero esto quizá no fuera cuestión de carácter sino de sensibilidad física. El olor a parrilla le resultaba insufrible. Huyó, pues, de allí y sus piernas lo condujeron automáticamente. Entonces fue hacia la Salineta, aquel lugar donde había sido feliz, en donde todas las cosas le hablaban de amor. Sobre este mismo suelo caliente había tenido a Ludwina en sus brazos. Aún oía los acentos de sus suspiros y el súbito acorde que coronó el sacrificio. Sin embargo, ahora no era dichoso. Había otra Ludwina cuyo carácter lo hacía estremecer. ¿Cuál de las dos era la verdadera?

A pesar del profundo cansancio que le quebrantaba los huesos, el sueño tardaba aquella noche en visitar a José, en cuyo cerebro los pensamientos saltaban como ratones. Ella, en cambio, estaría en su casa reposando en el seno de la venganza. ¿Cómo

podían convivir en una misma mujer el amor y el odio? No, él no podría acompañarla por ese camino.

De pronto, sin transición, recordó a míster Walter. ¿Qué papel correspondía a míster Walter en aquella tragedia? ¿Adónde se había marchado el extranjero enigmático? ¿Desde cuál escondrijo estaría vigilando los movimientos del pueblo?

Pensó también en Casandra. Esta había desaparecido, pero no como míster Walter. El necesitaba volver a verla, decidirla a cumplir su misión. Palpó su bolsillo y comprobó que aún estaba allí el vestido que había comprado a doña Perpetua. Y esto le produjo alegría.

Entonces, sin saber exactamente por qué, pensó también en doña Perpetua. La miraba feliz, quizá como el único ser feliz en el mundo que lo rodeaba. Era y seguiría siendo la Providencia de Campo Escondido y ni ella ni el turco Salim tendrían motivos para afligirse.

En aquel instante un soplo de brisa acarició el rostro de José, y su espíritu sintiose aliviado. Pero al mismo tiempo un repugnante olor a carroña se coló por sus narices y los ratones del pensamiento saltaron en su cerebro. Quizá se tratase de un perro muerto. No era raro hallar animales muertos y corrompidos en aquella comarca. Pero también podía ser un hombre, porque todo esto cabía igualmente en la moral de las circunstancias.

Llega al fin un momento en que las ideas se arremansan, y esto fue lo que ocurrió a José aquella noche. Lentamente se deslizó por la rampa del sueño y sin darse cuenta dejó de pensar. De improviso —¿cuánto tiempo después?— la charca se agitó en su derredor y despertó lleno de sobresalto. Era cual si mil manos estuviesen aplaudiendo y removiendo el cieno podrido. Miró al cielo por entre las ramas de las mimosas y vio al sol en lo alto, pero miró también más abajo y vio un tropel de zamuros que revoloteaban con gran estrépito. Y esto le produjo una nueva inquietud.

—¡Demonio! ¿Será que me creen muerto?

De un salto se puso de pies. Los zamuros se alejaron con unánime impulso y fueron a posarse en las ramas de un enorme cují. Al hedor a carroña, más intenso en este momento, se juntaba el característico de los zamuros, cuyos ojos enrojecidos miraban al suelo con avidez.

Cavilando hacia dónde dirigiría entonces sus pasos, José se dispuso a marcharse de allí, cuando una neta interrogación hizo huella en su mente: ¿Y si no se tratase de un animal sino de una persona? Los zamuros no suelen hacer distingos entre la bestia y el hombre muertos y sólo piensan en el lugar por donde han de comenzar a comérselos.

Zamuro que vas volando
con el pico cachirulo,
con las alas vas diciendo
primero el ojo que el...

Estos versos hicieron pensar a José en la filosofía de las negras rapazas. Cierta vez una de ellas alcanzó a ver desde el aire una res que le pareció muerta y acicateada por su gazuza se lanzó sobre la presunta presa. Temerosa, empero, de mirar a la res a los ojos, decidió dar comienzo al banquete por la parte trasera. Cuál no sería su sorpresa cuando una coz formidable la lanzó lejos de su víctima. Toda maltrecha fue a contar el caso a sus congéneres y estas, después de discutir el asunto, acordaron que en lo adelante todo festín se iniciara por los ojos del rostro.

¡Qué tonto era! Todavía tenía humor para pensar niñerías. ¿Dónde andarían entonces los hijos de Sam?

Zamuro que vas volando
con el pico cachirulo...

Quizá debería buscar a Teófilo. Pero, ¡cómo hedía aquella desconocida carroña! Era tan vasto y tan penetrante el hedor que el hijo de Marta se tapó las narices y avanzó por entre los matorrales decidido a salir de dudas. Allí estaba el cadáver sobre la tierra. ¡Ah! Pero no era uno solo..., eran dos los cadáveres. Con razón hedían tanto.

—¡Casandra!

El grito le salió de las entretelas del alma.

Hinchados, verdes, con las cuencas vacías y juntos ya para siempre, allí estaban Elodia Cardozo y su nietezuelo. «¿Qué hacer? ¿Qué hacer, Dios mío?», se preguntó entonces José agitado por un remolino de angustia; y durante algunos segundos su razón se negó a responderle.

Si no fuese por los zamuros que volaban y graznaban en torno a él, en círculos cada vez más estrechos, se hubiese marchado corriendo. Pero en aquella circunstancia su corazón se negaba a huir. ¡No! No tenía derecho a mostrarse de nuevo cobarde. No dejaría a Casandra a merced de las aves inmundas.

Entonces, movido por una insensata vehemencia, a pedradas, a palos, a gritos, trató de alejar a las vultúridas, pero no tardó en convencerse de la inutilidad de su empeño. Los zamuros volvían atropellándose y graznando con impaciencia.

Por un instante la mente de José fue cruzada por un pensamiento: ir a avisar a la policía. Pero ¿a cuál policía? Ya no había policía en la comarca desde que las autoridades huyeron perseguidas por la ira del pueblo. Nadie hubiese consentido en venir a enterrar a la loca. Era, pues, a él, A EL Y A NADIE MAS, a quien el Destino había reservado este trance. Hele allí solo, impotente y desesperado frente a sus sueños podridos.

—¿Por qué, Señor, tienen que ocurrirme estas cosas?

En aquel instante, a solas con su gloria maltrecha, José lloró las más amargas lágrimas de su vida. Sin saber bien lo que hacía extrajo de su bolsillo el paquetito de doña Perpetua y cubrió

con el claro vestido la carroña de Elodia Cardozo. Luego, puesto de pie, exclamó patéticamente:

—Casandra, te juro que no serás olvidada.

Y se dirigió al lago a bañarse.

2

Inesperado, súbito como un fogonazo fue el pensamiento que invadió la imaginación de José una vez que hubo tomado su bañe en el lago: necesitaba conocer a su padre, oír su voz y averiguar cómo se había comportado en la vida. De todo cuanto le estaba ocurriendo, se dijo entonces, sólo aquel hombre era culpable. Si Marta viviese aún, ante ella lo llevaría para que le pidiese perdón de rodillas. Pero ¿cómo lo llevaría? He ahí el problema. Una arbitraria maquinación comenzó a forjarse en su mente.

«Si Joseíto Ubert permanecía aún en la región petrolera —se dijo—, no podría alojarse sino en un confortable chalet, ajeno a toda preocupación exterior y protegido contra cualquier asechanza del pueblo por las vallas y los guachimanes de un campamento extranjero. ¿En cuál de éstos? No sería difícil averiguarlo».

Una vez tomada su decisión, José marchó en dirección a Cabimas. Mientras marchaba su pensamiento daba forma a su idea. Pediría una entrevista al señor Ubert, entraría en su chalet y se plantaría frente a él como un hombre frente a otro hombre: —«¿Sabe usted quién soy? El hijo de Marta. ¿Recuerda usted a Marta; sabe qué vida hizo y qué muerte tuvo? No pretenda, señor, engañarme como engañaba a los montunos con su ruleta ni como burló a las autoridades y al cura para apropiarse las tierras de la parroquia. Yo sé lo que ocurrió entre usted y Marta y vengo a decirle que ella lo está esperando». —«¿Que ella me está esperando? —replicaría su padre—. ¿No

ha muerto, entonces?». A lo que él respondería escogiendo cuidadosamente las frases: —«Eso depende de cómo se miren las cosas: ha muerto su cuerpo, su carne mancillada por la vergüenza, pero vive su espíritu esperando justicia». Ante esta salida, Joseíto Ubert quedaría desconcertado y sólo se le ocurriría balbucir: —«¿Justicia? ¿Cómo podré hacerle justicia después de muerta?». Y esperaría inútilmente a que él le dijese: «Reconociéndome como hijo». Pero, ¡no! No le respondería tal cosa. Esa sería su venganza. Lejos de ello acabaría de desconcertarlo con estas palabras: «Son muchos, señor, los que claman justicia; muchos los que la esperan de usted. No me mire de esa manera. Usted es también culpable de lo que ocurre en nuestro país en estos momentos, de la sangre que corre y de la que correrá aún sobre estas tierras martirizadas. Salga de su aislamiento y mézclese con el pueblo; oiga sus quejas y devuélvale lo que es suyo». —«¿Y qué debo hacer para eso?»—«Algo sencillo y fácil: primeramente iremos a la tumba de Marta y allí se arrodillará usted para pedirle que lo perdone; después vendremos a la Plaza del pueblo y juntos hablaremos a la multitud desde el pedestal de la estatua. "Pueblo venezolano —le dirá usted—, voy a devolverte lo que te he arrebatado. Poseo alrededor de doscientos millones y vosotros sois unos cuatro millones; os corresponden, pues, cincuenta bolívares por cabeza. Mi hijo, aquí presente conmigo, se encargará de hacer este arreglo. Si os asociáis en una cooperativa y elegís buenos administradores este dinero puede multiplicarse y todos seréis dichosos. Ninguna oportunidad mejor que la actual para elegir administradores honestos, ahora que el pueblo está sin gobierno"». Así hablaría su padre a quien él seguiría en la tribuna para hacerlo de la manera siguiente: —«Ved, pueblo venezolano; ved cómo lo he obligado a haceros justicia».

Meditando de esta guisa, construyendo y reconstruyendo sus frases e imaginando las variadas reacciones de su progenitor

y las del pueblo, olvidó sus angustias pasadas y atravesó el municipio casi sin advertirlo. Cuando tornó al mundo ambiente se hallaba frente a la verja de un gran campamento en el cual reinaba el silencio. Sobre la verja pintada de blanco y sobre las casas de techos rojos una brisa doméstica mecía las ramas de las acacias. Él se hallaba frente al portal y podía ver por entre los huecos del acero expandido las avenidas de limpias arenas, la ancha piscina llena de un agua inmóvil, el *court* de tenis y la blanca pantalla para la proyección de películas. Bien se advertía que la furia del pueblo no había llegado hasta aquel lugar. Lejano, voluptuoso y confiado como un sueño de niño, en el fondo del campamento se desperezaba el eco de un piano.

José titubeó un momento. Este silencio y esta paz le inspiraban respeto por su grandeza. Pegado el rostro a la verja se puso a mirar, y en el acto apareció un guachimán:

—¿Qué se le ofrece?

—Tengo entendido que don José Ubert está en este campamento...

—¿Y a usted qué le importa?

—Tengo que darle un recado personalmente. Dígale que es el hijo de Marta quien desea verlo.

—¿El hijo de Marta? ¿Quién es Marta?

¿Y a usted qué le importa? —tuvo impulsos de responder al suspicaz guachimán, pero logró contenerse.

—Él sabe quién es.

Con una impertinencia irritante el hombre lo miraba de pies a cabeza. Era evidente que desconfiaba.

—¿Y usted... también conoce a míster Ubert?

Su respuesta surgió espontánea, sin reflexión, y José se arrepintió después de haberla soltado:

—Soy su hijo.

—¿Su hijo?

—Sí, su hijo. ¿Le extraña? El señor Ubert es venezolano.

¿Qué ganaba con ruborizarse? Ya estaba dicho. El guardián vaciló y pareció dulcificarse.

—La cosa es que tengo órdenes de no abrir esta puerta sino a los empleados y a los extranjeros que viven en el campamento, ¿comprende?

—Sí, comprendo; pero yo no le pido que me abra la puerta, sino que le avise al señor Ubert para que él diga si me recibe o no me recibe.

—Bueno, espere un momento.

Fue precisamente en aquel instante cuando José tuvo por segunda vez la visión de su padre, a quien ya no podría confundir con ningún otro hombre. Allí, ante la puerta de uno de los chalets, estaba de pies Joseíto Ubert con sus gafas obscuras, sus cabellos grises y su traje de turista mirando al cielo con expresión melancólica. José se pegó a la verja y se puso a mirarle. Distante unos cien metros de la vía pública, el chalet correspondía a la segunda calle del campamento. Era el cuarto contando de la derecha a la izquierda y se alzaba, como los otros, sobre robustos pilares que lo separaban del suelo.

Fue cosa de segundos. De pronto las miradas de los dos coincidieron y Joseíto Ubert entró en la vivienda visiblemente sobresaltado. Algún tiempo después, cuando el guachimán regresó al portal, su ceño estaba fruncido y sus ojos miraron al mozo con expresión neutra:

—¿Usted como que pretende burlarse de mí?

—¿Por qué?

—Porque míster Ubert no tiene hijos en Venezuela.

—¿Se lo dijo él?

—Sí, me lo acaba de decir por teléfono. Le aconsejo que se vaya de aquí inmediatamente.

3

José creyó que iba a necesitar andar mucho trecho para hallar a Teófilo Aldana, pero no fue así. Apenas llegado a la Plaza alcanzó a ver al negro que iba de prisa cargando un voluminoso artilugio.

—¿Adónde va, Teófilo, con ese aparato?

El negro manifestó su alegría con un aspaviento:

—A casa de doña Perpetua, cámara, a venderle este radio. ¿Y usted qué se ha hecho? ¿Por qué no aprovecha? Esto está en su apogeo.

—¿Y de dónde sacó ese radio?

—De un saqueo cojonudo en la casa del tesorero. Ese hombre se da la gran vida; había relojes, prendas, ropas de seda. Uno necesita ayudarse, ¿no le parece? Lo que siento es que llegué cuando los demás habían cargado con lo mejor. ¡Si hubiera visto cómo rompían los vasos y los espejos! Yo no apruebo eso, cámara; estas cosas hay que hacerlas con orden, tal como dijo el sastre que está ahora de jefe del pueblo. ¿Y usted dónde andaba?

—Por ahí. Lo andaba buscando.

—¿Para qué? ¿Algo importante?

—Tengo una idea que le va a gustar. Además, usted es el único que puede ayudarme.

—Bueno, vaya diciendo.

Entonces José lo invitó a tomar un trago y Teófilo se mostró sorprendido:

—¿Quiere pegárselo, cámara?... ¿Usted?

—Sí, yo... ¿Le extraña?

Y recordando el gesto de Juan Moreno ordenó al cantinero:

—Llénelos.

En su corazón ardían como brasas las palabras del guachimán: «míster Ubert no tiene hijos en Venezuela». ¿Conque no, eh? ¿Entonces de quién era hijo él? ¿De algún desconocido con

quien yació Marta también? Luego, ¿era Marta una prostituta que se acostaba con todo el mundo? Semejante ultraje reclamaba un castigo.

—Bueno, cámara —lo apremió Teófilo con visible impaciencia—, eche pa'fuera; mire que estoy deseoso de llegar a casa de doña Perpetua antes que se le acaben los cobres.

José eligió sus palabras una por una cual si fuesen monedas:

—La idea que se me ha ocurrido, Teófilo, le va a producir mil veces más de lo que puede pagarle doña Perpetua por ese coroto. Lo único que se necesita es agallas para tirar la parada y por eso he pensado en usted. ¿Se acuerda de aquel hombrecito que vimos antes de ayer en la jefatura y de quien oímos hablar a don Pedro Samán?

—¿El que le robó los cobres a la Patrona?

—El mismo, ya veo que se acuerda... Pues bien, el tipo está aquí todavía y yo sé dónde vive.

—¿Y qué me quiere decir con eso, cámara?

—No se haga el tonto. Usted mismo lo ha dicho: hay que ayudarse. Ese hombre tiene millones, muchos millones robados al pueblo. ¿Y quién es el pueblo, Teófilo? Usted, yo, el hombre del botiquín... Esos millones son nuestros, ¿comprende? ¿Hasta cuándo vamos a ser zoquetes?

Visiblemente admirado, Teófilo oyó a José cual si estuviese inventando palabras para sus propias ideas. Escanciado un segundo vaso, el negro pagó el gasto porque su compañero se había quedado sin plata. Luego, ya de camino, acabaron de ponerse de acuerdo y precisaron detalles. Llegado el momento de separarse, Teófilo encaminose a la casa de doña Perpetua y José hacia el antiguo calvero donde su abuelo Casildo había sembrado las cruces.

4

¡Qué inmensa paz! ¡Cuán honda y dulce la soledad! El trozo de arepa con queso que se estaba comiendo se lo dio Teófilo antes de decirle «hasta luego». Pero, ¿es que se pude vivir sin comer? Casi dos días llevaba él sin probar bocado y apenas lo notaba en la flojedad de los miembros y en el sueño que lo impulsaba a tenderse en la hierba, junto a las ruinas del viejo rancho. Ah, si pudiese beber una taza de café caliente o siquiera unos sorbos de agua. Pero, ¿de dónde iba a sacar agua en aquel lugar solitario y distante? Recordó a Narciso Reinoso el día que apareció en el camino y los versos que recitó para agradecer el agua que le ofreciera Casildo:

Siendo el agua un elemento
que Dios da sin regatear,
¿quién se atrevería a negar
un vaso de agua a un sediento?

Luego se puso a contemplar las tres cruces: una era la de su madre, otra, la de su tía, y la tercera, que él mismo plantara al volver a Campo Escondido, la de su abuelo. ¿Y la suya? ¿Llegaría alguna vez una mano piadosa a plantar una cruz para él? Esto no le importaba. Su misión era hacer justicia.

Su imaginación inició entonces otro de esos procesos de visualización interior a los que estaba tan habituado y se vio a sí mismo en otro escenario, en compañía de su padre. El rostro y el cuerpo de Joseíto Ubert estaban hundidos en una sombra lechosa, pero había algo que se destacaba en la obscuridad con obsesionante blancura: el mechón gris de sus sienes. Teófilo y él habían saltado por la ventana y ya en el interior hallaron a Joseíto dormido en su cama. —«Si se mueve lo mato» —dijo él a su padre metiéndole el cañón del revólver en el vientre. —«¿Quiénes

son ustedes? —preguntó Joseíto despertando sobresaltado—. ¿Qué quieren?» —«Hable más bajo. Después lo sabrá». —«¿Me van a matar?» —«Eso depende de usted. Vamos a dar un paseo, un largo paseo. Si da usted un grito o hace un movimiento que yo no le ordene, puede darse por muerto». —«Pero ¿qué es lo que quieren? ¿Dinero? Díganmelo de una vez». —En ese momento se oye la voz de Teófilo: —«Dígaselo, cámara, háblele de una vez. Pídale dos millones, uno para usted y otro para mí». Pero él no hace caso al negro: «Después se lo diré. Ahora vamos andando, que se hace tarde». La figura de Ubert se incorpora pero queda en la sombra, excepto el mechón gris. «Déjeme ponerme el saco. Tengo mucho frío y sufro del corazón». Estas palabras despiertan en José un poco de lástima, pero recuerda a Marta y vacila. Ella también sentía frío a pesar del calor, y cuando «eso» le daba se ponía a tiritar y a decir cosas incoherentes. Entonces Casildo reunía cuantos trapos hallaba a mano y se los echaba encima gimiendo: «Es la fiebre, la fiebre... Y yo sin nada que darle para que sude». Sin embargo, él siente piedad por el hombrecillo que tiembla de frío a pesar de sus millones, y le dice: «Señor, no me obligue a matarlo. Nunca he matado a nadie e ignoro cómo se hace. No me obligue tampoco a entregarlo a la destreza de Teófilo»... «Cámara —es la primera vez que llama «cámara» a Teófilo—, búsquele el saco al señor y regístrelo bien por si tiene armas». Y él mismo, sin apartar su revólver, palpa la sombra de Ubert de pies a cabeza. Para salir del campo hacen un largo rodeo a fin de evitar a los guachimanes. Caminan los tres en la obscuridad, flotando en la penumbra lechosa, y toman un camino extraviado, estrecho y tortuoso, en el que Teófilo les sirve de guía. José lleva en su mano el revólver como si fuese un trocito de nube, como algo que se deshace y rehace según se piense o se deje de pensar en ello. Pero por nada del mundo pondría esta nubecilla en manos de Teófilo, a quien ha oído ponderar, como la mayor ilusión de

su vida, el deseo de poseer un revólver... Andando, andando no tardan en llegar a Las Rosas, al abrigo de un antiguo cocal. El silencio es apenas turbado por un concierto de perros que desgarran la noche ocultos entre las sombras. Las chozas de barro y palmas –algunas con tejas leprosas– se inclinan al borde de los barrancos o se ocultan en matorrales espesos. La tierra bosteza. Las torres de los taladros son monjes negros de hierro... «Sigamos para Curazaito»... –«¿Tan lejos, cámara?»... «Hay que llegar a Curazaito, es indispensable»... Joseíto Ubert se vuelve hacia él anhelante e indaga: –«¿Qué vamos a hacer a Curazaito?»... –«Allá lo sabrá». De pronto, sorprendido por la pregunta, José interroga a su padre: –«¿Sabe dónde queda Curazaito? ¿Conoce el lugar?». –«No, no lo conozco»... –«¿No fue allí donde estuvo con Marta?»... –«No»... –«¿Dónde fue entonces?»... –«No me acuerdo»... –«¡Que no se acuerda! ¿Es posible que haya olvidado una cosa como ésa? ¿Quiere que lo mate aquí mismo?»... –«No, ¡por Dios! Hace tanto tiempo de eso... He viajado tanto...» –«Eso no tiene que ver: hay cosas que no se olvidan, que no se deben olvidar. Recuerde, recuerde si no quiere que lo mate ahora mismo»... Pero Joseíto Ubert está tan cansado, con tanta pena se arrastra sobre el camino, que su hijo siente piedad otra vez. Duro e imperativo un segundo antes, el revólver vuelve a ser una nubecilla en su mano. En este momento se oye de nuevo la voz de Teófilo: –«Pero, cámara: ¿hasta cuándo hace sufrir a este hombre? Háblele de lo que nos interesa». Y dirigiéndose al prisionero: –«Mire, señor, lo que nosotros queremos es plata. Usted dispone de muchos millones, ¿no es eso? Pues compártalos con nosotros...» –«¿Millones? Sí, creo que tengo millones, pero no aquí, en este momento....» –«¿No aquí? ¿En dónde, pues?». Ubert hace un gesto vago: –«No lo recuerdo... Por ahí, en todas partes. Quizá en estas mismas tierras, que bien pueden ser mías». Teófilo se muestra decepcionado: –«¡Y para esto nos ha hecho caminar casi toda la

noche!»... Pero ya no es de noche. En torno a ellos, por encima de las crestas del monte, una orla amarilla despunta. Y José siente correr por sus venas un aliento desconocido, cual si toda su vida se concentrara en su corazón. Ya no lleva el revólver, cuya presencia se ha desvanecido del todo. Por el mismo camino se ve adelantar hacia ellos un hombre empolvado y canijo: Narciso Reinoso. Pero ¿es Narciso Reinoso? No, es el doctor Landáez. Pero tampoco es Landáez sino Trabuco, el general Trabuco que los mira y les pide agua: —«Por favor, un poquito de agua, que me muero de sed». Su mirada sedienta se fija en el prisionero y aparece resplandeciente su colmillo de oro: —«¿Adónde llevan este hombre?»... —«A un acto de justicia»... —«¿De justicia? ¿Cuál justicia? No me hagan reír. ¿Por qué no le pegan un tiro aquí mismo? ¿No ven que les va a beber toda el agua?»... —«Sí —reconoce entonces el propio Ubert—, él tiene razón: acábenme de matar. Ya no puedo más. Estoy enfermo del corazón. Los médicos me han prohibido caminar de este modo; también me han prohibido volar. Sin embargo, he volado, he volado sobre el Atlántico para venir a velar por mis propiedades...» Ahora están todos juntos: José y su padre, Teófilo Aldana y Narciso Reinoso, el doctor Landáez, el general Trabuco, los estudiantes. Y sus sombras ondulan sobre los montes... —«¿Falta mucho camino?»... —«No, hemos llegado»... —«Gracias a Dios»... «Allí están las tres cruces, mírelas. Aquélla, la del centro, es la de Marta. ¿Será necesario que fabrique de nuevo el revólver?»... —«No, no es necesario»... —«Entonces, ¿recuerda a Marta? No me diga que no la recuerda, porque eso es lo único que no podría oír sin pegarle un tiro»... —«Sí, sí, la recuerdo. Cuando la conocí era joven y bella, feliz. Era también inocente, pura como una estrella. Podría decirte otras cosas, pero creo que no es necesario»... —«Así es: no hace falta»... Las sombras están en círculo y les miran con gravedad. Landáez sonríe. Trabuco esboza una mueca e insiste: —«¿Por qué no le pegan un tiro?». José

busca con la mirada una sombra que falta y no tarda en verla en el suelo, hinchada y hedionda, con un zamuro en el pecho. Pero Casandra no ríe ni dice palabra. Él alza entonces la mano como un sacerdote y ordena a su padre: —«¡Arrodíllate!»... Ubert se arrodilla... —«Di: Marta, perdóname. No, así no: más alto, para que todos lo oigan... —«¡Marta, perdóname!»...

—«Está bien. Ya todos lo saben. Ahora, ponte otra vez de pies y vamos a la Plaza para que le hables al pueblo».

5

—Bueno, cámara, ya arreglé lo del radio. ¿Quiere pegarse un palo?

—No, ahora no; quisiera comer algo.

—Eso es fácil: aquí tengo los veinte bolívares que pude sacarle a doña Perpetua. ¡Qué vieja tan agarrada!

En la fonda de Segunda, sentados ante la mesa forrada con hule, se ponen a dialogar en voz baja.

—¿Dónde pasó la tarde, cámara?

—Por ahí, dando vueltas.

—Tiene cara de haber soñado...

José guarda silencio, mohíno, mientras Teófilo se muestra eufórico. Después de saciar el hambre, el primero dice al segundo: —Ahora sí me tomaría una cerveza.

***

Aquella noche, en medio de la densa obscuridad que envolvía la comarca, los automóviles circulaban con un solo faro encendido a fin de identificarse como amigos del pueblo. De este modo se esperaba reconocer al gamonal que había amenazado con un ataque nocturno en venganza por haber tenido que huir.

Sin apresuramientos y sin muchas palabras, Teófilo y José tomaron camino en dirección a la plaza, llevando una botella de ron, de la cual bebían directamente de trecho en trecho. Cabimas estaba a obscuras igual que Campo Escondido, y sólo brillaban en las calles los haces luminosos de los vehículos. Concluida la calzada, y cuando ya penetraban en el poblado, cuatro hombres armados les salieron al paso:

—¿Quiénes son ustedes?

—Gente del pueblo, trabajadores.

—¿De dónde vienen?

—De Campo Escondido.

—¿No hay novedad por allá?

—Ninguna. Todo está obscuro y en calma.

—Más vale así. Si a ese bandido se le ocurre venir con su gente, va a largar el pelero. En todos esos tejados hay hombres armados.

—¿Podemos seguir?

—¿No van a hacer guardia ustedes?

—¿Nosotros...?

—Sí, ustedes: como todos los hombres del pueblo. En la jefatura les darán instrucciones.

Pero ellos no fueron a la jefatura. En vez de eso se desviaron hacia los campos de las afueras y ya allí se ocultaron al pie de una cabria de hierro. En ese lugar escanciaron el último trago de ron y abandonaron la botella vacía. Bien avanzada la noche, Teófilo estimó que había llegado el momento de actuar, y fue entonces cuando se le ocurrió una pregunta que debió formular mucho antes:

—¿Está armado, cámara?

—No—respondió José hoscamente.

Si hubiese dicho que estaba sin bautizar o que era hijo de un cura, su respuesta no hubiese causado tan fuerte impresión a su compañero. Teófilo dio un respingo:

—¡Que no! ¿Y se va a meter así en esa tigrera?

—Con lo que usted lleve es bastante.

—Usted está jumo, cámara.

Poco después el negro volvió a interrogar:

—¿Sabe cuál es la casa?

—Sí...

—¿Y cómo vamos a hacer para llegar hasta ella?

—Saltando la verja por la parte de atrás.

—Pero el campo debe de estar alumbrado. Los musiús son los únicos que tienen luz esta noche.

—No importa, buscaremos un lugar donde haya bastante monte.

Yo examiné eso esta tarde. Usted no tiene más que seguirme...

—¿Y si nos sorprenden los guachimanes?

—Eso lo veremos después que estemos adentro. ¿Tiene miedo?

—Un poquito... pero también tengo esto...

Y José sintió en su costado la punta de la peinilla de Teófilo. Fue él entonces quien tuvo miedo, un súbito miedo, presente y retrospectivo, semejante al que lo invadió la noche que huyeron juntos. Una brusca reacción del instinto estimulado por el recuerdo, una brusca presión de aquel puño obscuro y nervioso y la peinilla del negro se hundiría en sus costillas hasta las entrañas. Su voz susurró temblorosa:

—Bueno, vamos.

6

Teófilo tenía razón. El campamento de los chalets se destacaba como una isla radiante en medio de la negrura del pueblo. Para rodearlo y alcanzar su parte trasera, tuvieron ellos que internarse en los matorrales que circundan el cementerio y seguir

luego por veredas distantes orillando la obscuridad. Chozas ruinosas, antiguos cercados de palo-a-pique, esqueletos de camiones y de calderas corroídos por el orín y charcas grasientas jalonaban la ruta negra. Un hedor a carroña trajo a José el recuerdo de Elodia Cardozo, pero él lo apartó de sí polarizado por la nueva emoción que lo avasallaba en aquel momento. A su lado, silencioso y ágil como un gorila, Teófilo se deslizaba en las aguas de la penumbra. Más que el conocimiento de aquellos lugares los orientaba el instinto de la gente andariega. A trechos, fuerte y altiva bajo la intensa luz de los arcos voltaicos, la verja se exhibía con férrea impudicia, coronada por las diademas de las acacias. Y detrás de ella, en una dulce y misteriosa quietud, el conjunto de los chalets separados unos de otros por amplios caminos de sombra. Había en aquella luminosa visión algo de celestial y de diabólico a un tiempo.

De repente, Teófilo se detuvo y señaló hacia un lugar donde las copas de las acacias eran más numerosas y espesas:

—¿No le parece que podemos probar por ahí?

Era un lugar en el que la luz se desintegraba en una gama veloz y donde casi no había fronteras entre lo blanco y lo negro. Un ancho terraplén asfaltado se dilataba, detrás de la verja, hacia una calzada distante. A un lado espejeaba el agua azulenca de la piscina y al otro la blanca pantalla del cine. Todo esto podía ser favorable para la empresa.

—Sí —aceptó José—: vamos a probar por aquí.

Entonces, descalzados y echados de bruces sobre la tierra, comenzaron a deslizarse como reptiles. Todas las cosas les parecieron inmensas, multiplicadas e interminables como las formas del sueño. Por la calzada vieron pasar la silueta de un guachimán y su ilimitado grandor los hizo detenerse temblando. José contemplaba su vida trocada y se sentía como una hoja en el vendaval. Los efectos del ron se habían disipado en su mente, pero ya no podía retroceder. Arriba y a su alrededor se

cuajaba la noche y en medio de ella el enorme tumor de la luz sin que la una ni la otra pudieran ya torcer su destino. Aquella luz preñada de muerte era como un planeta distinto cuya atmósfera tenían ellos que atravesar. ¿Sentía Teófilo las mismas palpitaciones, la misma ansiedad y la misma sed que él sentía?

Varios minutos pasaron mientras la silueta del guachimán se alejaba, y una vez que esta se hubo borrado en las perspectivas del parque ellos reanudaron su marcha reptante, protegidos por los matojos.

De este modo pronto estuvieron junto a la verja sobre la cual las copas de las acacias proyectaban sus sombras redondas. En aquel momento José vio alzarse la figura de Teófilo y le pareció infinita como una escala. Fue de esta imaginación, de esta metáfora, de donde sacó el aliento para seguirle. Ya no sentía ni pensaba en nada. Sus pies desnudos, heridos por las zarzas del monte chorreaban sangre, pero no le causaban dolor. No hubiese podido decir cuánto duró el esfuerzo de trepar por la malla de acero expandido: cuando se vio al otro lado se limitó a echarse de nuevo de bruces y a avanzar detrás de su compañero hasta alcanzar el borde de la piscina. Allí los dos se detuvieron para tomar alientos, y José advirtió cómo Teófilo llevaba la peinilla en la boca.

Y bien, heles allí en el propio corazón de la muerte. ¿Qué iba a ocurrir entonces? Un movimiento, un ruido, una simple sombra delatora de su presencia serían suficientes para que la noche se llenara de estampidos atronadores. Buscando con la mirada a los vigilantes, José preguntábase cuál de ellos estaría preparándose para disparar el primero. De improviso, un interrogante angustioso casi le arranca un grito: ¿Cómo iban a hacer para regresar? Frente a ellos, en medio de la penumbra, se empinaban las sombras de los chalets sobre sus piernas de concreto y de hierro; uno, dos, cuatro, diez..., hasta confundirse en un laberinto. En aquel momento Teófilo le interrogó con

una mirada, y afortunadamente él pudo orientarse con rapidez: hacia el norte estaba el portal de entrada y hacia allí tenían que dirigirse. Hizo una señal y los dos echaron a correr encorvados. Poco después se hallaban debajo del más cercano de los chalets, confundidos con las sombras de sus pilares y aliviados por una relativa sensación de seguridad. Ahora todo le parecía a José más fácil, porque la penumbra se hacía más densa a medida que se alejaban de la verja radiante. Confiados en la fidelidad de los mastines humanos, los habitantes de los chalets dormían con las ventanas abiertas, protegidos de los mosquitos y de las sabandijas del campo por sus bastidores de tela metálica.

Tan aliviado sintiose José en aquel momento que pudo advertir el dolor de sus pies heridos y la sangre que los cubría. Experimentó deseos de hablar a Teófilo, que le miraba en silencio, pero se contuvo. ¿De qué le hablaría? ¿De su valor? ¿De su sangre vertida? ¡Dios santo! ¿Cómo iban a regresar?

El resto del viaje hacia el cuarto chalet de la segunda avenida se realizó también sin tropiezos. Tan próximos estaban al portal que podían ver a los guachimanes. Estos portaban sus redondos relojes en fundas de cuero y sus negros revólveres de caño corto. El espectáculo volvía a producir en José la misma agonía, pero ahora era Teófilo quien mandaba. Un segundo después había éste trepado por uno de los pilares y su mano palpaba el alféizar de la ventana. Descendió con igual rapidez y José adivinó sus palabras:

—Está abierta.

Entonces ocurrió lo imprevisto.

7

Un gran cuadro de luz se había abierto en la pared del chalet inmediato y una silueta se dibujó en el rectángulo. Teófilo y José se arrojaron al suelo, y sus miradas quedaron tensas,

polarizadas por el haz luminoso que creaba en su mundo de sombras un nuevo universo.

De pronto, José miró a Teófilo y quedó estupefacto. Los ojos del negro llameaban, sus facciones estaban rígidas y sus pelos hirsutos. Miró de nuevo hacia la ventana y fue entonces cuando advirtió que la silueta allí proyectada era la de una mujer y que esta estaba desnuda. Como en las sombras chinescas, recortados en negro con nitidez, aparecían los perfiles de la figura: su rostro, su cuello, sus senos pequeños y erectos, su vientre y sus caderas reflejados en la tela metálica. Se la vio mover los brazos para abrir un armario y luego servirse en un vaso cierto licor, que vertió de una botella. En esto sus senos se separaron un poco y el escorzo demarcó sus formas individuales. En aquel momento José no intentó detener a su compañero. Percibió su estremecimiento y lo miró moverse como un felino hacia la iluminada ventana.

¿Para qué hablarle? ¿Para qué entrar en razonamientos? Era fatal que aquello ocurriese, y nadie hubiera podido evitarlo. Como una mariposa nocturna, Teófilo iba hacia la llama que habría de convertirlo en cenizas. No supo José cómo logró contenerse. De pronto se halló convertido en espectador de un drama del cual hubiese deseado evadirse. Miró hacia el portal y lo vio solitario; volvió la mirada hacia Teófilo y vio su figura alzarse con lentitud. rígida y silenciosa, hacia la ventana. Poco a poco la cabeza del negro comenzó a recortarse en la línea de luz y su sombra se fue elevando, elevando y engullendo la sombra de la mujer.

Agudo, fulgurante, fue el grito que destrozó el cristal del silencio. Otros lo rubricaron. La noche se llenaba de pronto de ruidos, de pasos precipitados, de silbatos martirizantes, de ladridos de perros ocultos. Era la voz de la muerte. José miraba a los guachimanes surgir de las sombras del parque y se sentía petrificado por el espanto: uno, dos, tres, cuatro, diez..., todos

convergían hacia el mismo lugar, armados de sus revólveres y orientados por los gritos de la mujer. ¿Y Teófilo? Ágil como un felino se había ocultado en el laberinto de los pilares, pero allí lo perseguían los haces luminosos de las linternas. José lo vio saltar de un pilar a otro y buscar la salida hacia el campo y oyó el ladrido de los revólveres. Y no esperó más. Movido a su vez por el pánico saltó hacia la ventana del chalet de su padre, y desapareció en su interior misterioso.

8

—Vamo a buscá piedrita en el taladro viejo.

—Unc, unc... Ni amarrao.

—¿Por qué no?

—Porque no coge la cartepila y noj saca la tripa.

—Mentira: es que vo tenei miedo.

—Y noj agarra el negro Sam y noj mete do palo. Y despué noj agarra mi mama y noj da do cogotazo.

—Mi mama ta lavando la ropa.

—Pero noj puede salir el diablo que vo sabei que vive en el taladro viejo.

—¿Vo lo habei visto?

—¿A quién?

—Al diablo.

—No, pero lo he oído decí.

—¿A quién se lo habei oído decí?

—A mi mama y a la mama de Griselda.

—¿La hija del chino?

—La mama de Griselda no e la hija del chino, zoquete.

—No, la hija del chino e Griselda.

—¡Qué grasia! ¿Eso, quién no lo sabe? Griselda no e la mama del chino.

—Bueno, pero la mama del chino no e la hija de Griselda.

—Cállate: vo tai loco.

—¿Loco? ¿Como la vieja Casandra? ¡Une, une! Yo no me pareco a Casandra.

—¿A quién te parecei vo?

—Al catire de la película aquella que vimo la otra noche en La Rosa. Saco mi regorve y pum pum... Vo caéi muerto y Casandra cae muerta y Magín Cardozo cae muerto...

—¡Qué aguao! ¿Vai a mata a to er mundo?

Hablaban en cuclillas, dibujando rayitas en el suelo y sin mirarse las caras. El diálogo se destrenzaba al desgaire, sin efusión, como para llenar con palabras el hueco de fuego en que naufragaba el mediodía. Desnuditos como estaban parecían dos tizones apagados, pero calientes.

Después de las conmociones populares, Campo Escondido se había escurrido de todas sus emociones patrióticas y se aletargaba en un pastoso silencio. Los acontecimientos últimos repercutían en los corazones como un nuevo tipo de muerte y las gentes se guarecían en sus casas y enmudecían. Sólo los dos hijos de Sam continuaban haciendo su vida a la sombra del alero paterno cual si no hubiese ocurrido nada.

—Mira lo zamuro. Yo quisiera volá como lo zamuro... ¿Tú quisiera volá como lo zamuro?

—No, yo quiero volá como un avión.

—Vo no podéi volá como un avión porque tenéi la pata torcía.

—¡Adió, cará! ¿Y vo?

—¡Yo no! ¡Vo, vo y vo! Y también te dio sarampión.

—Mira lo zamuro, gran sonso.

—Son loj aviones negro.

Los dos abandonaron su negligente actitud para mirar al cielo con entusiasmo. Las rapazas volaban en amplios círculos que reducían gradualmente para descender en picada sobre los montes.

—Allá debe de haber mortecina.

—Y jediondé.

—Mira a Griselda sembrando matica.

—Vamos a arrancársela pa verla llorá.

—Bueno, cuando se vaya pa dentro.

Ya la calle no estaba sola porque Griselda, la hija del chino, regaba sus plantas con su regaderita pintada de rojo y porque en aquel mismo instante salió de su casa Ludwina y se aproximó a ella. La niña la miró con sus ojillos oblicuos y respondió a sus preguntas.

—¿Tienes nuevas maticas, Griselda?

—Sí, mi papá me trae siempre semillas nuevas.

—¿Te dolió mucho que te pisotearan las otras?

—Sí, pero mi papá me dice que no piense en eso, que piense en las nuevas.

Los dos hijos de Sam le gritaron en ese momento:

—¡Mira loj zamuro, Griselda!

Y todos se pusieron a mirar hacia el cielo.

—¿No te gustan loj zamuro, Griselda? ¿Qué clase de pájaro te gusta?

Mas como ella no les respondiese, uno de los negritos se puso a danzar y a cantar:

Tenía los ojo amarillo
y la boca partía...

Se interrumpieron de pronto, se miraron estupefactos y corrieron hacia su casa dando alaridos:

—¡La tropa! ¡La tropa!

***

En efecto, había llegado la tropa y los soldados cubiertos con sus cascos de acero y armados con sus relucientes fusiles se distribuían por los campos para guardar el orden y proteger

las instalaciones. Horas de angustia y de incertidumbre habían seguido a las primeras explosiones de júbilo provocadas por la muerte del Viejo, pero el agresivo polemismo de los oradores improvisados no tardó en sembrar de recelos el corazón de las gentes. La palabra «pueblo», que en boca de los primeros evangelistas aldeanos tuvo un valor primordial, iba cobrando rápidamente una significación más compleja y una intención discriminativa. Palabras desconocidas, explosivas como petardos, electrizaban a las gentes humildes: «reivindicación», «justicia social», «lucha de clases». Y junto con ellas todo un repertorio de epítetos que adquirían contundencia aniquiladora: «asalariado», «camaleón», «gomecista».

Fue precisamente en aquellos momentos cuando José regresó a Campo Escondido y se dirigió a la casa de Carpio para despedirse del viejo maestro. Ludwina, al verlo, se abalanzó a él con los brazos abiertos:

—¿Dónde has estado metido?

—Por ahí, dando vueltas.

—Te he buscado como una loca por todas partes. ¿Por qué no habías vuelto?

—Porque... No sé qué decirte... Han pasado tantas cosas en estos días...

—¿Qué piensas hacer ahora?

No respondió a la pregunta. En vez de esto inquirió desviando los ojos:

—¿Está aquí tu papá?

—Sí, está muy mortificado porque le han faltado al respeto. Habla de irse de aquí.

—Yo también pienso irme de aquí.

Dicho esto, pasaron a la salita. Allí estaba Chinca pedaleando en su máquina y más silenciosa que nunca, y el viejo frente a su mesa con la cabeza apoyada en las manos.

—¿Qué le pasa, maestro?

Carpio tardó en reconocerle.

—Ah, ¿eres tú? Perdóname: ya no veo bien.

—Me ha dicho Ludwina que está usted preocupado.

—¿Y cómo quieres que esté después de lo que me han hecho? Me han llamado camaleón y traidor porque oculté aquí a Epimeteo. Pero, ¿iba a permitir que lo asesinaran, que lo echaran al quemador como hicieron con el cojo Magín? ¡No y mil veces no! Yo soy un buen cristiano. Mi familia también lo es. Llegó a mi puerta despavorido, huyendo de las gentes que lo perseguían, y yo le di amparo bajo mi techo. Eso fue todo. Pero ellos creen que he debido entregárselo al pueblo.

Con la cabeza en alto, poseída de una rotunda altivez, Ludwina oía a su padre en silencio. José apenas la miraba.

—Bueno, me voy... Quisiera despedirme de la familia de Juan Moreno, pero no sé si debo... en estos momentos...

Tendió su mano al maestro y luego se dirigió hacia la puerta. Pero Ludwina no lo dejó salir. Corriendo tras él le interceptó la salida:

—Espera un momento. Tú y yo tenemos que hablar. ¿Crees que me vas a dejar así, como una zoqueta?

Epílogo en «Buena Vista»[51]

No decían más los papeles de Ubert el joven.

Naturalmente, me decepcionó su brusco y descolorido final y creí comprender por qué había vacilado en darlos al público.

Algo había, algo profundo y grave, que no tuvo valor para relatar. Decidido a averiguarlo, si era posible, lo llamé por teléfono y concertamos una entrevista en su residencia.

Era esta una espléndida quinta de la urbanización Buena Vista, de la que Ubert era socio principalísimo, con pisos de pulido granito, muebles caros y cuadros en las paredes. Una doméstica italiana acudió a abrirme la puerta.

—El señor me ha dado una cita.

—Entre y espere: voy a anunciarlo.

Lo encontré en bata ante su escritorio. En su espléndida biblioteca había muchos libros, y todos, cuidadosamente empastados, lucían las iniciales del propietario.

—Me contenta volverlo a ver. ¿Quiere que saboreemos un whisky?

—Si es su gusto.

—Va a probar algo bueno. Me lo envían directamente de Escocia.

Hice una inclinación y él sonrió satisfecho.

---

51 Este epílogo fue eliminado de la segunda edición.

—Excuse —me dijo— que no le presente a mi esposa, pero está en Nueva York en estos momentos.

—No se preocupe —le respondí—. Otro día tendré esa satisfacción.

Volvió a sonreír, esta vez con un airecillo cómplice, y comentó guiñándome un ojo.

—Usted es casado y sabe que una vacación conyugal siempre viene al pelo.

Ante esta salida yo también sonreí y me animé a preguntarle:

—Perdone la indiscreción, ¿es Ludwina su esposa?

—Sí, es Ludwina. ¿No lo sabía?

—No lo sabía. Su propio relato me hizo sospecharlo.

—A ver, explíqueme eso...

—Los papeles de usted terminan con estas palabras que pone en boca de ella: «¿Crees que me vas a dejar como una zoqueta?»

Creí notar una sombra en su frente, pero hizo un esfuerzo y logró conservar la sonrisa:

—Sí, ella no es tonta.

El silencio que siguió a estas palabras comenzaba a hacerse embarazoso, cuando él hizo un amplio ademán y me disparó a quemarropa:

—Y bien, ¿qué me dice de esos papeles?

—¿Qué quiere que le diga? Hay en ellos cosas interesantes, pero al mismo tiempo algunas lagunas. Por eso he venido a verlo. ¿Me respondería con franqueza algunas preguntas?

—Eso depende...

Su campechanía y buen humor, de los que por lo visto gustaba hacer gala, me parecieron en aquel momento un tanto forzados. Yo medité un instante y escogí con cuidado cada una de mis palabras.

—En primer lugar —comencé—, ¿cuándo se marchó usted de Campo Escondido?

—¿Cuándo? Eso no me es difícil decírselo. Me marché en aquellos mismos momentos; poco después que llegó la tropa.

—¿Y adonde fue entonces?

—A Maracaibo; pasados algunos días me vine a Caracas.

—¿Recuerda cuánto tiempo permaneció en Maracaibo?

—Ocho días, exactamente.

—¿Y no vio a Beltrán Oliver?

Vaciló y se quedó mirándome:

—¿Era a eso a lo que quería llegar?

—Si no puede decírmelo...

—No creo que haya inconveniente. No lo vi entonces; después sí, muchas veces.

—Pero... ¿no trató de verlo en aquellos momentos?

No pudo contener un ademán de impaciencia.

—Habla usted como un detective —me dijo—. ¿Puede decirme qué se propone con estas preguntas?

—Le confieso que no lo sé exactamente. Por lo pronto, enterarme, descifrar cierto enigma...

Tomó entonces una resolución:

—Bueno, voy a decírselo con franqueza: la verdad es que no quise verlo en esos momentos. Conocía su carácter raro... Yo traía ya otras ideas... Temí a sus sarcasmos. Aunque a veces pienso que tuvo razón, nunca he podido olvidar una frase suya que me hizo daño...

—¿La de la pendejada heroica?

—Esa. ¿Cómo lo adivinó?

—No lo adiviné. Lo supuse.

Era yo ahora quien vacilaba buscando camino a la pregunta más espinosa. Esta pregunta era precisamente la que me había inducido a pedirle aquella entrevista. Al fin adopté una resolución:

—Usted —le dije— se calla lo más importante. ¿Por qué no cuenta lo que pasó cuando estuvo dentro del chalet de su padre, después de la muerte de Teófilo Aldana? ¿Qué ocurrió dentro del chalet? ¿Cómo pudo salir ileso de él?

Con la cabeza inclinada y dibujando una margarita con su lápiz de oro, José Ubert el joven permaneció pensativo durante más de un minuto.

—Sabía —habló al fin, disimulando un suspiro—, sabía que iba usted a preguntarme eso. No podía dejar de hacerlo. Pero no puedo responderle. ¿Verdad que ya sabía que no podría responderle?

—O que no querría...

—Es casi lo mismo...

—Sin embargo —insistí, sin poder evitar la dureza que adquirió mi voz—, es evidente que usted no mató a su padre ni él lo mató a usted. Tampoco lo hicieron los guachimanes. ¿Cómo pudo usted salir vivo del campo en el cual se introdujo como un malhechor y dentro del cual, para colmo de circunstancias extrañas, fue muerto a balazos su compañero?

—No puedo hablarle de eso...

—Sólo encuentro una explicación...

José Ubert, el joven, hizo un gesto para imponerme silencio.

—No me la diga —exigió—. Imagínese lo que quiera, pero no me lo diga. Ni la misma Ludwina conoce eso.

Sonreí y me puse de pies. Ni la misma Ludwina... ¡Qué ingenuidad! La entrevista había terminado, pero en mi mente despuntaba un nuevo propósito: conocer a Ludwina, oír a aquella mujer que había dicho al hijo de Marta: «¿Crees que vas a dejarme como una zoqueta?»

Mientras tanto, José había vuelto a ser el hombre campechano y amable. Con mi mano en la suya me preguntó:

—¿Le gustan las obras de arte? Antes que se vaya voy a mostrarle algunas que hemos comprado en Europa. Tenemos un Kandinsky estupendo, un Picasso y varios Zadskines... Sin embargo, mi preferido sigue siendo este...

Miré el cuadro que me mostraba y comprendí al instante. Era una pintura arbitraria, surrealista, en la que se pretendía representar a una vieja harapienta con un elaborado aire de bruja y teniendo de la mano a un chiquillo desnudo. Jamás vi pintura más desmañada y convencional.

—¿Casandra? —dije entre dientes.

—Casandra, sí. ¿Me creerá si le digo que nunca he podido olvidarla? Pues créalo, porque es cierto. Ella representa un talismán para mí. Por eso la hice pintar tal como la recuerdo. ¿Y sabe quién la pintó? Arsenio, el mismo Arsenio que pintaba las ideas de Ely Saúl. Hoy trabaja en un Ministerio y ha abandonado el pincel, pero yo insistí tanto que conseguí convencerlo. Vea qué acierto. Es la Casandra ideal, la de aquellos tiempos. Cuando la veo, me parece que nada ha cambiado. Me gustaría hacerla famosa, darla a conocer entre los artistas. ¿Qué me aconseja usted para hacer famosa a Casandra? ¿Un *cocktail*? ¿Un baile? ¿Exhibirla en el Museo de Bellas Artes?

Ante su entusiasmo me pregunté si debía formularle la observación que me estaba royendo la mente. Sabía que lo iba a desconcertar. De pronto me dije: ¿Qué me importa que se desconcierte y aun que se irrite? Entonces alcé la voz y observé:

—Sólo le noto una falta...

—¿Una falta? ¿Cuál?

—Un zamuro en el pecho.

Se volvió a mirar a otro lado y me dejó marchar sin responder a mi despedida.

En Caracas, de 1940 a 1957

Índice

NOTA EDITORIAL 7
PRÓLOGO 9
INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN 31

Prólogo en «La plaza Bolívar» 39

PRIMERA PARTE
Campo escondido 45
Jornada primera 47
Jornada segunda 59
Jornada tercera 73
Jornada cuarta 96

SEGUNDA PARTE
Indagación de Casandra 119
Jornada primera 121
Jornada segunda 137
Jornada tercera 166
Jornada cuarta 185
Jornada quinta 205

TERCERA PARTE
Piedras, milenios, fuerza 229
Jornada primera 231

Jornada segunda 265
Jornada tercera 288

CUARTA PARTE
El bravo pueblo 315
Jornada primera 317
Jornada segunda 347
Jornada tercera 373

Epílogo en «Buena vista» 399



Casandra
Se imprimió en el mes de septiembre de 2026
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, edo. Miranda, Venezuela
son 1.000 ejemplares

OTROS TÍTULOS

PLUMA NEGRA
Luis Lira

QUÉ MOLLEJA DE HUELGA
Domingo Alberto Rangel

MEMORIAS DE UNA ANTIGUA PRIMAVERA
Milagros Mata Gil

GUACHIMANES
Gabriel Bracho Montiel



RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ

Casandra

Cuando se publicó por primera vez *Casandra* en 1957, Ramón Díaz Sánchez se convirtió en el primer novelista que había dedicado dos obras a la temática petrolera. Su autor fue testigo del impacto que produjo la transformación de Venezuela en un país productor y exportador de petróleo. Utiliza a Casandra, un personaje harapiento, repugnante y miserable, pero de aires proféticos, para simbolizar tanto al país como a las esperanzas fracasadas de cambiarlo y dignificarlo. Su protagonista, José Ubert, es el hijo no reconocido del Joseíto Ubert de *Mene*. A través de sus vivencias en Maracaibo, Cabimas y el pueblo de Campo Escondido, José nos lleva a sumergirnos en el ambiente de los campos de explotación y en un periodo clave de nuestra historia, en el que la muerte de Gómez inició un proceso de transición que despertó esperanzas de cambio en un país dominado, pese a estar consolidándose como un gran productor de petróleo, por la pobreza y violencia política. A 69 años de su publicación, Monte Ávila Editores Latinoamericana ofrece al público lector una novela clave dentro del proceso de nuestra narrativa que, a través de la combinación de elementos narrativos, testimoniales y documentales, nos ayuda a responder cómo llegamos hasta nuestra actual circunstancia.

Ramón Díaz Sánchez (Puerto Cabello, 1903 - Caracas, 1968).
Narrador, historiador, político y periodista. Es uno de los grandes referentes de la narrativa del petróleo en Venezuela. Individuo de número de la Academia Nacional de la Historia y de la Academia Venezolana de la Lengua. Premio Nacional de Literatura (1951). Autor de las novelas *Mene* (1936), *Cumboto* (1950), *Casandra* (1957), y *Borburata* (1960). Autor de la biografía *Guzmán: elipse de una ambición de poder* (1950) y de los ensayos *Cam* (1933), *Ámbito y acento: para una teoría de la venezolanidad* (1938) y *Paisaje histórico de la cultura venezolana* (1965).

9 789800 126677

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
Ministerio del Poder Popular para la CULTURA
www.mincultura.gob.ve @mincultura_ve